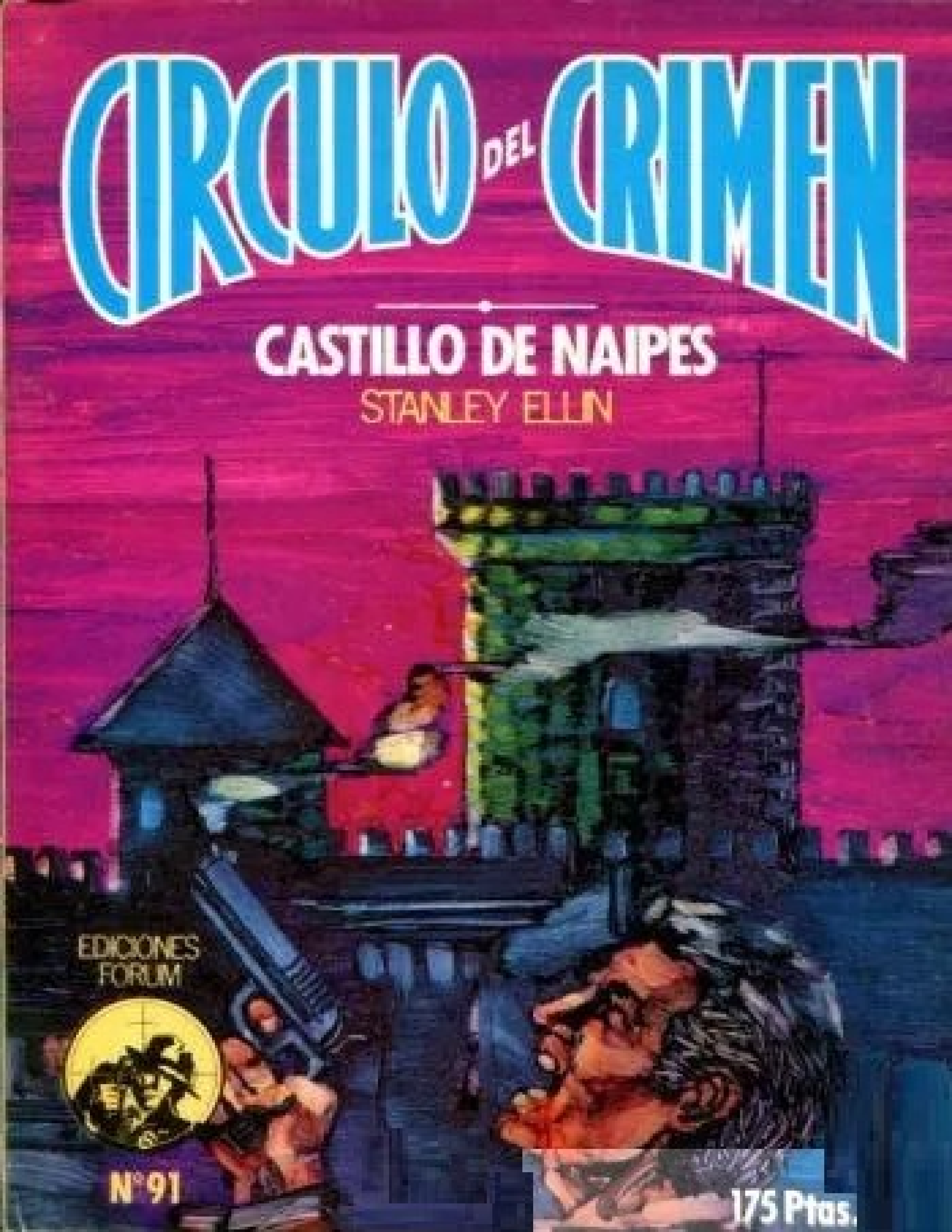

CIRCULO DEL CRIMEN
CASTILLO DE NAIPES
STANLEY ELLIN
EDICIONES FORUM
Nº 91
175 Ptas.

STANLEY ELLIN

Castillo de naipes

Traducción
MARÍA INÉS BENGOLEA



EMECÉ DISTRIBUIDORA

Título original inglés
HOUSE OF CARDS

Dibujo de tapa
JOSÉ BONOMÍ

Escaneado: John_Tarkus
Edición digital: Sargont (2018)

IMPRESO EN ARGENTINA - PRINTED IN ARGENTINA
Queda hecho el depósito que previene la ley número 11.723

Para mi hija, Sue,
con amor y admiración.

Así querido lector, de todos los métodos de adivinar el futuro, las cartas del Tarot son lo supremo. Aún más donde los naipes de los varios palos del Tarot arrojan luz sobre el Destino oculto, esas veintidós cartas que son los Arcanos Mayores, lo iluminan, como si fuera con un verdadero fulgor de relámpago.

Éstos son los Arcanos Mayores y sus significados:

El Bufón es la carta de la *Carne* y de la *Locura.*
El Prestidigitador es la carta de la *Astucia.*
La Papisa es la carta del *Misterio.*
La Emperatriz es la carta de la *Fertilidad.*
El Emperador es la carta de la *Virilidad.*
El Papa es la carta de la *Salvación.*
Los Amantes es la carta del *Amor Profano.*
La Carroza es la carta de la *Agresión.*
La Justicia es la carta del *Honor.*
El Ermitaño es la carta de la *Soledad.*
La Rueda es la carta de las *Recompensas.*
El Coraje es la carta del *Éxito en la Acción.*
El Ahorcado es la carta del *Deber.*
La Muerte es la carta del *Fin de la Esperanza.*
El Ángel es la carta de la *Paz.*
El Demonio es la carta de la *Violencia.*
La Torre es la carta del *Desastre.*
La Estrella es la carta de la *Esperanza.*
La Luna es la carta del *Miedo.*
El Sol es la carta de la *Alegría.*
El Día del Juicio Final es la carta del *Juicio.*
El Mundo es la carta de los *Viajes.*
Y el mazo que forman las veintidós, cara abajo es el *Universo.*

de *Le Mystère du Tarot* por Sophie de Laennac.

PRIMERA PARTE

EL BUFÓN

1

ESTA *discotheque* —el Club Barouf— era diferente.

Todas las otras *discotheques* donde yo había concurrido, se hallaban en la margen izquierda y eran pequeños agujeros alumbrados a vela. Esta, situada en la orilla derecha, sobre el Boulevard Montmartre, era un enorme lugar con iluminación enceguecedora, grande como un galpón, amoblado sólo con lo indispensable, una banqueta a lo largo de las paredes, un surtido barato de mesas desparejas y sillas de café y una docena de parlantes diseminados en lo alto del salón.

Mi amigo Luis le Buc, que era quien me había lanzado a la tarde lluviosa para entrevistarme con el dueño, me había contado que el Club Barouf era una pista de patinaje transformada. Y eso es lo que parecía.

El propietario se llamaba Jacques Castabert. Era un hombre suave, de ojos tristes, que daba la impresión de tener las preocupaciones del mundo apiladas sobre sus estrechos hombros. Su oficina era una cabina de madera terciada ubicada en un rincón del salón de baile, donde había lugar sólo para su escritorio, una silla y un banco destartalado.

—¿Monsieur Reno Davis? —me preguntó cuando me paré en la puerta chorreando la lluvia helada de febrero y al asentirle me invitó con la mano a tomar asiento en el banco—. ¿Café? ¿Un cigarrillo?

—Gracias, le voy a aceptar.

Hablamos del tiempo mientras yo tomaba el café y fumaba un cigarrillo y noté que me estaba estudiando.

—¿Cuánto tiempo ha vivido en París? —preguntó de repente.

—Seis años. Dos años en Italia anteriormente.

—Eso lo explica entonces. Los seis años, quiero decir. Su francés es excelente. Quizá un tanto demasiado vulgar, un poco demasiado

Boulevard Magenta, pero excelente. Y ¿usted es pugilista?

—Era. Abandoné hace un par de años.

—¿Y desde entonces?

—He tratado de ser escritor.

—¡Ah! ¡Otro de esos! —hizo una mueca—, por lo visto todavía no lo ha logrado.

—Es obvio.

—¿De qué ha estado viviendo entonces?

—Tareas varias en diversos lugares. Guía de Turismo. Traductor de una revista. Por un tiempo fui el "matasiete" del Hollywood Strip en Boulevard Clichy. Por eso Luis le Buc piensa que le puedo ser útil aquí.

Castabert sacudió la cabeza con gesto grave.

—No necesito un "pesado", necesito un diplomático. ¿Es usted diplomático?

—Cuando tengo que serlo.

—Eso espero. Permítame explicarle. Cuando abrimos a la tarde los muchachos son los únicos clientes y con ellos no hay problemas. Pero, más tarde, aparecen los snobs, los pretenciosos del Fauburg Saint Honoré y cuando se rozan con los muchachos, pueden surgir complicaciones. Eso es lo que usted debe evitar antes de que comience. Pero sin violencia, me entiende. Sin músculo. Los Grandes Boulevares no han estado de moda desde que mi abuelo cortó sus dientes de leche, de modo que es un milagro que estemos consiguiendo una clientela de primera y no quiero que se los ahuyente. ¿Está claro?

—Si. Entonces ¿tengo el empleo?

—Si lo desea por cien francos semanales. A prueba. Puede ser que más adelante...

—Está bien. Pero necesito que me pague dos semanas adelantadas. He empeñado mi único traje decente y estoy un poco atrasado con el alquiler de la pieza. Doscientos francos ahora mismo y todo arreglado.

Los ojos de Castabert se cerraron con fuerza. Se pasó una mano por el vientre pequeño y redondo como si lo hubiera atacado algún dolor.

—Así es —musitó— soy el árbol del dinero vengan a desplumarme —abrió los ojos—. Tendrá las dos semanas adelantadas. No sé por qué, pero hay algo en usted que me inspira confianza. Sé que soy débil, terminará cortándome la cabeza y robando la caja, pero correré el riesgo.

—Gracias. ¿Cuándo comienzo?

—Esta noche. Una última palabra.

—¿Sí?

—Manténgase lejos de las jovencitas que andan por aquí porque si alguna queda embarazada, estoy arruinado. Recuerde que a pesar de que son carnes negras y de que parecen piel y huesos, pueden ser fértiles como conejos.

—Lo recordaré —dije.

La primera noche de trabajo aprendí lo que Castabert quería decir al hablar de complicaciones. Hasta las once de la noche los clientes eran principalmente muchachos y todo anduvo sobre rieles. Después de esa hora un nuevo elemento entró en escena, un aroma nuevo invadió la entrada del club. Ahora en lugar de sentirse olor a transpiración joven y a gomina barata, el aire se llenó de la fragancia de visones húmedos, martas cibelinas y perfumes caros. Habían llegado los clientes del Fauburg Saint Honoré y conduje grupo tras grupo, flanqueados de hostilidad, hasta las banquetas escogidas. En camino los recién llegados captaban seguramente los comentarios que se hacían sobre ellos, pero a juzgar por sus caras inexpresivas o abiertamente divertidas, parecía no importarles.

Sólo una vez se modificó este esquema, cuando un joven engominado de rostro lleno de granos, anunció solemnemente: ¡Ah! el *Jet Set,* Crápula y Compañía. Un gordo de piel color masilla vestido de frac, vaciló amenazante, pero la rubiecita desenvuelta que lo acompañaba, le golpeó ligeramente el codo, instándolo a continuar su camino.

Observando este montón de gente ostentosa, se me ocurrió que en ellos encontraría el material para el tipo de obra que Madame Olympe, mi huésped y una ávida lectora de las páginas de escándalo, siempre me aconsejaba escribir y que el Club Barouf, como mis empleos anteriores, bien podría proporcionarme grano para el molino creador.

Hasta elegí de una mirada la heroína de la obra, una jovencita alta, delgada, de pecho amplio y regio porte, que en medio de esa gentuza se las arreglaba para parecer aislada y apartada de ellos. Era una morena de ojos increíblemente grandes y cálidos, azul zafiro, y estaba sentada en silencio cavilante, sin hablar y sin que nadie le dirigiera una palabra. Más tarde, al vislumbrar una alianza en su dedo, añadí un nuevo personaje a la obra: un marido, un zoquete que no sabía valorarla.

Como si la suerte lo hubiera dispuesto, antes de finalizar la noche tuve oportunidad de conocerla. Un mozo me hacía señas pidiendo socorro desde la entrada y al aproximarme encontré a la muchacha junto con la rubiecita que había presionado al gordo para que continuara su camino y a una multitud de jóvenes, todos en ardiente disputa por el uso del único teléfono público.

Se trataba de una discusión turbia. El joven del teléfono, un grandote de apariencia ruda, con un casco de motociclista colgando en la espalda, apoyado en la pared, con el auricular en la oreja, parecía estar acomodándose para una charla de unas pocas horas. Los compinches, con miradas torvas y sonrisitas tensas, fastidiaban a sus noviecitas haciendo comentarios en voz alta sobre los atractivos de la bella morena y las jóvenes —que sospeché eran las más peligrosas— parecían firmemente dispuestas a agarrarle de los pelos.

—¡Gracias a Dios! —dijo la víctima inminente cuando me presenté. Con un dedo señaló al muchacho del teléfono, que por toda respuesta la miraba de reojo—. Se hace el que está hablando, ¿comprende? y yo debo usar el teléfono urgentemente.

—Refréscate, Ana —dijo la rubiecita en voz más baja—, no es realmente tan importante. Seguro que Paul está perfectamente bien.

—Tal vez sea tan importante —se burló por detrás al oír esto una joven, una fornida Cleopatra—, quizá desea asegurarse que el hombre de sus sueños la espera cuando logre escurrirse de su marido dentro de un rato.

Otra jovencita observó despectivamente:

—Trató de pagarle a Andrés para que le diera el teléfono. Es de esa clase de gente que piensa que puede comprar todo lo que mira.

La Bella parecía sorda a estas provocaciones.

—¿No hay otro teléfono en este maldito lugar? —me preguntó nerviosamente y percibí por su acento, que no era francesa sino inglesa o americana. La muchedumbre hostil que la rodeaba tenía una doble razón para serlo.

—Puede llamar desde la oficina del dueño —contesté.

La mujer del guardarropa que observaba plácidamente desde detrás del mostrador, sacudió la cabeza:

—No hay caso, Castabert salió a comer algo y la oficina permanece cerrada hasta que regrese.

—Entonces quítele el teléfono a ese grandote fanfarrón —ordenó la muchacha—. Esto es increíble. Le digo que simula estar hablando.

Estaba notablemente pálida ahora. Parecía que iba a enloquecer de un momento a otro.

Me volví hacia el muchacho que tenía el teléfono.

—A ver, hijo, dame ese teléfono.

—*Allez vous coucher* —dijo fríamente—, lárguese. Entre usted y esa dama ladrando no me dejan oír ni una palabra. ¿Por qué no se mandan mudar?

Oí un gruñido amenazador en torno de mí. Estiré una mano hacia el joven, casi esperando que alguno de sus irritados compinches me diera por detrás un buen golpe en la cabeza.

—El teléfono —dije.

—Bueno, si lo quiere, venga, tómelo.

El individuo era fornido pero, después de todo, sólo un muchacho. Cuando me vio levantar el puño en forma harto significativa, empalideció y tragó saliva.

—¿Quieres que te mate, Andrés? —dijo alguien finalmente desde el silencio de respiración contenida que nos rodeaba—. Este fue luchador peso pesado. Déjalo, dale el maldito teléfono.

—Vamos, así cualquiera se atreve —acotó otro y Andrés haciendo alarde de que cedía sólo por complacerlos, me arrojó despectivamente el tubo.

Lo llevé a la oreja, oí el penetrante lamento de una voz femenina del otro lado del hilo y para total asombro de Andrés le devolví el aparato de la misma manera.

—Lo siento —dije a la morena—, realmente lo está usando, de modo que si a usted no le importa...

—¡Ah, esto es demasiado! —aulló la rubia y no cupo la menor duda de que ella sí era una parisiense nata—, volvamos a la mesa, Ana y veamos si podemos convencerlos de partir —y en excelente inglés añadió ásperamente— por cierto que no será este gran idiota quien te preste ayuda, te lo digo. No es mejor que al resto de esta chusma.

No pude resistir el devolverle la pelota.

—Si me permite terminar lo que estaba diciendo —le dije también en inglés—, hay un teléfono en esta misma cuadra, en la tabaquería. Acompañaré a la señora, si lo desea.

Por un momento la rubia pareció sobresaltada y luego más enojada que nunca. —¡Ah! ¿americano, eh?, si piensa que voy a retirar lo que he dicho porque usted entiende inglés...

—¡Por Dios! No tiene la menor importancia —interrumpió la morena —permítanme tan sólo hacer este llamado.

Estaba en la cabina telefónica y yo la observaba desde el mostrador de la tabaquería, envidiando al hombre que fuera su dueño, cuando la puerta del local se abrió con tanta fuerza que los vidrios casi vuelan en añicos. El gordo de la piel color masilla, con furia pintada en el rostro, entró dirigiéndose con paso firme al

teléfono. Golpeó los nudillos contra el vidrio, la muchacha se volvió y lo miró fijamente con odio declarado.

Aquí los dejé. Mi política era no inmiscuirme jamás en asuntos familiares.

2

ANTES de que terminara la primera semana en el Club Barouf, Castabert se complació en llamarme aparte y confesarme que estaba muy bien impresionado por mi capacidad en el trabajo y que, si continuaba así, mi futuro en el empleo sería realmente brillante.

—Tiene estilo suficiente para llevarse bien con la gente elegante —dijo—, pero, lo que es aún más importante, como usted comprenderá, es que los muchachos lo han convertido en una especie de héroe y que se portan bien cuando los snob andan por aquí. Por supuesto, esto también puede ser peligroso. Sólo tiene que descuidarse con alguna de esas imbéciles colegialas que lo rodean, adorándolo, y ¡listo! tenemos un pleito entre manos. Recuérdelo.

Le aseguré que así lo haría.

—Así lo espero tanto por mi bien como por el suyo —agregó.

Su admiración duró exactamente un día. La tarde siguiente, cuando llegué a trabajar, la empleada del guardarropa me dijo que “el jefe” quería verme en su oficina, tan pronto como llegara, y al decir eso se deslizaba lentamente el índice por la garganta.

—¿Qué pasa? —pregunté.

Se encogió de hombros.

—No sé, pero está que hierve, si yo fuese usted no lo dejaría demasiado tiempo levantando presión.

Aun así entré a la oficina con la conciencia tranquila. Encontré a Castabert sentado detrás del escritorio; parecía un trueno.

—Bien —dijo obviando los preliminares—, ¿en qué clase de lío se ha metido?

—¿Lío?

—Sí, lío ¿con la ley?; ¿Con una mujer quizá?, ¿Sabe lo que puede causarme un escándalo?, ¿No tengo derecho a enterarme de que el desastre se avecina antes de tenerlo sobre mí?

—Claro que sí, pero ¿qué tiene que ver eso conmigo?. No ando en líos con nadie.

—¡Ah! —dijo Castabert triunfante— ¿me puede decir entonces por qué andan investigando sobre usted?

—¿Investigando?

—¿Puede dejar de repetir mis palabras como un loro? Sí, están investigando. Esta tarde vino alguien a mi departamento, allí mismo a mi departamento, ¿comprende?, y me estuvo haciendo preguntas sobre usted.

—¿Quién era?

Castabert levantó los brazos en un trágico llamado a los cielos.

—¡Quién era!, pregunta esta criatura cuando eso es exactamente lo que yo le estoy preguntando a él.

—Y yo no tengo idea, ¿Le tomó el nombre?

—Sí, Marchat, Max Marchat, aquí está la tarjeta.

Leí la tarjeta y sacudí la cabeza.

—Un abogado —dijo Castabert, mirándome de cerca—, distinguido, buen mozo, obviamente muy rico; muy buenos modales pero por debajo un hueso duro de roer.

Sacudí la cabeza aún más enfáticamente.

—No lo conozco —insistí— por cierto que me gustaría conocerlo. ¿Me permite el teléfono?

En la tarjeta figuraba un número de teléfono. Marqué y me sobresalté al oír una voz metálica que respondía: “Esto es una grabación. El número que ha marcado está fuera de servicio. Esto es una grabación. El número...”

—Bueno, —dijo Castabert—, ¿qué pasa?

Le pasé el teléfono para que oyera el monótono mensaje. Escuchó, luego bajó el auricular gravemente.

—Muy curioso —comentó— ¿un chiste?, no, este tipo Marchat no es hombre de bromas. Un hueso duro. Un hueso muy duro créame.

Esa noche, ya en la cama, pasé un largo rato sin pegar los ojos, reflexionando sobre mi vida, preguntándome que habría en ella que pudiera llevar a un abogado a investigar deliberadamente sobre ella. A los dieciséis años, había huido de mi hogar en Nevada, dejando a mis padres librados a su guerra interminable. Y me alisté entonces en los Infantes de Marina, para cumplir el servicio militar, en la guerra aún más ruidosa que se desarrollaba por entonces en Corea. Pero mis padres ya habían muerto y al ser dado de baja mi foja de servicios mostraba que mi conducta había sido honorable de modo que eso no me daba la clave del misterio. Aunque a la tierna edad de veintiún años había soportado seis funestos meses de matrimonio en New York, mi ex esposa, según los últimos informes, estaba ya por el cuarto marido y no tenía ningún reclamo que hacerme.

¿Mi pasaporte? ¿Documentos de identidad? ¿Permiso de trabajo?

Todo estaba en orden, según mi saber y entender, pero ¿era posible que en algún lugar del camino hubiera prestado juramento a un falso testimonio y me hubiera hecho pasible de una sentencia de encarcelación? Esta era una idea idiota. Me apercibí de ello instantes antes de quedarme dormido, pero saber que se investigaba sobre mí, parecía hacer surgir naturalmente esas especulaciones.

Cuando me desperté, después de mediodía y abrí las persianas sobre el bullicioso Faubourg Saint-Denis, me encontré sacudiendo la cabeza por mi idiotez de la noche anterior. Todavía estaba ansioso por encontrar al abogado Marchat y descubrir en qué andaba, pero no tan desesperadamente ansioso como para pasar por alto el desayuno y un cigarrillo en el Café au Coin, de esa misma cuadra. Louis le Buc y otros parroquianos estarían allí a esta hora, tomando el aperitivo y me relamía con la idea de arrojar les mi misterio como tópico de conversación, antes de h a la oficina de Marchat para que me lo explicaran a mí. Las conversaciones sobre literatura o política en lugares como el Dome o Deux Magots eran tonterías comparadas

con lo que podían ser las charlas en el Café au Coin, cuando había asuntos personales para ventilar.

El Café tenía otros valores aparte de la conversación. A lo largo del Faubourg Saint Denis se alineaban buenos puestos de todo tipo ofreciendo alta calidad por bajos precios y si caminando por la cuadra se elegían dos naranjas y una salchicha para desayunar a la americana, Jeanloup, el dueño del café, exprimía las naranjas y asaba la salchicha gratis, siempre que se le pidiera una botella de vino.

De modo que, naranjas y salchicha en mano, me dirigí al Café au Coin con el versito del abogado Marchat. Allí encontré a Louis en una mesa de un rincón alejado y plañidero y con cara de circunstancias. Cuando le pregunté cómo se sentía, me dijo tristemente: —como si un gato me hubiera masticado. Dejé de fumar ayer y lo estoy pasando muy mal.

Estaba por prender un cigarrillo mientras esperaba que Jeanloup me preparara los comestibles, pero ante esto sacudí el fósforo.

—No, no —protestó Louis—. Enciéndelo hermano, disfrútalo. Esto es la verdadera prueba para mí, aguantarme mientras otro lo goza.

Entonces prendí el cigarrillo y después de observarme exhalar la primera bocanada, Louis se sirvió de mi paquete y prendió uno para él.

—¿La viste a la Olympe al salir? —preguntó.

Madame Olympe era la propietaria y *concierge,* una verdadera arpía de tradición.

—No.

—Bueno, anoche tuvo visitas preguntando sobre ti.

—¿Qué visitas? —inquirí con la desagradable sensación de conocer la respuesta de antemano.

—Un abogado de nombre Marchat. Cuando bajaba a cenar, vi la puerta de tu habitación abierta y me asomé. Allí estaban, él inspeccionaba la pieza como un sargento revisa las barracas y trataba de sonsacarle información sobre ti a la Olympe.

— ¿Y se lo permitiste?

—Más que eso. Se me pegó, para sonsacarme a mí también, de modo que le pude llenar los oídos sobre la nobleza de tu carácter. A propósito, ¿de qué se trata?

—Eso es lo que quisiera saber yo. Anoche Castabert me dijo que este mismo hombre había estado en su departamento, haciendo preguntas sobre mí.

—¿Puede tener algo que ver con esa colección de libros que tienes allí apilada? ¿Estás tratando de venderla?

—No, ¿por qué?

—Porque rastreaba en ellos. Olympe pensó que estarías tratando de venderlos y que se estaría cerciorando de que no fueran cosas robadas.

—Bueno, pensó mal. ¿Dijo algo sobre los libros el tipo?

—Si, dijo “Parece que nuestro peso pesado no deja de lado a los clásicos”. Parecía divertido.

—Yo no lo estoy. ¿Qué derecho tiene ella a permitirle la entrada al cuarto?

Louis se encogió de hombros.

—Le pidió que lo hiciera. Mira, viejo, no te imaginas. Ese Marchat puede llamar la atención hasta de un mozo del Lido con sólo mover el dedo. De todos modos no veo la necesidad de seguir dando vueltas. Me dio su nombre y dirección cuando se la pedí. Sólo tienes que buscar en la guía y llamarlo.

—Con la salvedad de que ya lo he hecho y que ese teléfono está desconectado. Lo que voy a hacer, es ir a la oficina inmediatamente después del desayuno y arreglar las cosas personalmente.

—No con este humor —me advirtió Louis— al menos no levantes presión hasta saber de qué se trata, hasta que te digan qué...¡Voy contigo para asegurarme de que no lo harás!

La dirección de la tarjeta de Marchat era la de un viejo edificio de la Place Vendôme, cerca de la entrada por la rue de la Paix; Max Marchat, abogado, de acuerdo a la chapa de bronce que había en el umbral, podía encontrarse en el segundo piso y hacia allá nos

dirigimos, por la empinada y crujiente escalera pasando por alto las cejas levantadas del portero, que se hallaba sentada tras su escritorio en la planta baja. En el segundo piso había dos puertas. Probé ambas, una vez cada una, primero, golpeando amablemente, luego ya decididamente y sacudiendo el tirador, pero las puertas permanecían cerradas.

El portero, hombre fornido y canoso, que parecía tan viejo como el edificio, apareció lentamente insultando y resoplando por la escalera; Al llegar arriba descansó unos minutos hasta que recobró el aliento.

—¿A qué viene todo este barullo? —pudo finalmente preguntar— ¿A quién buscan? ¿A Marchat?

—Al mismo —contesté.

El portero sacudió la cabeza con lástima.

—Bueno, —dijo—, si ustedes se hubieran molestado en preguntarme en el mostrador, nos podríamos haber ahorrado esta maldita trepada. Y no vale la pena sacudir la puerta de esa manera, porque nadie va a abrir. La oficina está cerrada para bien de todos.

—¿Cerrada para bien? ¿Pero dónde está Marchat?

—Eso es lo que le estoy tratando de decir, jovencito —gruñó el portero— Marchat murió hace un mes.

3

ROMA era mi madriguera en el momento en que conocí a Louis le Buc, pero el encuentro tuvo lugar en la arena de pugilato de Milán. Después de un turno, Louis vino a buscarme al vestuario para estrechar la mano y expresarme qué placer le producía conocer un luchador, que obviamente podría derribar un caballo con un sólo golpe.

—No sabía que todavía se hacían peso pesados como tú, grandote, —exclamó—. Hoy en día todos son bailes por alrededor y

boxeo velado. Es suficiente que el público grite mirando esas bombas de crema. Vamos a tomar un trago y te haré una oferta que no podrás permitirte rechazar.

Tenía ojos brillantes, pico largo, un gallito de riña con ropas raídas, una boina demasiado grande, un cínico frustrado, cuyas acidas maneras no podían ocultar una naturaleza inmensamente buena. Más tarde descubrí que usaba la boina tanto adentro como afuera, por la misma razón por la cual César llevaba siempre su corona de laureles: para ocultar una brillante pelada.

Su oferta, como surgió de una seguidilla de tragos, en un café de la Galería, era que yo lo adoptara como manager, regresar con él a París y establecerse en esa ciudad, donde el vino era bebible, la comida comestible y las mujeres, dispuestas o no, eran siempre divertidas. Entonces, como pocos lazos me unían a Italia y algunos de ellos pensaban ya en matrimonio, como mi manager americano extrañaba New York y me arreglaba con poca plata, me convertí en el “protegido” de Louis le Buc. No se me ocurrió jamás, al firmar con él, la idea de preguntarle si sabía algo sobre cómo se hace para promocionar luchadores o si entendía de lucha, lo cual comprobé muy pronto que no era así. Pero, aunque me lo hubiera confesado en ese entonces, hubiera firmado lo mismo. Las mejores amistades son aquellas que se encuentran por casualidad e intuitivamente uno sabe que allí hay un amigo verdadero. Así ocurrió con Louis y yo, en el momento en que estrechamos las manos en el vestuario de la arena de Milán.

Por un tiempo las cosas fueron bien en París, aunque la ignorancia de Louis en nuestro negocio fue un problema constante. Mi trompada era tremenda, era cierto, pero yo era una pizca demasiado lento para llegar a ser algo más que un muy buen luchador de club, a lo sumo y cualquiera de menor tamaño y mayor rapidez podía ocasionalmente dejarme planchado, antes de que yo tuviera tiempo de acercármele. Y Louis, que entendía tan poco de concertar peleas, como de *left hook,* tenía una tendencia a firmar contratos con personajes pequeños y rápidos, rechazando los

zánganos enormes, que son sólo peligrosos en apariencia. Entonces me miraba, agonizando en su rincón, sufriendo cada trompada conmigo, mientras su palidez se volvía más verdosa en cada round.

—Suficiente —decía mientras los segundos reparaban los daños — te harán picadillo antes de acabar, serás un inválido de por vida, yo tiro la toalla. —Y un par de veces la tiró, en efecto, convirtiendo lo que podría haber sido una victoria eventual, en una derrota absoluta.

Pero con todo, lo “pasamos muy bien, por un tiempo, ganando dinero honestamente, gastándolo un poquito más rápido de lo que lo ganábamos, compartiendo las diversiones de la pensión de Madame Olympe, donde estábamos como en casa, entre los mozos de los café, burreros, vendedores de lotería y empleados de baños que habitaban el lugar, hasta que llegó el día en que empecé a perder más peleas de las que ganaba. Al fin, fue el mismo Louis el que me obligó a “tirar la toalla” en mi carrera.

—Ya la hiciste, muchacho —me explicó— tal vez tú puedas seguir aún más con esto pero yo no puedo. Es el momento de retirarse y comenzar a escribir esos libros que siempre quisiste escribir, mientras estás todavía de una sola pieza y mientras yo no sea un completo náufrago emocional. Y si tu éxito literario no es total, ya nos arreglaremos de algún modo.

Y así lo hicimos, porque Louis en apuros se las arreglaba siempre para encontrar el modo en que uno u otro pudiéramos hacernos de algunos francos. Le gustaba señalar que por alguna buena razón, su verdadero nombre hacía tiempo que había pasado al olvido en el Faubourg Saint-Denis y había sido reemplazado por el título de le Buc. Esto no tenía relación alguna con apuestas de jugadores de caballos locales, sino que surgió cuando, como joven brillante, caminaba todas las mañanas de la temporada turística hacia la librería Brentano situada sobre la Avenue de l’Opera, donde se atesoraba una elegante colección de pornografía en inglés, compraba un libro a elección por doce o quince francos y regresaba hasta el vecino Café de la Paix, donde lo vendía por cincuenta francos a algún turista mal pensado e informado.

—Podría haber hecho una fortuna de esa manera, si no se hubiera metido la policía, a arrebatarme las ganancias, —se quejaba pensativo— era sólo un libro por día y nada más. Tengo tu misma debilidad muchacho, una vez que tengo en el bolsillo para pasarla bien en los cafés por el resto del día, me figuro que el mañana ya se proveerá a sí mismo. Los café han sido mi ruina. Los café, la charla ociosa y las mujeres ambiciosas y hermosas. Pero el negocio de los libros era lo que yo denomino una buena operación. Un gran reembolso con una pequeña inversión, todo estrictamente dentro de los términos legales ¡Malditos sean, esos policías carneros!

En realidad, como llegué a comprobar, ninguna de las mujeres de Louis pertenecía a la sección de mujeres fatales, sino que todas eran secretarias o vendedoras, trabajadoras y alegres, generalmente unos veinte años menores que él, que comenzaban sintiendo sólo una atracción y terminaban adorándolo.

—Porque —como una vez él me señalara— saben que soy todo oídos cuando me hablan, que me intereso en cualquier cosa que tengan que decir. Y de todas las cosas que una mujer espera de su amante una vez fuera de la cama, esa es la más importante.

Cuando la última de Louis, una rolliza pelirroja que trabajaba como dactilógrafa en el Ministerio de Comercio, ávida lectora de misterios, se enteró sobre el asunto de Marchat, me hizo saber ansiosamente que no sería ninguna molestia para ella obtener un expediente sobre Max Marchat. Y como esto significaba hacer algo al respecto, en lugar de preguntarme en vano y con irritación, acepté agradecido la oferta de Veronique.

Louis había arreglado programa doble para mi primera noche libre. Esa noche Veronique trajo el expediente *y* mientras esperábamos que mi pareja se reuniera con nosotros en mi habitación, ella, Louis y yo lo leímos todo, palabra por palabra. No ofrecía ni la más leve clave de por qué alguien podía desear adoptar la identidad de Max Marchat y emprender una investigación sobre mi persona.

El informe era correcto y respetable. Max Marchat había concurrido a una buena escuela, ejercido derecho en París, encabezado una comisión investigadora, en Argelia, durante los disturbios de 1960 por lo cual el gobierno lo había condecorado y había retomado la práctica forense en París donde había muerto a la edad de sesenta años como resultado de una caída en las escaleras de su oficina. Su esposa había muerto diez años antes y no tenían hijos.

—¡Qué informe! —dijo Louis— obviamente aquí hay un hombre que debe ocupar hoy el rincón más aburrido del Paraíso.

—Sin embargo el asunto ese de la muerte a raíz de una caída por las escaleras —apuntó esperanzada Veronique, adicta a misterios—, ¿no podría significar algo?

—¿Cayó o lo empujaron? —se burló Louis—, no, mi querida que alguien mate a Marchat, para hacerse pasar por Marchat y lucirse con alguien que ni siquiera conoció a Marchat, eso sería el grado más alto de locura.

—Si, es cierto —convino Veronique prontamente—, puede que esa sea la respuesta. Algún chiflado quiere atormentar a Reno.

—Con la diferencia —acoté— que según esta descripción se trata de cualquier cosa menos un chiflado.

Estábamos todavía ocupados con el tema, cuando finalmente mi compañera, Eliane Tissou, llegó disculpándose de mil modos por haberse atrasado. Había tenido que quedarse otra vez después de hora, pero así era la vida en la Compagnie des Gants durante la temporada, *n’est-ce pas?*

No le fue difícil obtener nuestro perdón porque como el mismo Louis, a quien no le gustaba mucho tener que admitir, era la cosita más linda del Décimo Distrito. Y tenía de yapa esa deliciosa volatilidad de una botella de champagne recién abierta. Hacía dos años que dormíamos juntos cuando teníamos ganas pero el matrimonio era algo que ambos evitábamos cautelosamente. Para mí: una vez, vencido; dos veces, prudente. Para Eliane, burguesa

hasta la médula, casarse con un hombre que se negaba a hacer algo de sí mismo, quedaba fuera de consideración.

De modo que por el momento llevábamos una relación cómoda. Yo permanecía sin reformarme, ni arrepentirme *y* Eliane, con los ojos bien abiertos por si aparecía algún hombre dispuesto a una buena y completa inversión matrimonial. Por mi parte el aspecto más frustrante de la relación era que ella, la única de las seis hermosas hijas del carnicero Tissou, que aún permanecía soltera, viviera todavía, "como se debe", con papá y mamá. Esto significaba abandonar una y otra vez una cama caliente, al romper el alba, para llevar a Eliane hasta su casa, por una vía indirecta. En el vestíbulo del último piso de la pensión había una casilla con una escalera que conducía al techo. Atravesando los techos vecinos por una salida de incendio, Eliane entraba directamente en el departamento sobre el local de la carnicería. Indirecto pero necesario, considerando el desquite de papá Tissou si se llegaba a enterar en qué andaba su hija.

Después de disculparse y ser perdonada, comentar extensamente sobre el vestido nuevo de Veronique y su peinado; explicar a velocidad de ametralladora como era la vida en la Compagnie des Gants, Eliane, parisiense nata, deseaba ahora saber cuáles eran los planes para la tarde, porque si Reno pensaba gastarse el sueldo de la semana...

—Tranquila, nena, —la interrumpió Louis— que todo esto corre por mi cuenta. La cosa es así. Primero paramos en el Café au Coin para entonarnos un poco, luego vemos la última de Cary Grant y para finalizar, tratamiento de .lujo en el Bourneville. ¿Qué te parece?

El Bourneville era un café del Boulevard, que en comparación con los otros café, era como comparar el Club Barouf con el resto de las *discotheques.* Era un lugar gigantesco, con entretenimiento y una sección de lujo con manteles muy almidonados y una cena con *prix-fixe.*

—Me parece espléndido —se pronunció Eliane— después de todo es tu turno y necesito algo así que me anime. Este asunto de

Reno y el abogado muerto me tiene los nervios de punta. En la oficina, me paso esperando que algún desconocido entre diciéndome que es Max Marchat y me pregunte qué es lo que sé yo sobre Reno. Cada vez que golpean la puerta, salto en el aire como un cohete; es absolutamente desesperante.

—Tampoco es divertido para Reno —apuntó Louis sin demasiada amabilidad—. Ahora, qué les parece si nos ponemos en marcha antes que sea demasiado tarde para el cine.

Ponerse en marcha significaba esperar mientras las chicas se atropellaban frente al espejo, retocando maquillajes impecables. Mientras estaban en esto resonó la voz de Madame, desde la planta baja.

—Teléfono, Monsieur Reno, Monsieur, el teléfono.

—No contestes —aconsejó Louis—, tengo el presentimiento de que es Castabert diciendo que hay lío en el Club y estás a punto de perder tu noche libre.

—Ya lo sé —mascullé— tengo el mismo presentimiento.

Pero como necesitaba desesperadamente mi trabajo, tal como era, troté disgustado escaleras abajo hasta el vestíbulo donde estaba el teléfono. Cuando levanté el tubo no me saludó el agudo quejido de Castabert. Era la voz profunda y bien modulada de un total desconocido.

—Monsieur Davis —dijo— no nos conocemos, pero mi nombre es de Gonde, Claude de Gonde. Lo llamo por un asunto de gran importancia para usted, eso es si usted considera importante que le ofrezca un puesto excelente y bien remunerado.

—Un momento —lo interrumpí con voz aguda—, ¿por casualidad le resulta familiar el nombre Max Marchat?

—Sí. Le explicaré eso cuando nos encontremos.

—¿Por qué no ahora mismo?

—Porque soy solamente un comisionado para esta gestión, una tercera parte. Preferiría que nos reuniéramos todos antes de dar ninguna explicación. Pero en realidad nada de esto es tan desconcertante como usted lo hace aparecer. Se trata de un trabajo

que le va a redituar mucho más que el Club Barouf, por una tarea mucho más agradable y también honesta. No le estoy pidiendo que haga contrabando de diamantes, ni nada por el estilo.

—Confío en su palabra. ¿Qué me pide que haga?

De Conde titubeó:

—No tenía intención de entrar en detalles en este momento, pero aparentemente debo hacerlo. Mi cliente desea que se haga cargo de la instrucción de su hijo, en algunas materias escolares no demasiado difíciles. El niño tiene nueve años y puedo asegurarle que es encantador. ¿Disipo con esto sus sospechas?

No sólo me disipaba algunas dudas sino que más bien me sugería que nos hallábamos ante un caso de estrepitosa confusión de identidades.

Al hacérselo saber a mi interlocutor, éste me respondió :

—Pero, ¿porque habría de pensar eso?

Su voz era la de alguien que se siente insultado.

—Monsieur de Gonde, porque esa no es mi línea de trabajo, usted debe tener presente algún otro Davis, probablemente alguien ligado a la Universidad.

—No, no es así. He estudiado exhaustivamente sus condiciones y las he hallado totalmente satisfactorias. La única cuestión pendiente sería cuándo nos podemos reunir.

—Me temo que hay otro asunto que arreglar antes que ese —dije cauteloso— y es cuánto me van a pagar.

La voz se tornó ahora totalmente glacial.

—Monsieur Davis, como buen americano le gusta arreglar negocios por teléfono, a mí, no.

—Eso es un inconveniente porque comprenderá que si no me pagan lo suficiente, como sospecho, no tiene sentido reunirme para hablar de ello.

—¡Ajá! —contestó de Gonde— bueno, en ese caso puede que le interese saber que lo que se ofrece son tres mil francos mensuales —y agregó entonces con malicia picante— ¿piensa que el sueldo será satisfactorio?

Quedé estupefacto. Aun en los Estados Unidos se podía llevar una vida holgada con esa suma equivalente a sesenta dólares mensuales. La manera en que yo vivía en París me permitiría depositar en el banco la mayor parte de ese dinero el mismo día del cobro y en un año acumular suficiente capital como para pasar luego un largo período de oro en completa libertad. Luego puse los pies sobre la tierra. Era demasiado bueno para ser verdad. Seguramente habría una trampa.

—¿Tres mil por mes? —pregunté para asegurarme.

—Sí.

—Muy bien, lo acepto.

—Pensé que así sería. ¿Pero está seguro que no desea conocer a mi cliente y a su hijo antes de tomar una decisión? Como le dije, el chico es realmente un encanto, si bien de a ratos se pone difícil, pero su madre puede llegar a ser muy complicada.

—¿No lo son todas las madres, acaso?

—¿Qué? ¡Ah, sí!, pero ésta, bueno no es necesario entrar en eso ahora. Doy por sentado que usted será capaz de resolver cualquier problema que surja.

—Está bien.

—Entonces restaría arreglar sus asuntos con el Club Barouf. El dueño es lengua larga, de modo que estoy enterado de que usted está en deuda con él. ¿Doscientos francos, no? Pero no tiene por qué preocuparse, me ocuparé de eso inmediatamente y mañana por la mañana, le mandaré el auto a las nueve de manera que pueda comenzar sus nuevas actividades sin dilación. ¿Está de acuerdo?

—Si. Pero que usted le pague a Castabert...

—Np, no piense más en eso. Hasta mañana, entonces.

Colgué aturdido y recién entonces me alarmé al darme cuenta que tal vez el que me había llamado no era el tal de Gonde, como tampoco había sido Marchat, que no me había dejado dirección alguna y que todo esto podía ser un movimiento más de este juego macabro que se estaba tejiendo a mi alrededor.

En la guía que encontré bajo el teléfono, hallé el apellido de Gonde, pero eso no significaba nada. Claude de Gonde, rue de Courcelles. Marqué el número listo para oír una voz metálica diciendo que era una grabación y que el número estaba fuera de servicio, pero casi de inmediato oí la voz de de Gonde del otro lado del hilo.

—¿Monsieur Davis?— dijo antes que yo tuviera tiempo de decir una palabra.

—Si —respondí, descubierto.

—Estaba esperando que llamara. Ahora que se aseguró de que existo, buenas noches, Monsieur. El auto estará en la puerta a las nueve en punto.

Sea lo que sea pensé cuando me colgó abruptamente, debe ser un magnífico jugador de ajedrez.

Subí las escaleras, trepando de a dos los escalones y casi incoherentemente di las noticias a mis amigos. Uno de ellos no respondió con entusiasmo: Louis, que sacudió la cabeza con displicencia y dijo que no le gustaba como olía la cosa.

—¡Oh, la, la! —saltó Veronique alegremente— son los celos.

—¿Celos? —respondió Louis con voz afligida— ¿crees que si tuviera un sólo pelo de celoso te llevaría a ver a Cary Grant?

—Dejemos los chistes de lado —intervino Eliane—, por lo menos ahora sabemos quién era la persona que se hacía pasar por Max Marchat.

—¿Y quién es? —protestó Louis y me miró ceñudo— admite que es demasiada plata para ese trabajo. Y fíjate cómo arreglaron. ¿Dónde has oído que se haga una intriga semejante para tomar un preceptor para un niño?

Tenía razón, por supuesto. Pero si darle la razón me iba a costar tres mil francos mensuales, prefería mantener mis ojos bien cerrados.

EL auto que se detuvo delante de la pensión exactamente a las nueve de la mañana, era una magnífica limusina Mercedes Benz, de color gris. El chofer, un hombre de rostro duro y correoso de unos cincuenta años de edad, vestía librea gris.

—Soy Georges Devesoul —se presentó brevemente, cuando le dije mi nombre. Con el pulgar me indicó el asiento detrás del suyo—. Vamos, están esperando.

Al doblar el auto en la esquina, pasando por el Are de la porte Saint-Denis, carcomido por el tiempo, Arco de Triunfo de los pobres como lo había llamado Louis en una oportunidad, una idea se me presentó repentinamente en la cabeza.

—¿Usted es el chofer de Monsieur de Gonde, no es cierto? —pregunté.

—Sí.

—¿Es su hijo el que va a ser mi pupilo?

—Su sobrino, el hijo de Madame de Villemont, ¿no le dijo?

—No.

—Se trata de él. Un caso ese también. Terminará tan loco como su madre si ella se ocupa —comentó con amargura.

—Monsieur de Gonde me insinuó que ella es un problema.

Georges hizo una mueca.

—Problema, es una palabra bien livianita para alguien que tuvo que pasarse una temporada en Charenton. —Eso era un manicomio. Las palabras de advertencia de Louis resonaron en mis oídos. Por primera vez desde el llamado de de Gonde comencé a preguntarme si no debiera haber mirado antes de saltar.

—¿Tan mal?, —pregunté.

—Sí, tan mal. Tuvo problemas enormes y no pudo resistir. Es débil de carácter. No tiene médula.

—¿Qué clase de problemas?

—Supongo que de los peores para una mujer. Su marido era oficial en Argelia, un hombre espléndido, uno de los mejores que he conocido, yo era su asistente allí. Estaban siempre pendientes uno del otro, como una pareja de mieleros. Entonces esos hediondos

revoltosos argelinos se volvieron contra él. Una mañana la señora lo despide con un beso cuando se va. Dos minutos más tarde una bomba arrojada dentro del auto lo hizo pedazos ahí mismo, en la calle, frente a sus ojos.

— ¡Dios mío!

—Entonces cuando nos mudamos a París —continuó Georges muy serio—, se metió en un lío con un joven que quiso meterse con ella, un tipo realmente atrevido, cuando ella lo puso en su lugar él se suicidó. Se ahogó en el río. Así es todo con ella. Tiene cincuenta millones de francos en el banco y todo lo que compra parece ser mala suerte, y lo sabe. Por eso se trastornó. Si no hubiera sido por la familia probablemente la hubieran encerrado a esta altura.

Me preguntaba por qué Claude de Gonde habría pensado que yo era la persona indicada para lidiar con una psicòtica.

—¿Monsieur Claude vive cerca de Madame de Villemont? —pregunté esperanzado.

—Viven todos juntos. La familia entera, menos la abuela, es decir, Madame Cesira. Ella dice que no aguanta el mausoleo en _que estamos nosotros y tiene su departamento en la Île Saint Louis.

— ¿Mausoleo?

Georges gruñó.

—Salimos de Argelia apurados cuando todo estalló, y esta casa fue el único lugar amueblado cerca del Pare Monceau, suficientemente grande para toda la partida. La mitad de los colonos ricos del Norte de África, tomaron el mismo rumbo, pero nosotros fuimos los que nos clavamos con esta maldita pila de piedras.

Colonos. El finado Max Marchat había encabezado una comisión investigadora en Argelia en 1960, de manera que se habría relacionado con los colonos importantes, los antiguos pobladores franceses que eran virtualmente los dueños del país. Esto explicaría la conexión entre él y de Gonde, aunque no por qué de Gonde había elegido hacerse pasar por Marchat en el asunto mío.

Esto me dio algo en qué pensar mientras avanzábamos. Georges se mantenía bien callado, como arrepentido de haber hablado tanto.

Si se desea hacer un viajecito rápido a través de la escala económica ascendente, no hay nada mejor que tomar hacia el Oeste por los grandes boulevares. La vecindad de la Porte Saint Martin y de la Porte Saint-Denis es un sector de clase baja, andrajosa; a continuación, a lo largo de varias cuadras se ve una sucesión de teatros y cines con luces de neón y cafés ostentosos como el Bourneville, pasando la Ópera una zona de locales para clase media, donde los hitos son Macy's, Gimbels de Paris, Galeries Lafayette y au Printemps. Finalmente se alcanza el clímax al entrar al lujoso mundo de la clase alta en la Plaine Monceau.

En la rue de Courcelles, Georges abandonó el boulevard y detuvo el coche frente a un enorme edificio de piedra que había a mitad de cuadra. Estaba rodeado por una alta pared y el enorme arco del umbral estaba franqueado por una puerta de madera, sólida como para repeler un ejército invasor.

Georges descendió del auto. Su figura fornida de amplio tórax y piernas combadas se movía con la poca gracia de un simio. Abrió la puerta con la llave, pasó al interior y desde allí tironeó del portón para que se abriera. Regresó al coche y lo condujo hasta el patio.

—Bueno —dijo echándome de reojo una mirada socarrona—, ¿qué le parece?

Él sabía lo que me parecía sin necesidad de que se lo dijera. El edificio parecía una fortaleza cortada en la roca, era así de grave y despojado de ornamentos. Rodeaba el patio adoquinado por tres costados y las filas de ventanas me miraban como si fueran ojos fríos y hostiles, que todo lo ven. El tamaño, la extensión descomunal de esa fachada severa resultaba abrumadora.

—¿Por qué tan grande? —pregunté—, ¿cuántos son en la familia?

—Bastantes, Madame de Villemont y el chico tienen un departamento, Monsieur Claude y Madame Gabrielle, que es la hija mayor de Madame Cesira, tienen otro. Monsieur Edmond y Madame Matilde, la hija menor de Madame Cesira, tienen también otro. Con ese van tres departamentos grandes como para un regimiento cada

uno, como para mantenerse bien lejos uno de otro. Luego está Bernard Bourdon, el secretario privado de Monsieur Claude, un verdadero dolor de nuca, a quien le gusta tener lugar para él. Y arriba en el último piso, bajo el alero, están las habitaciones del personal permanente. Ahora somos ocho, .cuando se mude usted seremos nueve.

—¿Mudarme?, ¿quiere decir que se supone que yo viviré aquí?

—¡Diablos! ¿Por qué no?, Si se va a encargar del chico.

—Como preceptor, no como niñera.

Georges escupió con fuerza en el suelo.

—Vaya —dijo fríamente—, no me va a decir que usted realmente se imaginaba recaudar tres mil francos mensuales por sentarse con el chico y los libros dos horitas por día. No es fácil estafar así a nadie, ni siquiera en América.

Elevé mis ojos hacia las pétreas, silenciosas paredes que me rodeaban, y de repente el ronco, bullicioso, cálido Faubourg Saint-Denis pareció estar a años luz de distancia, el pequeño Café au Coin lleno de humo, más deseable que Maxim's, el paupérrimo Are de la Porte Saint-Denis más hermoso que el Arc de Triomphe.

¡Pero tres mil por mes!

Al entrar a la mansión me encontré en una vasta rotonda grande como un circo, cuyo cielorraso era el techo mismo del edificio, tres pisos sobre mi cabeza. A ambos lados había puertas abiertas que descubrían una sucesión de espaciosas habitaciones y delante de mí había una ancha escalera de mármol que subía hasta el rellano del segundo piso, sostenido por columnas.

—En esa ala —me señaló Georges— están, el gran salón, el salón de baile, el conservatorio. En la otra ala el comedor de las grandes ocasiones, la gran galería, cuadros y demás, luego la biblioteca y la sala de juego. Al final está el salón de conferencias usado para grandes reuniones de negocios.

—Una cosa para recordar, no merodee por las puertas cuando hay una reunión de directorio.

—Nada de clientes.

—Nada de clientes, nada de intromisiones. Esos capos de las compañías dividen el pastel entre ellos, no entre usted y yo. Ahora pasando por esta puerta, detrás de la escalera y tomando derecho por el pasillo llegaremos a la cocina.

El pasillo angosto y de techo bajo estaba interrumpido, cada tanto, por puertas de acero que parecían recién instaladas.

—Cuartos de depósito —contestó Georges en respuesta a mi interrogante mirada—, y éste es el salón de armas donde se guarda todo el equipo de caza. Es también el taller de reparaciones, así que si oye a alguien golpear como un herrero, ya sabe por qué es. Y aquí mismo está la cocina.

La cocina parecía tener capacidad para servir a un batallón de gourmets sentados. Reunidos alrededor de una larga mesa había algunas personas comparando, desganadamente, una colección de billetes de lotería con la lista de los números ganadores en un matutino. Uno de los esperanzados, una matrona de ojos pétreos, resultó ser no sólo la actual ama de llaves, sino, también la esposa de Georges, Madame Thérèse. Cuando Georges me la hubo presentado, ella a su vez me presentó al resto del personal. Una de ellas, una joven doméstica de pelo batido y figura desbordante, me ojeaba con marcado interés hasta que Madame Thérèse le dio unos coscorrones en la frente, comentando ácidamente:

—Obviamente, nuestra Jeanne Marie no ha visto un hombre en su vida, pobre despojada.

A pesar de eso fue Jeanne Marie la encargada de conducirme al departamento de Monsieur Claude, donde esperaba la familia y mientras la seguía a través de los pasillos me preguntaba cuánto me llevaría aprender mi camino en ese laberinto.

Nuestro destino resultó ser una puerta de hierro forjado que contenía el tradicional ascensor francés, un cajón donde escasamente cabían dos pasajeros.

—Por aquí, buen mozo —dijo Jeanne Marie señalándome el interior con la mano. Se reunió conmigo sin hacer el más mínimo esfuerzo para mantener distancia entre nosotros.

—De modo que viene a trabajar en la guardia psiquiátrica —me azuzó, mientras el ascensor iniciaba un quejoso ascenso con rechinar de viejas cadenas, y yo le preguntaba:

—¿Tan mal está?

—Lo verás tú mismo, ¿Cuándo es tu día franco?

—Todavía no me lo han dicho. Dime de paso ¿Cómo es Madame de Villemont?

Jeanne Marie frotó suavemente su cadera contra la mía.

—Es como alguien que da ideas a gente a quien debería conocer más.

—¿Qué quiere decir eso?

—Nada. Que no te hagas ideas sobre ella como ese último personaje que tenían encargado del chico. Así no tendrás que ir a ahogarte al viejo, sucio, río. Sería un desperdicio terrible muchacho...

De manera que se trataba del último preceptor del niño quién se había suicidado por Madame de Villemont. Difícil de creer que en esta época práctica, los hombres fueran aún capaces de cometer esas estupideces, pero si había un lugar capaz de inspirarlas, ese era seguramente este lúgubre castillo de la rue de Courcelles.

El ascensor se detuvo pero Jeanne Marie permaneció en su lugar, apoyándose ardientemente contra mí, el rostro expectante vuelto hacia arriba. En lugar de aprovechar el momento, empujé la puerta por encima del hombro. Si me quedaba en el trabajo ya habría tiempo para esos juegos.

Jeanne Marie se corrió bruscamente y me dirigió una mirada avergonzante:

—*Tiens* —dijo meneando la mano con un gesto maravillosamente expresivo—, *un zozo des zozos.* Entre gestos y palabras lo que quería decir es que yo era el inocente más acabado entre los inocentes y que Dios tuviera misericordia de los que malgastaran sus buenas intenciones conmigo.

El ascensor llegaba hasta un pasillo que corría a lo largo de todo el edificio. Era imposible decir qué se veía desde las ventanas alineadas en una pared, ya que estaban completamente vestidas por

colgajos de terciopelo rojo pálido. Las paredes también estaban cubiertas con el mismo material; las sillas y taburetes arrimados contra ellas eran desanimadoramente feas y la iluminación proveniente de unos brazos dorados enmohecidos era pálida y sombría.

En realidad, el efecto era de un pasillo de pesadilla, el lugar apropiado para que una mujer neurótica arrasada por la tragedia, caminara alimentando sus amargos recuerdos. De pronto se me ocurrió que realmente no sabía si Madame de Villemont circulaba por este corredor o estaba recluida en su departamento, o aún más, en cama.

Debía estar preparado para todo al encontrarme con ella.

Por lo tanto me acoracé contra todo tipo de sorpresas. Jeanne Marie golpeó la puerta y me anunció. Se le dio orden de entrar y hallé entonces que no había previsto la sorpresa que me aguardaba allí.

De toda la concurrencia allí reunida, lo primero que vieron mis ojos fue la muchacha del Club Barouf, la aturdida americana a quien yo había rescatado de sus atormentadores, la misma noche que empezaba a trabajar allí. En ese instante de lucidez, supe quién era Madame de Villemont.

5

SUPE que ella era Madame de Villemont, porque tenía que ver con lo que había venido ocurriendo desde nuestro primer encuentro, y porque estaba sentada, muy erguida, en una silla de respaldo recto, decididamente apartada de los demás, con las manos firmemente tomadas sobre la falda, los ojos ensombrecidos de recelo. El aspecto general de la escena sugería que ella, problema de la familia, estaba en tela de juicio.

También reconocí a sus compañeros en el Club Barouf, aquella atrevida rubiecita y el hombre de rostro hinchado y agrio sentados en ambos extremos de un diván. Cerca una mujer de anteojos, de aspecto agradable y maternal, con un bordado entre las manos, se hundió en las profundidades de un sillón bien relleno y encaramado en el brazo estaba un joven de rostro suave, bonito, casi de niña y una expresión muy arrogante como de quien huele algo malo.

Si ellos parecían un tribunal en juicio, el hombre que me encaraba desde el otro lado del salón, con las piernas separadas, brazos cruzados a la altura del pecho, podía considerarse el juez. Tan flaco como el hombre del diván era gordo, sus labios fríos, apretados con fuerza, pálidos aun en contraste con su piel cetrina, la mandíbula firme y los ojos equilibrados. El aire palpable de autoridad de alguien nacido para mandar. Tuve la seguridad de que ese era Claude de Gonde.

Cuando Jeanne Marie abandonó la habitación, fue él quien me presentó a los reunidos y encontré que había acertado en mis conjeturas. El mismo era Claude de Gonde y la mujer, de anteojos con el bordado, era Madame Gabrielle de Gonde. La pareja del diván eran Edmond Vosiers y Madame Matilde Vosiers. Las dos mujeres, como yo ya sabía por lo que Georges, el chofer, me había dicho, eran las hijas de la "Superiora" de la familia, Madame Cesira, que aparentemente era el único miembro ausente en los procedimientos. Finalmente el arrogante Bernard Bourdon, secretario privado de Monsieur de Gonde, quien respondiendo a mi saludo murmuró:

—*Enchante* —y me examinó lentamente de arriba abajo con el aire de un conocedor. Comprendí entonces porque Georges me había hecho esos comentarios disgustados sobre él.

En cuanto a mi patrona Madame Anne de Villemont, al hacerle una leve y casi torpe inclinación, no pronunció una palabra. Sólo levantó la barbilla con gesto regio como Nefertiti de Egipto al tomar conocimiento del homenaje de un campesino frente al trono. Me picó, pero me advertí mentalmente a modo de bálsamo para ese tipo de

heridas, que ganaría tres mil francos por mes. Algo más, me ayudó a mantenerme en calma. Fue que ella también se estaba reprimiendo intensamente y que por debajo de su altivez había una tensión casi incontrolable qué parecía lista a estallar. A su alrededor se formaba una aureola de electricidad, tan fuerte en su tipo, como la sensación de autoridad que emanaba de Gonde.

Toda la habitación estaba cargada de esta sensación de tirantez. Los modales abruptos de de Gonde, la manera en que Madame Gabrielle me observaba desde su sillón, con su aguja de bordar suspendida en el aire, un repentino e intenso carraspeo de Vosiers que le valió que su esposa le lanzara una mirada airada, todos parecían tener los nervios de punta.

De Gonde no estaba de humor para derrochar palabras conmigo, me hizo saber que Madame de Villemont se había impresionado por mi tacto y decisión para manejar una escena desagradable en el Club Barouf y que consideraba que podía ser la persona indicada para conducir a su hijo, huérfano de padre, que estaba a su cargo. Sucedía que el niño era de una inteligencia poco común, extremadamente sensible pero muy mal encaminado emocionalmente. Encantador pero inestable.

—Histérico —acotó Vosiers— pegado a las faldas de la madre. Imposible separarlo sin descoserlas.

——Es sólo un niño —le recordó severamente Madame Matilde —, y ha pasado ya por muchísimas vicisitudes.

De Gonde cortó esto con un gesto perentorio.

—Lo que nos ocupa ahora es la cura, no la causa de la enfermedad.

Se dirigió nuevamente hacia mí.

—Y la cura puede basarse en ser supervisado por un hombre deportista capaz, con una cantidad lógica de paciencia y comprensión. Madame de Villemont también es americana como usted y considera que tal vez los métodos americanos...

—Yo no conozco método alguno —dije llanamente. Me parecía que era de esas personas con las cuales se puede hablar sin rodeos

y la respuesta me dijo que lo había calibrado correctamente.

—Entonces deberá improvisar y usar el sentido común. En cualquier circunstancia tendrá un criterio acertado. ¿Desea preguntar algo más?

—Sí. ¿Por qué se hizo pasar por Max Marchat cuando me buscaba?

—Porque no quería tenerlo encima si el asunto no salía. Me presenté como Marchat a Monsieur Castabert para ocultar mi identidad y evitar eso.

—Ese Castabert —señaló la atrevida Madame Matilde arrugando la nariz en señal de disgusto— un personaje tan obscuro. ¿Cómo pudo aguantarlo?

—Era mi trabajo Madame —respondí. Lo que no le dije fue que cuando fui a tratar, Castabert me había invitado a sentarme, tomar un café y prender un cigarrillo, no como en el caso presente en que permanecía parado ante ellos, sombrero en mano. Por primera vez en mi vida pude apreciar realmente lo que sentían los sirvientes en las casas a la antigua, donde se suponía que no tenían sentimientos. Vivir aquí iba a ser una experiencia reveladora.

—Otra cosa —dije a de Gonde—, Me han dicho que se supone que he de vivir aquí mientras esté a cargo del niño. ¿Es necesario eso?

Entonces, finalmente Madame de Villemont tuvo algo que decir.

—Sí, —manifestó lisa y llanamente— es necesario.

Me volví a ella suplicante.

—Pero podría arreglarse de alguna manera.

—Para que Madame de Villemont tenga la libertad de ir y venir —intervino la matronal Madame Gabrielle—, usted debe estar con el chico la mayor cantidad de tiempo posible. Verá que cualquiera de las habitaciones del piso alto que elija le resultará muy acogedora.

—No.

Madame de Villemont se puso de pie y permaneció en esa posición aferrándose al respaldo del asiento con ambas manos.

—Ocupará la habitación vecina a la de Paul en mi departamento.

Todos los rostros se volvieron incrédulos hacia ella. Fue el recio Edmond Vosiers quien se recobró primero.

—¡Imposible! —explotó—, fuera de discusión. ¡No lo toleraré!

—Debe estar cerca de Paul —dijo Madame de Villemont— convinimos en eso, todos estaban de acuerdo.

—Pero no en que tengas un hombre viviendo en tu propio departamento —intervino Madame Matilde. Su voz reprobaba con solemnidad pero vi que sus ojos tenían un malicioso brillo burlón.

—¡Qué escándalo sería, no podríamos mirar de frente a ninguno de nuestros amigos!

—Si les gusta pensar mal —dijo Madame de Villemont.

—Bueno eso está de más —acotó de Gonde severamente—, y le pido Madame que no se dé cuerda con este asunto.

—No me estoy dando cuerda. Hago lo que debo hacer por el bien de Paul.

—Querida ya sabemos eso —opinó Madame Gabrielle suavemente—, pero Matilde tiene razón. Los sirvientes chismearán y el chisme alcanzará pronto a nuestros amigos. Si piensas volver a vivir entre ellos como lo prometiste, no puedes permitirte eso.

—Y si no puedo —reclamó Madame de Villemont—, ¿qué clase de amigos son?

—Los más sinceros —gruñó Vosiers—, Los más leales. Su marido sabía cómo elegir los amigos. En memoria de él, no caerá en desgracia ante ellos.

—Además —destacó Madame Matilde levantando las cejas—, ese dormitorio ¿no sería justamente el de Henry, si él estuviera aún entre nosotros? ¿Qué piensas que opinará el Dr. Morillon de este arreglo? Él es el especialista en psicología ¿no deberíamos consultarlo?

—No necesitamos consultarlo, pueden decírselo —dijo Madame de Villemont desafiante pero el temblor de sus labios y la manera en que se aferraba al respaldo de la silla para mantenerse firme mostraba que su desafío no era sólido. Estaba sencillamente aterrada por las palabras de Matilde.

Entonces como respondiendo a una señal secreta, se miraron todos unos a otros. Era una mirada sutilmente inquisidora que iba de ojo en ojo respondida por un casi imperceptible movimiento afirmativo, un avance del labio inferior, un encogerse de hombros. El escrutinio, se había realizado en silencio y la caridad prevaleció. La madre debía tranquilizarse por el bien del niño, ésta fue seguramente la decisión y ellos harían lo posible porque así fuera.

Fue de Gonde, por supuesto quien lo anunció.

—Si insiste en ello, Madame —dijo con hastío— haga como le guste.

Comprendí entonces la tensión de la sala. Esa breve escena solamente me había dejado como un resorte maltratado.

Lo que habría sido la escena cuando Madame de Villemont anunció a la familia política que había elegido como preceptor de su hijo, al "pesado" del Club Barouf.

6

PAUL de Villemont era un niño que llamaba la atención por su belleza, parecía más chico y más grande que los nueve años que tenía. Demasiado pequeño y menudo para su edad, tenía los mismos ojos de la madre de un lustroso azul oscuro y un mechón de pelo negro profundo derramado sobre la frente en decidido contraste con la palidez del rostro. Éste también tenía una rara expresión turbadora porque toda su infantilidad estaba marcada ya por la cautela de un adulto.

Siguiendo a Madame de Villemont a lo largo del comedor hacia su departamento en el ala opuesta del edificio, no pude dejar de sentir recelos en lo concerniente a mi encuentro con el niño y a pesar de mi actitud cautelosa, la primera impresión los aumentó. Pero cuando estrechamos sobriamente las .manos, de hombre a hombre, y sentí entre los míos sus dedos tan frágiles y flacos como las patas de una

golondrina, captando un nervioso temblor en ellos, mis recelos se volvieron lástima.

Me miró, midiendo mis dimensiones boquiabierto de pavor.

—Tío Claude me dijo que usted antes era pugilista —me abordó con ansiedad—, campeón de box, ¿es verdad?

—En inglés, *cheri,* —dijo la madre—, recuerda que mientras estés con Monsieur Reno debes hablar sólo inglés.

Paul le echó una mirada impaciente y me repitió la pregunta en un inglés excelente, casi sin acento.

—Un campeón no —contesté— pero sí un luchador profesional.

Asintió con la cabeza indicando que le parecía bastante aceptable.

—¿Y me enseñará a luchar?

—Si tu madre no se opone.

—¿Te opones? —preguntó nerviosamente con toda el alma en la voz.

Ella titubeaba.

—Por favor —rogó.

—Muy bien, no me opongo —decidió ella— no me opongo si tienes cuidado.

—Por supuesto —le aseguró y luego encogiendo los hombros me observó—, así son las mujeres, siempre pidiendo a la gente que ande con cuidado.

Se sentó en el borde de la cama comiéndose furiosamente las uñas y mirándome con los ojos bien abiertos mientras la madre me explicaba mis obligaciones. Los viernes eran mi día de salida y los domingos Paul era llevado a casa de su abuela en la Île de Saint Louis y permanecía a su cargo parte del día, pero durante el resto de la semana, las mañanas debían dedicarse a la instrucción. Por un lado estaban los programas de cada materia preparados por el director del Lycée Monceau. Se habían importado de los Estados Unidos libros de texto especiales sobre literatura e histeria americana y de ser necesarios algunos más, se encargarían de inmediato.

—Esos son temas importantes —explicó Madame de Villemont—, Paul es norteamericano y algún día irá a un colegio americano. Debe estar preparado para eso. El rostro de Paul se oscureció con resentimiento.

—No soy americano —protestó—, abuela dice que no lo soy. Dice que algún día iré al colegio a Saint Cyr para ser un soldado como papá y abuelo.

Noté que Madame de Villemont se ponía rígida.

—Suficiente —dijo.

—Pero en verdad —me aseguró Paul—, Eso es lo que dice abuela. Mi padre fue corone! de paracaidistas y mi abuelo fue el General de Villemont. Un gran general. Mi padre murió en acción. Esa es la manera en que debe morir un soldado de Francia.

—*Assez ¡C'est suffit!* —dijo Madame de Villemont entre dientes y empalideciendo.

—Sabes que no quiero que hables de esas cosas.

—Abuela quiere —respondió Paul astutamente— y tú me dijiste que debía atenderla y ser amable con ella, me dijiste...

—Ahora te digo que eres un niño y no entiendes de estas cosas. —Madame de Villemont se recobró con esfuerzo. Se volvió hacia mí inquisidoramente.

— ¿Sabe jugar al baseball?

—Si.

—Bien, me mandaron la pelota y el guante de New York y me gustaría que Paul aprendiera a usarlos. Deben estar por aquí.

Buscó desesperadamente por todo el cuarto que estaba repleto de juguetes, juegos y equipos de construcción, así también como pilas de libros y revistas todos en estado deplorable leídos y maltratados.

Por si todo esto no proporcionaba suficiente diversión, había un gran televisor, una radio y un complicado grabador también a su alcance. Materialmente, al menos, no le faltaba nada.

La pelota y el guante resultaron estar bajo una pila de juguetes en un arcón. Paul los desenterró finalmente con el aire de quien hace un

gran favor.

—Muy bien —aprobó Madame de Villemont—. Entonces ahora cuando el tiempo esté lindo, por las tardes irás con Monsieur Reno al Pare Monceau y aprenderás cómo arrojar y atajar. Si quieres también puedes llevar la pelota de fútbol.

— ¡Mame! ¡el Pare Monceau es para los bebés!

—Es un lugar delicioso y una vez allí no te quedarás sentado en un banco. Vas a practicar jugar a la pelota con Monsieur Reno y a hacer exactamente lo que él diga así te pones grande y fuerte como él.

—Si mamá —respondió Paul. Si yo hubiera estado en su pellejo mi tono hubiera sido tan hastiadamente cínico como ese.

—Y cuando el tiempo no permita estar afuera, —Madame de Villemont se dirigió a mí—, llevará a Paul a algún museo o galería que le parezca indicado, O si están pasando algo decente puede ir a algún cine de los alrededores. Por las tardes cuando yo estoy en casa, no necesita ocuparse de él. Generalmente juegan a las cartas en la cocina después de comer y seguramente será bienvenido. Si no estoy en casa debe permanecer en su habitación y vigilar a Paul regularmente. La habitación es por aquí —me condujo a la misma.

Por su tamaño y moblaje se trataba de un dormitorio importante. Una enorme cama doble, un armario grande como para acampar dentro, un tocador, una cómoda de Gargantúa no lograban empequeñecerlo. Tenía también su propio cuarto de vestir y baño. Entonces vi que me había llevado allí no sólo para mostrarme mi alojamiento sino para decirme algo en privado, lejos de Paul.

Madame de Villemont cerró la puerta que comunicaba la habitación de Paul y la mía, mientras él permanecía ocupado volviendo a rellenar el arcón con los juguetes, giró la llave tranquilamente y se dio vuelta para dirigirse a mí.

Antes que pudiera decir una palabra se oyó un choque explosivo contra la puerta, luego otro, el sonido de un cuerpo pequeño que se arrojaba salvajemente contra ella.

—*¡Ouvrez la porte!* —gritó Paul— *¡ouvrez, ouvrez!*

Madame de Villemont se llevó la mano a la frente con gesto distraído.

—*Cheri,* escúchame.

—*¡Ouvrez, ouvrez!*

La voz del niño se elevó locamente hasta transformarse en un alarido. Los golpes en la puerta continuaban. Un pie redoblaba con tanta fuerza que parecía que el panel iba a astillarse.

—*¡Ouvrez!*

Con manos torpes, Madame de Villemont hizo girar la llave y abrió la puerta. Paul estaba allí parado, jadeante con los ojos ardiendo y los dientes apretados. Daba la impresión de ser un animalito desgreñado que se había vuelto rabioso. De pronto me saltó, blandiendo el puño cerrado contra mi pierna y antes que pudiera agarrarlo se lanzó de nuevo hacia su habitación.

Barriendo con el brazo las superficies estrelló la radio al piso. El velador fue tras ella. Miró a su alrededor y se dirigió a los estantes de libros que había contra la pared.

—*Cheri* —gritaba la madre desesperada— por favor, por favor, ¡escúchame!

Los libros volaban de los estantes.

Madame de Villemont, con el rostro agonizante permanecía plantada inmóvil. Con esa actitud parecía querer decir que eso era lo único que se podía hacer hasta que pasara la tormenta. Avancé bajo el granizo de libros voladores, dejé caer una mano sobre el hombro de Paul y lo forcé a volverse hacia mí. Me agaché para ponerme a su altura.

—¿No has oído a tu madre? —pregunté— ¿te divierte realmente hacerla sufrir? Se debatía frenéticamente por separarse de mi garra. Su histeria estaba alcanzando un punto peligroso. Aunque parecía próximo al total descontrol me negué a liberarlo. La lucha lo fue apaciguando hasta que ya cansado comenzó a jadear.

—Contéstame ahora —le dije.

Con fría deliberación, tomando puntería cuidadosamente me escupió en la cara. Me incorporé. No tenía ni idea de lo que le

esperaba. Era evidente que nada por el estilo le había pasado jamás, de modo que me espiaba triunfante hasta que dejé caer la palma de mi mano contra sus asentaderas. Mi mano era pesada. La mirada de reojo se diluyó en un gruñido de angustia seguido por un quejido de la madre.

Con las manos apretadas contra las nalgas, se batió en retirada con pasos aturdidos, hasta que los estantes no le permitieron seguir retrocediendo. Allí se paró mirándome fijamente, como si le costara creer lo que había ocurrido. Entonces, cuando se dio cuenta, su rostro empezó a ponerse en movimiento. Era demasiado orgulloso para permitirse llorar pero le costó un esfuerzo contener las lágrimas. Sentí los pasos rápidos de la madre que se aproximaba pero le hice un gesto por la espalda para que se detuviera.

Finalmente Paul recobró la voz.

—Me pegó —dijo acusador.

—Te di una zurra.

—Es lo mismo.

Sacudí solemnemente la cabeza.

—No, se le pega a los hombres peligrosos solamente, se zurra a los mocosos impertinentes.

—No soy un mocoso.

—Si, te portas como tal, lo eres, así haces tú, —lancé una serie de ladridos penetrantes agitando sin sentido los brazos en alto.

—Este —le dije con desprecio—, es Paul de Villemont, que es un mocoso malcriado.

El momento era peligroso. Los oscuros ojos azules se entornaron ante el ultraje, pero al mismo tiempo, los labios no pudieron evitar ondularse con una sonrisa ante el espectáculo que yo proporcionaba. Tocar y retirarse y la próxima vez la histeria no aparecería.

Ganó la sonrisa.

—Usted es tonto —me dijo Paul, y añadió dirigiéndose a la madre.

—No lo soy, por supuesto —le aseguró— ¿Acaso soy? —preguntó con incertidumbre.

—En realidad no, —Madame de Villemont se encogió de hombros como para disculparse— pero en éste momento...

No le gustó eso. Las nubes de tormenta comenzaron a aglutinarse nuevamente.

—¿Por qué cerraste la puerta? —le reprochó—, te fuiste con él y me dejaste solo.

Antes de que pudiera responderle le dije:

—Hay momentos en que la gente desea hablar en privado. Tú y yo tendremos momentos como ese, ¿te gustará entonces que alguien se ponga a golpear la puerta mientras hablamos?

Paul sacudió la cabeza de mala gana.

—Pero ¿de qué vamos a hablar usted y yo en privado? —preguntó suspicazmente—, de lecciones y nada más.

—No. —Pensé en su madre, su abuela, sus tías decadentes, las numerosas mucamas, todas las mujeres que lo rodeaban en tanto que los hombres de su vida estaban ya muertos o bien atendiendo sus negocios.

—Tendremos mucho que hablar aparte de las lecciones. Cosas de hombres. Cosas con las cuales las mujeres no tienen nada que ver. .

Consideró la moción juiciosamente.

—Sí, por supuesto, cosas de hombres.

—Ahora tu madre y yo debemos hablar en privado. Mientras tanto —miré los estragos de alrededor— trata de arreglar un poco todo este desorden.

Me aseguré de esta victoria temporaria. Rápidamente, antes de que pudiera contestar conduje a la asombrada Madame de Villemont hacia mi habitación y sin tratar de disimular el sonido en lo más mínimo, hice girar la llave en la cerradura.

Al volverme vi a Madame aparentemente dispuesta a afrontar un nuevo asalto en la puerta, con el rostro tenso, las manos ceñidas con fuerza contra el pecho. Ante el silencio que sobrevino aflojó las manos lentamente dejándolas caer a los costados. El rostro mantuvo aún la tensión.

—Le ha caído bien —dijo en voz baja con aliento entrecortado—, estoy segura que le ha gustado, estoy segura de que le hará caso.

—Eso espero, Madame.

—Yo estoy segura de eso. Y eso es importante porque no tendrá problemas para mantenerlo cerca cuando se alejen de la casa. Comprenda que no debe perderlo nunca de vista cuando no estén en ella.

—Por supuesto, Madame.

La voz se le agudizó. Una vez más recobraba la majestad.

—Y no le permita meterse con extraños. No se le ocurra dejarlo a cargo de nadie si desea entrar en un bar a tomar algo.

Hasta ese momento tal vez debido a su trágico pasado, por su incapacidad para manejar a su hijo, por su estado neurótico, había alimentado hacia ella una creciente simpatía. En realidad, era más que simpatía porque se trataba de una de las mujeres de brillo más ardiente, una de las más excitantes que hubiera encontrado jamás.

En ese momento la simpatía se volvió frío disgusto.

—Sí, Madame —respondí—, me ocuparé de que tanto Paul como yo nos mantengamos alejados de los bares.

—No haga chistes sobre eso, —se apresuró a contestar— ¿no nota lo ansiosa que estoy? Paul puede estar en peligro y usted...

—¿Peligro? —indagué azorado— ¿qué clase de peligro?

—Pueden raptarlo.

—¿Qué le hace pensar eso?

—Eso no importa. Lo que interesa es protegerlo.

Mi asombro iba en aumento. Dejando de lado el hecho de que el secuestro era uno de los delitos menos comunes en Francia, tanto que para los franceses era estrictamente un delito americano, ni Georges ni de Gonde, me habían mencionado que Paul estaba amenazado por tal peligro. ¿Por qué no lo habían hecho? Se me ocurrió una buena razón.

—¿La familia lo sabe? —pregunté a Madame— ¿y la policía?

—No, no es cosa de ellos. Nadie lo debe saber. ¡Nadie!

De modo que el asunto era así. Sería yo el inducido a tomar parte en su fantasía pero nunca la policía o la familia, que eran unos realistas groseros.

—Bueno, —reiteré para que se convenciera— puede contar conmigo. Me ocuparé de que no ocurra nada a Paul.

—Eso lo doy por sentado —afirmó Madame.

Luego, para mi total confusión atravesó rápidamente la habitación hacia la cómoda maciza que había en el rincón más lejano. Tiró del cajón inferior.

—Deme una mano con esto —ordenó—, retírelo completamente y colóquelo sobre el piso.

Así lo hice no sin esfuerzo ya que el cajón tenía el tamaño de uno de esos baúles de viaje, llenos de cortinas de terciopelo rojo, que exhalaban olor a alcanfor. Se arrodilló y buscó a tientas en lo profundo del espacio vacío, que quedaba en el fondo de la cómoda de donde sacó un pequeño bulto envuelto en un trapo. Deshizo febrilmente el atado y allí en sus manos vi una pistola de hermoso diseño, una Beretta cuyo caño apuntaba derecho a mi pecho.

—Tómela —dijo imperiosamente— y así lo hice de inmediato. Me sentí aliviado al sacar el cargador y comprobar que estaba vacío, aun así el peso frío del arma en la mano me hizo preguntarme que sería lo que estaba ocurriendo en la horrenda pila de piedras de apariencia tranquila de la rue de Courcelles.

Bajo cualquier circunstancia, el primer objetivo era mantener la pistola lejos de las manos de Madame de Villemont y como yo tampoco quería tener parte en el asunto, la persona indicada para entregársela era Claude de Gonde. Como jefe de la casa estaba tanto a cargo de Madame como ella a cargo de su hijo y el arma mortal que había confiscado era problema de él y no mío.

Mientras me colocaba el arma en la cintura, me observó.

—Tendrá que comprar balas. ¿Sabe dónde?

—Creo que sí.

—Bien. Ahora coloque de nuevo el cajón. Puede esconderlo allí mientras no lo lleva consigo.

Me vigiló mientras colocaba nuevamente el cajón, y luego dijo abruptamente.

—Quiero que se mude aquí tan pronto como sea posible. Hoy mismo si puede.

—No tengo ninguna razón para oponerme. Pero necesito lugar para un cargamento de libros. Madame Voisiers mencionó las habitaciones en el piso de arriba. Si pudiera usar una de ellas como escritorio para mis ratos libres.

—¡No! Quiero que esté aquí, cerca de Paul. Le haré colocar una biblioteca, un escritorio y luz apropiada. Pero manténgase alejado del piso de arriba. De todos modos no sería tan privado, una vez que las mucamas le echen el ojo.

—Estoy seguro que Madame se equivoca.

—¿Ah sí? —Madame de Villemont se estiró y tomó algo de mi hombro. Cuando extendió el brazo para mostrarlo vi que era un mechón de cabello dorado, que seguramente brillaba en mi saco, desde el momento que subí en el ascensor.

—Me parece —advirtió dejando que la hebra cayera de sus dedos—, que Jeanne Marie tiene sus propias ideas al respecto.

—Temo no entender lo que Madame me quiere decir.

—Sí, entiende. Madame quiere decir que su hijo es un muchachito muy observador y que no desea que viva en un ambiente de intriga de dormitorio. De modo que manténgase a distancia de las muchachas, especialmente de Jeanne Marie. Ya hay alguien en la casa que tiene un derecho sobre ella y nada le gustaría más a la putita esa que utilizarlo a usted en su contra. No deje que eso ocurra o se verá en problemas serios. ¿Está claro?

—Sí, Madame.

“Problemas serios” parecía insinuar que era alguno de los de la plana mayor el que tenía algo que ver con Jeanne Marie. Como la compatibilidad entre de Gonde y su esposa parecía genuina y como el altivo Bernard Bourdon seguramente encontraba más seductor un jovencito que una muchacha, tuve la sensación de que el hombre era Vosiers.

Madame de Villemont prefirió pasar a otro tema.

—¿Tiene registro de conductor? —preguntó.

—Si tengo.

El último de mis coches sport, de la ristra que había tenido, lo había vendido para comer hace mucho tiempo, pero como cualquier buen americano, tenía el registro actualizado.

—Entonces puede tomar cualquiera de los autos del garaje cuando lo necesite. El encargado del garaje tiene las llaves. Ahora necesitará uno para traer sus cosas. Confío en que estará de vuelta a la hora de cenar. Le haré poner un lugar...

Esto pareció poner fin a la entrevista. Madame de Villemont me condujo hasta la puerta de mi cuarto que se abría directamente sobre el pasillo del segundo piso.

—Si desea que alguien le indique el camino al garaje... —dijo.

Sentí la Beretta pesándome en la cintura, esto me recordó fría e inexorablemente algo que debía hacer sin la menor dilación.

—No, Madame —le respondí— ya encontraré el camino.

Tan pronto como se cerró la puerta detrás de mí, me dirigí directamente al departamento de de Gonde.

7

DE Gonde y su mujer estaban allí solos. Cuando saqué la pistola del cinturón y se la entregué la miró incrédulamente. Madame Gabrielle se llevó una mano a la boca con horror.

—¡Dios mío! —le comentó de Gonde—, juraría que es la de Henri. La que desapareció después de su muerte —se volvió hacia mí— la del coronel Villemont, hermano de mi mujer y marido de Madame de Villemont.

—¿De dónde sacó esto? ¿Cómo lo hizo?

Escuchó muy atentamente mientras le contaba, obviamente muy impresionado por la historia.

—Si —dijo cuando hube concluido— se ha conducido con sentido común haciéndomelo saber de inmediato.

Se arrojó en un sillón y pareció perderse en sus pensamientos. Cuando distraídamente se puso un cigarrillo entre los labios y se inclinó hacia mí, me llevó algunos minutos darme cuenta de que estaba esperando que yo se lo encendiera. Casi me había olvidado que era un sirviente en ésta casa. Encendí el cigarrillo y de Gonde dio una profunda pitada.

—¿Y ahora qué hacemos? —dijo ásperamente a su esposa.

—No estoy muy segura —dijo ella—, tal vez lo mejor sea decirle al doctor Morillon de inmediato.

Se miraron firmemente y una vez más como durante la confluencia familiar tuve la desagradable sensación de que éstas miradas se comunicaban mucho más de lo que se deseaba que yo entendiera.

Y hasta ese momento el pequeño Paul de Villemont había vivido la mayor parte de su vida en este mundo tenebroso de miradas significativas, susurros tras las puertas, secretos velados. Si en un día habían logrado ponerme los nervios de punta, saltaba a la vista lo que le estaría ocurriendo al niño.

De Gonde sostuvo la pistola en la palma de la mano.

—En vista de esto —dijo— también deberíamos decirle al doctor Morillon que está equivocado en pensar que Madame está mejor. No se necesita un médico para reconocer los síntomas de una creciente paranoia. Esta arma, el terror que rapten al niño.

—¿No es posible —agregué— que haya sido amenazada?

Madame Gabrielle sacudió la cabeza.

—Nunca hubo tal amenaza, Monsieur Reno —me explicó amablemente—. Vea, mi hermano, el esposo de Madame, era el jefe de las tropas de nuestros país, en las luchas contra los terroristas del F.L.N. Argelino y estaba condenado a muerte por ellos. Finalmente, lograron asesinarlo. Después de eso la idea de que Paul sería también una de sus víctimas, se apoderó de Madame. Era un obsesión. Pensamos que al terminar la guerra y al obtener Argelia su

independencia olvidaría sus miedos. Hace también mucho tiempo de eso. Pero parece que estábamos equivocados al respecto.

—Por lo menos tenemos un consuelo —dijo de Gonde dirigiéndose a mí—, ya que ha logrado ganarse al menos un cierto grado de la confianza de Madame, nos podrá advertir en caso que se deban tomar medidas para protegerla de sí misma o que por idéntica razón haya que proteger al niño.

— ¡Ah, no! —lo interrumpió Madame Gabrielle— ¡jamás haría algo que hiciera daño a Paul! ¿Cómo se te ocurre semejante cosa?

—Porque ya no sé qué pensar —respondió de Gonde con hastío — ¿Es acaso posible juzgar alguien irracional con un patrón racional? Ya era difícil cuando Henri se casó con ella.

—Era una criatura adorable —le reconvino Madame Gabrielle.

—Siempre fue difícil, siempre fue violentamente emotiva. Ahora, en su estado actual, es imposible de manejar —sacudió la cabeza con desesperación.

—Llamaré al doctor Morillon de inmediato —dijo Madame Gabrielle— podría hablarle ésta misma tarde.

— ¿Sobre esto? —de Gonde sopesó la pistola— no, eso destruiría su confianza en Reno. Esa confianza es demasiado valiosa para arriesgarla. Es la primera vez después de la muerte de Henri qué tenemos la oportunidad de penetrar esa pared que ha construido a su alrededor. El doctor debe saber del asunto pero bajo ningún concepto debe hablarle de eso. Estoy seguro que estará de acuerdo con esa política.

—Quizá —respondió Madame Gabrielle dubitativamente.

—Tendrá que hacerlo —dijo de Gonde, me pasó la pistola— en lo que se refiere a esto —añadió—, póngalo de nuevo en el escondite. Si Madame le pregunta algo, dígale que no consigue las balas indicadas.

—¿Debo decirle eso? Yo preferiría decir que no me gusta tener nada que ver con armas.

—Pero eso no cumpliría con el mismo propósito —acotó Madame Gabrielle— la enloquecería en lugar de ganar la confianza de usted.

—Bien.

—Por favor, ni siquiera el doctor Morillon ha sido capaz de vencer su secreto hasta ese punto. Usted puede hacerlo. Aunque fuera solamente por el bien del niño ¿colaborará en ello?

—Sí, Madame —contesté desconfiando todavía del trato. Parecía que el tema estaba agotado por el momento. Fue cuando llegué a la puerta que de Gonde me llamó repentinamente. Me contempló desde su asiento observándome profundamente por un rato largo mientras yo permanecía de pie preguntándome de qué se trataba.

—¿Es usted un escritor sincero?, —me preguntó abruptamente tomándome por sorpresa.

—Muy serio. Algunos editores me han estimulado a pensar que tarde o temprano podré publicar algo.

—¿Ha oído hablar de Charles Leschenhaut?

—Sé quien es.

Leschenhaut era el editor de *La Foudre* una de las revistas literarias más recientes aparecidas en París y que con sólo dos años de existencia ya era una de las más comentadas.

—Es un viejo amigo mío —continuó de Gonde—, si no tiene objeciones le concertaré una entrevista, para que le muestre sus escritos. Si se interesa personalmente, puede significar mucho para comenzar una carrera.

¿Objeciones?

Así al menos, tenía eso para darme ánimo mientras guiaba hacia el Faubourg Saint-Denis. Necesitaba algo que me levantara porque la idea de desmantelar mi cuarto en la pensión de Madame Olympe, después de seis años placenteros era bastante deprimente. Madame Olympe podría ser la clásica *concierge* biliosa pero el cuarto en sí mismo era una joya, situado solo en el primer piso y con una ventana que dominaba el animado Faubourg Saint-Denis. El precio era razonable, el lugar espacioso, limpio, sin bichos, fresco en verano y abrigado en invierno y sobre todo tenía una cama bien grande de

modo que yo podía estirarme completamente. No era una habitación para abandonar sin pensarlo dos veces.

Aun peor era la idea de separarme de Louis, mi genial compañero de casi todos los días, durante los seis años.

Había que hacer algo con respecto a ello durante el tiempo que estuviera acuartelado en la lúgubre fortaleza de la rue de Gourcelles,

Cuando llegué Louis no estaba en su habitación, así que dejé el auto, un prolijo y pequeño Renault rojo, estacionado frente a la pensión y caminé hacia el Café au Coin, donde seguramente estaba a ésta hora, con los comerciantes del Faubourg Saint-Denis, tomando la merienda de la media mañana. Lo encontré en una mesa vecina a la barra, donde el servicio era más rápido, compartiendo una botella de vino con Maguy, el viejo policía canoso que había abandonado su puesto, para tomar algo que lo preservara del frío de febrero.

Louis me pescó el humor con una mirada e inmediatamente ordenó un sándwich y otra botella de vino para mí. Siempre repetía que en cualquier tipo de crisis, comer y beber era lo vital para restablecerse. Mientras Jeanloup, feliz de tener una excusa para apartarse de las garras de un vendedor bien vestido, de mirada aguda y lengua rápida que lo tenía clavado en el mostrador, me preparaba el sándwich, describí brevemente mi nueva situación.

—¿Qué tiene de malo? —preguntó Maguy, que era un moralista y desaprobaba abiertamente mi modo de vida—, vivir con gente de clase alta puede enseñarle bastante. Puede convertirlo en un ciudadano respetable.

—¡Ah, chisme! —dijo Louis displicentemente—. Ese nombre Villemont me suena conocido —añadió— ¿tiene alguna relación con el general Sebastián Villemont?

—Es el abuelo del niño.

—Clase alta de la buena. Y si son colonos son la clase alta más envenenada. Por eso me parece una locura que dejes tu habitación. No son la clase de gente que te gusta. Nunca podrás llevarte bien con ellos.

—Si pudiera hacerlo por un año, me proporcionaría un capital para empezar a trabajar. Y de Gonde me dijo que me presentará personalmente al editor de *La Foudre* ¿Sabes lo que puede significar eso?

—Aun así. Tú tienes carácter fuerte y no estás acostumbrado a que gente así te tenga de aquí para allá. Puedes tener una trifulca y te ponen en la calle la semana que viene.

—No veo el objeto de pagarle a la Olympe por un cuarto vacío, sólo porque existe la posibilidad de que eso ocurra. —Sabía lo que le rondaba en la cabeza—. Mira, esto no significa romper nuestra vieja sociedad. Una de mis obligaciones es sacar al niño por las tardes.

Podremos reunirnos todas las veces que lo deseemos.

—¿Y jugar con el niño? —preguntó Louis, advertí en su tono que el motivo principal de su preocupación se había desvanecido.

—De todos modos —intervino Maguy atiborrándose la boca con un pedazo del sándwich que Jeanloup había colocado sobre la mesa — ¿por qué no alquila el cuarto por su cuenta? De ese modo podrá recobrarlo cuando quiera.

El vendedor que se hallaba de pie junto a la barra a poca distancia de nuestra mesa giró hacia nosotros, como interesándose en esto.

—¿Alguien habló de una pieza para alquilar?

No pude evitar mirarlo fijamente. Aunque era un día asqueroso, invernal y plomizo, tenía unos enormes anteojos para sol, del tipo de los que gustaban llevar los jóvenes del Club Barouf. En uno de los lados de la cara tenía una profunda cicatriz que le atravesaba la mejilla hasta el mentón.

Me sorprendió mirándolo antes de que tuviera tiempo de quitar mi vista, pero no pareció molesto por mi mala educación.

—*Plastique* —dijo desapasionadamente golpeándose la mejilla de la cicatriz.

Mastiques eran las perversas bombitas que los terroristas antigubernamentales de la *Organization de l’Armée Secrete* habían

utilizado indiscriminadamente en la ciudad durante la escalada de la lucha en Argelia años atrás.

—Estaba en un mal lugar, en un mal momento cuando explotó. Una de esas pastosas encrucijadas del Faubourg Montmartre.

—Malditos sean esos hijos de puta de la O.A.S. —gruñó Maguy— tuvimos un triste caso con una *plastique* en ésta cuadra. ¿Usted ya vivía aquí entonces no? —me preguntó.

—Sí —dije bruscamente—. Él sabía que no me gustaba hablar de eso.

—Así y todo —agregó Louis dirigiéndose al vendedor—, tuvo suerte de salir bien.

—¿Suerte? —El hombre levantó los anteojos de sol y vi que en lugar de un ojo, la cuenca del lado lastimado estaba ocupada solamente por una superficie lechosa, blanquecina y brillante.

—Por eso uso esto. Probé con un parche negro, pero los clientes me decían que parecía un pirata —sonriendo se volvió a colocar los anteojos—. Espero que me disculpen por estar con la oreja parada pero ¿hablaban en serio de alquilar, una habitación decente por aquí, a un precio módico? Necesito una pero todo lo que he visto hasta el momento son cucarachas y a un precio altísimo.

Louis y yo intercambiamos sendas miradas interrogantes y arribamos a la misma respuesta en ese instante sin proferir una sola palabra, de una manera que me recordó a la mansión de la rue de Courcelles.

Así que cargué el Renault sólo con mi ropa, la máquina de escribir y algunos de mis libros y manuscritos y alegremente dejé a Leon Becque, extraordinario vendedor de alfombrados, linoleum y otros revestimientos para pisos, en posesión temporaria de mi habitación, y lo que había dejado en ella. Inmediatamente demostró ser el inquilino ideal. Una vez que sus valijas y cajas de muestras estuvieron guardadas en el cuarto, insistió en pagarme por adelantado el alquiler de la semana, lo que fue más que suficiente para pasarme el resto de la tarde en el Café au Coin.

Tal como iban las cosas, no sentía dolor alguno cuando llegué a la mansión de la rue de Courcelles un poco antes de la hora de la cena, pero la vista de esas puertas macizas y de las paredes grises y prohibitivas, fue tan desembriagante como un baño de agua fría. Estacioné el coche en el lugar indicado en el garaje y con ayuda de un joven encargado del mismo llevé mis pertenencias a la cocina. Allí, Jeanne Marie, sin esperar invitación alguna, alzó mi máquina de escribir y los paquetes de libros y me acompañó al ascensor. Esta vez no quedó el más mínimo lugar para ella, una vez que cargamos a bordo el equipo completo, pero aun así se las arregló para escurrirse a mi lado y compartir el ascensor.

—Bueno, buen mozo, —me preguntó— ¿averiguaste cuando es tu día libre?

—Los viernes —contesté.

Hizo una mueca.

—Y yo salgo los jueves. No importa siempre podré encontrar alguien con quien cambiar.

—Bien —dije— le diré a mi novia que pida también los viernes y saldremos los cuatro.

Jeanne Marie me miró enfurecida.

—*Ce matin un zozo, et maintenant vous faites le mariolle, bien?,* lo que quería decir que en un corto lapso me había transformado de un payaso a un hombre de criterio.

—¿No crees que estoy de novio? —pregunté con tono amistoso.

—Mira, no es ninguna novia común y corriente lo que tienes en la cabeza ahora.

—¿Qué quiere decir?

—Tu sabes que quiere decir que has mirado bien a Madame de Villemont y que seguramente ahora tienes algunas ideas interesantes zumbándote en ese cráneo duro. Puedes irlas olvidando porque Madame ya tiene todos los hombres que necesita para calentarle la cama.

Ardí de indignación, rápida e irracionalmente pero pude sofocarla.

Le golpee la mejilla con, afecto.

—Una niñita tan bonita —dije— una mente tan sucia.

Me sacó la mano con firmeza.

—No te des aires conmigo, maestro —me contestó fríamente— porque es a ti a quien van a dar la lección. Y tú eres americano también —barbotó como un tiro mientras sacaba mis pertenencias del ascensor— debieras saber cómo son las americanas con cualquier cosa que lleve pantalones.

Al entrar a mi habitación comprobé que Madame de Villemont había cumplido con su palabra. Una biblioteca y un escritorio se contaban también ahora entre el moblaje.

También como una serpiente allí estaba Paul de Villemont recostado en mi cama, con la nariz hundida en un libro. Al verme se puso de pie excitadísimo, con el rostro iluminado.

—Lo estaba esperando —exclamó— míreme. Georges me llevó hoy a la tienda para comprarlo ¿qué le parece? Magnífico ¿no?

Al mirarlo advertí que no era el único de los presentes que llevaba pistola. Estaba vestido con un traje completo de cowboy con blusa chillona, hendijas y cuero trabajado, botas de taco alto y alrededor de sus piernas flacas se envolvía un cinturón con cargadores y una pistola de seis tiros.

—¡Magnífico! —respondí— Yo esperaba volver a colocar la pistola de su padre en el escondite de la cómoda tan pronto como fuera posible. En estas circunstancias, lo único que podía hacer era arrojarla apresuradamente bajo el colchón, mientras Paul caminaba alrededor del cuarto para mostrar sus botas.

—Es verdadero —me aseguró—, tiene un lazo también ¿sabe?, una soga para cazar gente.

—Seguro —le dije con admiración— podrás enlazar a todos los “cuatreros” de París.

Al poner mi máquina de escribir sobre el escritorio su atención se volvió inmediatamente hacia ella.

—¿Para qué es esto?

—Para escribir cuentos.

—¿Qué clase de cuentos? ¿Sobre qué? ¿Puedo leerlos?

—¡Eh! ¿qué eres? —dije— ¿una máquina de hacer preguntas?

Cacareó con una risita nerviosa.

—Pareces abuela —respondió— ella también dice que hago demasiadas preguntas. La diferencia es que ella no lo dice tan graciosamente. ¿Ya te la han presentado?

—Todavía no.

—La conocerás y la odiarás.

—Tal vez no.

—Sí, la odiarás.

De repente, como de la nada teníamos nuevamente las nubes sobre nosotros, negras, amenazantes. Los dientes le brillaban tras los labios fruncidos en un gruñido, los ojos desafiantes, por el enfermizo color que veteaba el pálido rostro daba la sensación de alguien que ha sido golpeado.

—La odiarás. Habla mal de mamá.

—¡Basta, Paul!

Completamente confundido por esta lastimosa y gruñente pequeña imagen de odio, me encontré gritándole furiosamente. Retomé el control de mí mismo.

—Suficiente con eso —dije con serenidad—, ahora ven y ayúdame a desempacar estas valijas.

Se mantuvo a distancia.

—No soy tu sirviente.

—Te pido que me ayudes como amigo, no como sirviente.

—No soy tu amigo. No quiero ser tu amigo, no necesito ningún amigo.

—Por supuesto que no —vi la brecha y me introduje rápidamente por ella—, ¿pero yo? Yo soy un extraño en la casa. No conozco a nadie. Antes no me preocupaba porque pensé que encontraría al menos un buen amigo con quien contar. Ahora que veo lo que tú sientes al respecto —y dejé caer mi cabeza con desconsuelo.

El tiro lo había alcanzado. Lentamente la pequeña quijada rígida se fue aflojando, se desvanecía el color morado del rostro, la furia de los ojos se tornó en una expresión entre azorada y pensativa. Me

senté en el borde de la cama, con la espalda vuelta hacia él, la cabeza entre las manos y aguardé.

—¿Reno?

—Si.

—No estés triste —se aproximaba tímidamente como un cachorro que se acerca a un objeto nuevo y desconcertante—, por favor, no estés triste.

—No puedo evitarlo.

—Sí puedes. —me tironeaba la manga y viendo que aún me resistía a levantar la cabeza me dio con rabia un fuerte puñetazo en el hombro—. Escúchame, seré tu amigo.

Levanté la cabeza.

— ¿En verdad?

—Sí.

—Te agradezco mucho.

Pasé un brazo alrededor de él y lo senté sobre mi rodilla. Por un segundo se resistió al brazo como un animal atrapado pero como redoblé la presión se relajó y se apoyó contra mí.

—Después de todo —le dije— no es divertido estar solo.

—No —me miró con gesto dubitativo—. Pero ¿qué hacen los amigos?

— ¡Ah, de todo! Se ayudan, se hablan, juegan juntos.

Una voz desde la puerta rompió el hechizo.

—¿Pasa algo?

Era Madame de Villemont, una mano contra el pecho, su típica actitud de miedo.

—Oí las voces y por el tono pensé que tal vez...

—No Madame, no pasa nada.

Pero algo serio pasaba. Paul se deslizó de mi rodilla y se dio vuelta para enfrentar a la madre. En la mano que aún permanecía sobre su hombro sentí la tensión escalofriante que se apoderaba de él y cómo su rostro reflejaba la ansiedad de la madre. Me hizo comprender y simpatizar con el fastidio de de Gonde ante la situación. No se podría separar al niño de la madre y ella parecía no

poder ocultar sus sentimientos hacia él; protegerlo de ellos. Me dio lástima mezclada también con indignación por esta intromisión indeseable. Después de todo, como el mismo de Gonde había dicho, es imposible juzgar a alguien irracional por medio de normas racionales.

—Paul y yo estábamos charlando —le dije.

Madame logró controlarse.

—Bueno, pueden continuar la charla durante la cena. Es casi la hora Paul, de modo que ve a lavarte y espéranos en la mesa. Por favor, quítate el revólver. Los cowboys no llevan las armas a la mesa.

Paul me miró.

—¿Es verdad eso?

—Me temo que sí, socio. Si no quedaría muy poco amistoso.

—¿Socio es lo mismo que amigo?

—En este caso sí.

—O.K. socio. *Au revoir.*

Abandonó la habitación bullanguero, montado en un caballo imaginario La madre cerró la puerta detrás de él rápidamente apoyando su espalda contra ella.

—No le contó sobre el revólver que le di ¿no? —dijo en voz baja —.

—Por supuesto que no, Madame.

—Bien. ¿Consiguió balas?

—No.

Algo en mi modo de responder la puso en guardia.

—¿Trató de conseguirlas?

—Sí —contesté incómodo.

Madame de Villemont me miró fijamente. Hice lo mismo tratando de sostener lo antedicho.

—Miente —concluyó.

Dio con mayor fuerza en el blanco porque era merecido. Pensé en los de Gonde, suplicándome que inventara un cuento con la pistola, que tranquilizara a Madame y me hiciera depositario de su

confianza por su propio bien pero habría de defraudarlos. No había nacido para jugar de esa manera.

—Tiene razón —le dije— la verdad es que no deseo tener nada que ver con un arma cargada. Siempre hay una posibilidad de que se dispare cuando menos se lo espera.

Se le aceleró la respiración. Las palabras se le amontonaban.

—¡Estúpido! —explotó— piensa que lo traje a ésta casa como una especie de broma.

De Gonde estaba equivocado. Sentí una sensación de sobresalto. Toda la familia estaba equivocada. Mirando a ésta mujer podría jurar que no se estaba imaginando los peligros que tanto la aterraban. Sabía algo que ni su familia ni su psiquiatra sabían, algo que ella no se atrevía a revelarles. Algo real...

—Madame —le dije conciliador— vine como preceptor de Paul, no como su guardia armada. Pero si usted me dice...

—Todo lo que le digo es que a usted se le paga para que cumpla con mis instrucciones sin una sola pregunta.

De modo que aún antes de lo que Louis había profetizado, la Crisis se había presentado.

—Madame hay ciertas instrucciones que nadie que esté en su sano juicio puede cumplir sin preguntar.

—Me parece negativo. Especialmente cuando la única posibilidad restante es empacar y largarse de aquí.

Mi valija y mi bolsón estaban abiertos sobre la cama. En silencio cerré la valija y le eché llave.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Madame.

—¿No es evidente? Estoy haciendo las valijas para irme.

Observaba con aire incrédulo cómo corría el cierre de mi bolsón y lo colocaba en el suelo.

—No puede ser cierto —dijo— que sólo porque deseo que cumpla instrucciones...

—Ordenes —contesté— y sin preguntas, pero ya cumplí mi servicio en los Infantes de Marina.

—¡Dios mío! Usted es muy susceptible, ¿no?

—Me alegro que finalmente lo haya notado, Madame. Siempre digo que es mejor tarde que nunca.

Con eso como despedida, me coloqué la máquina de escribir bajo un brazo y un paquete de libros bajo el otro, tomé la valija y el bolsón en la mano y me las arreglé para pasar por la puerta mientras Madame .de Villemont permanecía de pie observándome. Recordé entonces el funesto objeto que había provocado la crisis. Deposité mis pertenencias en el piso del pasillo y fastidiado me dirigí a la habitación para sacar el revólver de abajo del colchón y volverlo a poner en su escondite primitivo en la cómoda.

A todo esto Madame de Villemont permanecía inmóvil. Cuando me enderecé y me volví hacia la puerta del vestíbulo nuevamente pareció retornar a la vida repentinamente. Cruzó la habitación hacia mí y me tomó el brazo. La manera apresurada en que retiró la mano me aseguró que había experimentado igual que yo una sensación excitante al sentir el contacto.

Era la imperiosa Nefertiti descendiendo del trono con los ojos ensanchados por el pánico.

—*Monsieur Reno* —dijo haciendo un esfuerzo— *je vous en prie.*

Le ruego, pero en francés como si no supiera decirlo en inglés.

Nunca hubiera esperado que lo dijera. No necesitaba decir más.

SEGUNDA PARTE

LA TORRE

1

POR supuesto la familia tenía razón. El convenio, como se había advertido, era mandado hacer para dar lugar a las habladurías. Mi puerta daba al cuarto de Paul por un lado, que se comunicaba a su vez con el de Anne de Villemont por el otro. Ninguna de las dos puertas se cerraba jamás con llave. Todas las noches cenábamos los tres juntos, en familia, en el comedor del departamento. La tensión en la mesa era similar a la que se da entre un matrimonio mal avenido. Lo sabía porque durante el corto período que duró mi matrimonio con una mujer a quien Madame se parecía en más de un aspecto, —era tan rica, voluntariosa y sensualmente atractiva como ella—, las comidas se habían desarrollado de esta manera. Para los ojos furtivos *y* oídos ávidos de las mucamas que servían la mesa, también podía ser la represión de dos personas que comparten un secreto culpable.

El ser furtivos era la característica más destacada de los sirvientes de la casa. Formaban una especie de malla entretejida, una confraternidad sospechosa, adicta al paso demasiado silencioso, a las misteriosas miradas de soslayo, a los susurros tras las puertas entreabiertas, de manera que se alcanzaban a oír voces pero nunca a distinguir las palabras. Aquellas noches excepcionales en que ya saturado de aburrimiento me reunía con ellos para jugar a las cartas o al dominó en la cocina, me daban la sensación de haber entrado en una reunión de conspiradores que no tenían la menor intención de permitirme participar en sus secretos internos. La fétida miasma de estos taimados, amantes del secreto, impregnaba la casa entera. Formaban el tipo de ambiente envenenado donde florece el chisme. Chismes sobre Madame de Villemont y el preceptor de su hijo, especialmente, ya que Madame había caído en desgracia en el círculo familiar y el preceptor a pesar de su modo tan amable, no

dejaba de ser sólo un americano bruto, traído de los tugurios del Décimo distrito.

Desgraciadamente, desde mi punto de vista, este chisme no tenía el menor fundamento en la realidad. Digo desgraciadamente, porque a pesar de que yo detestaba esa manera de guardar secretos, que armonizaba tan bien con el del servicio, a pesar de que me indignaba que con su profundo egoísmo, hiciera a Paul víctima de sus tensiones, a pesar del agravio que significaba para mí su costumbre de dirigirse a mí con un “Debe hacer esto o aquello”, que era su concepto de “dar instrucciones”, en definitiva, yo era un hombre sano y Madame una mujer muy apetecible. Hubiera necesitado muy poca incitación de su parte para acostarme con ella.

La incitación no estaba próxima. Sin embargo, lo que si me gané de su parte fue un total y sincero respeto, en lo referente a mis métodos con Paul, y un esfuerzo por cooperar conmigo.

Esto, fue el resultado de una crisis entre Madame y yo hacia fines de mi segunda semana de trabajo en la casa. Sin tener el menor entrenamiento en cómo actuar a la vez como pedagogo y niñera, con un niño mórbidamente miedoso y violentamente emocional, que había estado demasiado pegado y durante un tiempo más que largo, a las polleras maternas, inventé un sistema que en términos generales, consistía en desterrar todo lo que fueran chistes y bromas de las lecciones de la mañana, pero en darles rienda suelta, el resto del tiempo que estábamos juntos.

Hacia fines de la segunda semana de aplicación del régimen, noté que no funcionaba y descubrí a qué se debía.

Cuando Anne de Villemont me pidió un informe sobre los progresos realizados, se lo hice saber.

—Si se refiere al progreso en los estudios eso marcha estupendamente. Si me habla de su estado físico y nervioso no hay progreso alguno. No come lo suficiente, no duerme bien, cada vez que lo miro se está comiendo las uñas hasta que le sangran, de a ratos le atacan unos temblores, que parece drogado con D.T.S. Usted lo sabe tan bien como yo.

—Sí. —Anne de Villemont me miró ansiosamente—, me he estado preguntando que es lo que usted puede hacer al respecto.

—Nada —dije abiertamente— pero si sé, lo que usted puede hacer.

—¿Yo?

— ¿Quién cree usted que es el responsable del estado en que se encuentra? ¿No se da cuenta como lo ha contaminado con sus miedos, con su sentimentalismo? No es ciega. Obsérvelo cuando usted entra a la habitación. Un segundo antes puede haber estado riendo por cualquier cosa. La ve y comienza nuevamente el derrumbe. Usted tiene miedo de algo, miedo de él, miedo de usted misma, y él huele el miedo no bien se acerca Eso es lo que lo destruye. —Anne de Villemont se torno rígida. Ultrajada se puso de pie.

—¿Usted se ha olvidado completamente cuál es su lugar? ¿Sabe con quién está hablando? ¿Tiene la impresión acaso de que fue contratado para ocuparse de mi bienestar? Se equivoca. De lo único que debe ocuparse es de Paul.

—Lo sé, Madame. Por eso le estoy diciendo la verdad, aunque no quiera oírla. Mi asunto es Paul y si me contrató sólo para atenderlo mientras no se lo lleven a algún instituto...

Era una crueldad calculada y funcionó. Despidiendo llamas por los ojos, Anne de Villemont levantó una mano como para calcular un golpe. La mano se congeló en el aire y cayó sobre el blanco. La mujer pareció desintegrarse ante mis ojos.

—¿Pero qué puedo hacer? —murmuró— ¿qué puedo hacer?

—¿Por qué tiene tanto miedo de que le ocurra algo a Paul?

Sus labios se volvieron una línea tirante, inflexible. Sacudió la cabeza.

Sería totalmente desesperado tratar de avanzar contra esa resistencia de granito.

—Bueno —dije—, descontando el hecho de que usted teme realmente que le ocurra algo, no puede dejarlo traslucir y que él se dé cuenta. Debe ocultar sus sentimientos, enterrarlos en lo más

profundo. Debe ejercer un firme control sobre sus nervios cuando él esté cerca. No creo que sea fácil pero ¿tratará de hacerlo al menos?

Así lo hizo, y el mágico cambio que comenzó a tener lugar en Paul después de eso, le dio ánimos para continuar haciéndolo.

En un sentido, las cosas se hicieron más difíciles para mí. Lejos de Paul, ella volvía a ser la arrogante y sobreexcitada Anne de Villemont a quien yo detestaba, sólo que ahora había veces en que veía a la mujer que hubiera sido y así descubrí que uno puede tener celos de una mujer aun cuando no le guste.

Como esas noches en que venía al cuarto de Paul vestida para una velada en el centro. Djilana, la mucama que había traído de Argelia, pisándole los talones haciéndole unos pequeños toques finales en el cabello o en un pliegue del traje, y Madame, aparentemente contenta, tomaba poses y hacia piruetas para su hijo imitando con picardía un desfile de alta moda.

—Bien y ¿qué te parece? —le preguntaba.

A los nueve años de edad, Paul era ya suficientemente francés como para tomar estas cosas con la mayor seriedad.

—Te haces la graciosa mamá. ¿Cómo puedo decirte si no te quedas quieta y dejas de bromear?

Entonces se quedaba quieta, las manos tomadas una contra otra, los ojos modestamente dirigidos al piso, mientras él hacía un solemne circuito alrededor de ella.

—Es muy hermoso, mamá. ¿No te parece Reno?

Y a esto respondía yo: —Muy —en el más casual de los tonos gruñendo para mis adentros al acompañante de Madame, quien quiera que fuese.

¡Hablen de Tántalo!

EL tiempo desapacible convirtió los primeros días de la primavera en temporada de museo y cine para Paul y yo, pero a principios de mayo comenzamos a ir por las tardes al Pare Monceau, que era probablemente la porción verde más aburrida y maloliente de París, baluarte de almidonadas niñeras y mucamas de niños caros, vestidos con elegantes trajes de juego. Estaba lejos de ser el lugar indicado para jugar béisbol o fútbol, pero no obstante jugábamos todos los días, ante un público de niñeras desaprobadoras y el policía, en su puesto, a quien había que coimear regularmente para que no interviniera.

La única ventaja del lugar, era que estaba situado a poca distancia de la casa. El transporte era nuestro problema. Georges estaba generalmente demasiado ocupado para llevarnos a ninguna parte; era el chofer de los de Gonde y de Madame Cesira en la Île Saint Louis, así también como de Madame Villemont, y me estaba estrictamente prohibido sacar a Paul en auto, ya fuera conduciendo yo mismo uno del garaje o en taxi, como también estaba fuera de consideración viajar en colectivo o subterráneo, así, la mayoría de las tardes Paul y yo no teníamos cómo alejarnos demasiado de la casa. Por este motivo tierras fantásticas como el *Mussé Grevin* cuya cámara de las ilusiones repleta de espejos se vuelve de repente la vaporosa jungla del Amazonas, y el *Conservatoire des Arts et Metiers* con sus modelos de ferrocarriles, fábricas y minas, estaban generalmente fuera de nuestro alcance. Cuando se trataba de cine, los elegantes teatritos del distrito no pasaban películas de cowboys e indios sino solamente, como señaló Paul agriamente, un ramillete de gente tonta besándose todo el tiempo.

Era fácil comprender el creciente aburrimiento y frustración con la vida del parque, lo que fue causa en repetidas oportunidades de ciertas escenitas que lo hacían volver a temblar en esas furias incontrolables, pero este era un punto en el cual Madame era inexorable. Se pretendía que nos mantuviéramos a corta distancia de las murallas de la fortaleza. Eso era solamente lo que nos estaba permitido.

Más adelante, Louis, agitador nato comenzó a reunirse con nosotros en el parque cada dos o tres días y maliciosamente plantaba las semillas de la insurrección contra las restricciones maternales en cuanta oportunidad se presentaba. La primera aparición del fruto de estas semillas, surgió una noche a la hora de la cena en la mesa, para sobresalto de Madame de Villemont.

Paul, a quien se le permitía tomar un dedal de vino con la cena, se tomó de un trago la cuota y pidió más a Djilana. Cuando Madame, quien como yo ya había observado, utilizaba una botella entera como paliativo en sus malos días, cambió el pedido por un vaso de leche, Paul levantó los hombros con un gesto hastiado de reproche.

—El vino es más importante que la leche —señaló a su madre.

—La leche hace sólo huesos, el vino hace la sangre.

Madame de Villemont parpadeó al oír esto.

— ¿Y dónde le informaron eso?

—Me lo dijo Louis.

— ¿Quién es Louis?

—Viene al parque. Es amigo de Reno y ahora es también mi amigo.

Madame se irguió en su silla, signo seguro de que habría problemas.

—¿Alguien que se les acercó en el parque? —me dijo con voz tensa.

—No, Madame. Era mi representante. Lo conozco desde hace mucho tiempo.

El miedo que emanaba de ella había envuelto a Paul.

—Es muy bueno, mamá —su voz se tornó más aguda— No digas que no le podemos ver más. Es realmente muy bueno.

Madame se relajó un poco. Hasta trató de ensayar una sonrisa.

—Así mismo, el ser representante de un pugilista no lo transforma en un experto en salud —respondió a Paul.

—Pero no fue sólo eso, mamá. Fue cowboy en América también, y mató muchos indios, y peleaba con los tiburones en el fondo del mar, sólo con su cuchillo. Aun siendo pequeño es muy valiente...

—¿Ves? —dijo Madame gravemente— si hubiera tomado la leche cuando era un niño podría haber sido grande y muy valiente.

Después de esto, ya sabía reconocer el trabajo del agitador sin mayor dificultad.

—Mojarse la piel todos los días es muy peligroso —anunció Paul una tarde cuando se avecinaba su baño antes de la cena— se vuelve esponjosa y los gérmenes entran muy fácilmente.

—¿Louis? —preguntó Madame.

—Sí, mamá, también dice...

Madame de Villemont miró a su hijo como diciendo *je m'en fiche de Louis.*

—Me parece —dijo—, que nuestro pequeño Louis se hace sentir por aquí, ciertamente. En realidad debería conocerlo.

De manera que arreglé para que se conocieran. Madame caminó con Paul y conmigo hacia el Pare Monceau por primera vez y resultó ser Louis el. que nos liberó de la soga corta.

Besó la mano de Madame con un gesto de un cortesano, limpió el banco con su pañuelo para que pudiera tomar asiento y la aleccionó sobre la crianza de niños.

—Naturalmente, usted se preocupa por el niño, Madame, pero es egoísta plantarlo así en un invernadero como el Parc Monceau sólo por esa razón. En este momento está en una edad en que todo lo que está fuera de esas rejas, es mágico para él. Viajar en subterráneo, caminar por el Mercado de Pulgas con un par de francos en la mano, jugar al Lejano Oeste en el Parc des Buttes-Chaumont del otro lado de la ciudad, con esa clase de chicos que no tienen un montón de niñeras respirándoles encima todo el tiempo, eso es lo que necesita para su bien.

—Mucho me temo que soy yo la que determina lo que él necesita para su bien, Monsieur Le Buc.

—Verdad, Madame pero siempre que su preocupación por su propia tranquilidad, no le estropee el criterio.

Noté que la impertinencia no le gustaba pero se la tragó.

Cuando se levantó para partir Louis le besó nuevamente la mano y le dijo alegremente:

—Madame, si fuera sólo algunos años más joven, unos cuantos millones de francos más rico... —Madame de Villemont le dirigió una encantadora reverencia en respuesta a su cumplido. Todo fue tan agradable y sin sentido en la superficie que nunca soñé que obtuviera algo de esta entrevista, pero, al día siguiente, Paul y yo fuimos dueños de las llaves de la ciudad.

Entonces supo lo que era viajar en subterráneo, compraba orgullosamente los boletos para ambos, derrochaba dinero en una colección de objetos oxidados en el Mercado de Pulgas, jugaba fútbol a la francesa en el Parc des Buttes-Chaumont, con una pandilla de groseros del Boulevard de Belleville, regresando a casa con las canillas cubiertas de marcas negras y azules que orgullosamente mostraba a su madre estremecida, como si fuesen heridas del campo de batalla. *Liberté, Egalité, Fraternité.*

3

TENÍA poco que ver con los demás miembros de la familia.

Como mi habitación daba al patio de entrada, a veces veía a de Gonde y a Vosiers saliendo a pie hacia sus oficinas en la vecina rue de Boetie y pocas veces observaba a una u otra de sus esposas partir de compras o a algún compromiso social, la elegante y pequeña Madame Matilde al volante de su Ferrari blanca, la matronal Madame Gabrielle en la limousine Mercedes conducida por George, pero rara vez me encontraba con ellos cara a cara.

Cuando esto ocurría, ya había aprendido que cada uno tenía su propio e invariable modo de responder a mi amable saludó. Madame Matilde con su igualmente amable *Bonjour Monsieur Reno* siempre en tono de solemnidad burlona; Madame Gabrielle, con una sonrisa rápida, abstraída; Edmond Vosiers, con una mirada de abierto

desagrado y Claude de Gonce con una helada inclinación de cabeza, *noblesse oblige.*

En general, yo lo prefería de esa manera. Como yo no era exactamente un sirviente, no me gustaba bajar el copete demasiado ante ninguno de ellos, de manera que cuanto mayor fuera la distancia, mejor era. Pero como Paul iba regularmente a presentarles sus respetos a sus tíos y tías, debían haber notado el cambio que se estaba operando en él y me irritaba un poco que a ninguno le pareciera indicado darme un golpecito en la espalda por mis logros. Mejor aún hubiera sido la reunión con Charles Leschenhaut, editor de *La Foudre,* que de Gonde había prometido concertar para mí. A medida que pasaba el tiempo, a medida que las semanas se hacían meses y no había reunión ni se hacía mención alguna sobre ella, llegué a la deprimente conclusión de que el asunto había sido olvidado.

Resultó que no le estaba haciendo justicia en ninguno de los dos casos.

Una vez, ya avanzada la tarde yo esperaba el ascensor en la planta baja y cuando entró en el campo de mi visual, advertí que de Gonde bajaba a bordo, moviendo el pulgar de un labio al otro. Evidentemente, sus pensamientos volaban muy lejanos.

—*Bonjour, Monsieur de Gonde* —dije al abrirle la puerta y me respondió con su gélida inclinación de cabeza, aún perdido en sus pensamientos y cuando yo estaba a punto de tomar su lugar en el ascensor añadió:

—Un momento.

—Si, Monsieur.

—¿Cómo van los escritos?

Decidí que no tenía nada que perder y todo por ganar recordándole su promesa.

—Estoy esperando que Charles Leschenhaut me dé su opinión sobre eso, Monsieur, si recuerda.

—Recuerdo muy bien —respondió con dureza—, Le he hablado de usted. Se reunirá con usted aquí tan pronto como sus

ocupaciones se lo permitan; lo cual será muy pronto. Confío en que tendrá para mostrarle, algo digno de su tiempo y su molestia. ¿Será así?

—Pienso que sí.

—Bien, —de Gonde me midió de arriba a abajo, con rostro inexpresivo. Luego dijo abruptamente—. Él está al tanto de su situación aquí. Sabe que le está haciendo mucho bien a Paul. Eso obra también en su favor.

Y con esto giró sobre sus talones y se marchó.

Todavía me estaba preguntando sobre este episodio tan curioso cuando ocurrió otro mucho más perturbador con Matilde Vosiers.

Hacia la mitad del correntoso pasillo alfombrado de rojo, estaba el rellano de la escalera de mármol que bajaba a la rotonda. Un viernes de mañana muy temprano, complacido con la perspectiva de tener un día libre entero para mí, al acercarme al rellano tuve que detenerme, ante la vista de Madame Matilde, en salto de cama, aferrada con ambas manos a la balaustrada con los ojos fijos en el marido que descendía pesadamente las escaleras y atravesaba la rotonda hacia la salida. Era fácil notar que estaba de un humor terrible. Vestía ropa de montar y a cada paso agitaba la fusta como si estuviera segando los yuyos con la hoz. La enorme puerta que daba al patio era demasiado pesada para dar un portazo pero el gesto con que la cerró descubría que esa era la intención.

Al cerrarse la puerta, Madame Matilde se volvió y me vio. Una mano voló a la mejilla para cubrirla pero no antes de que yo notara que la tenía roja e hinchada. Una marca bien definida, un latigazo, la atravesaba, un ribete tan largo como desagradable.

—¿Qué mira? —preguntó furiosa—. ¿Es esto lo único que puede hacer, pararse y mirar a la gente?

Hubiera sido difícil no mirar. El salto de cama ponía poco de su parte por ocultar los pletóricos pechos de Madame y sus nalgas redondeadas y esto junto con su belleza desgreñada, eran signos a

los que nunca he sido inmune. Con esfuerzo, pude fijar mis ojos en los suyos, sin parpadear y mantenerlos allí.

—Lo siento, Madame —luego como estaba seguro de que a pesar de lo doloroso que había sido el fustazo de Vosiers, el golpe a su orgullo había sido mucho peor, añadí—. Me asusté porque me pareció que se había dado un buen golpe. Los lugares gastados de la alfombra resultan peligrosos.

—¿Sí? —los ojos furiosos se entrecerraron inquisitivamente—, ¿Es ese el cuento que va a contar en la cocina? ¿No será algo un poco más divertido?

—No tengo la costumbre de ir con cuentos a ninguna parte Madame. Me ocupo estrictamente de mis propios asuntos.

La dama tenía dificultad para respirar pero el enojo poco a poco se iba disipando.

—¿Es cierto? —me hizo el cumplido de retirar la mano que ocultaba su rostro— Sabe Reno, usted no es en lo más mínimo, uno de esos estúpidos sonrientes, que uno encuentra infestando la casa. ¿No?

—Trato de no serlo, Madame.

—No, en realidad usted parece un caballero. Alguien que merecería un consejito como atención por su conducta. ¿Le interesaría escucharlo?

Asentí, preguntándome qué estaría por descubrir.

—Muy bien, entonces —Madame Matilde echó una mirada por encima del hombro como para asegurarse que la fúnebre longitud del pasillo estaba desierta y luego me dijo en voz baja— El consejo es que se vaya. Usted no pertenece a este lugar. Por su bien, váyase lo antes posible.

Vi que lo decía en serio.

—¿Pero por qué?

—Sin preguntas. No pregunte sobre nadie aquí. Ese *pédé* tristón que fue el instructor de Paul perdió el tiempo haciéndolo. ¿Y qué consiguió? Váyase y no mire hacia atrás.

—No sin una razón concreta —protesté.

—Y ¿cuál podría ser su razón para quedarse aquí? ¿El dinero? Un hombre como usted, puede ganar lo mismo en otro lado si lo desea. ¿Los encantos de Madame de Villemont? Créame si es eso lo que lo ilusiona, vive de falsas esperanzas.

A pesar de la total inexactitud esto me picó.

—¿La princesa y el campesino, Madame? —pregunté con sarcasmo deliberado.

—No, la princesa y el médico —respondió Madame Matilde—. Ya casi no es secreto aquí que ella y el doctor Morillon…

Las palabras murieron en la garganta. Debe haber notado en mi expresión que éste era un secreto de entre los tantos, del cual yo no estaba enterado. Lo que ella no podía saber, una vez que me hube recobrado del impacto, era que me estaba tomando este secreto con una buena dosis de desconfianza. Era demasiado parecido a un eco de la maliciosa imputación que Jeanne Marie hacía a Anne de Villemont. Era el tipo de chisme de los que se originan en la cocina, no en el dormitorio. Y, sobre todo, el doctor Morillon, era un psiquiatra en ejercicio, un respetable profesional y no era demasiado probable que arriesgara su reputación manteniendo un *affaire* con una paciente faltando groseramente a la ética profesional.

—Madame —le dije, pero los ojos de Madame Matilde que se habían ensanchado de terror por su *lapsus linguae* ya estaban sellados:

—Dije lo suficiente —contestó con tono apagado—, demasiado, usted impide que se le haga un favor.

Noté que no tenía sentido seguirla por el corredor para tratar de obtener de ella algo más. Camino al Café au Coin donde recogería a Louis y a mi amigable inquilino Leon Becque, para ir juntos en auto a la pista de Auteuil, me afanaba en vano pensando en lo que ya sabía. Una advertencia secreta. Voces diciendo que Anne de Villemont y su médico tenían un *affaire.* Pero la advertencia era demasiado misteriosa y el *affaire* demasiado improbable para que añadieran algo. Sin embargo Matilde había dicho algo más, una palabrita que

se le había escapado, que comenzó a asomar cada vez más en mi mente hasta ensombrecer el resto.

Se había referido al preceptor de Paul como *pédé* y como sabía por Paul, ese había sido el único otro preceptor que había tenido en su vida aparte de mí. Había exclusivamente una interpretación explícita para esa palabra del bajo fondo, *pédé:* Pederasta.

Sin embargo, la descripción que de mi predecesor había hecho Georges, cuando me conducía a la mansión el primer día, lo presentaba como un joven apasionado que se había suicidado por su amor sin esperanzas por Anne de Villemont. Había una notoria discrepancia entre esa imagen y la presentada por Madame Matilde con una sola palabra lanzada sin pensar.

Entonces recordé cómo Claude de Gonde había insistido en que Georges me condujera a la mansión ese día. ¿Era para que Georges pudiera decirme todo lo que se le había instruido cuidadosamente? ¿Sería en efecto para enceguecerme antes de llegar a la rue de Courcelles? Por otra parte si Georges se había ceñido a la verdad ¿por qué Matilde Vosiers la cuidaba ahora tan poco?

El resto del día resulté muy pobre compañía ya que en mi mente se revolvían sin cesar las mismas fútiles preguntas y conjeturas. Apenas pude esperar hasta el momento en que llegué a la rue de Courcelles, a la nochecita y entregué el Renault a Pascal, el huesudo muchachito del garaje. Se había convertido en mi adorador desde que había caído en la cuenta que me había visto una vez en el ring del Palais du Sport.

A él pude preguntarle directamente qué clase de tipo había sido el anterior preceptor de Paul—. *Un pédé, peut être?*

—¿Quién? ¿Monsieur Sidney Scott?

—Sí. ¿Cómo era?

—Ah. Él —Pascal sonrió ampliamente— sí, era uno de esos.

—Entonces ¿cómo es que lo pusieron al cuidado del niño? Después de todo...

—¿Cómo cree que puede haber sido? Monsieur Bernard era su *mignon,* pero aquí —de pronto la sonrisa desapareció del rostro de Pascal— Mira campeón, —dijo ansiosamente— no queda bien charlar tanto sobre esto, si no podemos acabar los dos en el río como Monsieur Sidney y debe estar bien frío en esta época del año.

—Lo haces sonar como si lo hubieran empujado, compañero, yo pensaba que había saltado.

—Nunca dije tal cosa, de modo que no me haga decir cosas que no dije. El informe policial dice que saltó y para mí es suficiente.

—¿Y cómo podía estar tan segura la policía?

—Diablos —exclamó Pascal—, ¿por qué no habría de estarlo? Es lo que declaró Madame de Villemont y ella estaba presente cuando ocurrió ¿no?

—Madame de Villemont ¿y quién más?

—Nadie más por supuesto —Pascal me enterró un codo en las costillas con gesto de quien entiende del asunto.

—¿Cuántas personas va a encontrar dando vueltas por el Quai d’Anjou una noche de febrero?

4

A LA mañana siguiente bien temprano telefoneé a Louis para pedirle que se reuniera conmigo por la tarde en el estanque redondo de los Jardines de Luxemburgo. En el momento en que nos encontramos en el banco Paul estaba tirado de bruces por encima del borde de la pileta tratando que las velas de su barco de juguete se llenaran con aire de sus pulmones.

En cuanto mi pupilo advirtió quién me acompañaba, vino corriendo hacia nosotros, con la embarcación apretada contra el pecho y chorreando agua de la parte delantera de la camisa. Una de las razones por la cual le gustaba que Louis viniera era que la regla de hablar sólo inglés mientras estuviera conmigo debía suspenderse. El

inglés que hablaba Louis le prestaba sus servicios pero era rudimentario.

—*Comment ça va?* —saludaba Paul a su viejo amigo y levantaba una pierna para mostrarle la última colección de magullones—, ganamos el último partido, y casi meto un gol.

—Muy bien ¿y las uñas?

—En realidad, esta vez he dejado de comérmelas.

—Excelente ¿y el peso esta mañana?

—Treinta y un kilos.

—Eh, serás un verdadero fortachón antes de llegar a darte cuenta. Ahora toma tu barco y hazlo navegar otro, rato mientras Reno y yo hablamos de negocios.

—¿Qué clase de negocios?

—Negocios privados. Así que quédate haciéndolo navegar hasta que abramos nuevamente para el público.

Esperó hasta que Paul volviera a la pileta y luego se volvió hacia mí.

—Vamos, escuchemos el asunto ¿qué es lo que te tenía tan impaciente y preocupado cuando me llamaste?

Cuando le hube contestado extensamente, Louis permaneció sentado en silencio, pensativo, por un largo rato.

—Bueno —dijo finalmente— parece que andas con un ramillete de gente sin suerte. Sus conocidos tienen una manera muy divertida de caerse por las escaleras y saltar a los ríos, ¿no? Y la idea que un esclavo como ese Sidney Scott se haya suicidado por una mujer —sacudió lentamente la cabeza—. No es mucho más probable que la madre descubriera al tipo tratando de corromper al niño y lo empujó al agua por esa razón.

—Eso es el infierno, ¿tú la conoces, no? ¿Te parece que ella es persona capaz de cometer un asesinato?

—Escucha, hermano. Tengo la misma debilidad que tú por las mujeres altas, bellas y sexy, pero eso no significa que tenga anteojeras. Claro que la conozco. Y lo que vi, aparte de todas sus condiciones es que es como una cuerda de violín demasiado tensa,

casi lista para saltar. Dale a alguien en ese estado una razón para hacerlo y matará a cualquiera antes de tener tiempo para detenerse a considerarlo.

—Ver para creer. De todos modos lo que estoy descubriendo es la razón por la cual me contrató como guardia de Paul. Hasta este momento nunca pensé que hubiera realmente algo de qué protegerlo. Ahora pienso que sí. ¿No sería posible que alguien cercano a Scott hubiera llegado a la misma conclusión que tú y amenace a Madame con vengarse por ello? La manera más cruel de herirla sería a través de Paul.

—Es posible —dijo Louis—. ¿Tienes idea de alguien en especial?

—Sí, Bernard Bourdon, el secretario privado de de Conde. Era el *mignon* de Scott.

—Se puede colgarlo sólo por eso ¿Cómo es éste Bernard?

—Muy lindo por afuera pero venenoso por dentro. Dulce como la miel cuando te habla, pero los ojos no tienen vida, ¿sabes lo que quiero decir? son como ojos de serpiente. Te miran muy de frente pero no puedes percibir nada de lo que ocurre detrás de ellos.

—Suena delicioso —comentó Louis con tono seco.

—Eso si te gustan las serpientes. Ahora que me acuerdo... Ten cuidado cuando hablamos por teléfono. No puedo asegurarte que no esté Bernard escuchando.

—Parece buen tipo ése —dijo Louis— y proseguiría pero escucha, hermano, lo que te digo; es un tipo como para chantajear, no para vengarse. Conozco un par de tipos que trabajan en esa línea y cuando describiste la dulce sonrisa y esos ojos mortíferos parecía que los estaba describiendo. Sí, hay una buena posibilidad que Bernard sepa más de lo que debiera sobre la muerte de Scott, de modo que ahora tiene a Madame de Villemont con el rabo entre las patas. He visto hacer ese tipo de cosas. No es chiste, créeme.

—Me alegro que sientas de esa manera —le contesté. Ahora dime cómo puedo lograr el informe policial sobre la muerte de Scott.

—No puedes.

—¿Por qué no?

—No alces la voz o el niño se preguntará por qué te sofocas tanto, —advirtió Louis—. En lo que se refiere al informe, acuérdate que ataría a la familia del general de Villemont, y el general de Villemont es ahora un héroe sagrado de Francia. ¿Piensas que la policía va a permitir que alguien se introduzca y haga estallar con su ayuda un escándalo sobre el nombre de Villemont?

—Y ¿Veronique? Ella me consiguió el expediente sobre Max Marchat, ¿no?

—A esa información tiene acceso cualquiera que trabaje en el Ministerio de Comercio. Este es un informe criminal que se supone debe estar firmemente custodiado.

—Supongamos que ella escribe una solicitud para retirarlo y el jefe la firma. Le he oído decir varias veces que él nunca se fija qué es lo que firma.

—Podría mirar ésta. Se metería en un lindo lío.

—¿Por qué no dejamos que lo decida ella? —insistí— Pregúntale sólo si me puede conseguir ese informe sin sacar la cara demasiado.

—¿Por qué no le preguntas tú? —dijo Louis fríamente. Mañana es domingo, así que tienes mucho tiempo para hacerlo mientras el niño está con la abuela.

—No, mañana no. La abuela me mandó decir que le gustaría conocerme. Así que iré con él a la Île de Saint Louis. Y esto es algo que me gustaría aclarar lo antes posible.

Era por supuesto del tipo de amigos de los que llevan a cabo un encargo por más que lo odien. También tenía una vena de conspirador, como me di cuenta, esa misma noche, cuando me llamó mientras yo jugaba al dominó en la cocina, con Georges y algunos otros del servicio Fue el malhumorado Georges el que respondió al llamado en la cocina. Después de entregarme el tubo se demoró por las inmediaciones como para escuchar. Pero no tenía por que preocuparme.

—¿Monsieur Davis? —dijo Louis alegremente—. Ah señor, la potranca esa a quién usted me pidió que apostara, correrá esta semana. Lo mantendré informado.

Si había algo capaz de dar paz a esas mentes inquisitivas era eso.

5

LA Île de la Cité esté ubicada como si fuera un barco en medio del Sena con la proa hacia el Oeste y detrás, como un lanchón a remolque, está la Île de Saint Louis. La distancia entre ambas islas es sólo la longitud del pequeño puentecito de peatones que las conecta, en total sólo unos pasos, pero cruzar ese puente significa mudarse de un mundo a otro. La Île de la Cité bulle en actividad en torno al Palais de Justice, el Hotel-Dieu y Notre Dame.

La Île de Saint Louis con excepción de alguna partida de turistas extraviados, que se encuentra de vez en cuando, parece perdida en un sueño de siglos.

El domingo, ya avanzada la mañana, Georges nos llevó hasta allí. Paul estaba nervioso y disgustado como siempre que se veía enfrentado a la perspectiva de ver a su abuela. Cuando el auto se detuvo frente a la puerta de la casa de Madame Cesira vi que estábamos en el Quai d'Anjou, donde la vida de Sidney Scott había tocado su fin y mirando en derredor, los sosegados edificios de piedras marronáceas y grises de un lado de la calle, el murallón sobre el río del otro lado, los árboles de un verde fresco, las hojas que la tibia brisa hacía temblar, el río fluyendo, los hermosos arcos del Pont-Marie, todo me daba la sensación de que sencillamente éste no era el ambiente indicado para morir violentamente. Pero por cierto que era allí donde había muerto Scott en febrero. Debía haber estado distinto entonces, principalmente a medianoche y nuevamente me asaltó el pensamiento que me había acosado tantas veces esos últimos dos días ¿qué hacía Madame de Villemont con ese hombre en el Quai d'Anjou a medianoche?

Dejé de lado la idea mientras una mucama nos conducía al piso de arriba hasta el living room de Madame Cesira, abarrotado con una profusión de *bric-à-brac* que debía haberle llevado toda la vida reunir. Madame nos esperaba allí. Era una mujer pequeñita y canosa de ojos feroces. Su rostro decididamente feo parecía el de un mono.

—Bueno —dijo a Paul ácidamente después de darle un beso escrupuloso en la mejilla— ¿no te enseñaron a presentar, queridito?

—Sí, abuela. Éste es Monsieur Reno y ésta —se dirigió a mí rechinando las palabras con murria, como si lo hubiera aprendido de memoria— Madame Cesira María Montecastellani de Villemont.

—¿Y tu abuelo? —pidió Madame echándome una mirada hasta que vi que Paul señalaba una fotografía enmarcada colocada sobre la repisa de la chimenea, donde se veía un hombre apuesto de bigotes canosos vestido con uniforme militar.

—Sí y ese era mi abuelo, el general Sebastián de Villemont —y añadió—. Un gran general del Ejército de Francia.

—Un gran general —dijo Madame. Observé que su francés estaba sazonado con un fuerte acento italiano. Codeó a Paul en forma poco amable—. Ahora déjanos. Encontrarás los álbumes en la mesita al lado de mi cama. Pero si te instalas con todos ellos sobre mi cama debes sacarte los zapatos. Si me vuelves a ensuciar el cubrecama no almorzarás.

Paul abiertamente aliviado con la despedida aunque fuera tan poco atenta, tironeaba ya de los cordones de los zapatos mientras desaparecía en la habitación contigua.

—Esos álbumes —dijo Madame Cesira, contienen todas las fotografías, documentos y artículos de diarios de la carrera del general. No es una mala forma de entretenimiento para el niño, si le enseña a estar orgulloso de su abuelo.

—Tengo entendido que su padre fue también un glorioso soldado, Madame —comenté mirando en derredor. En el departamento de Anne de Villemont no había ni una fotografía de su difunto esposo y yo me había estado preguntando cuál sería su apariencia. Fue

frustrante descubrir que tampoco había foto alguna de él en el departamento de su madre.

Madame Cesira captó de inmediato a que me refería.

—No, prefiero no tener recuerdos de mi hijo por los alrededores. Esa herida está demasiado fresca aún. —Se sentó majestuosamente en una pequeña silla dorada, pero a pesar del tamaño de la silla, sus pies apenas tocaban el suelo—. Puede tomar asiento, también, así podremos conversar. Pero tome una de esas sillas que puedan resistir su peso.

—Gracias, Madame. —Para ese entonces ya me irritaba tanto como a Paul.

—¿Puedo fumar?

—No, no permito que se fume aquí. Si ocurriera algo a la colección del general, podría ser desastroso. Chúpese el dedo si es que necesita tener algo en la boca como un bebé.

—No creo que sea necesario, Madame. —Así me encontré sentado muy atento con la espalda erguida mientras esos dos ojos feroces me taladraban.

—¿Sabe por qué está aquí Reno?

—No, Madame.

—Es porque quiero que me explique un misterio, mis hijas y el mismo Monsieur de Gonde, que es un hombre de criterio íntegro, parecen todos coincidir en que usted es un verdadero dechado de condiciones. Ahora explíqueme cómo un dechado semejante puede llegar a ser un luchador sin un céntimo, que vive en el Faubourg Saint-Denis, en lugar de hacer algo positivo de sí, en su patria.

—Tal vez no sea mi ambición hacer algo positivo por mí, en el sentido que usted lo dice, Madame.

— ¿Lo intentó alguna vez?

—Sí, Madame, por un corto tiempo mientras estuve casado.

— ¿Cuándo fue eso?

—Hace alrededor de diez años. El matrimonio duró sólo unos meses.

—Por supuesto —reconvino Madame Cesira con frialdad—, usted miraría a las mujeres y estoy segura que las mujeres también lo mirarían a usted.

—No, Madame. Mi esposa se casó conmigo, como ella misma me informó en una oportunidad, porque pensó que sería divertido tener un marido pugilista. Cuando se dio cuenta que no era así, insistió en que comenzara a trabajar en una de las compañías de su padre y después de un par de meses, yo estaba tan desencantado de ella y de los negocios, como lo estaba ella de mí y del pugilato. Nos divorciamos de mutuo consentimiento.

Madame Cesira hizo un gesto de desprecio.

—Ustedes los americanos no saben cómo manejar a las mujeres, eso es lo que ocurre. Pero ¿qué pasó entonces? ¿desapareció de la escena?

—Puede llamarlo así, si lo desea Me hicieron una oferta para pelear en Italia y me fui para allá. Luego vine a París hace seis años y por una cosa u otra no he vuelto a mi país. En lo referente a mi vida en el Faubourg Saint-Denis, no la considero ninguna desgracia. Lo pasaba muy bien allí.

—Para mí tiene el mismo hedor del Trastevere, en Roma —opinó Madame Cesira—, es enfermante cómo esa fetidez de la canalla se derrama por todos lados hoy en día. Hasta el hogar ancestral de los Montecastellani, en la Vía della Pilotta, en Roma, se encuentra ahora infestada por los vahos. Pero —sacudió la cabeza dubitativamente—, puede ser una condición saber tolerarlo. Y ¿aprendió el idioma mientras estuvo en Italia? —preguntó pasando al italiano— ¿lo habla tan bien como el francés?

—No tan bien, pero lo suficiente como para arreglarme, —contesté también en italiano.

Madame Cesira se inclinó hacia adelante.

— ¿Sabe lo que significan la lealtad y la discreción? —me preguntó gravemente— ¿cree en ellas? Sea sincero.

—Me parecen virtudes muy apreciables, Madame.

—Mejor así. Bueno, he decidido hacerle un favor, joven. Los intereses comerciales de Monsieur de Gonde se extienden de aquí a Italia y más lejos aún. Lo voy a recomendar para que lo tome a su servicio, y le dé un puesto digno.

—Gracias, Madame, preferiría que no lo hiciera.

—¿Por qué no? Créame, hará algo positivo por su persona trabajando al servicio de mi yerno.

—Sería, en efecto, muy interesante, si no me viera tentado a sentarme en mi mesa y escribir cuentos en lugar de ocuparme de negocios, Madame.

—¡Ah! ¡con que eso es! —Madame Cesira plegó los labios amargamente—, sí, he oído de su ambición de ganar un lugar en la Academia, pero nunca hubiera pensado que preferiría sacrificar una carrera promisoria por esas nimiedades. Escribe cuentos, ¿no es cierto? ¿sobre qué?

—Sobre gente que he conocido. Pugilistas y sus mujeres, criminales menores, empleados, parroquianos de café...

—¿Usted aprueba a esa gente? —preguntó Madame Cesira con su tono siempre frío.

—Ni apruebo ni desapruebo, Madame, sólo escribo sobre ellos.

—Una pérdida de tiempo.

—Eso lo dejaré a juicio de un editor con quien Monsieur de Gonde, con mucha amabilidad, me ha concertado una cita.

—Charles Leschenhaut. Lo sé. Bien, bien joven, confío en que esté dispuesto a saber la verdad sobre su talento porque eso es lo que obtendrá de él. Es un hombre brillante, apasionado y veraz. Sólo Dios sabe cuántos enemigos se ha ganado por esa causa pero tiene el coraje de enfrentarlos. Un gran hombre. Francia no ha tenido otro que se le pueda poner a la par en mucho tiempo. Otro genio como Louis IX.

Por tacto convine en ello, aunque bien distinta hubiera sido mi manera de describir a Leschenhaut. Sabía que había sido sacerdote, que se había enrolado en un movimiento de sacerdotes obreros para luchar contra el comunismo, que se había convertido a éste y

colgado los hábitos. A su vez, había abandonado el Partido Comunista , y en un derroche inventivo había fundado *La Foudre,* una revista que atacaba a la Iglesia, al comunismo y a cualquier institución que se hubiera granjeado su enemistad, y por supuesto, al hacer esto había convertido a *La Foudre* en una institución netamente francesa.

Pero sólo su espíritu iconoclasta no podría nunca haberlo convertido en un ser tan poderoso. Fue la invención de una nueva y formidable teoría social la que lo hizo y fueron sus enemigos, que la dominaron burlonamente *la méthode Leschenhaut,* lo que le permitió recoger el nombre inmediatamente, levantándolo como estandarte y arrastrar huestes de seguidores. Charles Leschenhaut había cambiado de bando demasiado a menudo para ser otro San Luis pero innegablemente tenía carisma.

La verdad es que entonces tuve oportunidad de enterarme de que ejercía un efecto poderoso sobre Madame Cesira. Una vez en esta materia, persistió en ella, volviéndose más y más mordaz a causa de mi indiferencia hacia la filosofía política de Leschenhaut o, como incautamente le deslicé, por todas las filosofías políticas.

—¿Cómo puede uno permanecer neutral en el campo de la lucha por las ideas? —me preguntaba. Claro que si yo era un prototipo del pueblo americano, no era entonces de admirarse que mi maldito país fuera ese coloso de articulaciones débiles incapaz de moverse en ninguna dirección.

Pasé un momento bastante desagradable hasta la hora del almuerzo, cuando Paul se reunió con nosotros en la mesa. Le agradecí que al finalizar la comida permaneciera sentado acompañándome en lugar de dejarme solo con su abuela.

—¿Le dirás la suerte a Reno? ¿le tirarás las cartas, grandmamá? —preguntó esperanzado.

—Hay gente que no cree en esas cosas —dijo Madame Cesira con malicia—, hay gente que no cree en nada. No vale la pena tirarle las cartas.

—Pero Reno cree, grandmamá, él cree en la magia.

—Magia blanca —acoté— magia inofensiva.

Los labios de Madame Cesira se curvaron.

— ¡Qué suerte que mi magia sea de esa clase!

—Las cartas nunca mienten —dijo Paul encogiéndose de hombros con resignación—, mi carta es el nueve de copas y significa que voy a ir a Saint Cyr para ser soldado, a pesar de lo que piense mamá.

Guiñé un ojo, escrutando a Madame.

— ¿Magia persuasiva, Madame?

—No sea demasiado inteligente, joven —respondió con frialdad de hielo.

Aun así se levantó y fue hasta su escritorio y extrajo de allí una bien construida cajita de marquetería de la cual sacó un mazo gastado.

Cuando dispersó las cartas sobre la mesa, cara arriba adiviné de qué se trataba aunque no las había visto nunca antes.

— ¿Tarot? —pregunté.

—Sí, ¿las conoce?

—He oído hablar de ellas, especialmente de ésta.

Levanté una carta que mostraba un hombre colgando por el tobillo de una horca.

—El Ahorcado ¿no es verdad?

Al dar vuelta la carta vi que la expresión del rostro del joven era de beatífica aceptación de su destino.

—No parece preocuparle mucho estar colgado, ¿no?

—¿Ves? —Paul se dirigió a su abuela con excitación— la dio vuelta lo mismo que yo. Eso está muy bien —me dijo—, si no das vuelta al Ahorcado para comprobar si realmente le hace daño, significa que eres un burro.

—También se muestra que uno es un burro divulgando esos secretos —dijo Madame Cesira—, tu abuelo jamás se habría permitido mover la lengua con tanto descuido.

Mezcló las cartas con destreza, me dio a cortar y distribuyó el mazo ante ella, cara arriba. El resto lo colocó a un lado. Entonces

Madame Cesira estudió las cartas esparcidas ante ella y tomó una.

—Este es el Prestidigitador y no nos dice nada, pero la carta que ocupa su lugar...

Madame Cesira dio vuelta la primera carta del resto del mazo y la colocó en el espacio, que había dejado vacante el Prestidigitador. La miró fijamente.

— ¡Mi Dios! —susurró—, ¡La Torre!

Si se trataba de una actuación, lo hacía muy bien. Parecía realmente impresionada ante la vista de ese cartón con la lámina vívidamente coloreada de una torre de piedra, que vomitaba lenguas de fuego y cuerpos por las ventanas.

El rostro y los gestos eran contagiosos. Paul empalideció profundamente y abrió grandes los ojos.

—Eso es muy malo, ¿no? —dijo con tono nervioso.

Yo agregué prestamente.

—No, es sólo un juego, no quiere decir nada.

—¡Sí que significa!, ¿y qué dicen las cartas de alrededor de la Torre, grandmamá? ¿Son malas también?

Madame Cesira, irascible, tomó nota del estado de su nieto.

—Basta de comportarte de esa manera —ordenó con voz dura—, ¡qué debilucho! ¡desmayarse a la vista de una carta! ¡Espléndido soldado vas a ser!

Paul se enderezó en su silla y respiró con fuerza.

—No me estoy desmayando, grandmamá. La Torre es una mala carta, ¿no es cierto?

—Si —contestó Madame Cesira— anticipa desastre y ruina. Pero esa es la ventaja del Tarot. Anuncia lo que va a ocurrir, de modo que uno puede tomar medidas a tiempo. Veamos ahora qué es lo que rodea a la Torre, para saber qué medidas deben tomarse. Encima tenemos el dos de estrellas —levantó la mirada hacia la mía—, ésta dice que los problemas que inquietan al que las consulta, son sólo producto de la mente. No existen en absoluto pero como él se permite creer que sí, se está lanzando al peligro.

Eso me sacudió. Parecía que ella estuviera enterada de que yo estaba atareado exhumando esqueletos familiares.

Madame Cesira señaló con un dedo arrugado:

—Y aquí, debajo de la Torre —prosiguió— está el Rey de Copas. Hay un hombre poderoso que puede transformarse ya sea en un buen amigo o en un mortal enemigo. En este momento esto está sobre la balanza, de modo que cuide de que no se incline en contra suya.

¿Quién sería —me preguntaba yo— el Rey de Copas? Bernard Bourdon? ¿Pero cómo sabía esta mujer que yo sospechaba de él? ¿Acaso Pascal, el encargado del garaje, habría comentado a alguien las preguntas que yo le había hecho? Presumiblemente no, ya que parecía que Bourdon lo aterrorizaba.

De repente caí en la cuenta de que estaba respondiendo exactamente al juego de Madame Cesira al pensar en todo eso. Simplemente observando la expresión con que yo reaccionaba ante su disparate, ella podía adivinar si estaba dando en el clavo. Existían un sinfín de probabilidades, que mi indiferencia por *la méthode* mientras discutíamos sobre Leschenhaut, la había hecho tomar la determinación de ganarme para la causa con la ayuda del Tarot. Charles Leschenhaut constituía, en realidad, un candidato mucho más lógico que Bourdon, para ser el Rey de Copas.

Sonreí a Madame.

—Las cartas no dan nombres, supongo —comenté en tono ligero.

—No, joven, ni direcciones, ni números de teléfono.

Recogió las cartas impaciente y las volvió a colocar en la caja.

—Pero había más que decir, ¿no es verdad, grandmamá? —protestó Paul.

—Nada más —respondió cortante— además las cartas cambian cada vez que se tiran. La próxima vez que se las tiren a Reno, todo habrá cambiado para mejor.

Eso era lo que yo esperaba sinceramente, sea cual fuera el significado de sus palabras en esa jerga.

¿O era sólo imaginación mía y no pensaba tratarse de un mensaje?

Cabía dentro de lo posible.

Me había dado la sensación de estar verdaderamente impactada al dar vuelta La Torre, esa carta chillona, que prometía futuros desastres.

6

SI había algo extraño en la relación entre Anne de Villemont y la familia era que, si bien se trataba poco con los miembros de ella que vivían en la casa, sólo salía de ésta por las tardes en compañía de Edmond y Matilde Vosiers. Jamás se dejó ver en la mansión ningún otro acompañante.

Me enteré de esto porque muchas veces cuando ella se encontraba fuera del departamento, ya en el ascensor, tomaba yo entonces posición en la balaustrada que dominaba la rotonda y la observaba. Aparecía del brazo de Madame Matilde Vosiers, el marido las seguía malhumorado. Siempre igual los tres, ellos tres y nadie más.

Pero una vez, así como yo había encontrado a Madame Matilde observando a su esposo desde ese lugar privilegiado Bernard de Bourdon a su vez me halló a mí. Me sobresalté al sentirlo parado a mi lado. Se disculpó.

—Lo siento. No fue mi intención tomarlo desprevenido.

Tal vez porque me disgustaba y me producía una terrible desconfianza me pareció que su voz y su modo querían decir algo más. Pero tuve la sensación que la voz que se disculpaba era demasiado dulce, la manera de congraciarse demasiado intencional. Como le había dicho a Louis era imposible saber lo que acontecía tras esos pálidos ojos ensombrecidos por esas largas y oscuras pestañas de niña.

Lo único de lo cual uno podía estar seguro era que se trataba de ojos fríamente observadores, extrañamente discordes con ese rostro bonito y esos labios tiernos. Mirarlos fue como mirarse en un espejo gris opaco donde lo único que se distinguía era mi propia diminuta imagen reflejada en el fondo.

—¿Me buscaba? —le pregunté.

—Sí —observó cómo una mucama abría la puerta en la planta baja y el trío desapareció— Monsieur Edmond se está poniendo gordo como un cerdo —comentó— le debe sentar París. Cuando volvimos del Norte de África estaba bastante mal, ahora parece un ganso de Estrasburgo el maldito holgazán. No hay como Monsieur Claude para mantener la silueta. O usted. Usted conserva siempre la línea.

Me erizó el modo en que, sonriente, me revisó de pies a cabeza.

—¿Qué tiene *in mente?* —le pregunté ansioso por desembarazarme de él lo antes posible.

—Dos mensajes. Primeros alguien llamó mientras usted estaba ausente por la tarde y dijo que la potranca a la cual usted le había apostado, ha ganado y que puede pasar a retirar la apuesta en cualquier momento. —Bernard hizo un gesto afirmativo hacia la puerta de la parte inferior por la cual habían desaparecido recientemente Anne de Villemont y los Vosiers—, ¡qué lástima que no pueda estar allí para aconsejarles un poco cómo ganar apuestas! Esta noche podría ser la oportunidad.

— ¿Por qué?

—Porque esta noche es otra noche de Spinosi —dijo Bernard como si esto fuera por sí mismo explicativo. Entonces notando por mi expresión perpleja que no lo era, añadió— Madame de Villemont no lo tiene al tanto ¿eh? —Spinosi es una casa de juego para la alta sociedad en Saint-Cloud. Dos o tres noches por mes va a dejar allí un vagón de dinero.

—¿Y cómo sabe usted que el derrochador no es Vosiers? Tal vez Madame los acompañe sólo para distraerse.

—Bueno, si lo hace para eso —dijo Bernard— realmente paga un alto precio por ello. Después de todo Reno, yo soy el que le lleva los cheques a firmar. ¿Sabe a cuánto alcanzan las sumas mensuales?

— ¿A cuánto?

— ¡Ah! sólo alrededor de unos cien mil francos, dar o tomar unos cuantos miles no estaría mal ¿eh? Y esto viene ocurriendo desde hace unos dos años. Dice Georges que cuando llegan en el auto, Spinosi se deshace por atender a Madame. Buen tipo ese. Es un maestro en manejar la gallina de los huevos de oro.

Desde el punto de vista de la casa, no era una mala descripción de un cliente que jugaba una suma equivalente a veinte mil dólares por mes. Mi padre se había ganado la vida trabajando como empleado en una casa de juego. Desde muy niño yo me había identificado con su desprecio por los jugadores fuertes.

—¿Cuál es su otro mensaje? —pregunté a Bernard.

—Es una invitación de Monsieur Claude para que sea su invitado en la cena del viernes, Charles Leschenhaut estará presente y desea conocerlo. —Bernard me guiñó un ojo—. Nada menos que a la cena, escalando posiciones ¿no es cierto?

—Tal vez Agradezca a Monsieur Claude de mi parte y dígale que allí estaré.

—Por supuesto —dijo Bernard—, y recuerde querido Reno, que mi puerta está siempre abierta para usted. Realmente es tiempo que nos conozcamos un poco más ¿no? De modo que si alguna vez se encuentra en la cocina, harto del dominó, sólo tiene que bajar éstos escalones hacia el vestíbulo y me encontrará allí.

Mas tarde, cuando debía haber estado regocijándome con la noticia de que finalmente habría de conocer a Leschenhaut, me encontré cavilando sobre la revelación de esa fiebre del juego de Madame de Villemont. ¿Fiebre? Nunca se manifestaba en ella ningún sentimiento de ansiedad o expectación cuando la veía partir con los Vosiers. Sólo una especie de infeliz resignación como si estuviera preparada para recibir el esperado y necesario castigo de manos de la fortuna.

Pero castigo, ¿por qué?

7

ANTES de subir a la habitación de Louis para echar una mirada en privado al informe policial sobre la muerte de Sidney Scott, dejé a Paul en manos de Madame Olympe, que lo rellenaba de café con crema y masitas. Madame Olympe no sólo tenía una debilidad por los gatos y los niños, siempre que se portaran bien, sino que en éste caso se trataba de un vástago en carne y hueso, de una de esas familias ricas y poderosas, sobre las cuales siempre leía con tan ávido interés en el París Match. Al presentárselo revoloteó arrullante a su alrededor, como una paloma de amplias alas y lo atendió mientras tomaba el refrigerio, con un tierno respeto que ninguno de sus inquilinos había logrado ganarse jamás.

Arriba encontré a Leon Becque y a Louis concertando programa para la tarde, Becque pareció cortado al verme y al partir poco después de mi llegada se despidió amoscado.

—¿Yo qué le hice? —pregunté a Louis—.

—¿Qué te hizo él? ¿Sabes con quién sale ésta noche? Con Eliane Tissou. ¿Sabes a quién ha estado viendo todas las noches? A Eliane Tissou. Pero es culpa tuya, hermano. La manera en que la has abandonado últimamente, hace que no se le pueda culpar por hacerle caídas de ojo a Becque, ni chiparlo a él porque le gusta eso.

—No los culpo. Tal vez vea en él al hombre indicado para ella. Debe haberse dado cuenta para este entonces, que yo no lo soy.

—Eso ha ocurrido, en efecto —concluyó Louis.

El informe policial que Veronique me había conseguido estaba en una carpeta dentro de un sobre sellado que Louis escrupulosamente había conservado cerrado. Lo abrí e invité a Louis a tomar asiento a mi lado sobre la cama de modo que pudiéramos leer el contenido juntos.

La tapa del sobre llevaba escrito la palabra confidencial, con audaces letras rojas. Bajo esta advertencia había una etiqueta, dirigida a Monsieur Adrián Driot-Steiner, Ministro de Comercio y como Veronique que nos había descripto en varias oportunidades al jefe, como un pequeño burócrata pomposo y malhumorado, sólo me restaba esperar por su bien, que no llegara a él noticia alguna sobre éste desliz.

Abrí el informe. La primera página era una copia de la solicitud para obtenerlo que Adrián Driot-Steiner había firmado tan incautamente.

Junto con esto había una nota con membrete de la policía que decía: “En respuesta a su pedido incluimos...” y concluía con floridos saludos a Monsieur Driot-Steiner.

Después de eso venía un informe de un cirujano de la policía con fecha 12 de febrero, de dos años antes, describiendo en la jerga científica, el cadáver de Sidney Scott. El quid del informe era que el difunto había perecido debido a un exceso de agua en los pulmones y que no había signos de violencia, ni en el cuerpo ni en ninguno de sus órganos. Algunas fotos mostrando a Scott de manera tan horrenda invitaban a no profundizar el estudio. También había un formulario policial presentando la información que Scott había nacido en Upper Letcham, Kent, Inglaterra y que había muerto a la edad de 25 años Era bachiller de la Universidad de Cambridge, poeta profesional y carecía en absoluto de antecedentes criminales

Todo esto era sólo un prefacio a la entrevista de Madame de Villemont con un Inspector de Policía de nombre Toucart. Me sorprendió que la entrevista tuviera fecha Marzo 15, es decir, más de un mes después de la muerte de Scott, pero ésta extravagancia la aclaró inmediatamente la entrevista misma.

Pregunta (a cargo del Inspector Toucart): Madame, ¿le importaría que constara en éste informe el hecho de que todo el mes pasado estuvo confinada como paciente en el sanatorio del doctor Félix Linder, en Issy que es un instituto para tratamiento de desórdenes emocionales?

(Madame, ¿le importaría? —acotó Louis con admiración—, ¡Ah! si es grandioso ser rica y hermosa. Casi se pueden oír los violines tocando al fondo).

Respuesta (A cargo de Madame de Villemont): No, está bien.

P.: ¿Se encuentra usted en estado satisfactorio, como para discutir los hechos ocurridos el 12 de Febrero?

R.: Sí.

P.: Muy bien. Entonces por favor tenga a bien describir los hechos, comenzando con la llamada telefónica que usted recibió hacia las once de la noche, de esa noche.

R.: Sí. Madame de Gonde me llamó desde la Île de Saint Louis para decirme que su madre, mi suegra, había sufrido un repentino ataque al corazón. Me rogó que acudiera a su lado lo antes posible y que llevara conmigo a mi hijo.

P.: Volviendo al informe, Madame, ¿su suegra es Madame Cesira de Villemont, la viuda del general?

R.: Sí.

P.: Y al saber de esa repentina enfermedad ¿qué hizo usted? Especifique, por favor.

R.: Yo estaba leyendo en la cama, me levanté y me vestí también. A continuación subí a las dependencias de servicio. Monsieur Scott dormía en su habitación ubicada en esa parte de la casa. Lo desperté y le pedí que me condujera en el automóvil hasta la Île de Saint Louis.

P.: ¿Por qué? ¿tenía miedo de conducir usted misma a esa hora?

R.: No acostumbro a conducir. Mi marido fue asesinado en un auto y desde entonces me produce un miedo mortal sentarme al volante.

P.: Entiendo. Y Monsieur Scott ¿era el preceptor de su hijo?

R.: Sí.

P.: ¿Cuánto tiempo había ocupado ese cargo?

R.: No recuerdo, sólo unas pocas semanas.

A: De modo que entonces Monsieur Scott la condujo a la Île de Saint Louis. He sido informado que Georges Devesoul, el chofer habitual, ya había trasladado hasta ese lugar a otras personas de la casa.

R.: Sí, así es.

P.: Y al llegar allí donde usted tenía a mano a la limusina y el chofer, ¿no dejó a Monsieur Scott en libertad de regresar libremente a la rue de Courcelles?

R.: No. Mi hijo estaba conmigo, era la obligación de Monsieur Scott cuidarlo.

P.: ¡Ah! ¿sí? Pero, Madame, muy poco después de entrar al departamento de Madame Cesira, usted puso a su hijo a dormir en el cuarto de la mucama, y ésta misma permaneció con él. De modo que parecería que Monsieur Scott tenía poco que hacer con los cuidados del niño esa noche. Aun así ¿usted no le dijo que se volviera?

R.: Supongo que ni lo pensé. Estábamos tan excitados.

P.; Veo. La crisis pasó pronto ¿no?

R.: Sí. Después de haberla examinado el doctor Linder dijo que Madame Cesira no había tenido un ataque al corazón sino un problema digestivo y nada más.

P.: La mejor de las noticias. ¿Es éste el mismo médico que dirige el sanatorio donde usted estuvo internada?

R.: Sí.

P.: ¿Un psiquiatra requerido para atender un caso cardíaco?

R.: Es también médico clínico. Mi suegra tiene mucha fe en él.

P.: Así parece, evidentemente. ¿Puede recordar quién más estaba presente durante la crisis?

R.: Monsieur y Madame de Gonde, Monsieur y Madame Vosiers y algunos otros.

P.: ¿El doctor Huberi Morillon?

R.: Sí, es un viejo amigo de la familia.

P.: ¿Y Monsieur Charles Leschenhaut?

R.: Si ya sabe todo esto...

P.: Debo verificar declaraciones realizadas por otros, Madame. Por favor continúe.

R.: Bien, Charles Leschenhaut estaba allí porque cuando se le dijo a mi suegra que debía llamar a un sacerdote ella pidió que fuese él.

P.: Aunque ella debería saber que no es un sacerdote. Colgó los hábitos hace muchos años.

R.: A ella no le molesta eso, Inspector. Ella tiene una intensa devoción por Charles Leschenhaut y sus obras.

P.: Aun así; pero bueno, no importa. ¿Puede recordar que alguien más haya estado presente en ese momento?

R.: No.

P.: ¿El chofer, Georges Devesoul?

R.; Esperaba en la limusina frente a la casa. Por lo menos allí es donde se encontraba cuando Monsieur Scott y yo abandonamos el departamento.

P.: ¿Fueron los primeros en partir?

R.: Sí.

P.: Y ¿usted dejó a su hijo durmiendo en el cuarto de la mucama?

R.: Sí. La mucama dijo que de todos modos ella se quedaría levantada toda la noche atendiendo a Madame Cesira, así que no era molestia para ella. Una vez que hubimos convenido esto, le pedí a Monsieur Scott que me llevara a casa.

P.: ¿*Y* entonces?

R.: Entonces bajamos al auto. Pero no entramos en él. Estaba estacionado del otro lado de la calle, del lado del murallón y Monsieur Scott me tomó de un brazo y me condujo en dirección contraria. Dijo que tenía algo tremendamente importante que discutir conmigo.

P.: ¿Y qué le dijo?

R.: Que estaba... bueno que había contraído por mí una pasión incontrolable.

P.: ¿Usted se sorprendió con esto?

R.: Mucho. Hasta ese momento no tenía idea de que me veía como otra cosa que como su patrona. En ese momento me expresó que había estado luchando contra sus sentimientos por un tiempo, pero que no podía mantenerlos más en silencio. Mientras me decía esto, llegamos a las escaleras que llevan al borde del agua. Comenzó a descenderlas. Le pregunté a dónde iba y me dijo que pronto lo sabría. Fui tras él y lo tomé del hombro pero se soltó.

P.: ¿Usted sospechó sus intenciones?

R.: No sé. Supongo que sí, pero al mismo tiempo no creía realmente que se arrojaría al río. Parecía demasiado ridícula toda la escena. Al pie de los escalones, se lo dije. Le expliqué que no había ninguna razón por la cual no pudiéramos ir a casa y hablar del asunto con cordura.

Eso no era lo que él deseaba. Me dijo que debía decirle directamente y allí mismo si consideraba que yo y él podríamos llevar una vida en común. Dijo que todo dependía de mi respuesta.

P.: ¿Y qué contestó usted?

R.: No respondí. Quería mentirle pero no pude decidirme a hacerlo y no me animaba a decirle la verdad. De pronto caminó hacia el río. El minuto siguiente...

P.: ¿Lo vio tirarse al agua?

R.: Sí. Y comencé a gritar pidiendo socorro.

P.: ¿Está segura de eso, Madame? Nadie dice haberla oído, y ésta zona es muy tranquila, especialmente a esa hora.

P..: Pero yo no estaba en la parte de arriba del malecón, estaba abajo. Le aseguro que pedí ayuda.

P.: ¿Y cuando nadie respondió?

R.: Corrí escalera arriba a la parte superior y por la calle hasta donde estaba Georges Devesoul, esperando en la limusina. Le conté lo que había ocurrido, me dejó allí y bajó al río para ver qué se podía hacer. Era demasiado tarde para hacer algo. Ni siquiera pudo ver a Monsieur Scott. Regresó y me ayudó a entrar a la casa donde alguien llamó a la policía. Eso es todo lo que yo recuerdo

claramente. Cuando el doctor Linder notó el estado en que me encontraba me dio un sedante.

P.: Ese era privilegio suyo. Bueno Madame, nos ha prestado muy valiosa cooperación. Confío que no tendrá inconveniente en firmar una transcripción de la entrevista.

R.: No, pero mi abogado me ha aconsejado que le permita ver la transcripción antes de firmarla.

P.: ¿Quién es él?

R.: Monsieur Max Marchat, Place Vendôme.

P.: Le enviaré una copia. Entre tanto, Madame, la compadezco por la prueba que ha tenido que pasar. Le agradezco nuevamente su cooperación.

—Y gracias a ti, querido Inspector Toucart, pobre novato —se burló Louis mientras yo cerraba el informe y lo arrojaba dentro del sobre—. Enderezó la cabeza hacia mí. —¿Te fijaste qué es lo que le falta a esa novela?

—Lo mismo que tú, Madame Vosiers sabrá qué era Scott realmente, en lo que se refiere a las mujeres, y el muchacho del garaje también. Eso significa que todos los de la casa sabían, de arriba abajo. Y no hay ni una palabra sobre eso aquí.

—Ni una palabra —dijo Louis—, ni un susurro. Lo cual prueba que yo tenía razón desde el principio. Madame de Villemont empujó a éste tipo al agua y toda la banda se puso en funcionamiento para cubrirla. ¡Y qué trabajo hicieron! La parte más fácil fue conseguir a ese doctor Linder para mantenerla a ella lejos de la policía hasta que la coartada estuviera bien lustrada.

—No estoy muy seguro de esa parte. Puede que se haya desequilibrado después de lo ocurrido. No importa como haya sido, pero aun sin eso la historia está llena de agujeros. Y deben haber habido muchos agujeros en lo que los demás tuvieron que decir. Tengo la sensación que Toucart también lo sospechaba.

—Yo también la tengo, pobre desgraciado —comentó Louis— Reno, ¿qué puede hacer él tratándose de gente bien? ¿Llevarlos a

todos al cuarto del fondo y zurrarlos hasta que digan la verdad?

—No todos son “gente bien” —dije— y hay otras maneras de obtener la verdad.

Con esto *in mente,* una vez que Paul y yo llegamos a casa lo envié arriba solo y me demoré en el garaje para tener unas palabras con Pascal, mi admirador.

Los coches estaban todos en su lugar en ese momento, el gran Mercedes, la Ferrari blanca, que era la mascota de Madame Matilde, el Renault rojo que era mío, un par de Fiat comunes y un desproporcionado Citroën que había sido transformado en pick-up. Pascal no estaba a la vista pero después de unos minutos apareció por una puertita al fondo del garaje con una caja de hierros viejos en brazos. Lo ayudé a levantar la caja hasta la camioneta y cuando pudo respirar dijo:

—Había un par de tipos trabajando en la caldera y esto son las sobras. —Se enjugó el sudor del rostro con el reverso de la mano— ¿puedo hacer algo por usted campeón? ¿quiere sacar de nuevo el Renault? ¿necesita más nafta o alguna otra cosa?

—No, sólo me estoy tomando un respiro antes de empezar a correr tras el niño otra vez. Miré la hilera de coches y sacudí la cabeza. Tienes mucho trabajo. Hay que saber trabajar para mantener seis coches como éstos en óptimo estado.

Aunque no lo hacía realmente, Pascal daba la impresión que la timidez le hacía arrastrar los pies.

—Ah, sí, pero creo que puedo arreglármelas —contestó— lo he hecho por un largo tiempo.

—¿Quiere decir trabajando aquí para la familia?

—Y en África del Norte. Yo soy de allí. ¿No se dio cuenta por mi manera de hablar?

Sacudí la cabeza con admiración.

—Por la pronunciación se diría que ha nacido y se ha criado en París.

—No, yo no —dijo complacido— soy colono lo mismo que todos los demás, Jeanne Marie, Monsieur Bernard y yo, estábamos todos

juntos en un orfelinato en Orán, de donde nos sacó Monsieur Claude. Éramos unos muchachitos despreciables entonces, pero uno aprende a comportarse, trabajando para una familia como ésta.

—Muy buena gente para trabajar con ellos —convine— creo que la única que usted no debe conocer demasiado bien es a Madame de Villemont. Después de todo, si no acostumbra a conducir no debe haber venido por aquí muy a menudo.

Pascal me miró boquiabierto.

—¿Que nunca condujo? ¿De dónde sacó esa idea? Hasta esa noche que tuvo el gran lío con Monsieur Sidney, ella manejaba siempre su auto.

8

Yo esperaba que la cena en la cual habría de conocer a Charles Leschenhaut sería un encuentro informal que tendría lugar probablemente en el departamento de de Gonde. Según lo que yo imaginaba habría una excelente comida impecablemente servida, mucha conversación, especialmente, si yo calibraba bien a mi hombre, Leschenhaut hablaría mucho.

Me había aprestado para la ocasión leyendo todas las últimas ediciones de *La Foudre.* No era nada fácil estructurar una definición exacta de la teoría de Leschenhaut, *la méthode,* promulgada en su revista, pero por lo que yo pude captar, sugería que él era partidario de convertir a Francia en una gigantesca colmena, donde cada uno sería una laboriosa abejita trabajando en una tarea que le sería asignada por una sabia y patriótica conducción.

Esa, decía *La Foudre* era la respuesta a nuestra loca estructura social actual, a éstos titubeos anarquistas donde cada hombre hace su vida egoístamente, donde la minoría culta debe inclinarse ante la mayoría ignorante, donde el estado mismo queda indefenso contra

los bárbaros allende sus fronteras y la subversión interna, cambiando esto por medio de *la méthode Leschenhaut* todo marcharía bien.

Sin embargo lo que realmente me atañía eran las historias publicadas por Leschenhaut porque allí estaba la clave de su gusto literario. Me dio ánimo comprobar que como editor no pretendía que la ficción literaria fuera propaganda de su causa. Evidentemente no había necesidad de predicar *la méthode* en los cuentos para conseguir que se publicaran en la revista. Esto me alivió. Tenía media docena de manuscritos listos para entregarle a Leschenhaut pero ninguno contaba las delicias de vivir en una gloriosa colmena.

Preparado para una cenita informal con el maestro, donde Claude de Gonde y Madame Gabrielle estarían a mano para mantener el hilo de la conversación, me sorprendí mucho cuando el día anterior Paul me comentó:

—Djilana dice que tú estás invitado a la gran fiesta de tío Claude. No podré espiar contigo si tú vas a estar allí.

—¿Qué gran fiesta?

—La de mañana a la noche, para Monsieur Leschenhaut, mamá también asistirá y hasta abuela, todos estarán presentes.

Ya dos o tres veces antes habíamos retrasado el horario de cama de Paul, para que él y yo pudiéramos observar en secreto cómo la familia se divertía en gran estilo, desde el rellano del segundo piso. Nuestra visión por supuesto estaba restringida a la rotonda donde los invitados entraban y circulaban brevemente antes de hacer su entrada al gran salón, pero aun así nos proporcionaba una generosa visión de escotes ilimitados, uniformes cargados de medallas y cintas de la Legión de Honor. Anne de Villemont, que formaba parte de la concurrencia sabía que nosotros nos hallábamos allí y no lo objetaba. Una y otra vez echaba una rápida mirada hacia arriba, como preguntándonos si disfrutábamos del espectáculo y una vez en que estaba de un humor extrañamente alegre, guiñó sin ambages un ojo a Paul, en el momento en que un fornido aunque pequeño dignatario de amplia barba blanca pero totalmente calvo, le besaba solemnemente la mano, lo cual lo hizo estallar en carcajadas.

Todo estaba muy bien pero me daba la impresión de que mi encuentro con Leschenhaut se daría en condiciones sumamente adversas. Tan pronto como terminó el horario de lecciones, envié a Paul a almorzar a la cocina y busqué a Madame.

La encontré de pie junto a la ventana del living-room, mirando fijamente el patio vacío sosteniendo el cortinado para que permaneciera abierto.

—Madame.

Al soltar los cortinados y volverse hacia mí la habitación quedó sumida en una semi oscuridad, iluminada sólo por una lamparita. Me volvió una sensación como yo había sentido en mi habitación otras noches. Era como si hubiera ojos en los agujeros de la cerradura, oídos en los paneles de las puertas, un aliento suave sobre mi hombro, una taimada vigilancia que me envolvía. Algo en el tamaño monstruoso y la solidez de todo lo que había en la casa parecía alimentar la sensación *y* las actitudes del servicio la agudizaban. En ese momento en que el misterio de Anne de Villemont se tornaba más espeso, me ocupaba el pensamiento, la sensación era tan intensa que estuve casi tentado de mirar por encima del hombro para ver si había alguien detrás de mí observándome en las sombras.

—Si Reno.

Le expliqué mi preocupación en lo referente a mi encuentro con Leschenhaut y Madame se encogió de hombros.

—No tiene por qué preocuparse —dijo—. No importa como Paul la describa, será sólo una cena informal y Leschenhaut le dedicará toda la atención.

— ¿Qué le hace estar tan segura, Madame?

—Intuición femenina, Reno. Hay veces que soy fantásticamente intuitiva.

Lo dijo con tal exceso de amarga burla de sí misma que me hizo bajar la guardia. Había resuelto no preguntarle nada sobre el cuento de Sidney Scott aunque me picara. Era un tema demasiado peligroso, sacarlo a colación podría costarme el puesto y los tres mil mensuales que venían con él. Más allá de eso, aunque a veces, una

que otra vez, deseaba a Madame, no me gustaba tanto, ni confiaba en ella lo suficiente como para tener interés en estar involucrado en sus asuntos de otra manera.

Pero en ese instante como si fuera una pieza de rompecabezas que cae repentinamente en el lugar, las palabras se me escaparon antes de que pudiera detenerlas.

—Una vez invitaron a Leschenhaut para que conociera a Sydney Scott, ¿no es cierto? —pregunté.

—¿Cómo sabe usted eso? —contestó ásperamente Madame de Villemont.

—Chismes de la escalera del fondo, Madame —le mentí— el chisme, es el deporte favorito de todos los habitantes de la casa.

—¿También el suyo?

—No, Madame.

Permanecimos mirándonos de frente en un largo silencio que era como una presión en los oídos.

—Siga —dijo Madame de Villemont abruptamente—. ¿Qué más le dijeron de Sidney Scott?

Ya que había llegado hasta aquí, podía llegar un poco más lejos.

—Que se suicidó, Madame, porque fué rechazado por una mujer.

Sus bellos orificios nasales se ensancharon.

—Conmigo no necesita jugar, usted sabe que esa mujer soy yo.

—Sí, Madame.

—¿Por qué ese tono de voz? ¿Tengo yo la culpa de que Sidney Scott fuera un joven, trágico, tonto y lastimero?

—También me dijeron —dije suavemente— que no era del tipo de jóvenes que se matan por una mujer. Por mujer alguna.

He visto hombres en combate que no caen derribados por el impacto de la bala sino que permanecen inmóviles de pie en un estado de increíble conmoción. Así golpeé a Madame de Villemont que se convirtió en una estatua de terror de mirada fija. De pronto le volvió la vida. Se balanceó y se agarró de un cortinado para sostenerse. Al movilizarme rápidamente en su dirección sacudió la cabeza.

—Deme algo de beber —susurró.

Sobre el aparador había un botellón y una bandeja con vasos. Le serví una bebida fuerte y la observé mientras se lo tomaba todo de un sólo trago, reservándome la lástima hacia ella, para el momento en que me contestara una última pregunta, una pregunta que me aturdía cada vez que se me presentaba en la cabeza.

Esperé hasta que recibió con un temblor el impacto de la bebida con los ojos fuertemente cerrados.

—Sidney Scott era de esa clase de personas —dije con tono más aplacado— ¿cómo pudo ponerlo a cargo de Paul?

—¡Dios mío! ¿cree que yo sabía lo que era? —preguntó angustiada—, no lo sabía. No lo supe hasta esa noche.

—¿Hasta la noche en que murió? ¿Cuando estaba con él en el Quai d'Anjou?

—Sí, fue grotesco, increíble. Me contó lo que era y lo desgraciado que se sentía a causa de eso. Me dijo que yo era la primera mujer por la cual se había sentido atraído y que tal vez yo pudiera salvarlo. Como verá —rió con una risita medio histérica que era casi un sollozo—, se suponía que yo había de ser una especie de terapia para él.

La explicación tenía sentido.

—De modo que por eso me contrató a mí para cuidar a Paul, —dije—, porque hay alguien que no cree que Scott se suicidó realmente, alguien que la está amenazando o chantajeando debido a eso.

Sacudió la cabeza violentamente.

—No. El que usted esté aquí no tiene nada que ver con Sidney.

La explicación comenzó a perder parte de su sentido.

—¿Quiere decir —presentí— que la amenaza viene de otra dirección?

—No puedo hablar de eso. Es mejor para todos nosotros, que no lo haga.

Esto se asemejaba demasiado a tratar de agarrar mercurio. Me pregunté que pasaría si la presionaba un poco.

—Madame —dije— ¿qué pasa si le comunico que a menos que me diga exactamente para qué me tiene aquí y por qué, me voy ahora mismo?

—No puede. —En éste momento había vuelto a ser su otro yo, su tono imperativo se disolvía en un pánico tembloroso. Me tomó el brazo suplicante—. Todo lo que usted debe saber, es lo mucho que Paul lo necesita —dijo sin aliento— y él no es el único.

Se detuvo dubitativa buscando en mi rostro una reacción a esas palabras.

Estábamos muy juntos. Esos ojos que escudriñaban los míos estaban tan abiertos de pánico que tenía la sensación de estar nadando en profundidades azul zafiro. Los labios maduros semipartidos, los blancos y desparejos bordes de los dientes brillaban tras ellos. Entonces para mi total sorpresa Madame de Villemont no esperó más. Deslizó los brazos en los míos abrazándome en la espalda. Apoyó la cabeza en mi hombro de modo que me inundó el perfume de su cabello.

—Esto es lo que quiero decir —dijo con voz lejana— usted es como una roca. Usted tiene toda la fuerza que yo no tengo.

Mis sueños ocasionales donde me encontraba en ésta situación habían sido agradables. La realidad, descubrí, lo era mucho más aún. Pero confiaba en ella menos que nunca. Permanecía parado allí, los brazos colgando a los lados, excitado por la cálida presión de su cuerpo contra el mío, pero resistiéndome a caer víctima de él.

—Madame.

—*Ah, mais, non* —movió la cabeza en mi hombro de modo que mis labios casi tocaban los suyos— *je m’appelle Anne.*

Después de todo no se necesitaba confiar en una mujer como ésta, para gozarla. La rodeé con mis brazos en un fuerte abrazo y nos besamos. Con ardor. Remolonamente. Pero cuando moví las manos para explorar ese cuerpo delicioso, la señora se batió en retirada. Cedió a la exploración sólo por un minuto, luego se retiró lentamente, respirando con dificultad.

—No —dijo— Paul puede entrar en cualquier momento.

En realidad era cierto. Y si no entraba él podía hacerlo algún sirviente. Todos los de la casa tenían la costumbre francesa de golpear una vez la puerta y luego entrar sin esperar invitación.

—Bueno —dije— como me ha proporcionado un argumento tan convincente para permanecer en la casa...

—Dios mío —parecía descompuesta. Realmente descompuesta —. ¿Eso piensa que fue?

—Lo siento —dije y realmente era verdad.

Ella lo sabía. Se le esfumó el malestar del rostro mientras la miraba. Pero no tenía intención de dejar pasar esto de esta manera. Como un eco de Claude de Gonde que una vez había utilizado las mismas palabras sobre Anne de Villemont, acoté:

—La verdad es que yo no sé qué más pensar. ¿Tengo la culpa? Todo lo que sé es que desesperas de miedo por alguna razón, Anne.

—¿Anne? —una sombra de leve sonrisa le onduló los labios—. Por fin lograste decirlo.

—Porque es muy difícil. Eres terriblemente evasiva conmigo. Ahora, veamos. ¿Alguna vez amenazaron con raptar a Paul?

—No, pero cuando se trata de una familia rica ¿no existe siempre el peligro?

—En Francia no, de modo que no es esa la respuesta que estoy esperando. Tratemos de nuevo. ¿Qué es lo que te tiene en éste estado de nervios?

—Bueno, te lo diré —su voz se tornó más rígida—. Es ésta casa. Y ahora te pasa a ti, lo que a mí. No importa lo que sea por afuera, dentro es siempre el castillo de Elsinore, a medianoche, con el fantasma del padre de Hamlet caminando por el parapeto. Sólo que el que camina aquí es el fantasma de Sidney Scott.

—No —respondí—, no es la casa. Siempre tendrías el recurso de abandonarla.

—¿Cómo? ¿Tienes idea de lo que ocurriría si tratara de sacar a Paul de este museo?

—Pero, desde el momento que es tu hijo...

—Pero ocurre también, que es el único nieto de Madame Cesira Montecastellani de Villemont y el único sobrino de sus hijas. Trata de poner una distancia saludable entre ellos y el niño y verás lo que ocurre.

— ¿Lo has tratado?

—Una vez. Hice los preparativos para viajar a Londres con Paul pero no hubo caso. Llegamos hasta Le Bourget y allí nos esperaban Claude y Edmond para traernos de vuelta. —Se encogió de hombros con desesperación— Claude tenía derecho a hacerlo. Tuve una crisis nerviosa cuando murió Sidney y me internaron en un Sanatorio en Issy. La única manera de salir era ponerme a cargo de Claude. Y todavía estaría allí, de no ser por el escándalo que armó Paul cuando nos separaron.

De modo que así es.

—Así es —sonaba como si hablar del asunto la dejara exhausta —. Lo mismo podría ser una prisión que este lugar salvo que aquí tengo a Paul conmigo. Pero si sólo pudiera escapar...

— ¿Hacia dónde?

—De vuelta a los Estados Unidos. Dios, cómo sueño con eso. Estaría fuera de la jurisdicción francesa, conseguiría médicos y abogados que limpiaran el informe psiquiátrico. ¡Y lo que significaría para Paul estar lejos de aquí!

No necesitaba pintarme la imagen. Vi con toda intensidad lo que sería para ambos. Tal cual estaban las cosas en ese momento cada uno de sus malos momentos estropeaba parte de mi trabajo de la semana con Paul y cada domingo que el niño pasaba con la pequeña tirana en la Île de Saint-Louis deshacía la otra parte. Pero estar a tres mil millas de distancia...

—¿Por qué no? —dije.

Anne me frunció el entrecejo. Apretó una mano contra la frente como descargándose de una repentina presión.

—¿Quiere decir que usted nos ayudaría a abandonar el país?

—Podría.

— ¿A New York? Así es como lo he estado imaginando.

Sin equipaje, tomar directamente un avión a New York antes que nadie pueda descubrirlo y alquilar una casa allí bajo otro nombre. New York sería el mejor lugar ¿no le parece? Debe ser fácil perderse allí.

—Dije que podría arreglar eso. Primero quiero que pongamos a descansar el fantasma de Sidney Scott.

—Ahora no —suplicó Anne— es mejor para usted no saber nada más sobre ese asunto de lo que sabe ahora. Una vez que estemos en New York, le diré el resto.

—¿Estemos? —pregunté— ¿Entonces quiere que yo vaya con ustedes?

Aunque ahora había mucho más probabilidades que Paul irrumpiera en la habitación, estábamos nuevamente muy juntos, sus manos en mis hombros, los míos en la deliciosa curva de sus caderas.

—Querido —dijo gravemente— deseo mucho que vengas con nosotros ¿vendrás?

—Iré.

—Debería ser pronto. Lo antes posible. ¿Puedes hacer las reservas para dentro de dos semanas, un vuelo por la tarde, en primera clase y con el nombre Dulac? Monsieur y Madame Dulac y su hijo. Suena anónimo ¿no?

—Tanto como Smith. ¿Alguna razón especial para el Dulac?

—No. Se me quedó pegado de las lecciones de francés en la escuela. *Monsieur et Madame Dulac et leur petit fils Robert. Comment ça va, Robert, dit Monsieur Dulac.*

—Adivino la respuesta: *Comme ci, comme ça, mon cher papa.*

Anne sacudió la cabeza.

—Las cosas nunca les iban más o menos a los Dulac. Estaban siempre desbordantes de optimismo y energía. Y ¿sabes?

—¿Qué?

—Que esa puede ser una sensación extraña pero maravillosa.

9

CHARLES Leschenhaut estaba a la altura de sus antecedentes. El rostro ya me resultaba familiar por haberlo visto en las fotos de los diarios, era el rostro de un codicioso fraile Tuck sin tonsura, un rostro de labios gruesos, nariz chata, ojos penetrantes bajo una maraña desgreñada de pelo oscuro, pero ninguna foto había podido captar la fuerza dinámica de que estaba cargado, la electricidad que emanaba de él.

—¿Tu protegido? —preguntó a de Gonde mientras nos apretábamos las manos—. Pero ¿qué bestia es! ¡qué gigante! ¿crees que también tiene talento? No me animaría a decirle otra cosa. Podría partirme en dos como una cáscara de huevo si se lo confieso.

Lo cual no era del todo exacto, ya que si bien yo le llevaba una cabeza, Leschenhaut, tenía un físico de toro y una garra de hierro.

—Una vez lo vi pelear en el Vel d'Hiv —me observó— hace cinco años creo, cuando venció a aquel enorme Senegalés

—Tuve suerte esa noche.

—Sí. —dijo Leschenhaut maliciosamente—. Si el negro ese hubiera tenido criterio suficiente como para mantenerse a distancia de usted, como lo estaba haciendo, lo podría haber partido en pedazos. ¿Y así que ahora quiere probar suerte con la literatura? Vuestro Hemingway fue también un escritor hábil con los puños, ¿no?, un boxeador vocacional por así llamarlo. ¿Era realmente bueno en eso?

—He oído decir que sí. Pero dejémoslo a un lado. Tengo algunos cuentos para mostrarle y si usted está esperando otro Hemingway...

—No, no soy tan soñador. Pero de todos modos estoy muy predispuesto a favor suyo desde el comienzo. Usted me da la impresión de ser un tipo sano. Estoy atascado de debiluchos decadentes y llorones, eventuales suicidas pero sin garra como para cortarse ellos mismos las venas. Esos son los que hacen la literatura

hoy en día. Entonces yo digo: ¡al diablo con los que sólo lloran por nuestra sociedad enferma! Enterrémoslos con esa sociedad y creemos un mundo nuevo digno de que vivamos en él.

Era vivificante verse atrapado en este remolino, ya que hasta el momento en que Leschenhaut hizo su aparición, la velada no había sido demasiado brillante. Cuando me reuní con la concurrencia en el Gran Salón, me deprimieron la magnificencia barroca de la habitación y el zumbido de la conversación trivial que había en ella. Me deprimí aún más cuando entró el doctor Morillon y tomó posesión de Anne de inmediato.

Por lo que me habían contado sobre el doctor Morillon, había llegado a imaginármelo como la verdadera caricatura del psicólogo tradicional, con barba, anteojos, pomposo como una morsa, y esto me hacía fácil rechazar la imputación de Madame Matilde de que Anne era su querida.

Al encontrarme con el cara a cara, me sorprendió hallar un hombre alto, extraordinariamente apuesto, de unos cuarenta años de edad, que no coincidía con la imagen del científico sino más bien con la de un instructor de ski, de algún lugar tipo Chamonix o Cortina; de esa clase de hombres bronceados, de ojos azules, áspero como un Vikingo, con el cabello tan claro que parece quemado por el sol y que goza de tan pavorosa atracción para las mujeres. Morillon también tenía dentro un diablejo, un sabor y un brillo que no pude menos que envidiar con toda mi alma. Podía resistirme a creer el chisme de Madame Matilde, pero no podía negar que este hombre parecía indicado para Anne de Villemont No era persona de la cual uno pudiera reírse fácilmente. Para ese entonces yo ya había desarrollado un fuerte sentido de la propiedad hacia Madame y verla con Morillon con las cabezas pegadas una junto a la otra, en un rincón del Gran Salón me molestaba. Para mi mayor incomodidad esa manera de estar juntos, daba más que crédito a las palabras de Madame Matilde.

Sin embargo durante la cena me sentí mejor, observando como trataba Anne al doctor Morillon, su compañero de mesa. A medida

que avanzaba la cena ella parecía volverse más y más indiferente hacia él, descartándolo por completo después de un rato para dedicar su favor a la botella de vino. La experiencia me había enseñado que este era su refugio, cuando la estaba pasando mal, de modo que resultaba evidente que el doctor no estaba causando en ella la impresión que esperaba. Fue un alivio poder establecer eso, aunque fuera para mí mismo. Entonces me pude concentrar en Leschenhaut y el resto de la concurrencia en lugar de no sacarle el ojo de encima a Morillon, midiéndolo como mi posible rival.

La mesa formaba un curioso conjunto. Por supuesto, mis conocidos eran los miembros de la familia, con Madame Cesira inclusive, que esa noche estaba de un irascible buen humor, pero los otros me eran extraños y constituían un grupo heterogéneo. Un noble en miniatura, con rostro de zorro, el Comte Laennac y su aparentemente momificada esposa, un recio coronel retirado del Ejército de los Estados Unidos, Jesse Hardee y la joven y bella esposa alemana, Clara. ("Coronel Barba Azul" oí a Madame Matilde susurrarle a Madame Gabrielle, "es la cuarta. Cuando su mujer cumple los treinta años, la cambia por una modelo nuevo".)

Me di cuenta muy pronto que Anne había acertado en su predicción. Leschenhaut me dedicó toda su atención en la reunión, atención que consistía en lanzarme dardos contra los Estados Unidos, nación a la cual hacía responsable de la mayoría de los problemas en que la humanidad se encuentra sumida en el presente.

Cuando le desafié el punto de vista se ocupó de mí con deleite feroz. Dejó bien en claro que América era una tierra de imbéciles y de libertinos, de falsos idealistas que animaban a los bárbaros allende sus fronteras y a los movimientos subversivos que anidaban en ella.

Era doloroso, se lamentaba que, cuando en naciones como Francia nacía una amenaza de este tipo y se trataba de desterrarla, América servía sólo para traicionar esos esfuerzos. En Dienbienphu, en Argelia, en Egipto, América había hecho traición a Francia por el enemigo. En el Congo había vendido toda la civilización europea a los

caníbales. Era una broma bien amarga. Deja que los bárbaros avancen hasta que te pongan los cuchillos al cuello y luego trata de detenerlos predicándoles paz y buena voluntad, o por medio de expediciones semi-militares como el lastimoso esfuerzo francés en el Sudeste asiático.

—*C'est un cautère sur un jambe de bois* —resopló como conclusión a su denuncia, significando que mi patria era un paciente con una pierna de palo, a quién es inútil que el médico le aplique ningún remedio. Observé con irritación que cuando Mrs. Hardee, la teutónica e infantil esposa tradujo lo esencial de esto a su marido, en un inglés con mucho acento, el coronel se unió a los aplausos del resto de la concurrencia. De modo que, con el coronel en el bando de Leschenhaut y Anne groseramente dedicada a la botella de vino, me encontré solo defendiendo el modo de vida americano, como un Horacio Yankee sobre el puente.

El problema fue que aparentemente Leschenhaut sabía mucho más que yo de la vida americana. Para peor, mientras lo demostraba en alta voz, Madame Cesira me descolgó a la Comtese de Laennac. Parecía ser que la señora condesa era una gran autoridad en materia de Tarot y que había escrito un espléndido libro sobre esos naipes. Hasta ese momento la señora condesa había estado sumida en un profundo letargo. De pronto volvió a la vida tomando mi muñeca entre sus ávidas garras, y sin prestar la menor atención al sonoro Leschenhaut, me dirigió un agotador discurso sobre el Tarot.

Bajo fuego por ambos lados, distraído por el hecho de que el coronel necesitaba que la esposa hiciera de traductora durante las conversaciones, se me volvió difícil entender lo que decían uno y otro.

—¿Y cuál es el primer paso que debe tomar el estado, Monsieur? —Leschenhaut me apuntaba con un grueso dedo índice— informar a su pueblo sobre la naturaleza del enemigo. Hordas amarillas, hordas negras, hordas de mestizos, y el segundo paso...

La voz aguda del coronel:

—¿Qué dice, Clara? ¡Maldición, no te quedes ahí sentada como un maniquí!

—Algo sobre hordas, *nicht war?*, amarillas, negras...

—...de modo Monsieur, que ve usted —esto a cargo de la señora condesa, aferrada a mi manga— cuando usted examina la carta que conocemos como la Papisa, observará que ella tiene los rollos de la Ley. De ahí que sabemos que la clave está en la Cábala. Por lo tanto...

—...y ¿por qué este segundo paso? —razonaba Leschenhaut con dulzura—, porque a menos que el Estado sea espléndidamente monolítico...

—...decidí denominar mi librito con el nombre de *Le Mystére,* —la señora condesa, compadeciéndose de mí me dejó en libertad al volverse hacia Madame Cesira— ¿Recuerdas Cesira cuando me leíste las pruebas?

Leschenhaut proseguía ahora triunfante:

—...así que hasta nuestro propio Thomas Jefferson creía en el gobierno de las elites y *la méthode...*

—¡Maldito sea, Clara! —la voz del coronel ahogó por un momento todas las demás— ¿qué es lo que dice sobre Thomas Jefferson?

A continuación nos trasladamos todos a la biblioteca, donde se habían dispuesto unas mesas de juego, pero la conversación se mantuvo aun por encima de los naipes. El coronel Hardee me llevó aparte y me examinó con preocupación reflejada en su rostro escabroso.

—¿Qué piensa de él? —me preguntó, señalándome a Leschenhaut con el pulgar.

—Que es un hombre inteligente.

— ¡Mucho más que eso, Davis! Es un hombre inspirado, es capaz de ver el cuadro total de un modo que no pueden hacerlo ninguno de los que nos rodean. Ve las termitas masticando los cimientos de la casa y bien que intenta hacer algo, antes que se derrumben las

paredes. —Frunció el entrecejo— ¿Captó cada una de sus palabras, no es cierto?

—Sí.

—¡Cómo diablos desearía entenderle!, pero soy una nulidad cuando se trata de hablar idiomas extranjeros. Cualquiera puede volverse útil en todas partes teniendo facilidad para las lenguas. ¿Ha estado alguna vez en el ejército?

—En los Infantes de Marina.

—¿Cuándo?

—Hacia fines de la guerra en Corea. Tenía dieciséis años entonces, de modo que mentí para entrar. Cuando se dieron cuenta en el extranjero, me largaron.

—¿Una baja honorable?

Era tal la imagen del oficial habituado al mando que se dirige al recluta, con la voz aguda y el cabello cano bien cortado, la rigidez militar de la columna, que me costó no responderle con un "Sí, mi Coronel".

—Sí —dije— la baja fue honorable. Tomé parte en acción en varias oportunidades, llegué a ser el campeón de peso mediano de la división y nunca dejé que me manosearan la nariz. Fui un buen muchacho.

El coronel asintió con un gesto vigoroso.

—Lo pensé. —Pudiera haber dicho de buenas a primeras que usted es ese tipo de hombre. Una lástima que no se decidiera a entrar en la carrera, cuando tuvo edad suficiente. Pero así y todo hay muchas formas de luchar por el bien sin necesidad de usar el uniforme—.

No se me presentó la oportunidad de preguntarle a qué lucha se refería. En medio de la habitación se estaba estructurando una escena entre Anne y el doctor Morillon. Las otras voces se apagaban a medida que las de ellos se elevaban, y todos los ojos se volvían sorprendidos hacia allí.

—Me voy —decía Anne en alta voz—, le dije que quiero ver cómo se encuentra Paul

Morillon la tenía aún atrapada del brazo y cuando ella se dio vuelta, tiró hacia atrás sin esfuerzo, obligándola a mirarlo.

—Djilana lo está cuidando —le respondió—, ¿qué podría pasarle?

—Bueno, está bien. ¿Me creerá entonces que estoy demasiado cansada para mantener mis ojos abiertos un sólo segundo más?

—No lo creeré —replicó el doctor con toda severidad—, usted no está agotada, Madame, usted está borracha, muy borracha. Y usted sabe lo que le advertí sobre eso. Usted sabe que puede ser muy peligroso.

— ¡Hubert! —intervino de Gonde, con voz severa—, ¿qué diablos significa esta escena? ¿qué van a pensar mis invitados?

—Lo que les plazca —le replicó el doctor—. En lo que a mí respecta, creo que lo mejor sería que yo acompañe a Madame hasta su habitación, antes que se caiga de bruces frente a las visitas.

Repentinamente se invirtieron las posiciones. Morillon avanzaba hacia la puerta y Anne permanecía allí. A juzgar por la mirada vidriosa, la apariencia ligeramente desprolija, advertí que, en efecto, estaba bastante ebria.

Fue Madame Cesira quien dio un paso adelante para romper esta desagradable escena. Enfrentó a Anne con furia:

—¿Recuerdas que prometiste hacer todo lo que el doctor te aconsejara?

—No recuerdo —contestó Anne, con voz espesa—. No deseo recordar. Voy a hacer lo que yo quiero.

—¿Aunque sea tener otro ataque? —insistió Madame Cesira fustigando como con un látigo.

Eso dio en el blanco.

Anne se desembarazó de la garra del doctor.

—Bien, me iré —dijo esto sin acompañarlo del más leve movimiento. Por el contrario miró vagamente en derredor, hasta que sus ojos cayeron sobre mí. Levantó un brazo y me señaló—, iré, —repitió—, si usted me lleva.

De inmediato me volví el foco de atención de la alterada concurrencia. Lo único que podía hacer era tratar de afrontarlo con desfachatez.

—De todos modos debo ir arriba a buscar mis manuscritos para Monsieur Leschenhaut, y no será molestia alguna para mí acompañar a Madame hasta su departamento —dije dirigiéndome a todos los presentes.

La mayoría de los rostros reflejaron dolorosa resignación. La del doctor Morillon una furia criminal.

—Parece olvidar su lugar —me dijo—, tengo entendido que se le paga para que sea el sirviente de Madame, no su escolta.

Ante esto podría haber desistido, pero lo tomé en silencio. Me hice la advertencia mental de que el bote no debía encallar, cualquiera fuera el precio.

Mi negativa a hacerle morder sus palabras sólo consiguió aumentar la furia de Morillon. “Extraño médico”, pensé, “un hombre que se dedica a estudiar las emociones y que es incapaz de controlar las propias”.

—¿Es sordo, acaso? —inquirió— ¿debo repetir mis palabras?

La misma Madame Cesira, su aliada, tuvo que retirarse ante la violencia que bullía en el.

—¡Suficiente, Hubert!

Giró la cabeza.

—No, Madame, si llegan a salir juntos...

Anne y yo salimos juntos pero conservando vivamente en mi mente la expresión de Morillon, al verme partir con ella, en el ascensor, con un brazo alrededor de la cintura, el cuerpo de ella casi muerto contra el mío. Podrían surgir problemas con este sujeto, pero mi mayor preocupación había disminuido. Tenía una ardiente sensación de triunfo. Se había producido el encuentro entre este médico arrojado y yo, y Anne lo había rechazado públicamente en mi favor. Verdad es, argumentaría un cínico como Louis, que ella se encontraba demasiado borracha en ese momento para saber lo que estaba haciendo. Pero yo deseaba creer *in vino veritas.* De uno u

otro modo sería yo quién dentro de muy poco tiempo, acompañaría a ella y a Paul al extranjero, lo cual solucionaría prolijamente cualquier posibilidad de choque con Morillon.

Como leyendo mis pensamientos, Anne se enderezó bruscamente y preguntó con voz turbia:

—Hice algo ¿qué fue? Dígame qué fue.

—Nada.

—Fue algo —contestó temerosa—. Quiero ver a Paul ya mismo. Debo verlo ahora mismo.

La consolé lo mejor que pude y se la entregué a Djilana que pareció reconocer los síntomas con sólo una mirada y se vio una reacción desaprobadora en sus labios tensos. Dejé a ambas de pie junto a la cama de Paul, que dormía. Paul había tenido una temporada en que daba vueltas en la cama, incansable toda la noche, siempre al borde del sueño pero sin llegar a conciliarlo o en que se despertaba dos o tres veces por noche con pesadillas y gritos. Pero todo eso parecía pertenecer al pasado y ahora dormía con sueño regular como quien se arroja a una feliz inconsciencia.

No me llevó mucho tiempo asegurarme que los manuscritos que tenía listos para Leschenhaut, estuvieran en su lugar. Me los puse en el bolsillo y abandoné el departamento. Lo antes posible, eso era lo mejor, lo sabía. No había tiempo de detenerse y suscitar especulaciones obscenas entre los reunidos en la planta baja.

Al llegar al rellano que dominaba la rotonda me di cuenta que había sido demasiado optimista en pensar en las posibilidades de evitar un choque real con Morillon. Ambas partes deben cooperar para evitar el choque. El doctor me estaba aguardando al pie de la escalera de mármol, mirando hacia arriba, de donde yo provendría, con el rostro ceñudo, a manera de anticipo. Sin poder creerlo casi, advertí que tenía una fusta en la mano, de la cual lo habría provisto sin duda el oficioso Edmond Vosiers y que él hacía repiquetear rítmicamente contra la palma de la mano.

La escena era increíble, sin embargo armonizaba con el barroco escenario de ópera trágica que le procuraba el medio. Me dio la

misteriosa sensación de que Anne pudiera, después de todo, tener razón y que tal vez esta monstruosa casa de la rue de Courcelles tuviera un efecto siniestro sobre las personas que entraban en ella. Parecía ser el mundo del espejo donde la racionalidad y los sentimientos quedaban descartados tan pronto se trasponía el umbral del espejo.

El doctor no estaba solo. Con él se encontraba Claude de Gonde y Edmond Vosiers. De Gonde decididamente irritado por el giro que iban tomando los acontecimientos, Vosiers simplemente deleitándose con ellos. Y apoyándose contra la puerta que conducía al comedor se hallaba Charles Leschenhaut, con las manos en los bolsillos. Era una verdadera complicación que se armara una gresca. Leschenhaut sabía que yo había sido luchador profesional, me había visto en el ring. Podía imaginarme su desprecio si me veía con ganas de practicar mi antiguo oficio con el doctor, grande y bien plantado como parecía ser Morillon.

De modo que, al comenzar a descender los escalones de mármol apreté los dientes aprestándome para el posible encontronazo. Estaba decidido a ser el espíritu mismo de la indulgencia. Me controlaría a cualquier precio y esperaba que de Gonde se las arreglaría para contener a Morillon de algún modo. Pero al llegar al pie de la escalera, donde se encontraba Morillon obstaculizando el paso, golpeteando la fusta contra la palma de la mano, noté que sería bien difícil para cualquiera de ellos, llegar a contenerlo de alguna manera. Era la viva imagen de la malevolencia. Me recordaba una serpiente erguida, con los ojos helados y mortales, mostrando la lengua antes de atacar.

—*¡Ah, Monsieur Larbin!* —exclamó poniendo fuerte énfasis sobre estas palabras de carrero, con que se denomina un zángano a sueldo—, ¿terminó de atender a Madame por el momento? ¿la puso ya en cama asegurándole que pronto estará de regreso para consolarla como corresponde? ¡Qué triste va a ser tener que desilusionarla!

—Si no le importa, doctor —contesté—, está usted en mi paso. Quisiera hablar con Monsieur Leschenhaut.

—No hablará con Monsieur Leschenhaut. Me escuchará a mí, que le daré una información de carácter vital sobre psicopatología. En una cáscara de nuez, Monsieur Larbin, los errores pueden ser muy peligrosos, sobre todo los errores sobre la propia posición en la vida. ¿Convendrá conmigo que ha llegado el momento de enfrentar la realidad?

—Sí, doctor, convengo con usted en ello, porque me parece sumamente irreal escuchar un discurso de psicología de alguien que tiene un látigo en la mano. Yo diría que usted necesita una información básica sobre su propia profesión.

—¡Por Dios! —intervino de Gonde—, es suficiente.

—No, todavía no. —El doctor sacudió la cabeza—, no hasta que esta porquería haya atravesado la puerta trasera y haya regresado a la pila de basura desde donde trepó —me enseñó los dientes golpeando con fuerza la fusta—, y eso quiere decir ¡AHORA MISMO! ¿me entiende?

—No estoy muy seguro, doctor, si lo ordena como médico de Madame, o...

—No, Monsieur Larbin, lo ordeno porque Madame de Villemont no requerirá nuevamente sus servicios, aun cuando ellos puedan serle muy gratificantes.

—En ese caso, doctor, en cuanto Madame de Villemont me lo haga saber, me retiraré, entre tanto...

Pegó entonces, ligero como la cobra. Antes que pudiera levantar el brazo, la fusta me azotó el rostro con tanta fuerza que casi me insensibilizó. Medio aturdido por el impacto seguí ciegamente el instinto. Todas mis buenas resoluciones habían desaparecido en ese instante. Dirigí el puño en dirección recta a la mandíbula de Morillon y en el momento en que el golpe llegó, a destino, me apercibí de que en mi vida había pegado con tanta fuerza.

No llegó a enterarse de quién le había pegado. La cabeza cayó hacia un costado, como si se hubiera desencajado de los hombros,

las rodillas se le aflojaron y cayó entonces de bruces, con los brazos abiertos y una pierna un poco contraída.

Mientras lo miraba, sin dejar de sentir el ardiente dolor del golpe que me atravesaba la mejilla, me pareció ver ante mí el cadáver de Sidney Scott. ¿Sería posible que Hubert Morillon con sus celos frenéticos, el carácter ardoroso y esa inclinación a la violencia fuera quien estaba detrás de la muerte de Scott? Verdad era que el informe policial establecía que no había señales de violencia en el cuerpo, ¿pero no existía acaso la posibilidad de que en esos restos sucios e hinchados, no se notaran esas señales? La historia del suicidio me había parecido pobre desde la primera vez que la leí y la confirmación de Anne casi tan poco satisfactoria como el informe. Pero Morillon...

Leschenhaut se acercó mientras de Gonde se arrodillaba preocupado junto a mi inerte enemigo.

—Pronto estará bien —comentó Leschenhaut tranquilamente y me agradó ver que lo tomaba de este modo—. Es fuerte nuestro amigo el doctor. Vivirá para cometer muchos otros errores antes de que lo arruinen —me colocó amistosamente una mano en el hombro —. Igual que el negro desprevenido en el Vel d'Hiv, ¿no es cierto? —prosiguió—, una pequeña falla y allá fue. Veamos si maneja tan bien las palabras como los puños.

De Gonde, viendo que Morillon se debatía volviendo al estado consciente, miró hacia arriba sacudiendo la cabeza con gesto sombrío:

—¿Cree realmente que con esto se terminó la cuestión? —observó y comprendí lo que me quería decir.

Me estaba diciendo que nadie podía tratar al doctor Morillon de esa manera y salir ganando.

A la mañana siguiente cuando bajé a la cocina a tomar mi café de la media mañana, como lo hacía habitualmente, supe que había profanado un ídolo. Al entrar a la cocina estaba seguro de que la noticia de mi riña con Morillon ya habría circulado entre los allí reunidos y esperaba que el costurón hinchado y color púrpura que tenía en la mejilla, me haría acreedor de las simpatías. Por el contrario, encontré que todos estaban enrolados en el bando opuesto y me trataban con fría hostilidad.

Parecía que, al haber recibido el honor poco usual de cenar con la familia, había procedido con mi comportamiento a caer en desgracia yo mismo y conmigo todo el personal. Me había emborrachado. Había hecho caídas de ojos a Madame de Villemont. Había insultado a un invitado que se había sentido muy agraviado y ¡qué invitado! ¡Qué hombre era el doctor Morillon! ¡El privilegio que significaba tenerlo en la casa! y ¡qué horror verlo partir de ella magullado y golpeado por mi ataque de borracho!

Al tratar de defenderme Jeanne Marie me puso de inmediato en mi lugar.

—No, grandote, no nos tragamos ese paquete —husmeó— no con la clase de hombre que es el doctor Morillon y mucho menos cuando fue el propio Monsieur Edmond quien me dijo directamente que había sido un ataque sin provocación alguna. Ten mi palabra, que si no fueras el único que sabe cómo manejar al niño, te hubieran puesto en la calle anoche mismo, para bien de todos.

Esto me dejó pensando cómo habría hecho el doctor Morillon, que no era ciertamente un integrante de ese mundo, para ganar tal popularidad con el servicio.

Todavía me lo estaba preguntando cuando subí. Cada una de las habitaciones del departamento de Anne, lo mismo que en todos los departamentos de arriba, tenían una puerta que daba al sombrío corredor principal, el de los terciopelos rojos, y mientras caminaba por él vi a Madame Matilde saliendo del dormitorio de Anne donde, estaba seguro, habría estado describiendo vivamente la escena que había tenido lugar en la rotonda la noche anterior.

A juzgar por lo que me había enfrentado en la cocina, el hecho de que Madame no hubiera presenciado la escena, sólo añadiría una cierta predisposición y color a la descripción, de modo que al encontrarme cara a cara estaba preparado para una mayor hostilidad. Pero Madame posó los ojos ligeramente sobre la mejilla herida, con poco interés.

—Lindo día, ¿no es cierto, Reno? —me preguntó.

—Si, Madame.

—¿Le importaría si me llevo a su alumno a dar un pequeño paseo por el Bois? Confío que no le importará, me está esperando en el auto y detestaría decepcionarlo.

El tono era demasiado solemne para el asunto.

—Eso depende de Madame de Villemont —contesté cauteloso—, si ella le dio permiso.

—¡Ah, sí!, ella sí —comentó con dulzura Madame Matilde—, Pero bien sabemos cuál es la decisión que realmente pesa por aquí, ¿no le parece?

Diciendo esto se fue por el corredor dejándome que me sintiera como un enorme mastín de pocas luces, que acaba de ser vencido por un asquerosamente inteligente perro de lanas. Aun así encontré que no me disgustaba su persona, más bien la compadecía. Estar casada con un bulto amargado y bruto como era Edmond Vosiers, le hacía merecedora de toda la compasión del mundo.

Golpeé en la puerta de Anne y al responderme su voz invitándome a entrar, la encontré en cama, mirando con gesto desgraciado la bandeja de comida que Djilana le ofrecía.

—Venía a informarle sobre los progresos de Paul —dije— pero si no está bien...

—No, estoy suficientemente bien como para eso —hizo un gesto a Djilana para que se retirara y esperó hasta que esta cerró la puerta tras de sí. Luego dijo con amargura—. Sí, lo sé. Hice un buen lío anoche ¿no?

—Olvida lo de anoche. ¿Cómo te sientes hoy?

—Avergonzada de mí misma. Mira tu cara. Eso es culpa mía.

—Basta. Estoy aquí para ayudarte y consolarte pero si sigues así...

—No, no lo haré —débilmente Anne sacudió la cabeza— te prometo que no lo haré. Ahora cierra con llave la puerta, siéntate aquí a mi lado y tómame de la mano. Eso será de gran ayuda.

De buen grado seguí sus instrucciones y noté que las manos estaban frías y húmedas.

—Y todo por unos vasos de vino —comenté.

—Y otros tantos de coñac. Así es como puedo juntar coraje suficiente para unirme a los festejos. Coraje de brandy. Cuando empezó a perder efecto, comencé a reforzar con vino. A continuación me sentía sobre un caballo alto, galopando derecho al desastre.

—Yo no me preocuparía por eso —le dije—, tu médico no resultó ser el desastre que creía que iba a ser.

Anne me estrujó la mano.

—En eso te equivocas. Hubert puede llegar a ser muy peligroso. Hay alguna gente, amigos suyos del Norte de África, establecidos aquí que le son fanáticamente adictos, y que no han cambiado sus costumbres desde el enfermante asunto de Argelia. ¿Sabes lo que eso significa?

—No estoy muy seguro. ¿Estás tratando de insinuarme que un respetable ciudadano como el doctor Morillon, un profesional serio, cuenta con una pandilla de asesinos a su entera disposición?

—*Mon ange—,* te estoy diciendo que te cuides de él, y de todos los de esta casa. Anoche, con mi tonto comportamiento he puesto a todos en guardia contra nosotros. Ahora será más difícil que nunca dar un solo paso sin que se enteren.

—Nos pondremos a la altura del desafío —le dije bromeando—, tomaré los pasajes por intermedio de otra persona, de manera que ni siquiera tendré que acercarme a la boletería. Mi ex-representante vive en New York, lo llamaré desde un teléfono externo, durante la semana y le haré alquilar una casa a nombre de Dulac. O un departamento si es más rápido. ¿Puedo girarle todo el dinero que necesite?

—Sí, el dinero... —Anne había escuchado mi plan de acción como quien escucha poemas de amor. En este momento se incorporó—. Hay un maletín en esa cajonera —dijo y manoteó en una carterita que tenía en la mesa de luz hasta que encontró una llavecita que me entregó. Abrí con ella la valija y saqué un sobre en el que había un fajo de billetes—, son diez mil francos, ¿alcanzará?

—Sobrará.

—Guárdalo todo, nunca se sabe qué extras uno se puede ver obligado a pagar.

Era un placer guardar esa billetera voluminosa en mi bolsillo. La promesa irreal del futuro se hacía un poco más real. Pero había aún algunas nubes oscuras sobre nuestras cabezas y eso me perturbaba.

—Anne —pregunté— y ¿sobre Morillon?

—¿Sí?

—Dime la verdad. ¿Tuvo algo que ver con la muerte de Sidney Scott?

—Querido, te he dicho la verdad sobre la muerte de Sidney ¿por qué no puedes creerlo? ¿por qué te niegas a creerlo?

—Porque por lo que puedo conectar entre Scott y Morillon...

—No. Debes dejar de pensar en Sidney. ¡Hubert está celoso de ti!, ¡te odia a ti!, no al pobre Sidney —Anne me llevó nuevamente a su lado sobre la cama—. Eso es lo que me da miedo. Que te ocurra algo por culpa mía. No quiero que te ocurra nada.

Me rodeó el cuello con los brazos, su peso me hizo descender hasta que nuestras bocas se encontraron en un beso que se continuaba. Me encontré hundiéndome como un bendito, en una carne tibia y perfumada, sufriendo con placer el filo de esos dientecitos que se introducían en mis labios. Había algo maravillosamente ingenuo en el abrazo de esta mujer. Era como una colegiala, que al ser besada por primera vez descubre gozosa cuánto le gusta el juego y se lanza a él con extraña ferocidad.

Cuando me soltó pregunté

—¿Fue una invitación?

Sonriente sacudió la cabeza.

—En ese caso —dije—, me voy antes de que sea tarde.

—Eso debes hacer, creo. Pero ten cuidado, *mon ange,* te lo pido con toda mi alma.

De regreso en mi habitación comencé a pensar seriamente en esta advertencia. Añadida a la siniestra preocupación de de Gonde sobre las consecuencias de mi enfrentamiento con el doctor, el dardo dio en el blanco. Ya había visto a Morillon en acción la noche anterior. Imaginarme cómo reaccionaría en caso de que se enterara en alguna oportunidad de que yo sacaría a Anne del país, transformó la sensación de amenaza que se palpaba en el aire, en algo real y concreto. Era como una corriente fría que se introducía lentamente en la habitación y me acariciaba la espalda.

No era fácil desdeñar una premonición tan fuerte. Me dirigí a la cómoda donde había guardado la Beretta del coronel Henri de Villemont. No tenía importancia que careciera de carga. En realidad lo prefería así. Estaba seguro de que si no se trataba de una acción de tipo militar, jamás me decidiría a descargar ni aun apuntar una pistola cargada. Pero era una buena señal de advertencia dejar saber a los de la casa que yo andaba armado. Los devotos amigos de Morillon, quienes fueran, lo pensarían dos veces antes de asaltarme en algún callejón oscuro para ventaja del doctor.

Tiré del cajón de la cómoda y lo coloqué en el suelo. Me arrojé de boca para que mi mano pudiera alcanzar las profundidades del hueco donde había escondido la pistola. Me arrastré sobre el vientre estirando la mano hasta que las puntas de los dedos alcanzaron la madera del fondo de la cómoda. Deslicé la mano hacia uno y otro lado, mis uñas arañaban la madera.

La pistola no estaba allí.

Lo primero que se me ocurrió pensar, enfurecido, fue que la habría sustraído subrepticiamente alguno de los que conocían su existencia, pero, a medida que mi enojo se iba enfriando me di

cuenta que ninguno de ellos tenía razón alguna para ocultarme este hecho.

¿Y Paul? Él se encontraba en la habitación vecina cuando yo escondí el revólver, podría haberme visto haciéndolo y haber tomado luego el arma, que era un juguete maravilloso para jugar en secreto. El cajón era pesado, pero si había tenido la paciencia de vaciarlo, podría haberlo manipulado fácilmente.

La idea me perturbaba. La pistola por sí misma no importaba, ya que no tenía carga, pero hasta entonces yo me había imaginado que no quedaban secretos entre Paul y yo. Nos habíamos vuelto tan unidos, que ahora me confiaba todas las opiniones, todos los problemas, la más pequeña falta cometida durante el día. Conversábamos con la mayor seriedad, de hombre a hombre, cualquier cosa que se le ocurriera y me di cuenta que ésta era su manera de arribar a conclusiones precisas sobre lo que estaba bien y mal. Lo más importante fue que hallé que, a pesar de que muchas veces rabiaba con mis reglas estrictas, lo que en el fondo le agradaba era tenerlas. Sin ser consciente de ello, era feliz de que estuvieran siempre allí, marcando los límites de lo que estaba permitido y de lo que no.

De modo que me sentí profundamente culpable buscando el revólver en la habitación. En la superficie el cuarto estaba en orden. Lo más ordenado que Djilana lo podía dejar pero los cajones y compartimientos de los muebles eran nidos de urraca. Busqué en cada uno de ellos, a tientas bajo el colchón, escarbé bajo los almohadones de las sillas, vacié el enorme arcón de juguetes y tuve que volver a colocar sus contenidos en su lugar nuevamente, pieza por pieza, como un rompecabezas chino, hasta que quedaron todos adentro. Nada.

Mi última esperanza eran los estantes de libros, pero lo único que encontré escondida tras una fila de libros fue una carpeta de cartón. En ella había una fotografía: un retrato familiar. Anne, sonriente estaba de pie frente a un edificio de estilo morisco de blancura deslumbrante. Tenía una bufanda atada al cabello bruñido y los ojos

entornados por el brillo de la luz del sol. Delante de ella estaba Paul, aún muy pequeño. Pero lo que me llamaba la atención, era que el hombre que estaba a su lado, a quién ella llegaba al hombro, parecía un atractivo *boulevardier* que se había dedicado a la vida militar. Buen mozo, alto y moreno, un acicalado bigote de *boulevardier* le adornaba el labio, una boina de paracaidista montada airosamente sobre el bruñido pelo oscuro, era el sueño de una colegiala, el héroe de todas las películas que se hayan hecho jamás sobre arrojados franceses de la Legión Extranjera.

Al devolver la foto a la carpeta noté que en el reverso había una inscripción que traducida decía: “Para mi querida mamá de su indigno hijo, Henri”, lo cual explicaba como Paul había obtenido la foto. Ya había barruntado hace tiempo que Anne al igual que Madame Cesira prefería no tener fotos de Henri de Villemont por alrededor, que pudieran reabrir las heridas frescas. De modo que Madame Cesira le había confiado, seguramente, esta foto de su padre a Paul, para que la guarde en privado. Pensar en Madame Cesira, también me dio idea de por qué me resultaba tan extrañamente familiar el rostro del señor de la fotografía. Salvando la diferencia de edad era muy parecido al general Sebastian de Villemont en el cuadro que había sobre la chimenea del departamento de la anciana señora, cerca del Quai d’Anjou.

Pero, a pesar de todo, mi preocupación era la pistola de Henri y no su retrato. Se me ocurrió una desagradable posibilidad. Cuando les había llevado el revólver a los de Gonde, el primer día, habían sugerido algo como que el Dr. Morillon debía saberlo. En algún momento, entre aquel día y el presente, podría haber decidido algo con respecto a eso. Los sirvientes entraban y salían del departamento todo el tiempo. Era asunto fácil sobornar a alguno para que sacara la pistola cuando yo no estaba.

Había una sola manera de determinar esto, Claude de Gonde había insistido en devolverme la pistola cuando se la había entregado. En lo que me concernía, consideraba que eso lo hacía

responsable de encontrarla ahora; de saber qué es lo que se había hecho de ella.

11

FUE Madame Gabrielle quien me abrió la puerta del departamento de los de Gonde. Estaba atendiendo visitas, la habitación estaba repleta de mujeres elegantes, de edad mediana, que charlaban tan fuerte como sus voces lo permitían. Y fuera lo que fuera lo que leyó en mi rostro, la llevó a dar un paso hacia el pasillo de entrada y cerrar la puerta tras ella.

Me espió ansiosamente tras sus anteojos.

“¿Qué ocurre?, ¿algo malo? —me pareció que no tenía sentido alarmarla.

— ¡Ah! —se apretó una mano contra el pecho y suspiró aliviada —, después de ese horrible episodio de anoche, no sé qué esperar.

—Le pido disculpas, Madame, el episodio fue culpa mía.

— ¡Qué tontería! ¿es sobre eso que quiere hablar con mi marido?, ¿sería posible que por lo de anoche se sintiera obligado a abandonar su puesto al servicio de Madame de Villemont?

—¿Piensa usted que debería hacerlo?

—¡Por Dios! En absoluto —respondió Madame Gabrielle—, Le aseguro que si usted se va el que realmente sufrirá será Paul. Antes de que usted viniera era, más bien, un fantasmita que un niño. Ahora... bueno no necesito decirle que se ha vuelto fuerte y con vida. Ya ha tenido demasiados trastornos en su vida. Su partida podría llegar a ser la más destrozante ya que sentiría que su amigo lo ha abandonado deliberadamente, aunque —Madame Gabrielle no pudo evitar una sonrisa al decir esto—, me ha confiado que su héroe puede ser un capataz cuando se trata de estudios.

—Sólo si el estudiante es perezoso —contesté—, pero no tengo la menor intención de abandonar a Paul. Deseaba hablar con

Monsieur de Gonde sobre algo totalmente ajeno, ¿sabe dónde podría encontrarlo?

—En este momento, asiste a una reunión de negocios en el salón de conferencias, pero sospecho —dijo Madame Gabrielle torciendo el gesto— que la reunión puede tardar horas en decidir el destino del mundo.

Por mi parte sentía que de Gonde, hubiera o no reunión de negocios de por medio, me concedería de buen grado unos minutos para tratar un asunto que le ocupaba tan vitalmente, pero antes que pudiera retirarme, Madame Gabrielle insistió en conducirme a su living-room y presentarme a sus invitadas. En un primer momento pensé que se trataba, meramente, de un gracioso gesto hacia mí, después de todo para estas señoras patricias yo era sólo un sirviente. Pero pronto comprendí que el gesto tenía un motivo ulterior. El desafío pintado en las mejillas ruborosas de Madame Gabrielle al presentarme a sus amigas. Expresiones de asombro, elevaciones de cejas y sonrisas brillantes, pero falsas, me delataron que Anne de Villemont y yo éramos objetos de escándalo para los presentes y que Madame Gabrielle declaraba así públicamente su fe en nosotros. Si me había gustado anteriormente por su amabilidad inagotable, por su evidente preocupación por Anne y afecto por Paul, debía ahora admirarla de todo corazón por su coraje para enfrentar esos relucientes pájaros de mal agüero encaramados en la sala.

Pedí permiso para retirarme, tan pronto como pude y me encaminé directamente al salón de conferencias, en la planta baja. Era el último salón del ala Oeste de la mansión, inmediatamente a continuación del salón de juego, donde había tenido lugar la desastrosa escena entre Morillon y yo, la noche anterior. Sus puertas se hallaban firmemente cerradas. Alcancé a oír el zumbido de una voz del otro lado de la puerta y me detuve dubitativo allí, esforzándome para adivinar lo que se había dicho. No deseaba interrumpir la reunión durante un discurso importante, y decidí que si oía algo importante aguardaría afuera.

No tuve oportunidad de esperar mucho. El instante siguiente sentí una presión entre los omóplatos y una voz suave que decía:

—Por favor, no se mueva, esto es un revólver, si hace el menor movimiento disparo.

Sentí una sensación helada en mi extraña situación de escuchante.

—Muy bien, Monsieur —continuó la voz—, tómese las manos detrás de la cabeza y dese vuelta.

Así lo hice y me encontré con un muchacho que no podía tener más de veinte años, quien me miraba con expresión de adormilada indiferencia, aunque el revólver que me apuntaba el pecho estaba ciertamente listo. Era un pesado modelo de caño largo y tenía adosado un silenciador.

Traté de poner la misma fachada indiferente que el muchacho.

—¿De qué se trata? —pregunté, haciendo un gesto hacia el arma.

—Se trata de mis órdenes, Monsieur. Siempre hay oportunidad de que alguien se estropee una oreja aplastándola contra la puerta. Estoy aquí para evitar eso.

Demasiado tarde recordé que Georges, el primer día, me había dicho que el salón de conferencias estaba vigilado para evitar los chismosos durante las reuniones de negocio. Mientras el muchacho mantenía el revólver contra mi pecho y me palpaba con su mano libre, como un verdadero profesional, le dije:

—Vea, soy el preceptor del sobrino de Monsieur de Gonde, y sólo quería hablar un minuto con Monsieur, si saca ese caño y lo llama aquí afuera...

—Por supuesto. Usted se prepara siempre para hablar con alguien oyendo por el ojo de la cerradura. Lo que pasa que el que llama aquí es Monsieur de Gonde. Como él no quiere que se lo moleste en este momento, puede darle las explicaciones a su secretario, en lugar de a él. ¿Conoce a Monsieur Bourdon?

—Sí.

—Enseguida lo descubriremos —dijo el muchacho.

En el salón de juego había una puerta lateral que daba a una estrecha escalera. Con las manos aún tomadas sobre mi cabeza, me aguijoneó mientras subíamos las escaleras y a lo largo del pasillo del segundo piso hasta la puerta del departamento de Bernard Bourdon. Fui introducido por la puerta de un empujón con la pistola. Bernard, sentado en su escritorio, lapicera en mano, al verme abrió la boca azorado y prorrumpió luego en una carcajada inevitable.

—¡Qué escena! —pudo decir— sabía que tarde o temprano ocurriría algo así.

—Pero este tipo —comenzó a objetar el muchacho enojado, pero Bernard lo cortó allí mismo con un movimiento de la mano.

—Si, sí, ¡idiota!, este tipo es un peligroso espía enviado por las compañías petroleras americanas para saber cuántos pozos vamos a hacer en el Sahara el año que viene. Has realizado una magnífica tarea al capturarlo y me ocuparé que te den una medalla. Ahora ponte esa máquina en el bolsillo o donde quieras y márchate para abajo.

Pálido de rabia, el muchacho se colocó la pistola en el cinturón y la tapó con el saco. Al abrir la puerta Bernard le observó en tono festivo:

—Y la próxima vez, héroe, prueba de utilizar un poco más la fuerza cerebral y algo menos la de la pólvora, sino uno de estos días te traerás a la propia Madame de Gonde y no sé cómo se lo explicarías a Monsieur de Gonde.

Una vez que el muchacho se hubo retirado, golpeando furiosamente la puerta tras de sí, Bernard sacudió la cabeza con lástima.

—Se toma su trabajo muy en serio, este Albert.

—Un trabajo muy divertido —comenté.

—En absoluto. Por si no lo sabe, Reno, el espionaje a nivel industrial es furor en estos días. Escuchar algunos secretos, echar una ojeada a ciertos contratos, aprender la fórmula de algún nuevo producto puede valer una fortuna. La vale. Si alguien inconveniente llega a escuchar lo que se está discutiendo en esa reunión, la Bolsa

enloquecería al abrir él lunes. De todos modos, siento mucho que el tonto éste lo haya molestado. ¿Qué deseaba hacer cuando le clavó el arma, ¿ver a Monsieur Claude?

—Sí.

—Estará ocupado en la conferencia por un buen rato todavía. ¿Quiere dejarme algún mensaje?

—No.

Bernard me miró zumbón.

—¿Yo no le agrado mucho, verdad?

—Nunca he pensado tal cosa.

—Sospecho que sí. Lo triste, Reno, es que teniendo en cuenta nuestra situación aquí, usted y yo deberíamos ser buenos amigos. Verdad es que no somos miembros de la familia, pero estamos lejos de ser cocineros o choferes. Es probable que tengamos hasta los mismos intereses literarios, musicales o artísticos. ¿Qué mejor base para una amistad? Ciertamente considero que tengo más para ofrecer que un partido de dominó con esos brutos en la cocina.

Lo que me resultó más interesante de este llamado, no fue el significado que había por debajo, la sutilmente velada sugerencia de que en realidad podía ser yo quien llenara el hueco dejado por Sidney Scott en su vida, sino más bien el hecho de que Bernard no compartiera la actitud del servicio, respecto a mi pelea con el doctor Morillon. En lugar de responder a mi primer impulso y abandonar el cuarto, le observé esto a lo cual se encogió de hombros.

—Monsieur Claude me dijo que usted se vio forzado a defenderse y que eso había sido todo. Por mi parte le diré que la escena no era inesperada. Todos los que están vinculados a Madame de Villemont, tarde o temprano se ven envueltos en situaciones espantosas.

—¿Por qué?

—Porque es una mujer que parece haber tomado al gran Shakespeare al pie de la letra, Reno. “El mundo entero es un gran escenario” escribió y así lo es para Madame, que evidentemente se considera la heroína de un frenético melodrama, donde lanza a las personas que la rodean, unas contra las otras. Loca, muy loca, como

se puede ver. Lo peor es que parece resultar muy atractiva para los hombres. Por lo menos lo suficiente como para que alguien como Hubert de Morillon se comporte como un idiota.

—¿Y que yo también lo haga?

—Por el bien del niño espero que no.

Me intrigó escuchar por segunda vez en el término de una hora la misma preocupación por Paul. Primero en labios de Madame Gabrielle, ahora Bernard.

—¿Qué tiene que ver Paul con esto? —inquirí.

—Desde el punto de vista familiar, todo. Tenga en cuenta, Reno, que es el único vástago, el único heredero de los Villemont, de los de Gonde y de los Vosiers, es el tesoro más preciado de la familia. Su educación es de capital importancia para esta gente. A cargo de su madre se estaba volviendo una criaturita neurótica y enfermiza, en sus manos se está transformando en un muchachito del cual su padre podría haberse enorgullecido. Si ocurriera algo a Madame de Villemont...

—¿Por ejemplo qué?

—Realmente desea saberlo o está buscando una excusa para darme la misma ración que a Morillon.

—Deseo saberlo —contesté—, para hacerle justicia creo que parecía realmente preocupado por estos problemas familiares.

—Se lo diré en términos suaves, entonces —continuó— Madame de Villemont no está del todo bien. El brote psicótico que se le produjo anoche...

—Estaba borracha.

—Ya eso es un síntoma malo para los que la conocen. El hecho es que ha estado internada en un instituto de enfermos mentales, y que cabría la posibilidad de que tuviera que volver a ser internada. En este caso...

—¿Quién determina sobre su estado mental? —lo interrumpí— ¿el doctor Morillon?

—No, el doctor Felix Linder que es una autoridad reconocida en el mundo entero en la materia.

—Pero Morillon tiene gran influencia sobre él ¿no es cierto?

Bernard pareció amoscado.

—Estoy seguro de que se respetan —dijo—, pero Morillon no ejerce su profesión, es solamente un observador en el sanatorio. A lo que quiero llegar, de todos modos es que la última vez que Madame estuvo allí, fue casi un desastre para Paul. Recién se había recuperado de la muerte de su padre y creyó que perdía también a su madre. Ahora lo que todos confían es que de surgir una emergencia de este tipo otra vez, usted estará a mano para brindar al niño la sensación de seguridad que necesita, el coraje para seguir adelante sin la madre y recibir la educación que debe recibir. ¿Aclara esta explicación cuál es la importancia que posee usted para la familia? ¿Alcanza a ver por qué todos esperan que sea capaz de asumir hacia Madame la actitud clínica indicada?

Logré de alguna manera mirar de frente esos ojos encapotados y con la cabeza le hice un amable gesto de comprensión. Supe que mi mayor error sería envolverme en una discusión con Bernard Bourdon en la cual se me pudiera deslizar el secreto de los planes de Anne.

Mientras me preparaba para retirarme Bernard me preguntó si tenía la tarde libre.

Le contesté que no y lo tomó graciosamente.

—Pero debemos reunimos pronto —protestó— estoy particularmente ansioso por saber de su reunión con Charles Leschenhaut, ya que soy un gran admirador de él.

—¿Y de la Condesa Laennac? —Sobre su escritorio había una copia de *Le Mystère du Tarot,* escrito por ella, con la tapa ilustrada en colores chillones, con una lámina que mostraba “El Ahorcado” del mazo del Tarot. Era difícil imaginarse al fríamente intelectual Bernard dedicado a adivinar la suerte.

—¡Ah! ¡Eso! —me hizo una mueca burlona con gesto travieso—, El Tarot es la obsesión de Madame Cesira, esa querida señora, y me ha perseguido años enteros insistiendo en que ahonde en sus misterios. Lo único que puedo decir hasta el momento es que la anciana Sophie de Laennac debe ser, probablemente, la peor

escritora que haya usado jamás el idioma francés, para cumplir con sus estúpidos objetivos. Si quiere le presto el libro.

Le agradecí declinando la oferta. Ya había oído a Madame la Comtesse expresarse largamente sobre el tema y no deseaba nada más de ese dudoso placer.

Cuando esa misma tarde le conté a Claude de Gonde, en la intimidad de su despacho, que faltaba el revólver, me contestó hastiadamente:

—Debe haber sido Madame de Villemont la que lo tocó. No puede haber sido nadie más.

—Pero ella me lo confió a mí, Monsieur —le señalé— si lo quería de vuelta no tenía más que pedirlo.

Consideró esto frotando lentamente la mandíbula hacia arriba y hacia abajo con el pulgar.

—Si —dijo de mala gana— eso es innegable. ¿Pero qué otra explicación puede haber?

—Monsieur, espero no estar sobrepasándome, pero si usted le contó al doctor Morillon sobre la pistola...

Eso no le gustó.

—En efecto, sí se lo conté y usted se está sobrepasando, joven. No juzgue al doctor Morillon por lo de anoche. Si se comportó de esa manera fue porque Madame de Villemont con su actuación indecente lo llevó a eso. Su defecto es el carácter, pero no falta de dignidad. Le aseguro que él no ha tenido nada que ver con la desaparición del revólver.

Lo dejé deseando poder estar tan seguro como él de que era de ese modo.

MIENTRAS tanto, la semana entera transcurrió sin que yo tuviera ni una palabra de Leschenhaut, en relación a los manuscritos que le había entregado. El sábado que marcaba el comienzo de la segunda semana, yo ya no estaba en condiciones mentales para mantener conversaciones triviales, y cuando Paul y yo salimos, después del almuerzo, agradecí que él también estuviese de humor silencioso cavilando evidentemente sobre algún problema propio muy profundo.

Esa tarde hicimos un poco de historia, una visita a la tumba de Napoleón. En la explanada de Los Inválidos nos sorprendió un chaparrón inesperado y nos vimos obligados a guarecernos en una panquequería donde Paul pudo rellenarse de correosos panqueques, endulzados con conserva de frutillas y rociados con sidra bretona. Comía con fruición, sin decir nada, lo cual era totalmente anormal en él y estaba a punto de preguntarle qué tenía cuando de pronto me salió al paso con ello.

En la mitad de su tercer *crépe froment á la confiture* fijó sus ojos en mí y me preguntó con voz acusadora:

—¿Amas a mamá?

Me atoré con mi *apéritif,* pero me recuperé inmediatamente:

—Por supuesto —dije con gran despliegue de indiferencia—, ¿no la amas tú?

—No digo de esa manera —clavó el tenedor en el blando panqueque como si lo estuviese apuñalando, una y otra vez.

—Quiero decir si ¿te vas a casar con mamá?

Me encogí de hombros.

—Para decir la verdad, no estaba en mis planes casarme con nadie.

De inmediato su tono se hizo más vivo.

—Entonces las cartas del Tarot tenían razón. La última vez que fui a lo de abuela le pedí que tratara de ver que decían las cartas sobre eso, y las cartas dijeron que mamá nunca se volvería a casar.

Y lo habrían dicho, reflexioné, sobre todo si era Madame Cesira quien las tiraba. Si Anne se casaba, en un futuro razonablemente próximo, significaría que su hijo, ese heredero que el cielo había

enviado a los Villemont, tendría un nombre distinto, una identidad diferente, que sería arrancado totalmente de las manos de los Villemont, y podía imaginarme cómo a Madame Cesira se le endurecía el rostro al pensarlo. Eso podía explicar por qué nunca ninguna persona acompañaba a Anne en sus salidas vespertinas.

Seguramente habían emanado órdenes desde la Île de Saint Louis indicando que los hombres que podían ser adecuados, debían mantenerse a distancia segura de esta viuda sofocante y tentadora. Y como ella estaba firmemente rodeada por la familia de su esposo, no podía hacer mucho para remediarlo.

Esa escena también me permitió observarme a mí mismo.

Anne de Villemont era tortuosa y secreta, sus humores que variaban de la pétrea arrogancia al miedo pánico y del ensimismamiento más mórbido a la entrega ardiente, eran impredecibles. Después de haber conseguido que su hijo fuera neuróticamente dependiente de ella, era totalmente incapaz de manejarlo. Se emborrachaba en el momento menos indicado, jugaba con temeridad e incompetencia, apostando sumas que eran muy altas para cualquiera, aun teniendo tanto dinero como ella. Sabía todo esto, y ahora que Paul me había salido al paso con ello, sabía también que a pesar de todo, estaba enamorado de esa mujer. Hacían diez largos años que yo había roto con mi esposa y desde entonces yo había tenido miedo de acercarme al matrimonio con cualquier mujer. Ahora tenía la sensación de que estaba reemplazando los diez años por un sólo salto. Un salto salvaje, ciego pero bendito.

Fue un alivio afrontar el hecho directamente. Levanté mi vaso del aperitivo y brindé en silencio.

Esa noche, alrededor de las nueve, yo estaba sentado ante mi máquina de escribir y Paul se acababa de instalar para ver el programa de Alfred Hitchcock en el televisor, en el cual el doblado al francés daba al escenario americano un decidido sabor gálico, cuando oí que Anne hablaba a su hijo por encima del estrépito del diálogo dramático.

—Ahora salgo, *cheri* y ésta debe ser la última película que ves.

—Si mamá, estás muy linda.

—Gracias, caballero.

—Pero el vestido. Es muy desnudo allí arriba, ¿no?

—*Mais oui. C'est la mode.*

Eso me sonó interesante. Me levanté para investigar la moda por mí mismo, y entonces oí la voz de Djilana.

—Las alhajas, Madame. Después de todo uno debe tratar de dar la impresión adecuada en un lugar tan importante como Spinosi. Sí, éste creo, y esta pulsera.

Spinosi. De modo que ésta era una de esas disipadas noches de juego. El pensamiento me deprimió rápidamente. Aparentemente el destino había decidido que la mujer que yo habría de amar fuera de esa clase de personas que mi padre, desde detrás de una mesa de dados, odiaba más en el mundo. Mi padre había luego aborrecido a quien fuera que tuviera algo que ver con él, incluyendo su mujer y su hijo.

—Buenas noches, *cheri* —dijo Anne a Paul—, y pórtate bien, yo parto tan pronto como haya dado las órdenes a Monsieur Reno.

Cuando entró a mi cuarto, dejando discretamente la puerta de Paul abierta tras ella, le perdoné allí mismo toda su disipación. Estaba locamente hermosa. El vestido dejaba librada a la imaginación sólo una ínfima parte de esos pechos exuberantes y esas piernas torneadas. Las alhajas eran una gargantilla y una pulsera de diamantes y zafiros, éstos casi hacían juego con el color de los ojos.

Comencé a decírselo, pero me puso apresuradamente un dedo en la boca. Djilana estaba aún allí, en el cuarto de Paul, con las orejas paradas, seguramente, para oír cada palabra nuestra.

—Asegúrese que el niño beba el vaso de leche antes de irse a la cama, —me dijo en alta voz Anne y se arrojó en mis brazos para que yo la besara rápida y ásperamente—, lo he manchado con el lápiz labial —me susurró con tono de advertencia mientras se alejaba. Y

elevando nuevamente la voz—, buenas noches, Monsieur Reno —dijo con pícaro tono de amable castellana y se fue.

Pero el olor de su perfume permaneció conmigo impidiéndome concentrarme en mi trabajo, de modo que pronto lo abandoné para unirme con Paul frente al televisor. Más tarde me ocupé de que tomara el vaso de leche y se metiera en cama. Recién me había estirado en mi cama, con las manos bajo la cabeza, para contemplar las variadas bendiciones de mi situación, cuando me tuve que levantar para contestar el teléfono.

Con sobresalto me di cuenta de que se trataba de Charles Leschenhaut quien hablaba. Lo que tenía que decirme sonó a música. Había leído mis seis cuentos y me informaba, jovialmente y a viva voz, que si bien cuatro estaban por debajo de lo despreciable, dos le parecían muy prometedores.

—Especialmente la del músico en el cabaret —rugió— *Ça te coupe,* derecho en la mandíbula, así impacta. También el cuento del joven marido que descubre que su esposa ha pedido a su rico y cariñoso padre que le compre un tapado de armiño. Ese llega a la médula. ¿Era usted el joven marido por casualidad?

—Sí.

—Lo pensé. Bien, cuatro de seis, no está mal para comenzar pero las dos pequeñas beldades necesitan mucho trabajo antes de que yo las pueda publicar. Su francés literario es increíblemente atroz, algunas veces. Bueno, esta mañana estaré muy ocupado pero la semana próxima le puedo dedicar dos días completos de mi tiempo. ¿Tiene interés en abocarse un par de días a trabajar en ellos conmigo en mi casa?

Estaba tan deslumbrado con estas noticias, tan, buenas que no las podía creer, que le contesté:

—Sí, por supuesto.

Luego me di cuenta que según los planes de Anne, este weekend yo estaría bien lejos de París. Ahora tendría que posponerse el vuelo. Me parecía que lo correcto sería solicitar la aprobación de Anne antes de aceptar la invitación de Leschenhaut.

—Hay un pequeño problema —le dije— nada importante en realidad. Los sábados y domingos son días de trabajo para mí y debo pedir permiso a Madame de Villemont para tomarlos. —Me parecía que era demasiado allegado a la familia para saber la verdad exacta— ¿le parece bien que le hable a ella del asunto y luego le conteste?

—Si así lo desea —contestó Leschenhaut y me dio su número de teléfono. Observó luego—, No hay razón alguna por la cual Madame no tenga consideración, ¿no es cierto? Sé que tiene sus ¡oh!, excentricidades, pero me imagino que el reprimir talentos literarios no será una de ellas.

—Estoy seguro de que no, Monsieur Leschenhaut, lo llamaré mañana.

Si hubiera estado libre para hacerlo, después de este llamado hubiera reunido a Louis y a unos cuantos amigotes y nos hubiéramos emborrachado como nunca jamás lo habíamos hecho en la vida. Pero atrapado como me encontraba, lo único que podía hacer era tratar de transmitir las buenas noticias por teléfono.

Aun en eso me vi frustrado. Cuando llamé a Louis, Madame Olympe me informó que Monsieur Louis y Monsieur Becque ya habían salido, Dios sabía hacia dónde. Probé el número de Veronique y no me contestó, como yo ya lo suponía. Finalmente me instalé a esperar el regreso de Anne, cuando sea que ocurriera. De cualquier modo, mi excitación era tal que me parecía imposible conciliar el sueño, de modo que apagué la luz y me estiré completamente vestido sobre la cama otra vez, y permanecí acostado, alerta a cualquier sonido que me indicara la llegada.

Nada provoca más sueño que tomar la determinación de permanecer despierto. Eventualmente me quedé dormido. Me despertó repentinamente la vibración de un motor en el patio. Luego apagaron el motor y en el silencio que sobrevino descubrí el sonido de voces silenciosas y el taconeo de mujeres sobre los adoquines.

Salí de la cama y abrí la puerta del pasillo una o dos pulgadas, nada más que lo necesario para ver a Anne cuando pasara por allí,

camino a su dormitorio. Aguardando en la oscuridad, oí el quejoso ascensor que subía y el suave choque de la puerta que se abría y se cerraba. Hubo un diálogo entre dientes, “los Vosiers y Anne que se despiden”, supuse y luego pasos que se aproximaban.

Ya tenía la mano en el picaporte cuando vi el destello de luz que despedía la alhaja que llevaba Anne al cuello, pero la mano se me congeló ahí, la puerta permaneció cerrada. Anne no venía sola. Con ella estaba un hombre buen mozo, rubio como un vikingo, balanceando en el dedo índice la cartera de Anne, al ritmo de una tonada que silbaba en silencio, con los labios fruncidos. Era el doctor Morillon.

Pasaron la puerta del dormitorio de Anne, que se abrió y se cerró. No vi a Morillon reaparecer en su camino de regreso al ascensor, conté unos segundos, unos minutos, finalmente dejé de contar.

Al romper el día, contemplé la partida de Morillon, arrugado y con ojos de sueño, anudándose la corbata mientras caminaba por el pasillo. Mirando desde la ventana vi a Georges saltar del asiento del conductor para acomodar respetuosamente a Casanova en el auto. Al atravesar el portón, Pascal, el encargado del garaje, estaba allí para cerrar la puerta y echar llave.

Mi valija y mi bolsón estaban guardados en el armario vacío. Los saqué, los arrojé sobre la cama y los abrí. Primero, empacar, luego escribir una nota de despedida, sólo unas palabras escogidas, diciéndole a Anne de Villemont, lo que era ella, exactamente. Djilana podía ocuparse de Paul hasta que su madre la leyera.

Había tirado el equipaje con tanta violencia sobre la cama que el ruido debe haber penetrado las ensoñaciones de Paul.

—¿Reno? —llamó con voz lejana— Reno, *J’ai peur.*

Rápidamente fui hacia él. Estaba sentado en la cama mirando con miedo a su alrededor y al agacharme hacia él, me echó los brazos y se colgó del cuello. Lo mantuve junto a mí y sentí que su cuerpecito delgado se relajaba.

—No tienes nada que temer —dije.

—Oí un ruido.

—Sí, porque dejé caer algo, lo siento.

—Pero en mi sueño era un ruido malo.

—Bueno la próxima vez dime cuando estás soñando y haré sólo ruidos buenos —contesté y el se rió.

—Sabes que no puedo decirte cuando estoy soñando porque estoy dormido en ese momento. ¿Por qué estás vestido? ¿Es la mañana ya?

—No. Todavía no, —separé los brazos de mi cuello y lo acosté. Le hice cosquillas para que se retorciera, protestara y pataleara alegremente—. Ahora a dormir otra vez —ordené—, y nada más de sueños.

—¿Te quedarás conmigo?

—Naturalmente, pero si cierras los ojos y te haces el dormido.

Dos minutos después ya se había entregado al sueño, pero yo esperé un rato más antes de volver a mi habitación. Entonces, luego de largas y dolorosas consideraciones, volví a poner la valija y el bolsón en el armario. Era imposible desaparecer de este modo de la vida del niño. Cuáles fueran mis sentimientos por la madre, mi separación de la criatura debía ser lo menos dolorosa posible.

La mejor manera de manejar esto era continuar con el trato. ¿Madame deseaba irse con su hijo a New York? Bien, así sería. Me ocuparía de ello. Daría a Paul una afectuosa despedida y me encaminaría directamente de regreso a París. Y como no veía razón por la cual el establecimiento de juego de Spinosi fuera el único beneficiario de las debilidades de Madame, yo intentaría llenar de dinero mis bolsillos, como pago por la molestia. Lo suficiente como para bancar mi total independencia futura por un largo tiempo.

Independencia de todos y de cualquiera, hombre o mujer.

Mi única obligación del domingo a la mañana era vigilar que Paul se apresurara a vestirse y entregarlo a Georges, que lo trasladaba a la Île de Saint Louis, para su visita semanal.

Cumplí con ella con ojos llenos de lagañas y los nervios destrozados, y cuando Georges acercó la limusina a la puerta advertí que su estado no era mejor. No era de sorprenderse ya que él también había aguardado la reaparición de Hubert Morillon hasta el alba. Pero la certeza de que a esta hora todos los sirvientes de la casa estarían enterados de cómo había pasado Madame de Villemont las últimas horas de la noche añadió la gota final de ácido a la amargura de mi decepción.

Lo que yo más deseaba era entrar directamente a su habitación y reprenderla en lenguaje claro, pero sabía que aún estaba demasiado enojado y que eso era peligroso en un enfrentamiento de esta índole. La sola idea de ver la marca de la cabeza de Morillon en la almohada a su lado, me inundaba de una urgencia asesina, de abofetearla hasta dejarla inconsciente. Mejor entonces estar un poco más frío al enfrentarme con la gran escena.

De modo que partí para los Champs Elysées caminando lo más ligero que podía, y terminé en un café de la esquina de la rue Washington donde Paul y yo éramos clientes esporádicos. Tomé asiento en una mesa en la vereda y recordé que había comenzado la temporada turística. Alrededor mío había un grupo considerable de viajeros, de buenos talones, con sus cámaras fotográficas colgando en la espalda, y las guías de la ciudad en la mano.

La idea de comer algo me revolvió el estómago, del mismo modo que cuando Jeanne Marie nos había traído el desayuno a Paul y a mí. Me decidí por un *café au rhum,* es decir, un café negro con una generosa ración del fuerte rhum de las Indias Occidentales, al estilo del Faubourg Saint-Denis y después del segundo me sentí mejor. Después del tercero ya lo peor había pasado, ahora podía contemplar la imagen de Anne de Villemont con maligna frialdad, se había disipado mi ardiente furia, casi podía deleitarme en considerar las maneras varias de vengarme de ella. Seis medidas de rhum en un

estómago vacío es un remedio fuerte. Me zumbaba la cabeza pero me sentía artero como Maquiavelo planeando la caída del enemigo.

La providencia me envió el instrumento de la venganza. Pasaba por el café en ese momento. Vi a la muchacha en la vereda al mismo tiempo que el camarero y casi tan pronto como él me di cuenta de lo que era. Pequeña y bonita, con figura espigada y excelentes piernas, estaba vestida con un chic que sugería que era la esposa mimada o la amante de algún rico residente de la zona de L'Etóile. Pero el paso la delataba. Hacía movimientos demasiado deliberados, el rostro era inexpresivo, los ojos volaban sobre las mesas, tomando nota de cada hombre que se sentaba solo, haciendo una apreciación de las posibilidades con la exactitud de una pequeña y bonita computadora electrónica. Una *poule de luxe* que salía a explorar el rico mercado turístico.

Cuando finalmente se dirigió a una mesa vacía, cercana a la mía, el camarero, un veterano de pies doloridos, hizo chasquear los dedos para llamarle la atención, y le hizo una señal de advertencia con la cabeza. Sabía lo que pensaba. A esta hora temprana había demasiadas esposas americanas e inglesas, vigilantes y malhumoradas acompañando a los maridos. Si se llegaba a correr la voz entre las oficinas de turismo que en este lugar se admitían tentadoras profesionales, el negocio con la familia se acababa de inmediato.

La muchacha pareció momentáneamente turbada por la advertencia, pero encogiéndose de hombros comenzó a alejarse. Repentinamente una inspiración maquiavélica se apoderó de mí. Me paré, descubriendo en ese proceso que mis rodillas se habían vuelto misteriosamente de goma y agité un brazo saludando a la señorita.

—¡Por fin llegas, *cherie*! —dije—, ¿sabes que me has hecho esperar una hora?

Me miró sorprendida pero inmediatamente asumió su rol.

—¡Ah! Lo siento querido —arrojó al camarero una mirada de triunfo y se sentó a mi lado—, tuve tantas cosas que hacer antes de salir. Tú sabes como son esas cosas…

—¡Cómo no! De todas maneras soy un alma indulgente, ¿qué deseas tomar?

—¿Qué estás tomando tú? —preguntó, y cuando se lo dije comentó estremecida—, ¡mi Dios! ¡Qué estómago debes tener!, café *creme* y un cigarrillo para mí, gracias.

El camarero partió gruñendo tras la respiración agitada, y mientras le encendía el cigarrillo de la muchacha le dije *sotto voce.*

—Debo decirle que en este momento no soy cliente, pero cuando ese desgraciado trató de desalojarla del local...

—Claro, le pareció divertido meterle un dedo en el ojo —intervino la muchacha—, y ahora él piensa seguramente que usted es quien me mantiene. Bueno si a usted no le importa, a mí tampoco. Siempre se puede tomar un café, después de todo.

—Bien, me llamo Reno, ¿y tú?

—Ghislaine.

— ¡Qué lindo nombre!

—Un nombre nomás —comentó la muchacha con indiferencia—, no te esfuerces querido, no necesitas ponerte a conversar si no lo deseas.

—Sí, lo deseo. Sin embargo debo hacer un llamado telefónico. ¿Me esperas mientras tanto?

—Sí. Pero no mucho tiempo a menos que me lo retribuya.

Encontré el teléfono en el fondo del café. Cuando Auné oyó mi voz a través del hilo, noté que se ponía en guardia.

—Sí, Monsieur Reno.

—¿Hay alguien con usted?

—No, pero cualquiera puede estar escuchando. Siempre he tenido problemas con esta conexión. ¿Qué me quería decir?

—Es referente a la lista de lecturas que he preparado para Paul, pero preferiría tratarlo personalmente. ¿Se podría reunir conmigo aquí en el Café Chaudron? El día es demasiado hermoso para quedarse adentro.

—Imposible, Monsieur Reno, me parece que Georges no ha regresado aún con el auto.

—Puede venir a pie, no es lejos, Madame.

Tardó unos momentos en tomar la decisión, pero finalmente consintió:

—Muy bien, Monsieur, llevaré una copia de la lista de lecturas —y colgó.

Mantuve el auricular en la oreja. Después de unos segundos, el silencio fue quebrado por el sonido de otro tubo devuelto a su lugar cuidadosamente. De modo que alguien había estado escuchando. Bernard Bourdon, muy probablemente. Al imaginármelo sentado en su escritorio, escuchando el chisme, mientras la boca se le hacía agua, lo que recordé más vivamente fue su volumen de *Le Mystère du Tarot* sobre la mesa con la tapa iluminada por esa grotesca lámina de “El Ahorcado”. Me pareció que era un claro símbolo de mi situación en ese momento, suspendido por el tobillo, cabeza abajo, en el sentido emocional, pero con una beatífica sonrisa en los labios.

Con poca firmeza volví a la mesa de la vereda y Ghislaine dijo:

—Bueno, ciertamente pareces satisfecho contigo mismo. Ese llamado debe haber sido un gran éxito.

—Lo fue. Arreglé para que alguien se reúna aquí contigo.

—¿Alguien rico?

—Increíblemente rico.

Ghislaine chupó deliberadamente el cigarrillo y exhaló una nube de humo al aire brumoso y dorado.

—*Vous êtes un drôle de mec, bébé,* —declaró, lo cual podía significar que le parecía un personaje extraño y perturbador o bien notoriamente fascinante—, ¿de qué trabajas?

—Soy escritor.

Ghislaine asintió con expresión de sabiduría.

—Entonces es eso —pareció aliviada por esta explicación lógica de mis excentricidades.

A continuación se acomodó en su silla y comenzó a tomar sol somnolienta, con el rostro vuelto hacia él, mientras yo en ascuas mantenía el ojo atento a la llegada de Anne. No tardó mucho en llegar. Sea lo que fuera lo que pensó cuando vio que yo no estaba

solo, su rostro no lo reflejó. Tomó asiento, sonrió a la alarmada Ghislaine y me miró con expresión inquisidora.

—Ésta es Ghislaine —le dije— y ésta, —dije a Ghislaine— es la amiga que quería que conocieras.

Ghislaine me echó de reojo una mirada de odio y se volvió a Anne para disculparse.

—Madame, no sé qué clase de broma está haciendo su marido pero créame que yo no tengo nada que ver. Si me disculpa.

Comenzó a levantarse pero la tomé de la muñeca y la obligué a sentarse otra vez.

—Se equivoca —le expliqué— yo no soy el marido de Madame.

—¿Me puedes decir por favor, de qué se trata todo esto? —los ojos de Anne iban de uno al otro— realmente no entiendo.

—Ni yo —respondió Ghislaine y se dirigió a mí confundida. —Todos están observando, Monsieur, si desea que presencien una escena que les erizará los cabellos...

—No hay necesidad de escenas —contesté—, deseaba que usted conociera a Madame por una buena razón. Ya le he mencionado que ella es muy rica y usted puede juzgar por usted misma que también es sumamente elegante y hermosa, ¿no es cierto?

— ¿Y entonces? —dijo astuta Ghislaine.

—Entonces no se ande con sutilezas, deseo esclarecer un misterio. Deseo que usted, como profesional en esta línea de actividad, me explique por qué una mujer como Madame, elige compartir regularmente la cama, con un hombre a quien detesta absolutamente.

Anne quedó boquiabierta. Los ojos dilatados por el impacto estaban fijos en mí, se llevó una mano a la mejilla, como si la hubiera abofeteado. Luego se paró y huyó como ciega hacia los lugares oscuros del café que le servirían de refugio.

La mirada de Ghislaine la siguió azorada y luego se volvió a mí con furia.

—¡Bruto, animal! ¿No ve lo que ha hecho? Ahora va a vomitar por todos lados.

Se levantó y corrió tras Anne, dejándome saborear en soledad un triunfo espléndido aunque brutal. Bernard Bourdon tenía razón al advertirme que Madame de Villemont adoraba hacer que la gente se lanzara unos contra otros. Y había estado tan segura, tan patéticamente segura, que podría arrojarme contra Hubert Morillon sin que yo la detestara.

Por fin, Ghislaine regresó a la mesa.

—Desea verlo —me dijo fríamente—, la muy idiota está sentada en la oscuridad llorando con toda el alma.

—¿Sí? Bueno, no se deje engañar por ella. Es una gran artista, esa...

—Es una imbécil. Eso es lo que es. Nada más que una estúpida que deja que el hombre se limpie los pies en ella, porque cree que está enamorada de él. Ustedes los hombres son todos iguales. Lo único que les causa realmente placer es seducir a las mujeres.

Estiré la mano para que viera el borde del billete de cincuenta francos que había colocado en la palma y con la mayor destreza tomó posesión del dinero.

—*Cherie* —le dije—, llegaste tarde para saber cómo es el negocio.

Me encaminé hacia el café. Anne estaba en una banqueta de un rincón alejado. El rostro parecía un óvalo pálido en la oscuridad, las manos tomadas sobre la mesa. Las únicas personas que había en el recinto eran el que atendía el mostrador y un camarero en íntima conversación. Me senté. Cuando el camarero se precipitó pedí un coñac doble. El camarero miró a Anne inquisitivamente y ella asintió:

—Lo mismo —dijo sin vida en la voz.

Sentado allí acariciando mi vaso, sentí los almibarados acordes de una balada transmitida por Radio Luxemburgo en un aparato detrás del mostrador. La música, las lágrimas que brillaban en los ojos enternecidos de Madame, todo parecía calculado para que esto

se pareciera a una escena de Tristán e Isolda, representada por una compañía de tercera categoría.

—Apague esa maldita radio, ¿quiere? —le grité al despachante del mostrador y como parecía sordo a mi pedido, se lo repetí golpeando con fuerza el puño sobre la mesa para darle más énfasis. Esta vez apresurado apagó el sonido.

Anne se inclinó hacia adelante. Su mano revoloteó dubitativa sobre la mía y luego se apoyó en ella.

—Estás muy borracho ¿no? —preguntó.

—Muy.

—Por favor, escúchame, pienses lo que pienses...

—Tesoro, después de anoche ya no tengo qué pensar, sé.

Abruptamente retiró la mano.

—¿Quién te lo dijo? —inquirió con torpeza— ¿Matilde?

—No. Tu desgracia fue que te estaba esperando para contarte una buena noticia y vi el cuadro con mis propios ojos. En lo que se refiere a la noticia, Leschenhaut me habló para decirme que publicará dos de mis cuentos, a condición de que los corrija con él el próximo fin de semana. Me temo que tendremos que posponer tu pequeña excursión a New York hasta que esto se aclare.

—¿Posponer? —preguntó Anne, sin poder creer lo que oía—. ¿Quieres decir que aún después de lo que ocurrió nos llevarás a Paul y a mí a New York?

—Estrictamente como una transacción comercial. El precio es veinticinco mil dólares en efectivo antes de partir. Si me preguntas cómo llegué a elegir esa cifra es porque he oído que es lo que dejas en Spinosi cada vez que vas a jugar y divertirte. ¿Cómo te fue anoche, pregunto de paso? ¿Ganaste para variar? ¿Es eso lo que celebrabas con Morillon?

—¡Ah, por favor!, si me hablas de este modo para castigarme...

—Lo único que trato es de que sepas cómo es la situación de uno respecto al otro.

Anne se controló y se puso rígida.

—Muy bien, pagaré el precio pero con una condición. El viaje no puede posponerse. Debemos partir el viernes.

—¿Por qué?

—No importa porqué. —Se le endureció la voz—, usted hace lo que se le ha pagado para que haga, sin hacer preguntas u olvidamos todo.

Me dio la sensación de que no se trataba de una simple amenaza. En ese caso Leschenhaut tendría que esperar hasta que hubiera conducido a salvo a ella y a su hijo, a través del Atlántico.

—Muy bien —dije— partiremos este viernes.

—Y no se debe enterar nadie, absolutamente nadie.

—Con excepción de dos personas que son las que colaborarán en los preparativos —le señalé.

—Tampoco deben saber demasiado.

—Bueno, vamos —comenté— la manera que lo dices suena a Eliza que se prepara para cruzar el hielo. Tal vez no lo sepa pero el aeropuerto de Orly está solamente a media hora de camino y no hay tantos sabuesos en París.

— ¡No se ría de esto! Escuche y trate de comprender lo que se debe hacer. ¿O es que está demasiado borracho para entender nada?

—Sí, lo estoy, quizá es mejor que sea así. ¿Qué es lo que debo comprender?

—Debe comprender exactamente lo que debe hacerse el viernes. Paul ya sabe su parte. Lo he llevado varias veces de compras a las Galeries Lafayette para prepararlo.

—¿A las Galeries Lafayette? —temí estar demasiado borracho para entenderla.

—Si. Georges estaciona siempre en la entrada de la rue Mogador y entra con nosotros. En esta oportunidad, una vez dentro, Paul se escurrirá y se reunirá contigo en la entrada de la rue Chauseé donde tú lo aguardarás. Estarás con un auto alquilado y te dirigirás directamente a Orly y subirás al avión con Paul. Yo me reuniré con ustedes tan pronto como pueda desembarazarme de

Georges. Si no puedo, no te preocupes. De algún modo te haré llegar una carta a New York explicando todo.

Tardé unos minutos en darme cuenta de lo que esto significaba.

—¿Habla en serio? —pregunté— ¿Espera realmente que yo saque por mi cuenta al niño del país y que lo tenga oculto a su propia familia?

—¡Mi Dios! lo que espero es sólo que se me adelante por si sale algo mal. ¿No significa nada para usted que le tenga esa confianza? ¿No prueba que aunque piense usted lo que sea de mí...?

Abandonó el gesto duro. La voz se le volvió insegura, suspiró en dirección hacia mí, su mano alcanzó la mía como por deseo propio, cualquier cosa, pero cualquier cosa, con tal de vender al cliente una dudosa factura de mercadería. Y tal vez peligrosa.

Saqué la mano de su alcance.

—El precio es veinte mil dólares al contado, adelantado —dije— pero ahora sí que es una bicoca.

Llamé a Leschenhaut desde el café tan pronto como Anne partió. Cuando le dije que no me sería posible acudir a la cita pareció creer que estaba bromeando.

— ¡Imposible! —resopló—, con seguridad Madame no puede ser tan grosera, ¿qué razón puede llegar a dar por tan mala voluntad?

Cuando lo convencí de que hablaba en seno, sin divulgar la razón de Madame, expresó en lenguaje brutalmente franco su opinión sobre las mujeres filisteas, ricas y psicóticas.

—Y ser el esclavo de un personaje semejante —concluyó— no, amigo, hay que tener más garra, más hierro en el alma. Si desea ser una fuerza creativa, no puede permitir que mujer alguna lo conduzca de la nariz, aunque pague por ese privilegio.

Esto se acercaba demasiado a la realidad.

—Monsieur Leschenhaut —dije— dentro de unas pocas semanas...

—No, no, joven. Unas pocas semanas, luego otras pocas más y mientras tanto se supone que yo lo espero sentado como un tonto.

No, no me interesa nada de eso, gracias.

Le devolveré los manuscritos mañana. Y salude a Madame de mi parte. Podría habernos ahorrado a ambos el tiempo que malgastamos...

Con eso el fin de semana quedó arruinado. Lo había juzgado casi tan mal como a Anne de Villemont.

14

EN pago por sus servicios como agente de viaje, a la tarde siguiente trepé los cuatro pisos de escaleras empinadas del departamento de Veronique, en la rue de Babylonne, con una caja de frutillas salvajes en una mano, un paquete de su queso favorito “Saint Odile”, en la otra y una botella de vino en cada bolsillo del saco. La puerta del departamento estaba sin llave. La empujé con el pie y entré. Allí estaban Veronique y Louis, que se hacían lúgubre compañía. Veronique tenía los ojos hinchados y enrojecidos y Louis parecía abrumado.

—¿Qué pasa? —pregunté y Louis le indicó a Veronique.

—Más vale que lo ayudes a descargar esas cosas antes que le digamos. Puede traer algo rompible en esas bolsas.

Veronique obedeció y mientras lo hacía me dijo llorosa:

—Se trata de Monsieur Driot-Steiner, mi jefe. Ha muerto.

— ¡Ah! Bueno, cuánto siento oír esto —respondí.

—¿Qué lo sientes? —Louis se pegó en la frente—, deberías estar aterrorizado de oírlo. Por Dios, despiértate, hermano. Driot-Steiner, Adrián Driot-Steiner. ¿No te dice nada el nombre?

De golpe comprendí. Era el nombre que firmaba la solicitud del informe policial sobre la muerte de Sidney Scott.

Louis vigilaba mi expresión.

—*Alors* —dijo— *il pige vite, notre Reno, hein.* Denle una pequeña clave y él capta el resto como un verdadero genio.

— ¿Cómo ocurrió? —pregunté— ¿Cuándo?

—Esta tarde, cuando abandonaba el Ministerio, después del trabajo —contestó Veronique—, un coche lo aguardaba. Estaba estacionado en la esquina, esperando, cuando comenzó a cruzar la calle.

—¿Qué tipo de coche?

—Un auto grande, negro. Eso fue lo único que se pudo ver porque huyó.

— ¡Pobre diablo! —me dijo Louis—, todos los días abandonaba la oficina a la misma hora, y siempre cruzaba la rue Grenelle por el mismo lugar. Esa regularidad parece que puede ser fatal. En particular, a los individuos que se interesan demasiado en lo ocurrido con Sidney Scott. ¿Cuánto apuestas que Max Marchat era otro de ellos?

Traté de unir causa y efecto pero no lograba hacerlos combinar.

—Vean —dije—, los únicos que sabían que Driot-Steiner había firmado esa solicitud eran los de la policía. ¿Me van a decir que fue la policía quien lo mató?

— ¿Por qué no? —protestó Louis—, la policía también se lleva una parte de la fruta podrida, y si en el mercado de frutas hay alguien tan encantador como tu Madame de Villemont...

—Tú la conoces, —expresé—, ¿piensas que es de esa clase de gente que anda contratando asesinos?

—*Elle t’allume, bebé* —contestó Louis con tono de lástima—, lo que ocurre es que ella te gusta, eso es lo que yo creo. Y eso quiere decir que no estás en condiciones de juzgarla, pero pregúntate sólo una cosita, ¿si no fue ella quien hizo ahogar a Sidney Scott y ordenó que mataran a Marchat y a Driot-Steiner, quién fue?

—Un viejo amigo suyo —dije—, su amante en realidad —y como de todos modos estaba allí en misión confidencial les expliqué en detalle, el papel de Hubert Morillon en la vida de Madame. Concluí con el plan de abandonar el país y pude comprobar que mi audiencia no parecía feliz con la historia.

—Pero esa mujer debe saber en qué anda Morillon —protestó Veronique—, ¿No es ella tan culpable como él?

— ¡Ah!, para eso debieras verla —intervino Louis maliciosamente —, a su lado aun Eliane parece nada.

— ¡Oh! ¡Dios! —boqueó Veronique alarmándonos—, con todo lo que ocurrió me había olvidado. Almorcé con Eliane y Leon y me dijeron que vendrían por aquí después del cine esta noche.

Louis ardió.

— ¿No pudiste sugerirles que Reno estaría aquí?

—Lo hice. Creo que es por eso que Eliane estaba tan ansiosa por venir. Se comprometieron anoche, ella y Leon; ya tiene el anillo y adivino que desea hacer ostentación frente a Reno.

—Déjala que ostente —contesté—, el verdadero problema, es qué hacer con el lío en que yo los he metido a todos.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Louis—, ¿ir a la policía y que nos atropelle un auto al día siguiente? Enfrentemos el hecho. Sabemos demasiado y no nos atrevemos a abrir la boca.

—Lo cual nos pone en el mismo bote que Anne de Villemont —acoté—, el hecho es que, Morillon mató a Sidney Scott y ella lo sabe. Debe haber estado allí mismo cuando todo ocurrió.

—Verdad —Louis cayó en un negro silencio, metiéndose y sacándose un dedo en la boca—, un momento —susurró—, ahora está claro. Ahora comienzo a ver todo. Madame sabe un poco más de lo que creemos, sabe también sobre la muerte de alguien más.

—¿De quién? —dije—, las otras ya han sido explicadas.

—No todas, hermano. No la del coronel Henri de Villemont a quién le arrojaron una bomba dentro del auto durante los disturbios de Argelia. Dime algo ¿Quién piensas que lo hizo?

—Algún musulmán bombista, no olvides que en esos días se ponían muchas bombas en Argelia.

—En efecto. Los terroristas franceses del OAS las arrojaban a los “sidis” y los “sidis” se las devolvían y ¿qué me dices de esos napoleones de lata de la Legión Extranjera, que calculaban llevarse la Francia entera? Era una época terrible, ¿no?

—Todos sabemos que lo fue.

—Bueno —dijo Louis—, durante esas épocas tremendas es muy fácil arrojar bombas por razones que no son patrióticas. Recuerdo que una vez que la OAS se hizo cargo, no hubo más reglas por las cuales preocuparse. Todo marchaba.

—¿Qué? —exclamó Veronique atónita—, no veo a dónde quieren llegar.

—Estoy llegando a una sabrosa situación que involucra a un oficial del ejército, su hermosa esposa americana y su mejor amigo. La escena es en el Norte de África y como, naturalmente la esposa se aburría demasiado, para aliviar el tedio tiene un *affaire* con el mejor amigo, que aunque es un hombre de ciencia no deja de ser un apuesto y viril animal. Pero el *affaire* se vuelve serio. Unos pocos minutos de bendición, robados, no son suficientes. Finalmente, la esposa expone el caso a su marido, derrama lágrimas, pide el divorcio —Louis levantó la cabeza hacia mí—, ¿tiene sentido la historia hasta aquí?

—¿Qué pasa con Paul? —objeté—, tú sabes lo que ella siente hacia él.

—Lo sé. Por eso estoy seguro de que no sólo pidió el divorcio sino también la tenencia del niño. Y ¿Qué piensas que dijo el padre al respecto?

—Un no rotundo, junto con todo el resto de la familia.

Louis hizo un gesto de sabia afirmación.

—Un rotundo no. De modo que Madame, se ve atrapada en un terrible dilema. ¿La solución? Bueno, para decirlo con suavidad creo que una mujer enamorada piensa que el sólo hecho de estarlo es una excusa para cualquier locura. Aunque sea aliarse con el amante para eliminar una molestia tal como un marido que se les cruza en el camino.

Yo dije:

—No puedo creer que ella haya sido jamás la socia de Morillon en ningún asesinato.

—Tal vez no haya sido un socio voluntario, pero supongamos que ella permite que Morillon se haga a la idea de que no le importaría ver muerto a su marido. ¿Qué pasa si él lo toma al pie de la letra? Le guste o no sería luego su socia, y él se aseguraría de que tuviera conciencia de ello.

Era como observar el modo en que se colocaban las últimas piezas del rompecabezas, y surgía la imagen del infierno.

—No quiero decir que ni Madame ni el doctor fueran tan crueles como para llevarlo a cabo con sus propias manos —prosiguió Louis implacable—, pero con una cuenta bancaria como la de ella, ¿qué más fácil que contratar la persona indicada para la tarea? Alguien escogido. Uno de esos pichones de carnicero de la OAS.

—Pero una vez hecho el trabajo, ¿qué ocurre? Madame pierde la razón por el sentimiento de culpa y el miedo, ahora detesta a su peligroso enemigo. Pero ya no puede escapar de él. Le tiene la boca tapada por la participación en el crimen. Y ese crimen engendra otros. Una noche, Madame se emborracha y le cuenta al secreto a Sidney Scott y éste es la víctima siguiente. Max Marchat llega a enterarse de la verdadera historia de la muerte de Sidney Scott y entonces, hay que bajarlo. Se sospecha que el pobre Driot-Steiner está metiendo las narices en el asunto y pasa a engrosar el número.

—¿Ves lo que eso significa? Quiere decir, que si al sangriento doctor se le ocurre alguna vez la idea de que Madame te ha confiado el secreto, mira, hermano, para decirlo sencillamente tienes que salirte de esa pira de la rue^ de Courcelles rápidamente. Esta noche, si puedes.

Él y Veronique aguardaban mi decisión. Pero ¿habla alguna opción para decidir? Yo ya había contestado todas las preguntas que me hubiera hecho jamás sobre Anne de Villemont. Sobre todo la pregunta de por qué estaba haciendo en ese momento un doble juego, acostándose con Morillon para que no se pusiera en guardia y utilizándome a mí, al mismo tiempo para que la ayude a huir de él. Después de todo mi billetera estaba repleta con los diez mil francos que me había dado para arreglar lo del viaje.

—Hablaré con ella esta noche —continué diciendo.

—¿Qué puede decirte ella si no un montón de mentiras? —me respondió Louis—, no, todo lo que tienes que hacer es decirle adiós. Te puedes meter conmigo en mi habitación hasta que Leon y Eliane pongan su casa y él desaloje tu pieza. Eso no llevará mucho tiempo ahora que ya tiene el anillo puesto.

Veronique echó una mirada al reloj.

—Pronto estarán aquí. Es una lástima que de todas las noches haya tenido que ser hoy la que eligieron para venir, sucediendo algo tan terrible como esto.

—Bueno, —intervino Louis—, podemos decirles, directamente, que no estamos tan alegres como debiéramos porque el nuevo empleo de Reno se lo lleva de regreso a los Estados Unidos, hacia el fin de semana.

Lo dejamos así y todos pusimos lo mejor de cada uno para estimular la alegría cuando Leon y Eliane hicieron su entrada. Becque, en un principio, estaba algo incómodo con mi presencia pero finalmente sonreía de oreja a oreja con turbado deleite, cuando Eliane hizo gran despliegue del pulido diamantito que tenía en el dedo. Sin embargo, todo debe haberle resonado hueco al astuto Becque. Se le borró la sonrisa que fue reemplazada por un ceño perplejo.

—*Ça ne tourne pas rond* —dijo al fin—, hay algo que anda mal por aquí, amigos, y no tiene objeto tratar de taparlo, ¿qué pasa?

Su sorpresa fue auténtica cuando le conté que acompañaría a mi pupilo y a su madre a América, ese mismo fin de semana.

—*De luxe,* supongo, y todos los gastos pagos.

—Así es.

Me codeó.

—¡Qué lugar para estar, eh!

Como un filósofo observó alguna vez, el humor más devastador es siempre inconsciente.

Louis no había subestimado el impacto que Anne de Villemont podía causar en un hombre. Cuando me abrió la puerta de su

dormitorio con su salto de cama, los ojos muy abiertos, el pelo oscuro y lustroso atado con una cinta y cayendo suelto sobre los hombros, era suficiente para transformar al mismo San Antonio en un hereje.

De inmediato se apercibió de que algo no andaba bien. Cerró la puerta tras nosotros y se apoyó en ella, mirándome con una mezcla de miedo y desafío.

—¿Qué es? —preguntó.

—Se trata de nuestro convenio. Veinte mil dólares no son suficientes.

—Si quiere más...

—No más dinero. Respuestas a algunas preguntas.

—¡Dios mío! ¿No le he dicho con claridad que hay cosas que no le puedo decir hasta que no nos hayamos ido de aquí?

—Me lo dijo, pero ni siquiera comenzaremos el viaje hasta que no me diga todo. Y eso significa todo. Veamos, ahora ¿qué tuvo que ver Hubert Morillon con la muerte de su esposo en Argelia? ¿Tuvo una mano metida en eso, no?

Demasiado tarde Anne sacudió la cabeza para negarlo.

—Por favor, váyase —pronunció con voz atragantada—, si no ha de ayudarme, váyase y olvide que estuvo alguna vez en esta casa; olvide que me conoció alguna vez. Se lo digo por su propio bien.

—Veo. ¿También fue por mi bien que me dejó creer que estaba locamente enamorada de mí? De cualquier modo lo suficientemente enamorada como para que yo la toqueteara un poco, como si fuera probando la mercadería.

—¡Hijo de puta! —mascculló Anne entre dientes.

—Ahora estamos comenzando a entendernos. Ya es tiempo, también.

—Usted no entiende nada.

—Henri de Villemont —dije— Sidney Scott, Max Marchat, —y no le mencioné a Driot-Steiner porque eso hubiera puesto en grave peligro a Veronique—, tres muertos ya y quién sabe cuántos más seguirán. ¿Quién puede decir, cuando el doctor Morillon decida que

el sanatorio de Issy no es la mejor manera de tener quieta a su principal testigo cuando amenace con escapársele de entre las manos? ¿Qué se siente siendo la *petite ami* de un hombre que te degüella en el mismo momento que desconfía de que se haya guardado su secreto?

—Eso es problema mío.

—Lo ha hecho también mío, encanto. Y ¿debo decirle que también tiene mucho de problema policial?

—No irá a decírselo.

—¿Por qué? ¿Por qué usted está implicada o porque Morillon tiene amigos en la policía que me delatarían ante él?

—Tiene amigos en todas partes —se sentía ahora el familiar temblor en la voz—, escúcheme, créame, Todo depende de que se deje solo a Hubert, en que se lo deje hacer lo que quiere. Ya le dije que si llegara a pasar algo a él hay gente que no se pararía en nada para vengarse de él en Paul. En Paul ¿me oye?

—¿Es ese el cuento con que Morillon la atemoriza?, ¿quién es esa gente? ¿los ha nombrado alguna vez?

Se negó a contestar. Apretó los labios y sacudió la cabeza lentamente.

—De modo que hasta aquí llega la historia —expresé con frialdad — el resto...

—No puedo decirle más. Sabe ya demasiado para la seguridad de Paul.

—No, —dije enojado—, no empiece con eso. Por el bien de Paul hay sólo una cosa que debiera haber hecho hace mucho. Tan pronto como descubrió lo que era Morillon debería habérselo dicho a de Gonde. Quiere mucho a Paul y es tan fuerte o más que Morillon, y estoy seguro que es un hombre con suficiente mundo como para no asustarse por nada de lo que usted pudiera contarle. En este estado de cosas, él, lo mismo que el resto de la gente de la casa piensan que usted tiene la cuota de locura necesaria como para ser capaz de matar deliberadamente a Sidney Scott. A esta altura ya deben estar preparados para cualquier cosa, y tratándose de la seguridad de

Paul harían lo indecible por protegerlo. ¿Qué puedo hacer yo solo que ellos no lo puedan hacer cien veces mejor?

—Podría sacarnos de aquí —rogó Anne—, usted prometió hacerlo.

—No en estas condiciones. No cuando lo único que obtengo de usted son mentiras y evasivas. Lo que haré será permanecer hasta el momento que usted le cuente todo a de Gonde, lo cual deberá ser muy pronto. Mañana mismo. Prometí a Paul llevarlo a la feria de la Place de Versalles, mañana a la tarde. Mientras nosotros estamos ausentes, usted podrá traer a Claude hasta aquí, cerrar todas las puertas y descargarse con él.

—No puedo.

—Es mejor que lo haga, y como de todos modos, después que usted haya hecho su parte iré yo a tener una larga conversación con él, más vale no eludirlo. No se puede permitir que un asesino como Morillon ande suelto, y ¡Usted se ocupará de que no sea así!

Me dirigí a la puerta. Allí me volví y vi que Anne me miraba fijamente, con el horror de alguien que ve al demonio mismo que se aproxima a reclamarle el alma.

Le dije:

—Una pregunta para terminar, la pistola que usted me dio ha desaparecido, ¿La tomó usted?

—No —susurró.

En un rincón del dormitorio había una enorme cómoda melliza de la que yo tenía en mi habitación. Su vista me atrajo como un imán. Me dirigí a ella, saqué el último cajón y metí el brazo en el espacio que quedaba vacío. Rocé con la punta de los dedos un objeto frío y metálico y lo arrastré hacia afuera. La pistola. Descubrí que esta vez estaba cargada.

Extraje las balas y las desplegué sobre la palma de la mano ante los ojos de Anne.

—¿Dónde consiguió esto?

Permaneció en silencio.

—O me dice quién le dio esto —amenacé—, o le pego hasta que me lo diga.

—Nadie me lo dio —contestó Anne torpemente—, son de la sala de armas. Encontré dónde estaba la llave y las tomé.

Me eché los proyectiles en el bolsillo y arrojé la pistola sobre la cama.

—Cuando vea a Claude puede empezar por darle esto —le dije —, puede que eso lo convenza de que usted no es tan desequilibrada como él piensa.

15

LA feria de París, *la Foire de París,* es una exposición que montan de vez en cuando los comerciantes e industriales. Si uno se encuentra de humor como para divertirse con un despliegue de batidoras de huevos electrónicas y viviendas modelo de construcción mediocre puede llegar a ser un espectáculo entretenido. Pero, no era ese mi humor cuando Paul y yo arribamos a la Place de Versalles y Louis, que nos esperaba allí, advirtió esto con la primer mirada. Ante su insistencia caminamos por la avenida que llevaba al tren eléctrico, que era la razón por la cual nos encontrábamos en ese lugar. Nos detuvimos varias veces en los quioscos de las bodegas donde ofrecían muestras gratis de vino. Como tas muestras le estaban prohibidas, Paul liberaba energía correteando de un lado a otro, recopilando la literatura publicitaria que entregaban en los quioscos.

—Te ves como el diablo— me dijo Louis—, supongo que tuviste una charlita con Madame, y que te pegó una exactamente en el ojo.

—No es del todo así —le describí brevemente la escena entre Anne y yo la noche anterior—, probablemente esté con de Conde en este momento quitándose todo de encima —y concluí—, después de todo se trata del hijito.

—Su monstruo —dijo Louis—. ¿Qué crees que hará de Conde al respecto?

—No sé. Probablemente entregar a Morillon a las autoridades e internar a Anne en el sanatorio de Issy. Aun sin estar directamente implicada en ninguna de las muertes, ella se ha colocado al margen de la ley al cubrir a Morillon. ¡Qué diablos! Un sanatorio de visones es mejor todavía que la guillotina o la cárcel, o lo que aguarde a Morillon.

—Por la manera que lo dices —observó Louis con lástima—, pareces ser alguien a quien se ha arrojado a la cámara de torturas en el museo Grevin, el que está con las púas. Debes dejar de morderte el corazón por esa mujer. Supongo que también piensas en el niño... —hizo un gesto con la cabeza en dirección a Paul—, ¿qué ocurre con él?

—Si de Gonde desea que me quede hasta que se acostumbre a estar sin la madre, eso haré.

—Bien, pero no será aquí en la ciudad. Este lío será el escándalo del siglo y una vez que los diarios empiecen a manosearlos perseguirán a la familia aun fuera de ella.

—Eso no me preocupa siempre que pueda mantenerme en contacto con Leschenhaut. Debo haber estado loco para declinar ese ofrecimiento. Lo voy a llamar esta misma tarde para decírselo.

Louis aprobó con la cabeza.

—Eso tiene más sentido —y agregó en un tono más bajo—, si quieres demostrar aún más sentido común no alejes la mano de tu billetera. Hay un tipo por ahí, que parece carterista, que no te saca el ojo de encima. Además ¿qué llevas en ella que está tan panzona?

Eran los diez mil francos que había olvidado devolver a Anne en el ardor de la pelea. Me cambié entonces la billetera al bolsillo del costado para tener una mano sobre ella. Sentir ese dinero me hizo ahora maravillarme por lo cerca que había estado de llevar a cabo el programa loco de huir de París. Si algo impedía a Anne reunirse conmigo, allí estaría yo tomando un avión hacia América, sin equipaje pero con un niño, a quien innegablemente estaría secuestrando hacia

un secreto destino. Y nada menos que al nieto de Madame Cesira Montecastellani de Villemont. Me veía con las esposas tratando de convencer a la sardónica policía francesa de que yo no era un raptor, y tratar de convencerlos de eso, nada menos que en un país donde los raptos se consideran *Le crime americain.*

El ferrocarril en miniatura estaba a la altura de la publicidad que se le hacía. Se encontraba instalado en un paisaje de Liliput de unos cien pies de largo, donde una intrincada red de vías se entretejía por campos y sierras. Una docena de trenes diminutos se desplazaba a toda velocidad, ateniéndose estrictamente a un horario que lo salvaba milagrosamente de violentos choques en los cruces. Una verja de hierro mantenía al público a distancia prudente de la muestra. Era de la altura exacta para que Paul se colgara y permaneciera suspendido de las axilas. Transcurría el tiempo y él continuaba en esa posición con los ojos brillando maravillados.

Después de un rato volvió en sí y me miró.

—Reno, ¿piensas que a mi abuela le importaría mucho, si yo no fuera a Saint Cyr para ser soldado?

—Tengo la sensación de que sí.

—¿Pero si yo le dijera que quiero ser ingeniero de un tren como éste?

—Es mucho más fácil entrar en Saint Cyr, que en un sindicato ferroviario —observó Louis. Me hundió con fuerza un codo en las costillas—. Ahí está de nuevo el carterista —musitó—, lo único que de carterista no tiene nada. Te observa como un halcón. Ningún profesional se vendería así tan estúpidamente dos veces, con semejante alboroto. Date vuelta rápido y verás lo que digo.

Giré y en el extremo más alejado de la verja, cerca de la salida del pabellón, vi un rostro joven con los ojos ávidos fijos en mí. Un instante después había desaparecido, pero no antes de que yo hubiera reconocido las facciones del ,muchacho que me había encañonado en la puerta del salón de conferencias de la mansión, y me había conducido hasta la presencia de Bernard Bourdon. Albert,

lo había llamado Bourdon, y recordé como un mal presagio la pistola en el cinturón.

—Espérame con Paul aquí —ordené a Louis y corrí hacia la salida. Afuera el paseo se estaba llenando de curiosos, pero no estaba tan repleto como para brindar al fugitivo un escondite inmediato. No obstante, parecía que a Albert se lo había tragado la tierra en esos pocos segundos. La marea de visitantes avanzaba solamente en una dirección, desde la entrada de las instalaciones de la feria, y me moví con ella, a lo largo del paseo espiando los rostros de todos los que pudieran tener por la espalda algún parecido con mi hombre.

Desistí finalmente cerca de la entrada del edificio de alimentación que parecía ocupar por lo menos un acre de terreno y donde yo sabía que no tenía ningún objeto continuar la persecución. En ese momento se me ocurrió que tal vez hubiera sido inducido a hacer exactamente lo que había hecho, hacerme seguir una pista falsa en un intento de separarme de Paul. Sones carnavalescos llenaban el aire en derredor, golpeteos de estandartes que se agitaban en el viento, el acento cínico de Belleville de un anunciador que proclamaba que tenía en su mano el único realmente indispensable utensilio de cocina, música de acordeones me llegaba desde algún lugar distante, un coro de voces agudas formado por una hilera de niñas que seguían a una fornida monja, *a la queue leu leu,* como patitos en fila india, todo parecía insinuarme que lo que tenía en mis oídos era un susurro amenazador, una burla, una nota demente del demonio que triunfaba, el seco raspar de las escamas de la cobra cuando se desenrosca para enfrentar a su víctima.

Eso fue suficiente para que me lanzara a toda velocidad hacia el pabellón donde había dejado a Paul y a Louis. Avancé esquivando y haciendo zigzags a través de la multitud que se iba juntando, lanzando implacablemente hacia los costados al que me impidiera el paso. Supe entonces que una atmósfera carnavalesca, aun bajo los

rayos del sol, puede hacer que una pesadilla, que se desarrolla dentro de su ámbito, se torne más terrible todavía.

Casi lo abrazo a Louis cuando lo vi parado con un brazo alrededor de Paul, ambos exactamente en el mismo lugar en que yo los había dejado, absorbidos en el funcionamiento de un mundo de juguete cuyos habitantes eran del tamaño de un fósforo y no eran jamás peligrosos.

Esperé hasta que recuperé el aliento y me acerqué luego a ellos, llevándome a Louis fuera del alcance del oído de Paul.

— ¿No tuviste suerte? —preguntó Louis.

—No, pero sé dónde encontrarlo tan pronto como vuelva a la casa. Es uno de los guardianes contratados para alejar a la gente de las reuniones que realizan allí. Bourdon parece ser el jefe inmediato, y puede explicarme de qué se trata todo esto. De cualquier modo sabrá donde puedo buscar al hijo de puta. Se llama Albert, sea dicho de paso, y la última vez que lo vi llevaba una pistola.

Louis frunció el ceño.

—Si este Bourdon es su jefe, ¿cómo sabes que no fue él quien te lo echó atrás?

—Porque no tiene motivo para hacerlo. Morillon es el que está detrás de esto.

—¿Con qué objeto? Morillon parece ser del tipo de los que planean accidentes, no tiroteos, o ¿será posible... —continuó Louis lúgubremente—, que tu amiga no haya ido en absoluto a ver a de Gonde, sino que se haya dirigido, más bien directamente, a Morillon y le haya contado sobre tus intenciones de delatarlos? Eso no le dejaría muchas alternativas, ¿no es cierto? Su única esperanza sería desembarazarse de ti antes de que desparrames las arvejas. Otra cosa que sabemos es que allí está esa especie de pistolero.

—¿Piensas que ella permitiría algo así, mientras Paul está conmigo? —pregunté.

—Ella ni siquiera sabría lo que está ocurriendo, hermano. Corre con pánico a Morillon, imagínate, le cuenta el desastre que se avecina, él le dice que no se preocupe, que ya llegará a un acuerdo

contigo, y tan pronto como se ha ido levanta el teléfono y arregla un asesinato urgente sin que le importe un rábano los peligros a que se verá expuesto el niño. ¿Qué diablos piensas que puede significar la seguridad del niño en un momento así? Estuviste muy inteligente en advertirle a una mujer así que ibas a derrumbarle la casa.

— ¡Y tú tienes un poco de imaginación! Inventar una debacle sólo porque nos encontramos con un mequetrefe a quien vi una vez portando un arma. Si no fue una mera coincidencia...

—Un encuentro es coincidencia, —me interrumpió Louis— dos puede querer decir algo. También, la primera vez que vi a Albert por los puestos de vino, estaba con otro tipo con el cual no me gustaría nada encontrarme en un callejón oscuro. Más grande que tú, con hombros que parecen la puerta de un galpón y los brazos ganchos de carne. Uno de esos animales que se pasa la vida levantando pesas, te garantizo, y una hermosa cabecita demasiado chica para el resto de su cuerpo como las de las estatuas del Louvre. ¿No viste a nadie así por los alrededores cuando saliste?

—No.

—¿Nunca apareció ninguno así por la rue de Courcelles?

—No, que yo sepa.

— ¡Oh! lo sabrías bien si lo hubieras visto una sola vez. Es del tipo de personas que de niños les gusta arrancar las alas a las moscas y que ahora se les nota en la cara. También me parece de los que se divierten empujando gente escaleras abajo o atropellándola con el auto, no sé si me entiendes.

—Te entiendo. ¿Qué quieres que haga al respecto? ¿Qué corra a la policía y les diga que miraste a alguien y supiste de inmediato que se trataba del asesino de Sidney Scott y Max Marchat?

—No —contestó Louis—, lo que quiero que hagas es que regreses a la casa ya mismo y le preguntes a Monsieur de Gonde qué diablos pasa. Pregúntale, si sabe por qué este Albert y su compinche andan sobre tus talones, y si no te puede responder déjalo que lo descubra por su cuenta.

Lo que me decía era sensato. Mientras tuviera a Paul a mi cargo no estaba en situación de permanecer en escena y exponerme a un incidente con Albert y su musculoso amigo. De modo que expliqué a Paul que había llegado el momento de partir, y que volveríamos al día siguiente para ver el resto de la feria, y lo conduje obediente, aunque cuestionando el punto lastimeramente, fuera del pabellón y a lo largo del paseo que llevaba hacia el portón de la Place de Versalles. Louis caminaba pegado a nuestras espaldas a modo de retaguardia.

Vi al grandote antes que Louis y con la descripción que éste me había hecho lo conocí al instante. Unos brazos y hombros enormes emergían bajo un saco demasiado ajustado, una cabeza desproporcionadamente chica, las facciones impecables de un adonis mentecato y una corona de ensortijados bucles de oro perfectamente atendidos, que hubieran hecho preguntarse con envidia a más de una mujer, quién era su peluquero. Con las manos en los bolsillos, apoyado contra una columna escudriñaba con somnolencia a la multitud que circulaba. Entonces me vio y se despertó por completo. Se dio vuelta para hacer una señal a alguien que estaba más adelante en el camino y comenzó a abrirse paso entre la multitud en mi dirección. El hombre a quién había hecho la señal, joven y de rostro recio, parecía que se encontraría más cómodo con un saco de cuero negro que con el prolijo traje de oficina que vestía, tomó el paso de la multitud y comenzó a demorarse para esperarme. Eché una mirada para atrás y vi que Albert se unía. Tres. Todos dedicados al asunto que tenían entre manos.

—Problemas —dije a Louis acercándome mucho.

—Si. Los veo venir. Uno de ellos nos choca, a continuación hay una pelea, tal vez te claven un cuchillo, aquí mismo en medio de la feria. Se diría que estamos en la rue Lepic un sábado a la noche por la manera en que se están manejando esos hijos de puta.

Paul nos miró a uno y otro y preguntó:

— ¿Cuáles hijos de puta?

—Orejón —dijo Louis—, eso no te importa. Tú no saques los ojos del piso y ve si encuentras un diamante que Veronique perdió por aquí esta mañana, y ella te dará una recompensa. Mira bien y no digas ni una sola palabra hasta que lo encuentres.

El trío impío se cerraba sobre nosotros. Se detuvieron en sus carriles cuando nosotros lo hicimos y permanecieron suspendidos en la distancia, con el tropel que pasaba arremolinándose en torno. No estábamos lejos de un camino enarenado que llevaba a una hilera de viviendas modelo y a la entrada de la calle había una cabina telefónica.

Dije a Louis.

—Ese teléfono es nuestra mejor apuesta. Me figuro que el lío va a comenzar antes de que lleguemos al portón, pero si lo llamo a de Gonde y le cuento lo que ocurre, puede venir aquí casi de inmediato. Después de todo se supone que nuestro amigo Albert está en funciones.

—¿Qué pasa si no está de Gonde para atender el llamado? —preguntó Louis.

—Estará Bernard o el mismo Vosiers. Lo principal es que uno de ellos saque al niño de aquí.

Cuando avanzamos hacia la cabina telefónica, Albert y sus secuaces también lo hicieron cercándonos un poco más, pero cuando yo me introduje en ella permanecieron cómodamente en sus puestos La calle sobre la cual estaban las viviendas modelo se alejaba del paseo pero yo sabía que eso no les preocupaba. Al final de la calle había un cerco de madera de diez pies de altura lo que la convertía en un callejón sin salida sin ninguna vía de escape. El trío sabía que tarde o temprano deberíamos regresar al paseo donde en lo espeso de la multitud podía ocurrir cualquier cosa.

Dejé la puerta de la cabina entreabierta mientras marcaba el número de de Gonde y Paul me tironeaba del saco protestando:

—¿Cómo voy a encontrar el diamante de Veronique si me hacen quedarme aquí? —preguntaba.

—Porque se le debe haber caído justo aquí cuando hizo un llamado esta mañana.

—Es increíblemente descuidada —observó Louis—, el terreno debe estar plagado de diamantes. No dejes de mirar.

El teléfono no llamaba ni daba la señal de ocupado; no se oía otra cosa que un silencio muerto. Probé el teléfono de Bernard pero sin mayor resultado.

—¿Que ocurre? —preguntó Louis.

—De todo. Este aparato seguramente no funciona.

Louis echó una maldición casi imperceptible.

—¿Probaste con la operadora? Tal vez ella consiga.

Llamé a la operadora mientas vigilaba desde mi situación ventajosa a Albert y sus secuaces que me aguardaban. Luego sentí en mis oídos la voz de la operadora. Le expliqué que no me podía comunicar con esos números a los cuales había estado llamando y me pidió que esperara un minuto hasta que investigara las causas; en menos de un minuto estaba en la línea.

—Los números a los cuales está llamando, Monsieur, han sido desconectados.

—Pero eso es imposible.

—No tiene objeto que grite de esa manera, Monsieur, se ha suspendido todo servicio telefónico a la dirección que usted llama.

Tuve una sensación de total irrealidad. Las instalaciones de la feria brillando bajo el sol, el trío vigilante desplegado entre los peatones del paseo, Paul que escarbaba en el terreno enarenado bajo sus pies, mientras Louis mantenía una mano protectora en el cuello de su saco, el eco de la voz de la operadora en mis oídos, de pronto cada detalle parecía parte de un sueño siniestro.

—Monsieur —dijo la operadora impaciente y me arrancó la idea del sueño. Se trataba de una realidad absolutamente siniestra.

—Un favor más, Mademoiselle —insistí, y le di el número de Madame Cesira—, ¿puede comunicarme con este número?

Esta vez me pareció que transcurría un tiempo interminable hasta que la operadora me informó:

—También ha sido desconectado el servicio a ese número.

—¡No puede ser! ¡Está bien segura Mademoiselle? Es un llamado muy importante.

—Monsieur, no interesa si su llamado está dirigido a producir una crisis internacional o a preguntar la hora, el servicio ha sido desconectado.

Las operadoras parisienses son de un carácter bastante cortante. Antes de que pudiera decir una palabra más, la línea quedó muerta nuevamente y tuve que hurgar en mis bolsillos para buscar otra moneda.

—¿Qué pasa? —preguntó Louis—, ¿no contestan?

—Más que eso. El servicio está interrumpido. Voy a llamar a la policía y les pediré que manden un hombre para que nos saque de esto. No habrá problemas una vez que estos asesinos vean que un uniforme avanza hacia ellos.

—Demasiado tarde —interrumpió Louis—, mira.

Seguramente Albert había hecho una señal al levantador de pesas indicándole que el sitio había durado lo suficiente. El grandote se acercaba torpemente hacia la cabina y los otros lo seguían. Como para probar que Louis sabía con qué bueyes araba, se vio un destello de luz que partió de una navaja que sacó del bolsillo el de la expresión recia.

—No preguntes nada —le dije a Louis—, saca al niño de aquí tan pronto como te sea posible mientras ellos se concentran en mí y encamínate directamente a tu casa.

—Mejor me quedo —protestó Louis— todavía puedo patearles bien la quijada si tengo que hacerlo.

—Haz lo que te digo —tomé de un tirón a Paul por el brazo y se lo arrojé a Louis.

—Muévanse los dos ahora mismo.

Pero repentinamente Albert y el del rostro duro se interpusieron al paso y el levantador de pesas me obstaculizaba la salida de la cabina. La maniobra había sido ejecutada con una eficacia tan casual

que ni una sola persona del tropel que pasaba dirigió una mirada hacia nosotros.

El levantador de pesas me miró de arriba a abajo con desprecio.

—Es audaz usted, eh —dijo con una voz inexplicablemente aguda —, ve que hay gente esperando para hacer llamados, pero le parece divertido estar parado aquí calentando el maldito teléfono. ¡Qué diablos!, seguro que busca lío, ¿no?

El rostro que puso contra el mío tenía la piel suave de un bebé y exhalaba un vaho a esas colonias de flores, baratas. Los ojos estaban velados, los labios fruncidos, enfurruñados, toda su apariencia, como lo había observado Louis, daba la impresión de que se trataba de un niño preparándose para una tranquila sesión de arrancarle alas a las moscas. Pero su fuerza no tenía nada de infantil. Atrapado en los confines de la cabina, traté de pasar dejando a un lado esa montaña de músculo, pero colocó su hombro a modo de cuña contra mi pecho sujetándome aún más.

A través de la puerta de la cabina alcancé a ver a Louis y a Paul hechos sándwich entre Albert y su ayudante del rostro duro. Louis con alarma pintada en el rostro, Paul mirándome con la boca muy abierta y dije al levantador de pesas con voz amable:

—Vea, dejen ir al hombrecito y al niño y podremos arreglar esto entre nosotros. Usted y yo solos o de la manera que usted quiera.

—Eso es una buena idea, usted y yo solos. No nos gustaría asustar al niño con una escena violenta, ¿no es cierto? Mi amigo lo puede llevar a dar un paseo mientras tanto. Dígale al niño que no ocurre nada malo con usted, que todo está bien.

De modo que la víctima era Paul y una vez que se confundieran entre la gente, ya sería demasiado tarde para hacer nada.

—Quieto grandulón —susurró la voz aguda con fruición—, si intentas algo le cortamos el pescuezo al muchachito.

Tenía los brazos colgando pero conservaba aún el tubo en la mano. Se lo clavé en el vientre con toda saña al levantador de pesas y aunque era como tratar de mellar un bloque granítico, lo hizo quejarse y retroceder un paso.

Esas pocas pulgadas de distancia entre nosotros eran todo lo que yo necesitaba. Le apliqué un derecho en la mandíbula que lo envió tambaleándose fuera de la cabina. Entonces salté afuera continuando mi primera trompada con un salvaje ataque al rostro sorprendido. La clásica nariz cincelada se acható como una pelota y le brotó sangre. El levantador de pesas aulló de dolor pero aún así, como si fuera realmente de granito, se negó a caer. Sacó los brazos y me atrajo hacia sí, con el aliento sobre mi rostro como una espuma sanguinolenta. Medio inconsciente aún tenía bastante fuerza como para hacerme crujir las costillas bajo la presión que ejercía.

Una multitud excitada se iba reuniendo a nuestro alrededor, ahora corrían desde todas las direcciones. Por encima del hombro del levantador de pesas vi que Albert agarraba repentinamente del brazo a Paul y trataba de empujarlo hacia la gente, vi a Louis girar y dar una fuerte patada, una hermosa muestra de la *savate* que alcanzó a Albert en las posaderas y lo hizo caer con los brazos extendidos. Un instante más y Paul y Louis se mezclaban entre la multitud y se perdían de vista. Cuando Albert se incorporó y comenzó a perseguirlos estuve seguro de que había sido comisionado especialmente para apoderarse de Paul.

Traté de liberarme de las garras del levantador de pesas infructuosamente, le di un salvaje rodillazo y esta vez sí lo tiré al piso retorciéndose. Entonces me lancé tras Albert que se abría paso furiosamente entre la gente en persecución de la víctima. Lo agarré arrojándome en un tacle que lo hizo caer cuán largo era, mientras las mujeres chillaban y los hombres insultaban cuando aterrizamos entre ellos. El que empuñaba el cuchillo se zambulló encima, en un revuelo de patadas y torceduras rodamos tratando de esquivar el golpe del cuchillo que había anticipado, y de pronto, de forma increíble me vi solo yaciendo en el piso.

Me incorporé y aturdido miré en derredor. La gente se agolpaba en torno, haciendo comentarios en alta voz, listos para participar en la lucha una vez que había terminado. En lo referente a la pandilla había desaparecido, hasta el levantador de pesas para quien

moverse debe haber resultado una agonía, y mucho más moverse ligero. La razón era sencilla, a través de los curiosos puede ver el kepi de un policía que se encaminaba hacia mí. Permanecer en escena hubiera significado una pérdida preciosa de tiempo, me vería detenido con preguntas primero, y luego muy probablemente me llevarían a la comisaría para responder porqué alteraba la paz. Y lo único que yo deseaba era llegar al Faubourg Saint-Denis para asegurarme que Louis y Paul habían arribado salvos a lo de Madame Olympe.

Me introduje en la multitud alejándome del policía que se acercaba y la gente se abría ante mí como el mar Rojo ante Moisés. Me apercibí de que provocaba miradas de consternación de todas partes y una vez fuera del tropel, me miré en el espejo de una máquina para saber la razón.

Con una mirada rápida supe la historia. No sólo estaba sucio y desgreñado sino que tenía la cara, la camisa y el saco tan manchados con la sangre del levantador de pesas que parecía que a duras penas me había escapado de un descarrilamiento de trenes. Me limpié la cara con el pañuelo lo mejor que pude mientras me dirigía a la puerta de la Place de Versalles, pero eso no incidió mayormente en el aspecto general.

El conductor del primer auto de la fila de taxis que había en la puerta abrió apresuradamente la puertecilla y me dijo, con lástima mientras entraba:

—¡Qué desastre!, pero tómelo con tranquilidad. Hay un hospital a sólo unas cuadras de aquí en la rue Raymond. No tardaremos ni un minuto en estar allí.

—No se preocupe por esto. ¿Vio a un hombre y un niño salir corriendo hace unos minutos? ¿Un hombre pequeño con nariz grande y boina y el niño de unos nueve años?

—Vi salir tanta gente por esa puerta, ¿está seguro que no quiere que algún médico le eche una mirada?

—No. Lléveme al Faubourg Saint-Denis lo más rápido que pueda.

El coche avanzó y luego se detuvo. Vi que el conductor observaba preocupado cómo dos policías salían corriendo por la puerta y se paraban allí mirando hacia uno y otro lado de la calle. El taximetrero parecía un hombre vivo, con la gorra echada para atrás y el cigarrillo detrás de la oreja, pero se le esfumó la viveza cuando vio que los policías arrancaban en dirección a nosotros.

Se dio vuelta para mirarme.

—Dígame compañero, anda en líos, ¿no? Si anda en esas...

—Arranque —ordené.

—Vea —comenzó a decir el chofer pero lo agarré de la nuca y le dije con voz mortífera.

—Arranque o le retuerzo el pescuezo como a un pollo, ¿qué elige?

Nos apartamos del cordón de la vereda y tomamos por la rue Vaugirand dejando a los policías parados en medio de la calle, haciendo en vano señas de que regresáramos.

—Me tomaron la chapa —dijo lúgubremente el taximetrero—, ¿sabe lo que puede ocurrir ahora?

—Se los explicaré, si llega a pasar algo.

—Es mejor que lo haga —contestó el taximetrero—, y quiero estar allí cuando eso ocurra.

Cuando paramos frente a la puerta de Madame Olympe le tiré el doble de lo que marcaba la tarifa para apaciguarlo y le dije:

—Esto es sólo para empezar, volveré de inmediato, de modo que aguárdeme.

Dispuse mi estrategia mientras me precipitaba dentro de la casa escaleras arriba. Yo me quedaría aquí con Paul, y entretanto Louis iría en el taxi hasta la rue de Courcelles a explicarle el asunto a Claude de Gonde. A de Gonde o a Madame Gabrielle, a ninguna otra persona. Anne era la mascota de Morillon, Edmond Vosiers, su admirador; como principio general no me confiaba ni en Madame Matilde ni en Bernard Bourdon. No, los de Gonde eran los únicos capaces de liberarme de mis obligaciones como protector de Paul.

Mis pasos hacían estremecer la casa al correr por la escalera. Cuando llegué a lo alto de ésta, Leon Becque abrió la puerta de su cuarto y me espió inquisitivo detrás de sus anteojos oscuros.

—¡Dios mío! —dijo— ¿qué te ha ocurrido?, ¿estás herido?

—No. ¿Está Louis por aquí? ¿lo viste entrar con el niño?

Becque sacudió la cabeza. Tuve conciencia de que había atravesado el vestíbulo y que se encontraba muy cerca de mí, a mis espaldas. Cuando abrí violentamente la puerta y vi a Paul y a Louis de pie uno junto al otro mirándome.

En ese momento Louis saltó hacia mí, con los brazos abiertos, oí el rugido de una explosión y eso fue todo.

TERCERA PARTE

EL MUNDO

1

RECUPERÉ el sentido lentamente.

Yacía sobre el piso con la nariz enterrada en una alfombra, que me llenaba las narices de olor a polvo. Entonces sentí algo cálido y húmedo que me corría por el rostro y creí por el dolor que tenía en el cráneo, que se trataba de sangre. Me equivocaba. Cuando el líquido me alcanzó los labios, me los quemó como si se tratara de un líquido astringente. Coñac.

Hice fuerza contra el piso con los brazos para sentarme, y rocé con una mano algo frío y metálico. Un zapato de apariencia sólida, prolijamente lustrado, empujó ese objeto fuera de mi alcance, mientras una voz conocida me decía:

—Se acabaron las pistolas, compañero, prueba ésta una vez más y te trituro los dedos.

—Por lo menos no está muerto —dijo otra voz familiar— Pensé que podría haberlo matado.

—Le hubiera ahorrado bastantes líos —dijo el primero— pero hay que hacer un poco más que golpearle la cabeza con una botella para matar a uno de éstos. Mírelo, la bella durmiente, si no lo hubiera refrescado, a esta hora estaría a una milla de distancia y con todo el dinero también.

Otras voces clamoreaban en el fondo.

—¡Qué monstruo!

—¡Quién lo hubiera creído!

—Sí, pero cuando se trata de dinero...

El zapato se me enterró en las costillas.

—Muy bien campeón, terminó la pelea, así que no te hagas más el muerto. Levántate asesino, es tiempo de dar un paseo en el camión.

Pude incorporarme, y me paré allí balanceándome, como si estuviera en la cubierta de un pequeño barco en alta mar. Luego la cubierta se afirmó, mi visión se tornó más clara y pude tratar de dar sentido a lo que se me decía y por qué.

Mi viejo conocido, Maguy, el policía de la esquina, estaba ahí frente a mí, con su mirada dura y acusadora, Leon Becque era quien estaba a su lado, escondiendo tras sus anteojos oscuros cualquier emoción que pudiera mostrar con su ojo sano. Detrás de él estaba el chofer de taxi a quien yo había pedido que me aguardara abajo, y Madame Olympe, que casi llenaba la puerta con su volumen e impedía el paso a algunos inquilinos de la casa y vendedores de los puestos de la calle, que asomaban la cabeza para presenciar la escena.

Pero la escena carecía de algo.

—¿Dónde está Louis? —pregunté a Maguy— ¿dónde está el niño?

Se hallaba de pie entre la cama y yo, se corrió y me lo señaló con el pulgar.

—¿Quiere asegurarse que hizo bien el trabajo? —dijo— echa una mirada ¡carnicero!

Miré, algo me trepó a la garganta y deseé vomitar pero no podía. Louis yacía tendido sobre el lecho con la cabeza colgando hacia mi lado y los ojos vueltos hacia mí fijos, ciegos y dados vuelta. Se le había caído la boina dejando al descubierto la frente de cera y el cráneo brillante, en medio de aquella, simétrico, terrible, se abría un pequeño agujero redondo y oscuro de donde manaban hilillos de sangre.

Durante los últimos seis años había sido mi amigo y mi familia también, una especie de hermano mayor, fuerte, afectuoso y preocupado por mí, que estaba siempre allí para prestar una mano, para compartir mis buenos y malos ratos. Cuando comprendí profundamente que estaba muerto, me acometió un sentimiento de completa soledad, la sensación de estar solo en un mundo desolado, donde todos, aun los más conocidos, eran totalmente extraños.

— ¿Hay necesidad de tenerlo aquí tirado de este modo? —pude decir— ¿no pueden cubrirlo por lo menos?

Y Madame Olympe observó ácidamente:

—¡Ah! ¡Qué tiernos sentimientos muestra ahora que ya está hecho!

—Un poco tarde para llorar —convino alguien más.

Miré esos rostros llenos de odio que pronunciaban tan extrañas palabras, miré la escena a mi alrededor, y mi desolación fue reemplazada por una furia salvaje. Por lo que habían hecho a Louis, por miedo de lo que pudiera ocurrir a Paul, por mi gran asombro ante la vista del dinero esparcido sobre la cama y en el piso. Miles y miles en billetes tirados allí, como si hubieran sacudido un árbol sobre la cama. También se veían sobre el piso algunos pedazos rotos de una botella de coñac, y la botella de un cuarto galón de Courvoisier que Louis guardaba en su cómoda, el contenido de la cual empapaba la alfombra hasta el lugar donde caída se encontraba la pistola.

La vista del arma me atravesó. Era una Beretta, perfecta y hermosamente diseñada; o bien se trataba de la que yo había arrojado sobre la cama de Anne, la noche anterior, o de su facsímil. Me incliné hacia ella pero Maguy me empujó hacia atrás.

—¿Es suya? —preguntó.

—No sé, me dieron una como esa, pero nunca la llevaba conmigo, ¿quién hizo esto, Maguy, quién lo mató?, ¿dónde está el niño, por Dios? ¿Qué le ha ocurrido?

—¿Qué niño?

—El que yo cuido ¡maldición! El hijo de Madame de Villemont, estaba aquí cuando entré a la habitación. ¿Dónde está ahora?

Maguy se volvió hacia Becque, quien sacudió la cabeza lentamente.

—Estaba aquí, parado junto a Louis, cuando abrí la puerta.

—No estaba nadie más que Louis aquí —dijo Becque a Maguy como si le exprimieran las palabras—. Yo estaba justo en la puerta y lo vi todo: Reno subió corriendo las escaleras como un loco con la pistola en la mano, abrió violentamente la puerta y allí estaba Louis

contando el dinero sobre la cama, ladrón le gritó ¡tramposo! ¡Así que me robaste, fuiste capaz! y antes que yo pudiera hacer nada, disparó el arma en la cabeza de Louis. Entonces comenzó a avanzar hacia la cama, supongo que para juntar el dinero, y yo agarré la botella y lo golpeé; no sé de dónde saqué fuerzas, ambos eran amigos míos y tenía que presenciar esto.

Miré a Leon Becque y supe finalmente que estaba mirando el rostro del enemigo. Ya fuese uno de los principales conspiradores o sólo un cómplice, estaba al descubierto como uno de esos fanáticos amigos de Hubert Morillon, que evidentemente vivía para servirlo.

¡Cómo me habían embaucado espléndidamente! haciendo que le alquilara la habitación, le contara mis secretos, le pasara a Eliane Tissou que le podía explicar mi carácter y Louis que podía mantenerlo informado de cada uno de mis movimientos.

Desde el día en que Leon Becque había entrado a mi vida, ya fuera en la rue de Courcelles, en el Faubourg Saint-Denis, o en cualquier lugar intermedio, mi vida había estado bajo vigilancia.

Me arrojé sobre Becque, pero, Maguy se colocó instantáneamente entre nosotros con el dedo en el gatillo de la pistola enfundada.

—Un sólo movimiento de esos —me advirtió— y te hago un agujero, exactamente como hiciste tú con ese pobre gordo que está ahí tirado.

—Escúcheme, Maguy, usted me conoce, no puede creer que yo maté a Louis. Le digo que fue Becque quien lo hizo.

—¿Con su pistola?, ¿la pistola que tuve que arrancarle del puño mientras estuvo inconsciente?

—Eso mismo, su pistola —intervino el taximetrero en voz alta —con esa misma me apuntó al trepar a mi auto.

Giré hacia él, y se echó hacia atrás atemorizado, pero, desafiante.

—¿De qué diablos habla? —lo increpé— usted sabe que no lo apunté con arma alguna.

—¿No? —El taximetrero abrió los brazos, con un gesto de virtud ultrajada—. ¿Piensa que de otro modo lo hubiera traído cuando vi que los policías estaban tras usted? ¿Piensa que soy tipo de ayudar a escapar a los criminales?

Me veía parado ante el Juez y el Tribunal, mientras él expresaba ese testimonio; Maguy relataba cómo me había hallado con el arma en la mano, y luego Leon Becque testificaba cómo me había visto cometer el asesinato ante sus ojos. Uno por uno los testigos jurarían mi culpa, hasta que las puertas de la prisión se cerraran tras mis espaldas para bien mío.

En el mundo entero había sólo un testigo que podía decir la verdad sobre la muerte de Louis.

—Maguy —dije— cuando abrí esa puerta el niño estaba aquí parado junto a Louis. Le juro que estaba aquí y lo han raptado ¡está en peligro! Debe ponerse en comunicación con su familia de inmediato, deberá decirles...

—No había nadie más que Louis aquí, —dijo Becque, pacientemente, como si se estuviera riendo de alguien que tiene alucinaciones.

—Conozco al niño —declaró Madame Olympe—, abrí la puerta de mi habitación tan pronto como oí el disparo; hubiera visto que sacaban al niño de la casa, no vi nada.

—Entonces está aún en la casa —dije a Maguy, que sacudía lentamente la cabeza—, el raptor debe tenerlo en el cuarto de Becque, por lo que supongo. ¿Por qué no se fija si se hallan allí?

—No hay nadie en la habitación de Becque —dijo un observador desde el corredor—, la puerta está abierta. No es difícil ver que la habitación está vacía.

—¿Oíste eso, asesino? —me encaró Maguy— ¡Vacía!, *y* ¿qué clase de raptores estás inventando, que vienen a llevarse un niño y dejan todo ese dinero desparramado de ese modo?

A distancia sentí la nota enloquecedora y gorgojeante de la sirena del carro de policía. Fue una señal de alarma que puso mi mente en frenético molimiento. Sería arrastrado a la Santé Prison y alegare lo

que alegare en mi defensa, descubriera a Morillon, involucrara a Anne y a la familia en un escándalo gigante, nada me quitaría de encima el asesinato de Louis. Peor aun, si estaba encerrado no podría encontrar a Paul y por su propio bien y el mío, debía permanecer libre para encontrarlo.

La ventana estaba abierta, la cortina revoloteaba en la brisa. Yo sabía que había un largo trecho hasta el suelo, pero debajo de la ventana había un toldo de lona que cubría los puestos de fruta instalados contra el edificio, y lo único que podía rogar es que el toldo me evitara una fractura de pierna.

—Maguy —dije aprestándome— ¡éste es el hijo de puta que busca! —y le di un fuerte empellón en dirección a Leon Becque. Vi que ambos se tambaleaban y caían y que casi arrastraban a Madame Olympe y al taximetrero. En el instante siguiente atravesé la ventana y me quedé colgando del antepecho con la punta de los dedos. Miré hacia abajo, vi la lona a rayas del toldo, también vi que la muchedumbre se reunía frente a la casa y me miraba fijamente. No había contado con este público, pero ya no se podía hacer nada al respecto. Oí que Maguy rugía y cargaba contra la ventana, oí la multitud que gritaba y me solté.

Cuando aterricé sobre él, el toldo cedió; toldo y yo nos precipitamos sobre una mesa con una alta pila de naranjas. Traté de ponerme de pie entre las naranjas que rodaban hacia todas direcciones bajo mis pies y se desparramaban por la cuneta. Cuando logré pararme un par de almas arrojadas trataron de detenerme y tuve que lanzar algunas trompadas para abrirme paso hacia el taxi. Si la llave no estaba en su lugar, pensaba salir por la otra puerta y escapar corriendo, pero la llave estaba allí y el taxi, un flamante Citroën, dio un rugido de vida inmediatamente. El instante siguiente, con una docena de seguidores que trataban en vano de alcanzarme a pie. estaba ya en la otra cuadra y me alejaba a toda marcha. Llegué a la esquina en el preciso momento que el camión de policia, con su sirena ensordecedora, se balanceó sobre el Faubourg Saint-Denis y casi nos dimos de cabeza. Giré el volante con fuerza, me bandeé en

dirección a la vereda, y me trepe a ella para retomar, luego, el Boulevard. Las bocinas atronaban furiosamente y los conductores se enfurecían a mi paso. Finalmente recobré el control de mi sistema nervioso y dejé que el taxi se internase en el tráfico en dirección al Oeste, hacia la rue de Courcelles.

2

MIS pensamientos se movían en dos direcciones al mismo tiempo.

El problema inmediato de la huida lo había solucionado exitosamente. El tráfico del Boulevard era un buen "camouflage", pero yo sabía que venían persiguiéndome en esta dirección, de modo que hice doblar al taxi por el Faubourg Montmartre, navegué unas cuadras y luego retomé mi ruta por la rue Saint Lazare.

Agachado en el asiento para ocultar mi saco manchado de sangre, con la típica expresión de aburrimiento de los taximetreros parisinos en el rostro, circulaba con el suficiente abandono como para que me tomaran por uno verdadero. En lo referente al vaho de coñac que me había empapado el cabello y el saco, no había nada que hacer. Alguna vez el aroma delicioso del buen brandy había sido placentero a mis narices. En este momento sólo me traía la imagen de un Louis tendido sobre la cama, muerto y con los ojos dados vuelta que me miraban con helada acusación. El olor me revolvía.

¿Qué había ocurrido después de que yo había abierto la puerta de esa habitación y había visto a Louis y a Paul parados allí? El hecho cierto era que Leon Becque estaba muy cerca mío, a mis espaldas y que Louis había saltado repentinamente hacia mí, con los brazos abiertos como para salvarme de un peligro. Luego se había oído la explosión de un tiro, un golpe en la cabeza y el olvido. Al recobrar el sentido, Louis estaba muerto y Paul había desaparecido.

Aun siendo extremadamente eficiente como criminal, Becque no podía haber realizado todo esto solo. Debía haber algún cómplice detrás de la puerta, con la pistola lista. De esto había tratado de salvarme Louis lanzándose sobre mí. Y por esta razón, preso del pánico, el pistolero lo había derribado de un tiro. En el instante siguiente, Becque había echado mano de la botella de coñac y me la había reventado en la cabeza. No podía haber encontrado chivo expiatorio más indicado, para su propósito que el que yacía extendido en el suelo. El cómplice, acallando un grito de Paul, se lo había llevado y lo habría escondido en algún lugar de la casa. Becque había colocado la pistola en una de mis manos inertes, había abierto la ventana para llamar a la policía y el lazo ya estaba tendido.

Pero ¿y los billetes que había desparramados sobre la cama y sobre el piso?

Me llevé una mano al bolsillo y supe, con total descorazonamiento, de dónde provenía el dinero. Eran los diez mil francos; el dinero que me había dado Anne para arreglar la huida. Seguramente mi billetera podría encontrarse en el bolsillo de Louis. Era la evidencia que Leon Becque necesitaba para sustanciar su historia. Louis me había robado y por esa causa yo lo había matado. No me hice ninguna otra pregunta sobre el arma criminal. Era la pistola del finado coronel Henri de Villemont y eso redondeaba una causa criminal sin remedio, en contra de mí.

La causa estaba perdida si Paul no podía presentarse a levantar testimonio en mi defensa. Era inútil contar con Anne como testigo, porque con el hijo en manos del enemigo...

De modo que debía alcanzar a Claude de Gonde, a toda costa antes que lo hiciera la policía. No estaba seguro de que creyera mi relato, ya que las dimensiones de la conspiración de Hubert Morillon eran tan apabullantes, que a mí mismo me costaba creerlas, pero sabía que de Gonde haría cualquier cosa por la seguridad de Paul. Con su ayuda yo podría eludir la prisión hasta el momento en que pudiera arrinconar a Morillon o a Becque y arrancarles el secreto del

paradero de Paul. Sólo pedía que me dejaran diez minutos a solas en una habitación, con uno de ellos.

Pero si la policía llegaba a lo de de Gonde antes que yo, me encaminaba en este momento directamente a sus manos.

Atormentado por este pensamiento, crispado por el deseo de apretar el acelerador y atravesar la maraña de tranvías y colectivos que entraban y salían de las terminales de enfrente a la estación Saint Lazare, no advertí al policía que dirigía el tránsito, y que se hallaba parado en la bocacalle, hasta que estuve casi encima y entonces al oír el silbato y ver el furioso movimiento que me hacía con la mano, frené tan de golpe que oí el estrépito de un choque contra el paragolpes trasero. Me hundí aún más en el asiento y sentí que me corría el sudor mientras veía acercarse al policía, con malévolas intenciones. Al minuto para mi mayor alivio, pareció cambiar de idea y si bien mantenía todavía sus ojos sobre mí, regresó a su puesto. Entonces me di cuenta porqué. La puerta de atrás se abrió dando paso a una pasajera. Se trataba de una joven que llevaba en brazos un niño muy pequeño. La seguía de cerca una niñita de unos seis o siete años y un hombre regordete y de boca pequeña con el pelo cortado al ras. Venía cargado con una valija de lona en una mano y dos bolsones en la otra y parecía estar enojado o ser muy irritable.

—*¡Ah, non, madame!* —dije desesperado, estirando una mano hacia atrás para impedirle la entrada al auto—, *mais non, le taxi est dérange!*

—Crápula —masculló el joven marido, en un americano vulgar. Empujó a su familia dentro del taxi y trepó tras ellos golpeando la puerta tras de sí—. *Comprenez* inglés, tío?

—*Un peu, Monsieur.*

—Apuesto que *beaucoup* más que un *peu* de modo que entienda bien esto, tío: conozco la ley tan bien como usted y esto quiere decir que o nos lleva a dónde queremos ir o me traigo al gendarme para que venga a explicarme qué diablos ocurre. *Vous allez* donde *je demande, o* si no... *¿Comprenez?*

—*Oui, Monsieur.*

—Bien. Al Hotel Lutetia, en el Boulevard Raspail. Y por la ruta más corta, también. *La vite route.*

El policía me hacía señas furiosas para que arrancara de una buena vez, y así lo hice. La rue de Courcelles estaba sólo a diez minutos de marcha por la avenida, y mi idea era frenar con algún pretexto a una o dos cuadras de la casa y abandonar a mis pasajeros a su propio destino, mientras yo arriesgaba el mío dirigiéndome a la casa a pie. Lo único que me restaba esperar, cuando doblamos por la rue Rocher, era que mi quisquilloso cliente del cabello cortito, no se diera cuenta de que estábamos avanzando en dirección opuesta a la Margen Izquierda y el Boulevard Raspad. Si llegaba a ocurrir eso me vería en tremendas complicaciones.

Pero no fue el del cabello rapado el que opuso complicaciones, sino su mujer.

—Larry —suplicó— por favor, tenme a Bubba.

Larry dio un resoplido.

—¿Cómo diablos podría hacerlo, cargado como estoy con estas bolsas? Si está profundamente dormido. ¿No dirás que te está molestando, no es cierto?

—Por favor, Larry, me estoy empeorando, me siento muy mal.

—¿Qué pasa? ¿Es ese maldito apéndice que comienza otra vez?

—Debe ser —contestó la mujer abriéndola boca— ¡Ay! Larry, es algo horrible, me está matando.

—Bueno, dame a Bubba.

Vi por el espejo que Larry arrojaba los bolsones con impaciencia sobre las faldas de la niñita y tomaba el bebé de manos de su esposa. Liberada de su carga, la mujer se dobló en dos. El rostro se le retorcía en una agonía, se mordía el labio inferior con los dientes.

—¡Jesús, que sincronización perfecta! —exclamó Larry expresando mi propio acongojado sentimiento— ¡Qué vacaciones más grandiosas! Primero todo el día con los niños sobre nuestras cabezas, y ahora, ¡esto! ¿No te advertí que te operaras el año pasado?

—Si, pero me está matando, Larry —se quejaba la mujer— ¡Ay, Dios mío!, me va a matar, haz algo, por favor, haz algo.

—¡Por Cristo, Alicia! Lo único que puedo hacer es llevarte al hotel. Tendrán algún médico allí, o sabrán dónde ubicar uno. ¿Puedes aguantar hasta allí, no es cierto?

Nos hallábamos sólo a una cuadra de la rue de Courcelles y comencé entonces a poner el pie en el freno. Eran el lugar y el momento indicados para dejar el taxi y correr hasta la casa. Pero no podía apartar mis ojos del espejo. La frente de la mujer estaba bañada por perlas de sudor, del tamaño de bolitas, y el rostro cadavérico. No obstante lo que Larry pudiera pensar, me pareció que realmente se moría de dolor.

Tomé aliento profundamente, retiré el pie del freno y apreté el acelerador. Orillamos la Place de Malesherbes y nos encaminamos por la Avenue de Villers hacia el Neuilly, encerrados en un tráfico enloquecedor.

Por sobre mi hombro alcancé a decir a la mujer:

—Llegaremos al hospital muy pronto, si puede resistir una marcha ligera, ¿puede?

—No sé —lloraba débilmente, ahora, hamacándose hacia adelante y hacia atrás, mientras la niñita la observaba aterrada.

—Sí, sí, puedo, si pudiera aunque sea llevarme directamente al hospital.

—¡Hey! usted habla inglés —me dijo Larry con voz ultrajada— hasta parece americano.

—Aprendí en el cine —contesté.

Al doblar en el Boulevard Víctor Hugo vi a dos policías en motocicleta, desplazándose por los bordes del tráfico. La primera reacción fue pasarlos, luego vi que allí tenía la mejor respuesta posible al problema inmediato, que me había caído < ntre las manos. Tanto por mi propio bien, como por el de la mujer yo debía ganar velocidad y ¿qué policía creería jamás que una persona acusada de asesinato, lo elegiría deliberadamente como escolta? Toqué la bocina hasta que logré llamar la atención del equipo, y las

motocicletas se hicieron paso entre el tráfico cerrándose a mi alrededor, uno de cada lado del auto. Eran figuras amenazantes con sus cascos parachoques y sus anteojeras.

No esperé que el que estaba de mi lado dijera la primera palabra. Señalé con el pulgar por encima de mi hombro, y le dije:

— ¡Es un caso urgente compañero! ¡Mire!

Una mirada a mi pasajera, en su agonía, le bastó para comprobar que no exageraba. Aceleró el motor, me hizo señas de que lo siguiera, y entonces, con ambas motocicletas abriéndose paso, corrimos por el Neuilly a toda velocidad. En la entrada del hospital, los policías detuvieron las motocicletas, y mientras uno corría al interior para anunciar nuestra llegada, el otro abría la puerta del taxi y transportaba a la mujer en sus brazos a través de la entrada.

Lo que yo más deseaba era huir antes que la policía reapareciera, pero Larry demoró un tiempo interminable en sacar a su hija y el equipaje del auto, y descolgarse él mismo con el bebé profundamente dormido en sus brazos. Rabiando por esta demora, aun pude compadecerlo mientras trataba de llegar al dinero que tenía en el bolsillo, sin soltar al bebé. La situación de ver a su mujer grave, transportada al hospital, de urgencia, parecía que le había quitado su fanfarronería. Su rostro estaba ahora tan pálido como el de su mujer, le temblaban los labios como si estuviera a punto de echarse a llorar.

—¿Cuánto? —dijo, extendiéndome algunos billetes a través de la ventanilla, y cuando le contesté:

—Nada, sólo espero que su esposa salga muy bien —permaneció parado allí con la boca abierta, como si le fuera imposible comprenderlo.

—Vea, la casa paga, no le cobro —le contesté enojado tratando de alejarle la mano, pero era demasiado tarde. Los policías estaban nuevamente con nosotros, y mientras uno conducía al interior a Larry con su familia, el otro, como si fuera un compañero metió la cabeza por la ventanilla, con los codos apoyados en la puerta, para hablarme.

—Está bastante mal —me informó— pero creen que lo superará.

—Bien —contesté y aceleré el motor sugiriendo que asuntos importantes me aguardaban en otro lugar.

El policía ya comenzaba a retirar la cabeza, cuando cambió de idea, husmeó el aire con el ceño fruncido y preguntó:

— ¿Almorzaste una botella?

—No.

—Pero hueles así.

—No, eso es de una botella de coñac que me derramaron encima, uno de los muchachos con quienes estaba comiendo, es un comediante nato.

El policía me observó lentamente, mostrando desconfianza en los ojos.

—Parece que no fue sólo coñac lo que te derramaron. Eso son manchas de sangre, compañero. No me digas que no.

—Seguro que sí. Cuando ayudé a la señora a subir al auto, sangraba por la boca como un cerdo lanceado. ¿Qué diablos cree que fue lo que me hizo dirigirme tan rápido al hospital?

— ¡Ah! —dijo el policía evidentemente satisfecho, y luego entretejió las cejas en profundo pensamiento— qué notable que no me acuerdo haberle visto ninguna mancha de sangre a ella.

—Muy notable —acoté; a continuación me pediría los documentos de identidad—, ahora mejor me voy a casa y me cambio de ropa antes de salir de nuevo a trabajar. Gracias por la escolta. Espero que los turistas la hayan apreciado.

Aceleré nuevamente el motor y esta vez el policía se dio por aludido. Retiró la cabeza y yo ya me deslizaba hacia la acera, cuando me gritó:

—¿Cuándo los turistas aprecian algo?, y esta vez observe las luces rojas.

Me tomé el consejo con toda el alma y regresé al centro con tanta cautela, que parecía estar tratando de ganar un premio de seguridad. Estacioné a una cuadra de la rue de Courcelles, en el extremo más alejado de una caballeriza, cerca de la iglesia rusa.

Embozado hasta la garganta dentro de mi saco, con las manos en los bolsillos, caminé hacia el portón de la casa y entré en el patio.

Parado allí tuve la sensación de que algo marchaba ligeramente mal. Luego me di cuenta lo que era. Durante la tarde, las puertas del garaje se mantenían siempre abiertas, y Pascal estaba generalmente trabajando en uno u otro de los autos, pero ahora las puertas estaban firmemente cerradas. Unas pocas persianas de la casa también estaban siempre abiertas, durante el día, y ahora, estaban todas cerradas. Era como si la casa hubiera sido herméticamente sellada al mundo, y repentinamente recordé con recelo que el servicio telefónico había sido desconectado abruptamente.

Puse la llave en la cerradura de la puerta grande, medio esperando que la hubieran cambiado, pero la puerta se abrió prontamente. La cerré tras de mí, crucé la rotonda y me hice paso hacia arriba, en dirección al departamento de Anne. La puerta estaba completamente abierta, las habitaciones vacías. Más sorprendente aún, me resultó ver que la cómoda y la mesa de tocador no tenía ninguno de los efectos personales que las cubrían de ordinario.

Bajé por el silencioso corredor hasta el departamento de de Gonde. Allí también la puerta estaba abierta, las habitaciones vacías, la cómoda y mesa de tocador, limpia de todo. Me paré, parpadeando, frente a la mesa de tocador de Madame Gabrielle como si esto fuera todo una ilusión óptica, y como si restregándome los ojos todo pudiera volver a la normalidad.

Todo fue igual en el departamento de los Vosiers y en las habitaciones ocupadas por Bernard, la puerta abierta, habitaciones vacías. La electricidad estaba conectada. Eso era algo aunque no mucho.

Sólo quedaba una esperanza, la cocina, el espantoso rostro duro de Georges, o para el caso cualquier otro miembro del servicio.

Corrí escaleras abajo a toda velocidad, me precipité a través del pasillo húmedo y oscuro, que había detrás de la escalera de la rotonda, y llegué rápidamente a la puerta de la cocina que por primera vez, en mis recuerdos, encontré cerrada. Sacudí el

picaporte, lancé todo mi peso contra la puerta con furiosa y colérica frustración pero no se movió.

Entonces, una voz detrás de mí me dijo con tono cortante:

—¡Suficiente con ese ejercicio, idiota!, aun si derribara la puerta no encontraría a nadie tras ella.

3

ERA Edmond Vosiers.

Gordo, con ojos adormilados, estaba parado en el pasillo a la salida del salón de armas. Cuando caminé hacia él me miró, de arriba a abajo, con abierto desagrado.

—¡Que espectáculo! —comentó—, ¿Qué diablos ha estado haciendo?

—No importa eso, ¿Dónde están todos?

—En camino al Château Laennac; unas vacaciones de varios días. Madame de Villemont está con ellos, si es eso a lo que quiere llegar.

—No —respondí—, a lo que quiero llegar es a que ella no fue de buen grado.

Vosiers subió una ceja.

—¿Qué está sugiriendo? ¿Qué se le han llevado a la fuerza? ¿Es que le ha obnubilado de tal manera que puede creer ese disparate?

—Monsieur ¿Es también un disparate que Paul me fue arrancado por la fuerza hace un rato?

— ¿En verdad?

—¿Piensa que estoy bromeando? —dije enojado—, le digo que el niño se ha ido.

—Por supuesto —Vosiers echó una mirada a su reloj pulsera — no hace quince minutos recibí una llamada de su abuela que estaba con él, en el aeropuerto de Le Bourget. En este momento ambos

deben estar subiendo al avión que los llevará a Venecia a tiempo para la cena.

La noticia era para dejarme estupefacto, pero, el tono del hombre me convenció de que decía la verdad. En ese caso ¿Cómo habían sacado a Paul de la pensión sin ser vistos? Entonces comprendí. En el cuartito del vestíbulo del último piso estaba la escalera que daba al techo, se podían atravesar varios techos y luego descolgarse por medio de una escalera de incendio hasta un callejón, donde el olor era insoportable, que corría a un costado de la carnicería de Papá Tissou. Eliane Tissou había hecho el viaje varias veces después de una noche de amor en mi habitación. Siendo la novia de Leon Becque, seguramente, le había revelado la ruta secreta. Y quien fuera el que estaba escondido detrás de la puerta de Louis, y el que la había disparado, había usado esa vía para sacar a Paul.

—Monsieur Vosiers —dije lupinescamente—, pienso que la policía llegará pronto, usted y yo tenemos sólo un corto tiempo para llegar a un entendimiento.

—No comprendo.

—Escúcheme atentamente —le dije y en pocas palabras le resumí los sangrientos episodios del día.

—Y usted quiere decir que nuestro pequeño Paul es el único que puede confirmar esta coartada extraordinaria.

—También Madame Cesira. El asesino fue el hombre que le entregó a Paul. Ella podría ciertamente testificar eso.

—¿Podría?, —Vosiers sacudió la cabeza lentamente—, ¿y qué pasa si le cuento que el niño fue conducido solo hasta su puerta en un taxi, y en estado histérico también. Créame que a ella le gustaría verlo bajo la guillotina por esa causa.

Nuevamente alguien se me adelantaba en las jugadas, y ¿qué juego me quedaba a mí ahora?, ¿confesarme culpable huyendo, si es que aún podía salir de París, con la policía controlando todas las salidas?, ¿arriesgar la vida de Paul, contando la historia a la policía?

Cómo lo mirara era lo de menos. Me habían llevado a un rincón donde había sólo una salida. Restaba por hacerse un movimiento

desesperado que podía significar ganar o perder todo.

—Muy bien —dije a Vosiers— aun debemos llegar a un entendimiento. Supongo que usted vino de la oficina a cerrar la casa y reunirse con la familia en el Château Laennac.

—Sí.

—Yo voy con usted.

Vosiers me miró sin creerme.

—¿Y convertir al Château en su refugio? ¡Pero mañana los diarios estarán llenos de usted!

—Permítame que yo me preocupe de eso. ¿Dónde queda el castillo?

—Cerca de Dijon.

—Entonces llegaré a tiempo para hablar con Madame de Villemont esta noche. Debo verla. Una vez que ella dé instrucciones para que traigan de regreso a Paul, de modo que pueda presentarse conmigo a la policía...

—Usted toma, por sentado demasiadas cosas —me interrumpió Vosiers, con su tono asqueroso—, ¿qué pasa si nadie quiere verse envuelto en sus problemas?

—*Alors, Monsieur* —dije entre dientes— *Il y aura du sport* —que era mi manera más cuerda de decirle, que estaba dispuesto a patear el carro de manzanas de cualquiera—. No seré yo sólo el que llene los diarios. Piense qué contentos estarán de descubrir que la nuera del general Sebastian de Villemont, nada menos, está complicada hasta el cuello en varios crímenes. Usted se equivoca, Monsieur, ella es la amante de Hubert Morillon no la mía, y cuando le diga a la policía como ella y Morillon planearon la muerte del marido en Argelia...

—Está loco —objetó Vosiers.

—Entonces sería prudente que accediera, Monsieur.

—Mire —contestó Vosiers—, Le daré dinero y el uso de la casa. Entonces cuando usted considere seguro escapar...

—No, usted me llevará al Château Laennac y se asegurará que la policía no me eche mano. Si lo hacen pondré el nombre de Morillon y

de toda la familia en las carteleras de los diarios del día siguiente.

El modo en que se lo dije lo debe haber convencido de que mi paciencia se agotaba rápidamente.

—Supongo que cuanto antes partamos será mejor —dijo con amargura.

—Así es. Pero no puedo viajar con esta apariencia. Usted me hará compañía mientras me limpio.

En mi primera incursión por la parte de arriba había estado en las habitaciones de Anne, pero no en mis dependencias, ahora, al seguir a Vosiers hasta mi dormitorio, asegurándome que estuviera siempre al alcance de mi brazo, no pude en principio creer lo que veía. Todo lo que yo poseía había desaparecido: libros, máquina de escribir, ropa, carpetas de manuscritos, todo. Tiré de los cajones, revisé los armarios del baño, donde sólo hace unas horas estaban las cosas, no había nada.

—¿Qué diablos busca? —preguntó Vosiers.

—Todas mis cosas, ¿dónde están? —Se encogió de hombros.

—No tengo idea, pensé que usted las había sacado.

—No. Pero quien sea el que lo haya hecho, me ha dejado sin una camisa limpia, ni un saco decente. Me temo que tendrá que ayudarme con su guardarropa.

Con una mano en el cuello lo conduje hasta su departamento. Allí me despojé de mis sucios ropajes, y me escurrí dentro del baño. Una camisa de Vosiers me quedaba bien, pero me resultaba imposible meter mis hombros en ninguno de sus sacos. Finalmente me decidí por un sweater de cashmere. Me miré al espejo y me devolvió la imagen de alguien que está equipado para una tarde de tenis.

Bajamos la escalera de la rotonda, Vosiers abriendo la marcha. Y por simple buena suerte fue él quien abrió la enorme puerta que daba al patio.

—La policía —dijo alarmado, e instantáneamente abrí completamente la puerta, de modo que quedé encerrado firmemente entre la puerta y la pared.

—Déjela abierta —advertí a Vosiers—, pueden haberlo visto. Si la cierra ahora sospecharán de algo raro.

Por la rendija entre las bisagras vi alelado los tres hombres en el patio. Ninguno vestía uniforme pero los dos que caminaban hacia la casa se movían con cautela de personas entrenadas con pistolas en mano, mientras la tercera, parada en posición de alerta en la entrada, mecía entre sus brazos una pequeña ametralladora. Los dos hombres hicieron alto a no más de seis pulgadas de distancia de mi escondite tras la puerta. Uno era un hombre canoso, mayor; el otro era mucho más joven y de un rostro agudo e interesante.

—¿Monsieur de Gonde? —dijo el más joven.

—No, soy Edmond Vosiers, el cuñado. ¿Quiénes son ustedes? ¿Para qué son esas armas?

—Somos de la policía, Monsieur. Yo soy el Inspector Lenel y este es el detective Santange. Estamos buscando un asesino y tenemos razones para creer que puede andar por aquí. Un americano llamado Reno Davis. Es empleado suyo, ¿No?

—Estaba al servicio de mi cuñada pero fue despedido esta mañana. ¿Un asesino, dice usted?

—¡Sí!

—¡Pero estuvo aquí hace sólo diez minutos! —dijo Vosiers y nadie en la mismísima Comedie Française hubiera logrado mejor entonación.

—¿Hace sólo diez minutos? —inquirió el inspector Lenel.

—Allí mismo donde está usted parado yo estaba bajando, trasladando mi equipaje hasta el automóvil, me alistaba para partir de vacaciones hacia el Sur; ya todos los demás se han ido. De pronto, sentí unos golpes en la puerta y al abrir me lo encontré allí a él. Y ¡Qué vista, Inspector! Manchado de sangre, desgreñado, borracho como una cuba. Deseaba dinero, dijo. Le habían robado el que se le había entregado el día anterior como pago final por sus servicios, y ahora, insistía en que yo lo rehiciera de la pérdida.

—¿Cuánto era? —preguntó el Inspector Lenel—. ¿sabe exactamente la cantidad?

—No, pero debe haber sido mucho. Mi cuñada convino en pagarle algunos meses demás, para poder sacárselo de encima.

—¿Podrían haber sido diez mil francos? —insistió Lenel, y cuando Vosiers contestó:

—Sí, creo que sí, —el Inspector se volvió a su colega y dijo con tono triunfante— ¡Ah! ¿Ve usted cómo concuerda?

Y así era. Era más que fácil ver al fiscal en la corte, blandiendo el fajo de billetes, manchados con la sangre de Louis y señalando al jurado que ahí estaba el motivo de mi crimen.

—¿Pero le dio el dinero que pedía? —preguntó a Vosiers, Santange el Detective mayor.

—No, le di un par de francos y lo eché como a un mendigo cualquiera. Pero si hubiera sabido que se trataba de un asesino...

—¡Ah! —lo cortó Santange—, hubiera probado algún heroísmo y hubiera sido un mal asunto. Es un tipo peligroso este americano. Comenzó el día metiéndose en una gresca en el Parc des Expositions y lo terminó en el mismo estilo matando a un hombre. ¡Es increíble que le hayan dado empleo alguna vez a un criminal de esta especie!

—Le dije que fue mi cuñada la que lo empleó. Madame Anne de Villemont. Me temo que no es buen juez de las personas.

—¿Es la viuda del hijo del general Villemont, no es así? —preguntó Lenel en un tono que era más que una pregunta casual.

—Sí.

—El general Villemont —observó cariñosamente Santange— el viejo, hice el servicio bajo su mando en el desembarco en Normandía.

—Eso es para usted, Monsieur —intervino Vosiers con hielo en la voz—, pero en esta casa no nos referimos al general en términos tan irrespetuosos.

—Por supuesto, por supuesto —se apresuró Santange—, mil perdones, no me había dado cuenta.

Por virtud de esa sola réplica aguda, Vosiers era, nuevamente, dueño de la situación.

—Caballeros, estoy de paso para el campo —dijo impaciente—, si no los puedo ayudar en nada más...

El Inspector se aclaró la garganta, como disculpa —esperábamos revisar la casa.

—Revisarla no tiene objeto. Le dije que el hombre salió corriendo por esa puerta y desapareció.

—Pero él ocupaba una habitación aquí.

—En efecto.

—Bueno me gustaría echar una mirada tan sólo a eso.

Vosiers era lo suficientemente sagaz como para no hacer de esto un problema. Se llevó al Inspector, mientras el maduro Santange permanecía en el umbral, inspeccionando el lugar con aire casual. Me parecía imposible que no oyera el tableteo de mi corazón, estando tan cerca. Chorreaba sudor. A medida que transcurrieron los minutos empecé a tener dolores debidos a la tensión.

Me preguntaba qué le estaría diciendo Vosiers al Inspector ahora que se hallaban fuera del alcance de mi oído. Mi cerebro bullía. Le había advertido que, si me jugaba una partida doble, haría volar la tapa de las turbias intrigas de la familia. Pero ¿sería suficiente para sellar sus labios en este momento?

Entonces oí los pasos que regresaban y las voces de Vosiers y del Inspector.

—¿Pero no tiene idea de dónde puede haber acarreado sus pertenencias? —preguntaba el Inspector y Vosiers respondía:

—Ninguna. —Se me aflojaron las piernas de alivio.

—¡Qué lástima! —continuó el inspector—, nos hubiera proporcionado una pista. Pero no tema, lo atraparemos muy pronto. Como tenemos su pasaporte no le será fácil salir del país.

—Confío que no —terminó Vosiers— ¿Puedo partir, entonces?

—Puede. De paso le diré que voy a dejar un hombre de guardia en la puerta las veinticuatro horas del día, por si la criatura decide regresar aquí.

—¿De guardia en la puerta?, pero, Inspector.

—No, no, no se trata de un favor personal. Es el procedimiento de rutina.

—Usted mismo lo oyó —me dijo llanamente—, el bruto ase de la ametralladora permanecerá allí mismo, en la puerta. De modo que ahora no tiene alternativa. Tendrá que quedarse, aunque yo me vaya.

Apunté con énfasis lento, mortífero:

—Le dije que hablaría con Madame de Villemont y conseguiría que traigan a Paul de regreso a París.

—¿Y cómo salimos de aquí con el hombre ese en la puerta?

—Una vez vi a Pascal transportando hierros viejos de la caldera a través de esa puertita del fondo del garaje, de modo que debe haber un pasaje entre éste y el sótano. Pasamos por allí, me escondo en el auto, y ya está todo hecho.

—Le aseguro que no existe tal pasaje —protestó con vehemencia Vosiers. Con tanta vehemencia, que supe que mentía.

—Entonces, será mejor que comience a cavar uno Monsieur —le repliqué— si no es así, usted y yo vamos a quedarnos pegados por aquí, por largo tiempo. Y no creo que encuentre demasiado fácil pasar noches enteras atado a la cama.

Los ojos de Vosiers se volvieron dardos de odio.

—¡Zoquete! —exclamó suavemente—, bufón.

—El pasaje, Monsieur.

Permaneció parado, en la agonía de la decisión, mascándose el labio inferior. Evidentemente, la última cosa que deseaba hacer en el mundo, era conducirme a ese pasaje, aunque era imposible adivinar por qué. Cuando avancé un paso hacia él, amenazador, miró a su alrededor salvajemente, como tratando de encontrar algún medio de escapar de lo inevitable, en los últimos segundos.

—Le daré los diez mil francos —dijo ronco— quédese aquí y serán veinte mil.

—El pasaje, no tenemos todo el día.

No fue al sótano a donde me llevó, sino al salón de armas. No había estado allí nunca antes. Ahora pude apreciar que se trataba de un pequeño salón, elegantemente enmarcado en paredes de roble,

con una variedad de escopetas y pistolas montadas sobre las paredes. En un rincón había una vitrina de vidrio donde se hallaban, en exposición, una colección de pistolas antiguas. En medio de la habitación había un largo banco de trabajo con filas de cajoncitos. Seguramente, debía, haber sido en uno de esos cajoncitos donde Anne encontró las balas para la Beretta del coronel de Villemont.

Pero nada fuera de lo común podía verse en ese cuarto, ninguna cosa en la que detenerse un minuto. Entonces, Vosiers, lentamente y de mala gana, hizo girar la vitrina del rincón, y vi algo que sí se salía de lo común. Apoyó su peso contra la pared y un panel giró hacia afuera, revelando más adelante una oscuridad de pozo. Me pegué a sus talones, mientras nos escurríamos por la abertura. Yo tenía una mano en su hombro para prevenirme de cualquier truco, y el panel se cerró tras nosotros.

—¿Qué pasa con la luz? —pregunté, porque seguíamos inmersos en la oscuridad.

—No es necesaria, conozco el camino.

No lo conocía tan bien como creía. Dio dos pasos hacia adelante, pateó algo metálico, y tuve que sostenerlo por el hombro para evitar una estrepitosa caída.

—Ahora lo haremos a mi modo —dije, y barrí de arriba a abajo con la mano el borde del panel de atrás mío, hasta que encontré la llave de la luz. Apreté y entonces, en medio del brillo de una iluminación, casi enceguecedora, vi porqué Vosiers estaba tan desesperadamente ansioso por evitar que lo viera. Vi sobre todo, mi increíble inocencia al recurrir a de Gonde, de entre todos ellos, para pedirle ayuda.

Era una habitación de techos bajos, pero, de tamaño descomunal y repleta de equipo de trabajos, como una floreciente armería. Reconocí las maquinarias, había pasado mucho tiempo entre los cajones de los armeros en el frente de batalla, en Corea para olvidarme. Este era un aparato para reparación y mantenimiento de armas, y si bien, el tamaño y la forma de las cajas de metal, que había en el suelo, parecían sugerir que se trataba de herramientas

de jardín, adiviné que contenían algo mucho más mortal que rastrillos y azadas.

La política me era indiferente, mi lectura del diario era de rutina, siempre había tratado de mantenerme a distancia de discusiones sobre gobiernos, disturbios y rebeliones que se cocinan continuamente contra ellos. Pero había vivido en París durante la crisis de Argelia, había visto con mis propios ojos las tácticas terroristas de la clandestina O.A.S., *l'Organisation de l'Armée Secrète,* mientras hacían sus últimas zanjas sangrientas, para oponerse a la decisión oficial de la independencia a Argelia. Mientras miraba a mi alrededor un lugar tan bellamente equipado para armar *plastiques* y reparar ametralladoras pensé en la familia de colonos de la alta sociedad, que habitaban los lujosos departamentos de la planta alta, en su amigo Morillon, y en toda la intriga a la cual yo había permanecido ciego desde el día que entré a la casa, y que se me presentaba ahora iluminada con tanto brillo como el cuarto mismo.

—Monsieur —dije a Vosiers—, tenía razón. He sido un idiota. Pero ahora que ya estoy más iniciado, ¿qué me sugiere que hagamos, como miembro de la O.A.S.?

4

POR un momento Vosiers pareció cansado y vencido, su espina dorsal había perdido la rigidez, luego se recobró.

—La O.A.S. ha muerto —dijo con voz desanimada—, es sólo un recuerdo.

—¿Sí? La *Sûreté* pudiera no estar de acuerdo al ver este montaje.

Vosiers sacudió lentamente la cabeza.

—Pero la *Sûreté* no va a verlo.

—¿Por qué eso pondría en juego mi cabeza? —pregunté cáusticamente—. No, Monsieur, no es realmente necesario que informe yo personalmente que tengo pruebas contra Hubert Morillon y sus amigos. Una llamada anónima puede hacerlo tan bien como yo.

—Lo hará —respondió Vosiers— si intenta destruir a Paul.

—Entonces usted mentía al decirme que Paul está con la abuela.

—Está con ella, pero eso no hace cambiar nada. Ni siquiera Madame Cesira podrá salvar al niño si Hubert Morillon es delatado a la policía —se le quebró la voz—, si Hubert es delatado, Paul paga por él.

— ¿Cuál es el precio?

—La muerte —murmuró Vosiers— cierta muerte.

Se llevó rápidamente una mano al bolsillo de la cadera y emergí de mi estupor justo a tiempo para detenerla allí. Le retorcí la muñeca hasta que gimió suavemente y al retirar la mano que ya no se resistía, vi que sólo se aferraba de un pañuelo.

Dejé la mano en libertad, pero tomando la precaución de palparlo para ver si portaba algún arma. Vosiers soportó esto en silencio y cuando hube terminado se enjugó el rostro lustroso con el pañuelo.

—Es fuerte —comentó—, muscular como un toro. Pero no vaya a dar un paso en falso en este bazar de porcelanas que con seguridad matarán entonces a mi sobrino. La seguridad de Hubert Morillon está antes que nada, créame este es un hecho real con el cual debe aprender a vivir.

¿Creerle? ¿Debo creer que usted y toda su familia están tan por completo bajo el poder de Morillon?

— ¡La manera en que lo dice hace parecer que fuera el mismo demonio! —espetó Vosiers— ¿Piensa que él desea que le ocurra algo malo al niño? Es el que menos lo desearía. Pero no hay alternativa, este arreglo fue concebido por su superior para protección del propio Hubert. Los que están más cerca suyo, son los que lo delatarían, o por lo menos tendrían mayores probabilidades de hacerlo. De este modo nadie desearía arriesgar la vida del niño delatándolo.

Le creí entonces. Era imposible no creer en sus palabras, viendo el sudor que, por su angustia, lo bañaba.

Dije:

—¿Y quién es el superior de Morillon en esta empresa?, ¿quién es el que desea matar a un niño? ¿Es ese impostor, vendedor de alfombras de nombre Leon Becque?

Vosiers denegó con la cabeza.

—No conozco a nadie de ese nombre.

—Un cliente muy suave, le falta un ojo y tiene las mejillas llenas de horrendas cicatrices.

—No lo conozco, nunca he oído hablar de él. Y no tiene sentido que me siga haciendo preguntas sobre eso. No es mi cometido saber las respuestas. Como se trata de una causa justa sigo gustoso en sus filas.

— ¿Cómo qué? ¿Aprendiz de carnicero?

Vosiers emitió un silbido apagado, los ojos le brillaban de rabia.

—¿Qué sabe usted de estas cosas? —dijo— ¿Qué ha tenido usted durante la vida, que no se pudiera arrojar sin lástima a una pila de basura? Pero mis viñedos en el Norte de África, me daban un millón por año, hasta que esos salvajes musulmanes los destruyeron. Entonces, por el bien de mis viñedos que se pudren, y de mi hogar destruido, donde inmundos *sidis* se agazapan ahora sobre el suelo para cagar, cumplo según se me ordena, sin quejas. Si debo ser un aprendiz de carnicero para hacer que el mundo vuelva a ser un lugar habitable, eso he de ser. Es tan simple como todo eso.

Simple como eso. Pensé en los ojos ciegos de Louis que me miraban, una bala entre ellos, pero refrené mi temperamento, Vosiers debía sacarme de esa casa y llevarme hacia Anne de Villemont. Hacerlo puré no sería de ninguna utilidad.

—Arranquemos —le dije— podemos continuar con su triste historia en viaje a Dijon.

Una puerta en el fondo del taller se abría al pasaje que conducía al garaje. Quedaba allí un sólo automóvil, el juguete, la Ferrari blanca preferida de Matilde Vosiers, y el eco repetía huecamente nuestros

pasos en el vacío que nos rodeaba, a medida que nos aproximábamos.

Abrí el baúl del equipaje, había un par de valijas Nutton en buen estado y una goma de auxilio. Al sacarlas y poner el equipaje dentro del auto y el neumático en el suelo del garaje, observé que quién fuera el que diseñó la Ferrari, no había contemplado la posibilidad de transportar un pasajero en el baúl, para un espécimen de pequeño tamaño hubiese sido ajustado, en mi caso, era tener que doblarme en dos para entrar en medio ataúd. Pero no me hallaba en situación de ponerme exigente por las condiciones en que iba a hacer la primera parte de mi viaje. No, por lo menos mientras afuera estuviera ese policía hamacando la ametralladora en sus brazos.

Al mismo tiempo debía considerar a Vosiers; estaba seguro de que no era hombre que se arriesgara a matarme por su cuenta en algún lugar del camino, era un cuadro más en la organización y necesitaría el permiso de sus jefes inmediatos, antes de tomar una decisión tan rápida, pero aun así no me podía ver encerrado, por él, en ese baúl como un ave metido en el horno para que se cocine. De modo que busqué por los alrededores hasta que obtuve un martillo y un formón, y mientras Vosiers miraba con la angustia de alguien a quien le clavan un cuchillo en el corazón, arranqué el cierre de la parte interior, de modo que no se pudiera cerrar.

—¿Era necesario eso? —inquirió.

—Espero que no. ¿Conoce los bosques del otro lado de Villenueve?

—Sí.

—Bien, hay un camino a través que llega a la carretera alrededor de un kilómetro más allá de la ciudad. Tome ese camino y estacione en los bosques. Cuando no pase nadie golpee el cajón para que yo sepa que puedo salir sin problemas; y nada de trucos.

—Nada de trucos —dijo Vosiers. Me echó una mirada curiosa, de reojo, torciendo los labios en una desagradable sonrisa—, a decir verdad, mis socios lo considerarán más valioso vivo que muerto.

—Recuérdelo —le aconsejé, preguntándome qué quería decir.

Esperó mientras me acomodaba en el baúl y luego bajó la tapa sobre mí. Oí que se abrían las puertas del garaje, sentí que el coche se hundía bajo su peso, cuando se sentó al volante, y ya estábamos en camino. Hubo una demora momentánea en la puerta, un cambio de palabras con el hombre de guardia allí. Los elásticos se elevaron y rebotaron al girar hacia la calle, luego comenzaron una marcha firme, ondulada.

5

POR el momento no me quedaba otro remedio que permanecer acostado allí, sofocándome, con las rodillas bajo la pera y los brazos alrededor de ellas, y examinar mi situación. Por lo que podía ver era mala pero no fatal. Por Una cosa, el hecho que yo me hubiera encaminado temerariamente al foso de los leones, el que pudiera mantener que yo era una víctima de Anne y no su cómplice, tendría peso en los consejos de la organización y aunque sólo fuera por el bien de Paul, de Gonde se vería obligado a aceptar mis condiciones. En realidad las condiciones eran bien fáciles: permitir que Paul me librara de la acusación de asesinato sin que se mencionara una palabra de los asuntos secretos de la familia, permitirme recobrar mi puesto de padre sustituto del niño hasta que tuviera edad para valerse por sus medios, eso era todo lo que pedía. Si conseguía todo eso tal vez algún día pudiera moverme en contra de la propia organización.

¿Y la organización?

La evidencia que había reunido hasta ese momento me sugería que estaba dividida en cuadros que se mantenían desconectados entre ellos. Los miembros del establecimiento de la rue de Courcelles seguramente formaban uno de esos cuadros, los que me habían asaltado en el Parc des Expositions formarían otro que incluiría a Leon Becque. También era posible que Charles Leschenhaut

perteneciera a algún cuadro de intelectuales. Pensándolo una vez más me di cuenta que los puntos de vista de la revista *La Foudre* eran como un eco de los objetivos de la O.A.S. y seguramente habría muchos más, despiadados y bien disciplinados a juzgar por el caudal de armas atesorado en ese sótano de la mansión.

O.A.S. o no, se trataba de una organización terrorista clandestina de la especie más mortal. Tal vez habían provenido de esa misma mansión las ametralladoras utilizadas por aquella cuadrilla que, casi, había llegado a asesinar a de Gaulle, en aquel sofocante y emotivo verano de 1962. Y este ejército clandestino debía estar impecablemente organizado para haber sobrevivido a la contrapartida que le dirigió el gobierno. Unos pocos de ellos, involucrados en el atentado de asesinato, habían sido juzgados y condenados pero no habían hablado. Los dirigentes habían sido también condenados *in absentia,* una farsa sin igual. Se habían desvanecido de la faz de la tierra y no se pudo encontrar un sólo rastro de ellos. ¿Pudiera ser que hubieran reaparecido en las personas de Morillon y Becque?

Si el caso era ese, era fácil comprender porque debían tomarse medidas tan extremas para proteger a Morillon, un hombre ya condenado a muerte. ¿Pero, por qué se tomaba al pequeño Paul de Villemont como su rehén?, ¿a quién exactamente se refería Vosiers al decir que aquellos que están más cerca son los que tienen más probabilidades de traicionar? Seguramente no serían los principales conspiradores la familia de colonos de la rue Courcelles, ni ninguno de sus selectos sirvientes, como que me había podido enterar debían a Morillon una férrea lealtad. A lo que llegué es que había una sola persona en esa casa en la cual no se confiaba: la querida de Hubert Morillon, Anne de Villemont.

Para asignarle a ella la mejor parte, cabría suponer que cuando iniciaron las relaciones ella no hubiera sabido de sus actividades. Pero tarde o temprano ella se enteró de esto y de este modo pasó a ser parte de la conspiración. Entonces al primer indicio de que ella

quisiera romper con eso, su hijo se convirtió en rehén, para asegurarse su buen comportamiento.

Y este era, para utilizar las palabras de Vosiers, el bazar de porcelanas donde me había introducido desalineadamente como un toro enfurecido.

No era como para agradecerle a Anne el que yo estuviera aún vivo para reflexionar sobre mi estupidez. Y como Louis me había señalado, la locura mayor había sido confiarle a ella mis sospechas y decirle que destaparía la olla.

Seguramente habría corrido aterrorizada a contar esto a de Gonde o a Morillon. En cuanto a mí se refería, uno sería tan malo como el otro, y después de eso fue sólo un milagro lo que me salvó la vida dos veces en el día.

La víctima elegida era yo tanto en el Pare des Expositions, como en el cuarto del pobre Louis. Era yo el “ahorcado” que amenazaba con derribar el castillo de naipes de la rue de Courcelles.

Entonces de ese milagro había surgido otro. Yo había logrado sobrevivir pero el castillo de naipes también.

6

EN los bosques más allá de Villenueve me arrastré fuera del baúl del coche sintiéndome como si me acabaran de sacar del potro. Una vez instalado en el asiento junto a Vosiers, giró el coche en la carretera que conducía hacia el Sur, hacia Dijon y puso el coche a una velocidad acentuada, discreta. Ambos nos manteníamos en silencio, con los labios apretados. Cuando nos aproximábamos a Joigny, cayó la noche. Un halo de luz de luna que atravesaba el río Yonne, nos seguía. Fue lo último que recuerdo haber visto, hasta que un fuerte golpe de un lado de las costillas me sacó de un profundo sueño.

—Si va a dormir, por lo menos hágalo de su lado del coche —protestó Vosiers.

Estaba estirado, con la cabeza sobre su hombro, me incorporé en el asiento y espié en la oscuridad. Todo lo que pude determinar era que a un lado del camino, había una hilera de árboles espaciada regularmente, como las estacas de un cerco y del otro lado el resplandor de un angosto canal.

— ¿Dónde estamos? —pregunté.

—Cerca de Dijon, pero doblamos aquí para el Château. Llegaremos en diez minutos.

— ¿Qué hora es?

—Las nueve. A tiempo para la cena. Si es que le queda apetito para comer.

Me apercibí de que se me habían ido los dolores y molestias anteriores pero que habían sido reemplazados por un hambre devastador. Observé esto a Vosiers y asintió con la cabeza, como admirado.

Doblamos por una curva pronunciada y tomamos por una calle bordeada por sendas avenidas de cipreses. Las cubiertas arrojaban arenisca al avanzar traqueteando. Sobre una elevación más adelante, aparecía el Château, plateado bajo la luna. Era un antiguo edificio de techos almenados, colocados como entre paréntesis entre dos enormes torres.

—Los viñedos están del otro lado de la cuesta —comentó Vosiers y añadió ácidamente— De Laennac es un verdadero genio en este sentido. Hay que ser un genio para poseer una tierra como ésta en la Cote D’Or y no ser capaz de producir una sola botella de vino.

Había varios autos estacionados en el paso, entre ellos estaba la limusina Mercedes. Cuando Vosiers detuvo el coche tras la Mercedes y cerró el contacto, un par de hombres emergieron de las sombras del edificio y se encaminaron hacia nosotros. Uno de ellos era mi viejo admirador Pascal, el encargado del garaje. El otro era un joven que tenía el mismo corte y apariencia depravada que Albert y el que empuñaba el cuchillo en la feria. Ambos estaban armados con

escopetas y ni mosquearon cuando al salir del auto Vosiers dijo señalándome:

—Éste debe permanecer donde está hasta que se lo llame ¿entienden?, si hace el menor movimiento son libres de volarle la cabeza.

—Sí, Monsieur Vosiers —dijo alegremente Pascal, y me apuntó el arma directamente a la cabeza desde los seis pies de distancia.

Vosiers desapareció dentro del edificio. Tan pronto como la puerta se hubo cerrado tras él, Pascal me preguntó:

—¿Y campeón, qué ocurre? —Y si bien había un amistoso tono de preocupación en su voz, el caño de su escopeta no se movió de su lugar—, ¿a quién le pisaste los cuernos?

—¡Cállate, imbécil! —le apuntó, cansado, su compañero antes de que yo pudiera responderle.

Pascal pescó la onda y permaneció con la boca cerrada después de esto. El otro joven encendió un cigarrillo, se lo pegó al labio inferior, y me observaba estrechamente a través de la columna de humo que se elevaba. Cuando el cigarrillo quedó reducido a una colilla, lo escupió y encendió otro.

El tiempo transcurría. La humedad de la noche nublaba el parabrisas del coche y gotitas de agua se abrían paso por el vidrio. Tomé conciencia de los ruidos del campo que se escuchaban en derredor, el susurro de la brisa cálida entre los cipreses, el caprichoso croar de ranas, proveniente de algún pantano vecino, un insistente chirrido de insectos.

Podía imaginarme lo que estaba ocurriendo dentro del Château. Vosiers habría presentado mi caso y el jurado estaría considerando el veredicto. ¿Cuánto inclinaría la balanza en mi favor el hecho de que me encontraba allí por mi propia voluntad, que era la víctima de Madame de Villemont y no su aliado voluntario? Y ¿no sería mejor en este momento estar escondido en un oscuro rincón de París, en lugar de aguardar irremediablemente el ser víctima de un accidente prolijamente planeado? No, decidí que no lo sería. Por lo menos no lo sería para alguien que piensa que una ejecución rápida y limpia es

mil veces preferible a ser lenta e implacablemente acosado hasta morir.

La puerta del Château se abrió, pero no era Vosiers que venía a traerme el veredicto. Era un sirviente uniformado que me traía la cena en una bandeja. Impasiblemente, como si estuviera sirviendo la mesa en el comedor, la dispuso en el asiento junto a mí, me sirvió un vaso de vino de la botella que traía en la bandeja, y para completar la incongruencia de la escena, dio un paso hacia atrás y permaneció en actitud de atenderme mientras yo cenaba; las ranas e insectos nos proveían de música de cámara.

La cena consistía en *coq au vin,* medio pan, una rebanada de queso, y el vino. Terminé todo vorazmente preguntándome si no sería la última comida del condenado. Aun así me sentí considerablemente más animado una vez finalizada la cena y retirada la bandeja.

En ese momento apareció Claude de Gonde en el umbral del edificio y se detuvo para encender un cigarrillo. Cuando pareció haberlo prendido bien se acercó lentamente al auto.

—Permanezcan en guardia allí —ordenó a Pascal y a su camarada y éstos se retiraron de inmediato hasta un lugar donde no podían escuchar nuestras voces.

De Gonde abrió una puerta y se deslizó al asiento del conductor. Era imposible adivinar cuál sería el veredicto, a partir de su expresión imperturbable.

—Monsieur de Gonde —dije con impaciencia, pero antes que pudiera adelantarme levantó una mano para advertirme y me observó.

—No, no se moleste en explicarme su situación. Monsieur Vosiers ya me la ha explicado extensamente.

—Estoy seguro de ello, Monsieur, pero todavía hay muchas buenas preguntas para hacer.

—Y ninguna respuesta —afirmó con tono acabado—, la única cosa que voy a discutir es su desastrosa complicación en los asuntos de mi familia.

—En ese caso —mascullé entre dientes—, sírvase recordar que fue usted el que me contrató para que resultara complicado en ellos.

—Lo contraté para que se ocupara de mi sobrino, para que se transformara en un joven vigoroso, en lugar de ser un enfermizo neurótico. Después de eso, fue sólo la locura de Madame de Villemont lo que nos ha conducido a la crisis actual. Y usted no puede negar que todos los que la conocían le advirtieron.

La rectitud de su pensamiento me dio vértigo. Con toda sinceridad, este hombre, dirigente de una banda de terroristas, me veía a mí como el conspirador y a sí mismo como mi víctima.

—Si presté o no atención a las advertencias —bramé enojado—, eso no cambia el hecho de que Paul aún me necesita, tanto o más que siempre. Y Dios sabe cuánto lo necesito yo a él para librarme de una acusación de asesinato.

De Conde sacudió lentamente la cabeza:

—No volverá a tener nada que ver con Paul, nunca más. Absolutamente nada que ver.

Se me hundió el corazón.

—Monsieur, usted debe comprender que yo no soy culpable de ningún asesinato. Con toda honestidad…

—Esa es una palabra tonta para utilizar en estas circunstancias —añadió despreciativamente de Conde—, No, Paul y usted han acabado, deberá arbitrar otro medio para salvar el pellejo.

— ¿Cómo por ejemplo?

—En un día o dos, lo llevaremos a Marsella con un pasaje para un cierto barco que parte para la Argentina la semana que viene. En Buenos Aires, se le pasará una modesta asignación mensual. No veo que usted tenga nada que objetar. Usted es, utilizando la palabra suavemente, un holgazán. Usted le pide poco a la vida, sólo la posibilidad de escribir libros. Ahora se le brinda esta posibilidad.

—¿Y también la posibilidad de ser un eterno fugitivo de la policía?

—No es el único que está en aprietos, amigo mío. En Sud América hay docenas de otros que comparten la misma suerte. Me aseguraré que lo reciban con los brazos abiertos.

Brazos abiertos pensé y puños cerrados esgrimiendo cuchillos.

—Se hace demasiado problemas por mí —le dije abruptamente —, ¿por qué?

No estaba preparado para la pregunta; le hizo perder el paso. Me lanzó una mirada rápida y dura, con el cigarro suspendido en el aire, luego se recobró.

—Porque estoy, en deuda con usted por el mucho bien que hizo a Paul —señaló—, ahora le estoy devolviendo eso. Sea sensato, acepte el pago y no tiente al destino.

—¿Pero, cómo sabrá usted que una vez que esté a salvo, lejos de aquí...?

— ¡Ah! ¡Esa es la cuestión! —me interrumpió de Gonde—, pero ¿se animaría realmente a revelar su identidad al mundo siendo un condenado a muerte? ¿Arriesgaría deliberadamente la vida del niño sin razón alguna?

—Ese niño vio cometer el asesinato, Monsieur. Es probable que pueda indicar quién fue realmente el asesino. ¿De qué modo se propone usted mantenerlo en silencio por el resto de su vida?

Esto dio en el blanco. La mano de de Gonde que descansaba sobre el volante se crispó cerrando el puño.

—Un niño presencia una escena violenta, como una actuación teatral —estalló—, *y* la olvida en muy poco tiempo.

— ¿Y eso lo sabe el asesino? ¿qué ocurre si empieza a preocuparse por qué Paul no lo olvida tan fácilmente?

El puño se abatió con fuerza sobre el volante.

—¡Basta! —de Gonde sacó un pañuelo del bolsillo del pecho, lo apretó contra los labios y lo colocó nuevamente en el bolsillo, dándose tiempo para serenarse—. El hecho es, mi amigo —dijo llanamente—, que usted no tiene ni un punto a favor en este juego. Aún el pequeño as que tenía ha sido vencido; mañana por la noche ya se habrán retirado de la casa todos los contenidos del arsenal de la rue de Courcelles, de manera que si usted pensó utilizar esa información...

—Monsieur —respondí— pasar varios camiones cargados de armas y maquinarias, a través de esa puerta, con un policía que sospecha parado allí...

—Sus sospechas serán tranquilizadas por un alto oficial de la policía. Créame que nuestra organización tiene amigos poderosos en ese departamento lo mismo que en las oficinas de cada ministro.

— ¿Organización? Monsieur Vosiers me insistió en que la O.A.S. había muerto y se había disuelto.

—Se lo explicó mal. No está muerta sino que se ha transformado en algo mucho más grande por su función y propósito. Nuestra nueva *Organisation d'Élite Internationale* es verdaderamente internacional. Las células pueden parecer invisibles pero trabajan en el mundo entero. La elite de cada nación se despierta a la necesidad de un orden nuevo.

—Y espera lograrlo por medio del asesinato y el terrorismo.

—*La Politique n'a pas d'entrailles* —citó de Gonde. Se le habían ido los signos del enojo. Era su antiguo modo de ser una vez más, absolutamente controlado.

—Nadie espera ternuras en política — dije—lo que quiero decir es que sus tácticas me parecen no sólo inhumanas, sino fútiles. Si en Argelia no dieron resultado...

—Argelia fue sólo la batalla inicial de una gran guerra. La batalla se perdió, pero la guerra se ganará. Hubo un momento en que pensé que usted también podía pasar a engrosar las filas, pero me equivocaba en mi juicio. De modo que decídase, ¿será Buenos Aires o no? ¿Sí o no?

Por lo menos se me ofrecía un tiempo precioso. Una semana antes de tener que subir al barco en Marsella.

—Sí —contesté.

—Bien. Mientras tanto se le dará una habitación en el Château y se tratará de que se encuentre lo más cómodo posible.

—Correcto. Dicho sea de paso, ¿le contó Monsieur Vosiers que todas mis pertenencias han desaparecido de mi habitación en París? ¿Tal vez usted sepa qué fue de ellas?

De Gonde frunció el ceño.

—Tenía la impresión de que usted ordenó retirarlas. Yo estaba allí cuando el camionero vino, a llevárselas y dijo que seguía sus instrucciones.

— ¿Puedo preguntarle a Madame de Villemont?

— ¿Por qué no?, lo único que usted no puede hacer aquí es tratar de huir. No atenuaré las palabras. El lugar está estrechamente custodiado y no podrá alejarse tres pasos sin que lo maten como a un conejo. Tenga en cuenta que quien quiera que apriete el gatillo lo hará sin el menor remordimiento porque usted es, en efecto, un peligroso criminal que huye de la policía. ¿Comprende?

—Perfectamente.

—Espero que así sea. En lo que atañe al resto, me ocuparé de equiparlo con las ropas indicadas y lo necesario para su viaje al extranjero —de Gonde me golpeteó en la rodilla para darme ánimos —. En Sudamérica gozará de la vida —dijo— asegurémonos de que nada le impida llegar allí sano y salvo.

7

EN la mansión de la rue de Courcelles todas las mañanas a las .ocho en punto se oía un golpe agudo en la puerta de mi cuarto y contestara o no, la mucama abría la puerta y entraba una mesita rodante donde venía el desayuno de Paul y mi café con medialunas. Esta vez el mismo golpe en la puerta me sacudió de una pesada secuencia de sueños terroríficos, y al abrir los ojos vi que Jeanne Marie hacía su entrada tras la mesa rodante.

Verla en estas condiciones me resultaba tan familiar que por un momento no recordé dónde estaba. Luego reconocí el polvoriento dosel sobre los cuatro pilares de la cama que ocupaba, la descomunal habitación con las paredes peladas y el mínimo de moblaje esparcido, el olor húmedo y mohoso de una casa de campo

que se viene abajo por falta de cuidados, penetró en mis narices, me invadió una desagradable revelación.

Jeanne Marie abrió las persianas de las ventanas inundando la habitación con la luz del sol. Luego se dirigió al tocador y con expresión preocupada se inclinó hacia adelante para estudiarse el rostro en el espejo. Con su uniforme tan chic, con la minúscula gorrita pinchada en lo alto de su extravagante peinado, era una nota bien anacrónica en esta estancia que podría haber sido la mazmorra de un castillo medieval.

—¿Qué haces aquí? —pregunté; miró sobresaltada luego me sacó la lengua por el espejo.

—Buenos días, amante —dijo— no estás de humor dulce. Un día lejos de Madame y ya no te aguantas, veo, veo,

Se tomó su tiempo frente al espejo antes de traerme la bandeja del desayuno. Sobre ella, además del café con medialunas de rigor, había una afeitadora y jabón de afeitar, un cepillo de dientes y un paquete de cigarrillos.

—El baño es acá al lado —me explicó Jeanne Marie—, y como usted es el primero en levantarse, no lo incomodará el tráfico —se sirvió un cigarrillo del paquete y lo encendió—, y en cuanto a por qué estoy aquí, te haré saber que he hecho el viaje a pedido de alguien. Puede que no lo creas, grandote, pero hay algunos hombres que no piensan que tu patrona es la única mujer a la vista.

— ¿Cómo Monsieur Edmond?

Jeanne Marie se sentó a los pies de la cama y sopló una nube de humo en dirección a mí.

—Bueno, ¿qué tiene de malo? te aseguro que en la cama es todo un hombre, a pesar de ese vientre abultado. ¡Y anoche! —hizo girar los ojos maliciosamente.

—No, —protesté— no querrás decir que aquí mismo, bajo las mismas narices de Madame Matilde.

No podría haberme importado menos lo que pasaba entre esa muchacha y Vosiers, pero me saltaba a la vista que debía jugar

fríamente, tenía que ganar aliados, cuales quiera que fuesen antes que el tiempo se venciera.

Jeanne Marie asintió solemnemente, pero era obvio que estallaba con un secreto inapreciable.

—Exactamente bajo su puntuda naricita —me aseguró.

—¡Formidable! —dije con admiración a través de un bocado de medialuna—, pero ten cuidado nena. Si Madame los pilla a ambos en el juego, pondrá tu cabeza sobre una fuente.

Jeanne Marie pareció encontrar esto extremadamente divertido. Se atoraba de risa.

—Es que anoche nos pilló de veras.

—No te creo.

—Te juro. Mi gallito gordo olvidó echar llave a la puerta tras él, cuando vino de visita, y de repente allí estaba Madame parada justo en el umbral, presenciando todo con los ojos que se le escapaban de las órbitas. ¡Ah! ¡estaba en un estado espléndido, muy bien! ¿Y sabes qué?

—¿Qué?

—Monsieur Edmond ni siquiera movió un pelo. Sólo la miró tan fríamente como le complació y ella huyó sin decir palabra.

—Tendrá un montón de palabras para ti cuando te pesque sola —le advertí.

Jeanne Marie descartó esto con un altivo movimiento de mano.

—No se atreverá, una vez que Monsieur Edmond hable con ella hoy. Naturalmente, Madame Cesira no les permitirá divorciarse, pero está harto de compartir la misma cama con la dulce Matilde. Tenía planeado hablar con ella esta mañana. Una vez que lo haya hecho, ella sabrá cuál es su lugar —Jeanne Marie venteó sus narices con desprecio—, ni siquiera pudo darle un hijo, a un hombre que daría su alma por tener la casa llena de chicos. Ni esa utilidad tiene.

—Bueno —acoté—, en ese caso nadie puede culparte por tratar de alegrarlo un poco.

Jeanne Marie se derritió ante esta simpatía.

—Sí, supongo que tú sabes como es, ¿no? ¿Has tenido oportunidad de ver a tu amiga, desde que llegaste?

—No, pero hoy en algún momento...

—Esta noche, querrás decir, hoy atenderá todo el día a la pandilla de abogados.

—Eso es —agregué como si no me resultara novedad— primero vienen los abogados. Mientras tanto ¿podrías hacerme un favorcito?

Jeanne Marie se puso de pie perezosamente, deslizó hacia la cama los artículos de *toilette,* que había sobre la bandeja y se la llevó.

—Podría.

—Bien, hay una cierta pequeña Véronique de París que vive en la rue de Babylonne y quisiera sacármela de la cabeza. La próxima vez que vayas a Dijon ¿podrías escribirle una postal diciéndole que su amigo Reno está pasando unas hermosas vacaciones y la firmas con el nombre de Madame de Villemont?

Por la manera en que Jeanne Marie me miró supe que había tomado un callejón sin salida.

—¿Sólo una postal? —preguntó dulcemente—, pero ¿por qué no una carta completa diciéndole porqué estás aquí y qué debe hacer al respecto?

— ¿Sabes por qué estoy aquí?

—Sí, mi corderito —contestó Jeanne Marie señalando la puerta con el pulgar—, y también lo sabe el tipo ese que está en el hall de afuera y todos sus horribles compinches que circulan por aquí con las manos en las pistolas. Si sos inteligente tampoco les pedirás a ellos este tipo de favores, porque podrías convertirte en un cordero muy muerto.

Cuando se retiró, guiñándome profundamente un ojo mientras cerraba la puerta, como para mostrarme que no tenía nada contra mí a pesar de mi *gaffe,* traté de pensar qué otros posibles aliados podría encontrar en la casa. No se me ocurría ninguno. Cuando de Gonde me había introducido en el Château la noche anterior fue como ser conducido al Limbo. El pequeño Conde de Laennac con su

cara de zorro y su esposa momificada que adivinaba la suerte, jugaban al bridge con los Vosiers y ni uno sólo de ellos contestó a mi saludo o se dignó levantar la mirada. Lo mismo ocurrió con Madame Gabrielle que estaba sentada en un sillón ocupada con su bordado. Fue uno de los sirvientes quien, tras una señal de asentimiento de de Gonde, contestó mi pregunta sobre Madame de Villemont. Se había indispuesto después de la cena y se había ido a la cama directamente. Así que el hecho era ése. Para el resto de la partida, evidentemente, yo era un espíritu sin cuerpo, mudo e invisible.

Tampoco necesité que Jeanne Marie me describiera la custodia que había al salir de mi dormitorio, sus amigos estaban allí. Un personaje corpulento, que a pesar de estar de fajina vestía boina de paracaidista y botas de saltar, me había guiado hasta mi habitación. Una media docena de otros como él, habían mantenido una discusión en voz baja al pie de la escalera. Otros dos se apoyaban contra la pared del vestíbulo del segundo piso y uno de ellos con los pulgares entre el cinturón y la chaqueta abierta, dejaba ver una pistolera al hombro por donde sobresalía el caño de un arma. No había dudas sobre ello, si la mansión de la rue de Courcelles era una armería de la Organización de la Elite International, el Château Laennac era uno de los cuarteles.

Bañado, afeitado y vestido, estaba listo para hacer un reconocimiento del campo enemigo.

Los objetivos eran de corte claro. Vosiers había deslizado que Paul y su abuela estarían en Venecia. Ahora lo único que debía aprender exactamente era el lugar preciso de Venecia donde ellos se encontraban, salir vivo del Château, cruzar la frontera italiana, encontrar al niño, apoderarme de él y colocarme junto con él bajo la protección del consulado americano más próximo. Todo esto, por supuesto, sin dinero ni pasaporte y con la policía de todos los países de este lado de la cortina de hierro buscándome.

Me forcé a examinar con calma mi situación, a moverme lenta y deliberadamente, arremangarme las mangas del ya sucio y arrugado cashmere de Edmond Vosiers como si realmente me estuviera

preparando para una mañana de tenis, pero lo que sentía era el furor de la impotencia. Sentía que estaba atado de pies y manos, retorciéndome fútilmente en pensamientos que me penetraban como agujas.

El recuerdo de Louis muerto y el asesino vagando en libertad era doloroso, y casi tan atormentador era pensar en Leon Becque, consolando a Veronique por la tragedia, por mi supuesta participación en ella. Estaba seguro de que permanecería muy junto a ella, hasta que yo estuviera a salvo en el exilio Después, les diría adiós a ella y a la pobre Eliane, que se imaginaba comprometida con este próspero vendedor. Becque tenía misiones más importantes que el matrimonio en la vida.

Pensándolo mejor era una suerte que Jeanne Marie se hubiera negado a enviar mi mensaje a Veronique, mientras Becque revoloteara cerca de ella y de Eliane. La mejor protección sería esa inocente fe en él. Era mejor que se creyeran lo que pudiera decirles, que el hecho de que llegara *a* sospechar que ellas sabían demasiado.

Y finalmente estaba el pensamiento aterrador, la sombra sobre Paul. Aun cuando de Gonde quisiera cerrar los ojos a lo inevitable, si el asesino de Louis era alguien a quien Paul pudiera identificar, tarde o temprano, el asesino trataría de deshacerse del testigo, aunque se tratara de un niño.

Pero no tenía objeto permanecer desamparado, mientras los eventos eran dirigidos hacia el “clímax” por el enemigo. Conocía mis objetivos, debía comenzar a actuar antes de que fuera demasiado tarde para hacer un sólo movimiento hacia ellos.

La ventana me ofrecía una vista deprimente de los obstáculos que se me oponían.

Daba sobre una terraza, de la parte posterior de la casa. En ésta habían instalado un jardín formal, que se encontraba árido y descuidado, los cercos raídos, sólo algunos manojos de flores mostraban sus cabezas marchitas. No había juegos de agua en la fuente del centro del jardín, por el contrario ésta se hallaba vacía y

en el borde estaban sentados dos tipos, paracaidistas de la Legión Extranjera, como los que había encontrado la noche anterior. Ambos sostenían sendas escopetas entre las rodillas. En contraste con ese despliegue bélico, el terreno quebrado, más allá de los jardines estaba verde de viñedos que inundaban el aire cálido y soleado, con su fragancia a uvas maduras. Sólo unos pocos trabajadores con sombrero de paja, se divisaban entre los viñedos. Éstos, no me cabía la menor duda, que serían leales miembros del cuadro de la O.E.I. del Comte de Laennac. De no ser así sería demasiado peligroso emplear otros en tal proximidad a los cuarteles.

Salí del vestíbulo y recorrí los corredores del segundo piso bajo vigilancia. Un guardia remoloneaba fuera de mi puerta y permaneció muy cerca de mí, mientras recorría el pasillo, de modo que me fue imposible dar un paso sin ser visto.

Por su apariencia gótica, presumí que el edificio podría haber sido construido en la Edad Media aunque seguramente había sido modificado y restaurado varias veces, desde aquel entonces. Las alturas y anchos varios de los corredores, me daban la clave de ello, así también como el hecho que de golpe me encontré subiendo y bajando dos escalones por desniveles en las plantas. Y hacía mucho tiempo que el lugar no se limpiaba, ni reparaba. Las paredes eran todas de yeso pintado a la cal y con una capa uniforme de tizne producido por el abandono; el piso de madera estaba sucio y áspero.

Todo esto hacía juego con la impresión que me habían causado los salones de la planta baja la noche anterior. Todos deteriorados por el tiempo, los muebles terminados en brocados o *petit point* estaban tan gastados que los diseños originales se habían decolorado y tornado irreconocibles, y chimeneas cavernosas con lastimeros fueguitos que eran totalmente incapaces de hacer desaparecer el hielo del aire. Afuera, el calor del verano entrante de la Cote d’Or. Dentro del Château se tenía la sensación de que calor alguno hubiese penetrado por siglos las murallas. Monsieur le Comte y su esposa parecían habituados a esto. La familia se envolvía en sweaters y mantas, se estremecía y yo me estremecía con ellos.

La última vuelta del corredor del segundo piso, que yo recorría, llevaba a un alféizar que daba sobre la calle de la parte anterior de la casa. Desde este punto privilegiado pude ver a Georges con botas altas y manguera en mano, lavando el Mercedes. Y donde la calle entraba en el boulevard de cipreses que llevaba a la carretera más distante, vi otra figura familiar caminando, era Bernard Bourdon.

Como éstos eran los únicos personajes que había a la vista, me pregunté si la misma calle de entrada no sería la ruta más fácil para cualquiera que tratase de huir de la casa. Luego vi cuán equivocado estaba. Desde atrás de los cipreses un perro arremetió en dirección a Bernard, una verdadera furia que gruñía sostenido con una correa por un hombre a quien el perro casi hacía perder pie, en sus esfuerzos por alcanzar la víctima elegida. Bernard lo esquivó riendo y cuando el hombre gritó una orden, el perro se echó de panza de inmediato, tirando con fuerza de la estrangulante coacción de la correa, ladrando como un trueno pero sin tratar de saltar al ataque.

Ladridos respondieron de todas direcciones. Divisé otro perro en el extremo más alejado de la calle de entrada; éste sin nadie que lo manejara. Pude detectar por lo menos tres más escabullándose entre el verde a ambos lados de la avenida de cipreses. Unos minutos después, luego que Bernard hubo desaparecido entre los árboles, no se ni oyó nada más dentro de los límites de la posesión. Era difícil suponer que esos espacios verdes albergaban algo más que inofensivos conejitos. Pero yo ya estaba mejor informado. Los confines del predio estaban sellados herméticamente.

Aun si lograba salir de la casa no había manera de alejarse gran distancia de allí a pie, entero y sin un rasguño.

¿Podría atravesar la puerta principal? Bajé las escaleras y vi que la puerta estaba abierta, sin duda para invitar al calor a hacerse paso hacia ese helado interior. Un par de hombres holgazaneaban en el umbral. Me miraron cuando aparecí, pero cuando indiqué que quería trasponerlo uno estiró la pierna a través del umbral y el otro acarició el caño del arma que tenía al hombro, en señal de advertencia.

Con el mal humor que llevaba por la violencia reprimida, esta tentación fue demasiado fuerte y no resistí. Deslicé una mano bajo el tobillo de la pierna que atravesaba el umbral levantándola tan alto que su dueño tuvo que hacer equilibrio en un pie balanceándose peligrosamente y aferrándose de la puerta para no caer. Al mismo tiempo me apoderé con mi mano libre de la muñeca del otro estrechándole contra el pecho de modo que no pudiera extraer la pistola.

Era algo temerario, era como tomar por la cola un par de tigres enfurecidos, de modo que casi de inmediato los largué y di un paso atrás como para demostrarles que lo había hecho con ánimo de divertirme sanamente sin la menor intención de hacerles daño. Sonreí y después de un momento de tensión el par me devolvió la sonrisa. El que tenía la pistola me señaló con ella la puerta como diciéndome que si estaba tan decidido a echar una mirada al mundo exterior, él no tenía problemas.

Y así lo hice. —Di un paso afuera y aprendí la lección de la forma más dura. Un tercer hombre se ocultaba del otro lado del umbral y me hizo caer limpiamente no bien atravesé la puerta, me clavé de boca sobre el camino, aterrizando sobre manos y rodillas y antes de que pudiera ponerme de pie me patearon traicioneramente en las costillas. El impacto de la bota dura me cortó la respiración. Permanecí arrodillado y apoyándome en las manos, boqueando para recobrar el aliento, esperando que una próxima patada me astillara las costillas.

A todo esto no se había pronunciado ni una palabra. Lo mismo podíamos haber estado actuando una pantomima para diversión de Georges, que era todo nuestro público que apoyado en el Mercedes vecino seguía las acciones sin el menor interés. Los tres guardias y yo éramos los actores en este escenario tranquilo y soleado, y Georges se veía sinceramente aburrido en la actuación. Hizo un gesto, y aun retorcido como me encontraba, me arrastraron hacia arriba y una pistola que me perforaba la espina dorsal me timoneó hacia adentro. La función había acabado. Por si no lo había captado,

Georges me estaba diciendo que así sería mi mala suerte más adelante.

Mientras recobraba el aliento en el salón de entrada, mal diciéndome por no resistir la tentación, un auto pequeño hizo alto frente a la casa. De él emergieron un hombre alto, flaco, canoso, correoso, vibrante de energía y una rubia elegante desencajada y exhausta. Una segunda mirada me bastó para reconocerlos. Era la pareja que había conocido en la cena que de Gonde había ofrecido a Charles Leschenhaut, el coronel Jesse Hardee, retirado del Ejército de los Estados Unidos, y su esposa alemana. Sus presencias, aquí en este nido de la O.E.I. dejaba claro cuál era su relación con de Gonde.

El coronel traspuso la puerta, mientras su esposa se arrastraba tras él y uno de los custodios cerraba la retaguardia con el equipaje bajo el brazo. En cuanto me vio, el coronel se aproximó a estrecharme la mano entusiastamente.

—Así que se unió al grupo —expresó.

Eso significaba que tenía la impresión de que yo era un miembro activo de la maquinaria de la O.E.I. No tenía intención de desperdiciar la oportunidad que esto me ofrecía.

—Supongo que sí —respondí.

—Muy bien, pero muy bien, Claude me dijo que no sabía qué pasaría con usted, pero yo estaba convencido que tarde o temprano se uniría. ¿Cómo diablos se llamaba usted?

—Davis, Reno Davis.

—Lo recordaré después de esto. Mira hijo, tú que sabes el idioma puedes hacerme un favor y pedirle a este sujeto que lleve a mi señora y esas valijas hasta nuestra habitación de inmediato. Y dile que le haga llevar de la cocina una cacerola de café negro y unas tostadas para que se le mejore el estómago. Dile que hagan verdaderas tostadas también, no una rebanada de pan puesta en la chimenea con el tenedor.

Después de cumplir las instrucciones y una vez que Mrs. Hardee fue conducida al piso superior, el coronel sacudió la cabeza con

conmiseración.

—¡Pobre Clara! no podrá olvidar ese cruce del canal por el resto del día. No partían aviones de Londres ayer, de modo que tuve que arreglar para viajar en barco. A propósito, ¿Cuál es la causa del loco llamado tan urgente? ¿Y por qué aquí en lugar de París?

—De Gonde le informará sobre eso —respondí—, mientras tanto ¿qué le parece tomar un desayuno?

—No me vendría mal. ¿Crees que podrías indicarles cómo hacer el jamón y los huevos a la americana? Clara nunca pudo porque ella tampoco sabe nada sobre cocina americana. Sabes, estoy realmente muy contento que nos hayamos encontrado de este modo, Davis. He pensado en ti unas cuantas veces desde aquella fiesta para Leschenhaut. Podría proponerte un asunto candente.

En el comedor había una larga mesa de refectorio y algunos lugares dispuestos. Hice el pedido del coronel al sirviente a cargo, e incluí la receta de los huevos y jamón *americain.* Como yo ya tenía mano para esto, había aprendido de Jeanloup del Café au Coin cuáles eran las peculiaridades francesas que se debían vencer para lograr que un desayuno pareciera y tuviera gusto americano, el plato que le trajeron al coronel fue un éxito incalificable. Por lo menos era para juzgar eso el modo en que le soltó la lengua.

Hablaba firme y apasionadamente entre bocado y bocado, y yo esperaba que no entrara nadie más al comedor mientras él estaba en esto. Contribuyendo con un asentimiento casual a su monólogo, me enteré que él era el dirigente de Acción Norteamericana, una división de la *Organisation d'Élite International* que trabajaba para llevar la luz a los Estados Unidos, y que el lugar más apropiado para mí estaba en esta división, preferentemente al lado del coronel.

—Y bien, ¿qué está pensando? —me dijo al finalizar su discurso, y yo escondí la cabeza pesaroso, seguro que esto lo estimularía aún más.

—¿Cuánto tiempo hace que no estás en los Estados Unidos? —me preguntó.

—Alrededor de ocho años.

—Entonces estás desconectado, hombre. ¡Maldito sea! todos se están dando cuenta que las urnas no son la respuesta que necesitamos. Todos están aprendiendo que no se puede hacer que un cerdo vote más allá de un comedero lleno. Y se está llegando a las armas, antes de lo que nadie soñó. Una organización clandestina armada que pueda dar en el manco del enemigo y librarse de él de la única manera convincente, con una bala en la cabeza. El problema ahora es que tenemos cincuenta patrióticos equipos en el país, que conocen esto, pero no hay ninguna coordinación entre ellos. Una vez alcanzada esa unidad en Acción Norteamericana, ésta será una fuerza invencible.

—¿Cómo espera que se concrete?

—Enviándoles material. Eso significa: dinero, propaganda y armas. Éstas son el aspecto real, ametralladoras de nueve milímetros, livianas, de fácil manejo y de una exactitud mortal. Ya tenemos seis escondrijos desde New York a California, e instalaremos una docena en el término de un año. Si le muestras a un honesto patriota norteamericano este tipo de arma, le estás mostrando que el asunto es serio. Pero ese es mi objetivo. El tuyo sería el departamento de propaganda, el material escrito. Clara no es nada buena para traducir esas terroríficas cosas que lanza Leschenhaut, porque su inglés es una porquería, pero tú lo tienes naturalmente. Tal vez tú quieras probar tu mano en ese tipo de literatura.

—Nunca he hecho nada de eso.

—Bueno, podrías aprender de Leschenhaut. Su material, aun traducido al inglés de Clara, te pone los pelos de punta. Y algo más, Davis, está el asunto de hablar de hombre a hombre con todos los patriotas del país que desconfían de la idea de la O.E.I. porque les parece extranjera. Animémonos a afrontar el hecho de que hay muchos seres inferiores, de la selva, entre ellos habrá que desarrollar una pesada tarea para convencerlos si es que nos vamos a organizar internacionalmente. Tú eres cien por cien americano, un

ex-luchador, ex-infante de marina, eres exactamente el tipo de persona que puedes venderles la cosa.

—Puede ser, pero unas pocas ametralladoras no hacen un movimiento. En este momento aquí...

—Sí, ya sé, —me cortó el coronel—, aquí está ella, tu amiga y no me digas que no es así. Recuerda que yo estaba allí la noche que tú y Morillon tuvieron esa gresca por ella. Pero de hombre a hombre, Davis, ¿qué es saltar con una mujer en la cama, comparado con nuestro deber patriótico? Y tus deberes reales están allí en tu país.

—Lo que iba a decir es que la acción está aquí, coronel. En nuestro país es donde se habla nada más.

—¡Qué diablos dices! —el coronel revisó el bolsillo del pecho y extrajo un atado de papeles, muy finitos, los arrojó de plano sobre la mesa y tuve una visión atormentadora dé lo que parecían ser filas de números.

—Estás pensando con ocho años de atraso, hijo, pero aquí tengo la tabla de comando actual de la O.É.I., y éstas tres últimas páginas solamente son las listas para pagos de los cincuenta comandantes de unidad de la Acción Norteamericana, dedicada a su programa. Cincuenta y esto no incluye contactos que disponen de equipos tales como clubes de tiro, con los cuales se podrá contar cuando llegue el momento.

No quería parecer demasiado ansioso por mirar esas páginas, tomé un tiempo para alcanzarlas, pero entonces, cayó una sombra sobre ellas y una mano las cubrió. Claude de Gonde estaba parado detrás de mí, sus labios curvados con una siniestra sonrisa de muerte y sus ojos helados de furia.

—Si insiste en entrometerse en asuntos que no le atañen —me dijo en francés— tendremos que encerrarlo en su habitación —y cambiando a un inglés de acento muy marcado, dijo al coronel— no, no, amigo mío, me temo que nada de esto puede interesarle al joven. —Dobló cuidadosamente los papeles y los extendió al coronel, que se los metió en el bolsillo; parecía un tanto confundido.

—Pensé —dijo el coronel.

—Por supuesto, pero Monsieur Davis está complicado en un asesinato que tuvo lugar ayer en París, y va rumbo a Sud América con la policía en los talones. Por el momento debemos considerarlo *hors de combat.*

—¿Un homicidio en cumplimiento del deber? —preguntó el coronel, con calma.

—Sí, ¿pero cuál es la diferencia? —respondió de Gonde— tanto por su bien, como por el nuestro.

—Lo necesito en los Estados Unidos —prosiguió el coronel—, Hágale hacer el mismo trabajo facial que a Morillon, lentes de contacto, unos toquecitos por aquí y por allá, y lo hago entrar al país, vía Méjico, él es el indicado. ¿Por qué guardar un hombre así en el refrigerador, Claude?

—Porque debe hacerse —dijo de Gonde brevemente—, éste es un tipo muy poco cuidadoso, coronel. Le aseguro que no es el hombre que usted cree —y lo que me intrigaba era esta evasiva, la negativa a decir la verdad sobre mí. Pero adivinaba la razón. De Gonde había cometido una falta peligrosa al admitirme en su casa, había expuesto a toda la organización por el bien de su sobrino y no tenía intención de difundirlo. Evidentemente ansioso por cambiar de tema, se dirigió a mí.

—Madame Vosiers va de compras a Dijon, más tarde, y se ha ofrecido gentilmente a proveer a su guardarropa, si usted le indica qué es lo que necesita. Está en la sala aguardándolo para hacer la lista.

—Le estoy muy agradecido por ello, pero, ¿no debería hablar primero con Madame de Villemont?, puede que ella sepa qué se ha hecho de la ropa que tenía en mi habitación.

—Ya le he preguntado al respecto —respondió de Gonde—, no tiene la menor idea de lo que puede haber ocurrido con sus pertenencias.

—¿Puedo hablarle de todos modos? No se trata sólo de ropa, también estaban mis manuscritos. Me han costado mucho trabajo.

—Estoy seguro de ello, pero no podrá hablar con ella hasta más tarde. Estará ocupada por un rato con asuntos de negocios. No se la puede molestar hasta que no haya finalizado con ellos. Mientras tanto —añadió de Gonde, con tono picante— Madame Vosiers está esperando. La sala está tras esa puerta.

— ¡Qué lástima que no pudimos solucionar algo, Davis! —alcanzó a decir el coronel, apesadumbrado cuando me levantaba para partir, y pensando en el fajo de billetes que tenía en el bolsillo, la carta de triunfo, si es que éstas existen para este juego de muerte, no pude menos que convenir con él. Echar mano de esos papeles.

Matilde Vosiers no estaba sola en la sala. En un asiento de la ventana estaban el Comte Laennac y el voluminoso Edmond Vosiers conversando en voz baja. En el extremo opuesto de la habitación habían encendido, en el hogar, un fuego humeante y se hallaba Madame Matilde, que parecía totalmente desdichada, sentada en un diván junto a la chimenea con una mesa de pino colocada frente a ella.

Me hizo señas que me aproximara al diván y al hacerlo pude apreciar de cerca lo espantosamente ojerosa que la hacía el exceso de maquillaje. Era como si esa noche le hubieran caído años encima revelando las hasta el momento ocultas arrugas del rostro, con claridad cruel, aflojándole la carne misma que parecía flácida y acentuándole profundamente la forma de la mandíbula.

Tomó una libreta de la mesa y me la entregó.

—Por favor, mire —dijo con voz quebrada—, ya he escrito las cosas esenciales que necesitará —acercó su cabeza a la mía y habló en un tono más bajo—. Por Dios, no deje de mirar la libreta, simule que está leyendo detenidamente. Haga lo que haga, no se muestre sorprendido por lo que yo diga, no se dé vuelta, no parpadee. —Elevó la voz—. Para pijamas he marcado el tamaño *grand patrón,* ¿está bien?

—Sí, Madame —contesté con los ojos pegados a la libreta.

—En lo referente a estas otras prendas —continuó diciendo Madame Matilde y nuevamente bajó el tono de voz—. Escuche ahora

Se ha planeado que usted y Anne serán llevados en auto rumbo al Sur, mañana a la noche. Habrá un accidente en el camino, cerca de Valencia. Ustedes dos serán hallados muertos en el auto al pie de la montaña. No, mantenga los ojos fijos en el libro. Diga algo sobre la ropa que necesita, hable fuerte.

¡De modo que por eso se me había permitido vivir hasta ese momento!

—Madame —comencé a decir, y debía aclararme la garganta para que salieran las palabras—, necesitaré por lo menos otro par de zapatos que sean de mi medida. Si pudiera ir con usted a la ciudad...

—Imposible —replicó Madame Matilde, con agudeza—, Monsieur Vosiers me acompañará a Dijon y sacará el mejor provecho de esta lista. Está loco —susurró—, completamente loco. Todos están locos. El único protector que tenía Anne era Hubert y ahora se ha vuelto contra ella. Usted debe huir de aquí. Entonces no podrán hacer aparecer que usted y Anne se fugaban juntos. Eso significaría una cierta seguridad para ella por el momento.

—¿De qué papeles tiene que ocuparse ella hoy? —musité dirigiéndome extasiado a la libreta, mientras recordaba, mentalmente, el axioma francés que dice que "quien firma su testamento puede estar firmando su acta de defunción"—. ¿El testamento?

—No, eso ya se arregló en París la primera vez que vinimos de África. Estos son los papeles que designan a mi hermana y a mi cuñado como tutores de Paul, con todos los derechos para manejar la herencia como consideren apropiado. Escuche, puedo ayudarlo a huir de aquí; pero debemos hacer un intercambio.

— ¿Qué tipo de intercambio?

—El siguiente: arreglaré para regresar de Dijon a las nueve y usted estará esperando en el vestíbulo, junto a la puerta. Cuando Edmond y yo bajemos del auto, dejaré el motor encendido así usted puede huir en él, antes que nadie pueda detenerlo. En el auto habrá una valija con ropa y un pasaje de tren para París. El rápido a París

se detiene aquí a las nueve y treinta. El tren será mejor, porque ellos vigilarán el paso del auto en todas las carreteras.

—Muy bien —susurré— será un tren. Pero el pasaje ha de ser para Milán.

—Pero si no tiene pasaporte.

—Permítame ocuparme personalmente de eso. Resérveme un compartimiento en el tren a Milán.

—Ese tren pasa media hora antes.

—Entonces vuelva a las ocho y media. También necesitaré dinero.

—Dejaré un poco en la valija.

—Una cosa más, ¿dónde oculta Madame Cesira a Paul en Venecia?, ¿Cuál es la dirección?

—Eso no le interesa ¡idiota! manténgase alejado de Paul y ocúpese de su pellejo. —Repentinamente Madame Matilde elevó la voz— Necesitará un saco, por supuesto. Lo anotaré.

Me arrebató la libreta de las manos en el momento en que la sombra de Edmond Vosiers aparecía sobre nosotros. Se paró allí con las manos en los bolsillos mirándonos como quien sospecha.

—Esto ya te ha llevado tiempo suficiente —dijo finalmente a su esposa.

—¿Ah sí? —contestó Madame Matilde fríamente—, pero si le aburre observar nuestra actividad Monsieur, seguro que podrá encontrar algo más divertido en otra parte.

Vosiers se balanceó sobre los talones hacia atrás y adelante estudiando con satisfacción la palidez y la rabia reflejadas en el rostro de su esposa.

—Sí —comentó— creo que puedo encontrar algo mucho más divertido —y se retiró fanfarroneando a reunirse con Laennac en el asiento junto a la ventana.

Madame Matilde desde su asiento lo seguía con la mirada. El lápiz que tenía en la mano chasqueó, con un agudo y repentino estallido y fue a dar al fuego.

—¡Ah, perro! —murmuró— se está riendo de mí, ¿ve como se ríe de mí?

—No se ocupe de él —repliqué— ¿cómo es el trato? ¿qué debo hacer yo?

—Matarlo —dijo Madame Matilde— no, no mire así o se dará cuenta que pasa algo raro. Así está mejor. A ver, déjeme tomarle la medida interior del cuello.

Unos dedos helados se introdujeron en mi cuello, temblando descontroladamente. Sentí su boca muy junto a mi oreja.

—Bajo el asiento de este diván hay una pistola. Apodérese de ella durante el día. Al acercarse el auto dispare sobre él. ¡Jure que lo hará así!

—Madame...

Me hincó las uñas en el brazo.

—Por un momento, al menos, estará muy cerca de él. No necesita más tiempo. Será como matar un perro rabioso. Si no jura que lo hará así, no hay trato. Usted morirá, y Anne junto a usted. ¡Jure por su alma!

—Muy bien, ¡juro! —Por la posibilidad que se me ofrecía bien hubiera podido jurar en falso a cualquier cosa.

—¿Cómo sabré si he de confiar en usted? —preguntó Madame Matilde.

—No hay modo de saberlo. Se verá cuando llegue el momento.

—¡Pero recuerde que juró por su alma! —Madame Matilde cerró con fuerza la libreta—, esto es suficiente —dijo en voz alta—, después de todo, estas cosas cuestan dinero, y no tenemos intención de devastar los almacenes a causa suya.

Al levantarme del diván aprecié por la amplia sonrisa de Edmond Vosiers, que ése era el tipo de conversación que le gustaba escuchar.

No me dejé engañar por el trato. Mi bienestar era la menor de las preocupaciones de Matilde Vosiers. Lo que a ella le importaba era saldar cuentas con su marido. Por eso estaba seguro de que había escondido la pistola en el diván y de qué estaría de vuelta en el Château con el auto a las ocho y treinta, ya que estos eran

elementos indispensables para que yo cumpliera con mi parte del trato. Pero había una fuerte probabilidad de que el motor del auto no quedara encendido, para poder huir rápidamente, de que no me dejara ni el pasaje ni el dinero y que deshiciera o no a Matilde de su errado marido, me despacharan a mí allí mismo, no bien sacara mi pie del edificio.

Era bastante difícil tratar de planear mis movimientos con esto en la cabeza. Lo que lo hacía peor, era que Anne sería mi socia en la empresa, sin saberlo siquiera. No había otro camino. Estaba destinada a morir tan pronto como les concediera la tutoría legal de Paul a los de Gonde, esos “graciosos” representantes de la O.E.I. Y ésta era muy adaptable. Si podía disponer un accidente en el cual Anne compartiera conmigo la suerte fatal, bien pronto podría programar un accidente para ella sola.

Y desde mi frío y propio punto de vista, Anne tenía un pasaporte que podría ayudarme a atravesar la frontera italiana en su compañía. Ella sabría dónde encontrar a Paul y podría conducirme a donde él se hallaba.

Llegué a la conclusión de que en este momento nos necesitábamos el uno al otro desesperadamente. Lo que hubiera sentido por ella al pensar cómo Louis había pagado por su jugada doble, y cómo se esperaba que yo mismo pagara, todo esto debía ser puesto de lado por el momento, de la misma manera que una ampolla de ácido se encierra en un cuarto oscuro.

Pero yo ya me había vuelto más sabio. Suficientemente sabio al menos, como para no confiar en Anne de Villemont. Enfrentada con una situación crítica, sólo dos días atrás, me había delatado al enemigo sin dilación, y no tenía intención de permitirle que lo volviera a hacer. De modo que ella vendría conmigo cuando escapara de esta cárcel, pero no lo sabría hasta el último momento posible.

Un vrai tour de passe-passe. Una jugarreta para huir, si es que podía. Si no podía, probablemente sería la última oportunidad de intentar algo.

10

A MEDIDA que avanzaba el día me apercibí de los términos en que estaba preso. Se me permitía libertad dentro de la casa, pero a menos que estuviera encerrado en la habitación no se me concedía privacidad de ninguna especie. Rondé de sala en sala por la planta baja y seguido siempre por un recio integrante de la O.E.I. que no me sacaba el ojo de encima. Cuando había gente de la casa presente, mi custodio permanecía discretamente fuera de la vista. Si no había nadie más presente, se apoyaba en el marco de la puerta desde donde podía verme perfectamente, bostezando de aburrimiento pero listo para moverse si yo lo hacía.

Esto complicó el asunto para apoderarme de la pistola oculta, una pequeña automática, manuable, completamente cargada. Finalmente logré hacerlo instalándome sobre el diván con una especie de copia vieja de “Le Fígaro” que ocultaba mis movimientos. Conseguí hacer avanzar la pistola entre los almohadones, pulgada a pulgada hasta que la pude colocar en el diario doblado. La guardé bajo el colchón de mi cama junto con el diario. “Le Figaro” iba a serme de mayor utilidad que la pistola, llegado el momento.

Mientras tanto me preguntaba dónde estaría ubicada la habitación de Anne, que era una información vital, paro que no tenía modo de obtenerla sin despertar sospechas. Los abogados que venían a extender los documentos concernientes a la tutela de Paul llegaron antes del mediodía. Eran cuatro, de ojos fríos y parecían tan eficientes como un cardumen de tiburones, y por la manera en que fueron recibidos por Bernard Bourdon y Claude de Gonde, supuse que también formaban parte de la O.E.I. Finalmente partieron avanzada la tarde. Cuando de Gonde entró al Château, después de despedirlos en la puerta, le expuse fervientemente mis esperanzas de hacer una pequeña visita a Madame de Villemont. Si es que podía ser conducido hasta su habitación.

De Gonde estaba de humor excelente en este momento.

—Bien —dijo afablemente—, supongo que los adioses aún se estilan, ¿no es cierto? Pero no hay porqué precipitarse. Un adiós largo y tedioso es peor que nada. Y tendrá mucho tiempo para despedirse de Madame, mañana a la tarde.

—¿Mañana a la tarde? —hice eco a sus palabras tratando de no exagerar la nota de inocencia.

—¡Eso es!, como puede ver, amigo mío, no soy tan desalmado como usted piensa. Dentro de un par de días, un agente lo recogerá en Valencia para llevarlo hasta el barco. Como Georges va a llevar a Madame Villemont y al joven Bernard hasta Saint Tropez, mañana por la tarde, he combinado que usted viaje con ellos hasta Valencia.

Hasta el lugar de la ejecución, pensé, pero sólo dije:

—Muy amable de su parte, Monsieur —luego no pude resistir agregar—, supongo que Georges y Bernard tienen instrucciones de asegurarse de que yo no me escape por el camino.

—Las tienen, pero en realidad por su propio bien. Usted es un atroz chapucero. Tiemblo al pensar qué sería de usted si quedara librado a sus propios medios vagando por ahí. La manera de evitar inconvenientes durante el viaje al Sur, es seguir las instrucciones estrictamente sin tratar de probar la habilidad de Bernard y Georges para hacerlas cumplir. Créame que son un par peligroso de cruzar.

—Le creo, Monsieur.

—Y otra cosa —la voz de de Gonde se endureció— nada de acosar al coronel Hardee. Prefiero que no sepa realmente porque está usted aquí, pero no se aproveche de eso.

—Comprendo, Monsieur.

La hastiada resignación a mi suerte pareció impresionarlo.

—Sé que todo esto es difícil para usted —se condolió—, pero lo es también para nosotros. ¡Dios mío!, cuando pienso en la estupidez de Madame de Villemont, en su imprudencia.

—¿Su locura?

Condescendió a sonreír, ante este ataque.

—Francamente, hubiera sido mejor para usted creer que ella estaba realmente loca. Se hubiera evitado el verse envuelto en sus

esquemas trastornados. Pero esa agua ya ha pasado bajo el puente. Ahora el daño está hecho; debemos simplemente sacar lo mejor de lo que resta. Entre paréntesis, la cena es a las nueve, ¿le ayudaría a disipar su mal humor reunirse con nosotros en la mesa?

—Me temo que no tengo traje apropiado, Monsieur.

De Gonde hizo un gesto con la mano como indicando que eso se dejaba de lado.

—Ah, la vida aquí es informal. Nuestros huéspedes, detestan el campo, lo consideran una especie de jungla y ellos no son Bretones, usted sabe, para vestirse para la cena en la jungla. Madame Vosiers estará de regreso a tiempo para proveerlo de lo que necesite para vestir.

—Entonces estaré muy complacido de cenar con ustedes.

Al separarnos, todavía no había obtenido la información que deseaba sobre la habitación de Anne, pero la advertencia de que no me aprovechara del coronel Hardee, me recordó la lista de miembros de la O.E.I. que éste tenía en el bolsillo. La organización, como una serpiente virulenta y venenosa, debía ser destruida de un sólo golpe. Cortarle un pedazo de la cola significaría morir antes de poder dar el segundo golpe de hacha. Pero esa lista de miembros podría ser la forma de destruir la serpiente entera de primera intención, sí, y allí estaba el tiro, si yo tenía a Paul a mi lado y a salvo, cuando se realizara el intento.

Encontré al coronel en la sala de billar practicando tiros en una mesa cubierta con una capa de tierra tan espesa, que las bolas al rodar dejaban huellas sobre la mesa. Estaba en mangas de camisa y su saco prolijamente doblado sobre una silla, cerca de la puerta por la cual había entrado yo. Me paré junto a la silla, preguntándome si la lista estaría aún en el bolsillo del saco, y cuando cautelosamente estiré una mano hacia atrás, sentí con alegría la dureza de los papeles doblados. Entonces el coronel se dio vuelta y tuve que retirar la mano rápidamente.

—Así que eres tú el que anda por aquí —comentó, aún dando vueltas como un tigre enjaulado.

—Bueno, se pone un poco aburrido éste lugar después de un rato.

—Es cierto, pero deberás acostumbrarte a la vida tranquila. Sí, Claude me contó cómo despachaste a ese hijo de puta entrometido allá en París. Fue una lástima que tuviera que ocurrir con los policías prácticamente mirando por tu hombro, pero así ocurren las cosas, hijo. De todos modos, ya encontrarás que hay lugares peores que Buenos Aires para estar confinado —señaló la mesa—, ¿quieres jugar?

—No soy muy bueno en esto.

—No importaría si lo fueras. La mesa está áspera y los tacos torcidos, pero como dicen allá en nuestro país, señor, es el único juego que tenemos.

Eso fue hacia las cinco de la tarde, y durante las dos horas siguientes nunca tuve suficiente tiempo sin ser observado para extraer esos papeles del saco. El coronel jugaba con estilo militar, apresurándose hasta una posición tras el bochín, alineando el tiro con una sola pairada y disparando de inmediato. Hubiera sido un placer encontrar un adversario que pudiera mantener el juego a la misma velocidad. En las circunstanciéis presentes el juego era cualquier cosa menos eso.

Finalmente solucioné el problema haciendo deliberadamente un tiro que hizo saltar la bola de la mesa y la lanzó rebotando al rincón más alejado del salón. El coronel me miró sorprendido, y fue a recobrarla. Cuando volvió, sus papeles estaban a salvo, doblados bajo mi camisa.

—Son los nervios —observó mientras arrojaba de nuevo la bola sobre la mesa—, eres un caso leve, hijo. —Tomó el saco de la silla y se lo puso. Yo lo observaba petrificado esperando que descubriera la pérdida.

—Y no me digas que no es la nerviosidad, has estado mirando el reloj todo el tiempo desde que entraste y eso es una señal segura. ¡Qué diablos! Vamos a mi habitación y abramos una botella que tengo escondida. Esto te hará olvidar el tiempo.

Lo seguí, obediente, aun preparado para el momento fatal en que se llevara una mano inquisidora al bolsillo, pero llegamos a su dormitorio sin incidentes, con mi custodio siguiéndonos a la distancia.

Una vez en la habitación el coronel sacó una botella de *bourbon* de la valija, halló un vaso para mí y desapareció en el cuarto vecino para buscar otro para él. Al volver con el vaso me comentó:

—Clara está todavía disipando con el sueño el cruce del canal, pobre muchacha. Pero ¡qué diablos!, mañana estará como nueva. Eso sí, mantengamos la fiesta tranquila.

Listo para afrontar cualquier problema que pudiera presentarse, permanecí quieto mientras se sacaba el saco y lo colgaba cuidadosamente en el armario. Cuando cerró la puerta y se estiró sobre la cama, con la copa en la mano, di un profundo suspiro de alivio y bebí el líquido de un trago.

—¡Por el día! —brindó el coronel.

Eché una subrepticia mirada de soslayo a mi reloj porque él mismo había observado la regularidad con que lo consultaba, poniéndome en guardia. Eran las siete y veinte. Eso quería decir que me quedaba una hora exactamente antes de que comenzara la acción, y en cualquier momento durante este período, el coronel podría recordar la lista. Me gustara o no, debía permanecer en su compañía esta última hora.

Resultó ser una hora de gran valor informativo. El coronel se había tomado a pecho evidentemente el hecho que yo había estado ausente de mi país por ocho años; era su cometido entonces, ponerme al día con la situación actual. Mientras hablaba y hablaba, refrescándose a intervalos regulares con el contenido de la botella, se olvidó que la fiesta debía ser tranquila. Su voz se elevó apasionada. Se levantó de la cama y atravesaba con grandes zancadas la habitación, agitándome un índice delgado, como un profeta que predice el día del Juicio Final, mientras el sudor de la emoción se le escurría por el rostro.

Yo escuchaba fascinado el detalle de los planes: El copa miento por elementos subversivos de las reparticiones oficiales, y de la

presidencia misma. La mestización de la raza. El ateísmo alentado por hombres que traicionaban a la iglesia. La literatura infecta utilizada deliberadamente por las fuerzas del mal para corromper a la juventud y destruir el espíritu americano. La voz del coronel se hizo más ronca; la camisa dejaba traslucir manchas de sudor a medida que su entusiasmo lo llevaba a explicar como él y la Acción Norteamericana proponían poner fin a ésta iniquidad.

Esta era la parte terrible del plan, cuando a uno se le hacía agua la boca, anticipando el día en que la solución pudiera aplicarse. Esos depósitos de armas, que me había descripto en el desayuno, no se iban a herrumbrar inútilmente. Si la persuasión no daba resultado, estaban el látigo y el bastón para asegurar el orden. Arrojaba una nueva luz sobre alguien como Edmond Vosiers que deseaba asesinar y torturar a causa de sus viñedos perdidos; hacerlo le parecía brutalmente lógico. Pero la creencia del coronel en esas alucinaciones, su ansiedad por torturar y matar para satisfacer sus alucinaciones, era la locura de un maníaco paranoico que veía demonios que lo amenazaban desde todos los rincones.

Ya eran las ocho y veinte.

—Coronel, ¿y si comenzamos a alistarnos para la cena?...

—¿Qué? ¡Diablos!, hay mucho tiempo para eso. Y le llevo cinco copas de ventaja. —Miró aturdido a su alrededor hasta que ubicó la botella casi vacía que estaba junto a su cama. Se balanceó en dirección hacia mí con ella en la mano.

—Vamos, acábalo.

El residuo de la botella llenó a medias mi vaso.

—El tiempo se acaba cuando se termina el líquido —dijo con voz espesa. La botella cayó de su mano floja y se sentó abruptamente sobre la cama, rodó lentamente hacia un costado y permaneció allí acostado, con el rostro hundido en la almohada.

El guardia que patrullaba el vestíbulo, hizo una sonrisa burlona cuando me vio abandonar la habitación bandeándome hacia él imitando la marcha del coronel borracho. Levanté el vaso en un brindis.

—A *votre santé copain.*

—*Merci, Monsieur. Vous avez sa pointe, hein?* —se burló como tributo a mi actitud ya que yo estaba tan sobrio como él.

Mi habitación estaba cercana. Me aboqué a mi trabajo metódica y rápidamente.

Me acerqué a la ventana. Los últimos rayos del sol poniente ardían sobre el horizonte. Un equipo distinto de carabineros, que estaban sentados en el borde de la fuente, miraron sin curiosidad cuando cerré las persianas. A través de las aberturas de las persianas se podía sentir la estimulante brisa de la tarde y eso no podía menos que ser para bien.

Extraje la pistola y “Le Fígaro” de abajo del colchón de la cama de los cuatro parantes. Alojé el arma en el bolsillo de la cadera. Con “Le Fígaro” hice dos pelotas no muy prensadas para encender. Puse una en el suelo, en el borde de la cama por donde colgaba el cobertor. La otra la acomodé sobre la cama misma. Me subí a la cama y tiré de un extremo del dosel, mientras una nube de polvo me cubría.

Me bajé de la cama y eché sendos fósforos sobre las pelotas de papel. Este humeó un poco y se hizo llama. Al momento siguiente, como si el dosel hubiera estado empapado en gasolina, una lengua de fuego lo recorrió hasta el tope de los tirantes. El cobertor tardó sólo unos minutos más en prenderse, y comenzó a arder alegremente.

Me dirigí a la puerta. El humo se espesaba en torno de mí. Recogí el vaso de *bourbon* que había dejado sobre el tocador, abrí la puerta y regresé tambaleante al vestíbulo. La puerta abierta hizo corriente como una chimenea, las llamas rugieron, una oleada de humo invadió el lugar, y mi custodio corrió a mirar el holocausto, con expresión de atolondrado.

Dio un paso hacia la puerta y luego se retiró.

—¡Fuego! —bramó por la escalera, y oí que repetían el grito en la distancia, oí que una mujer lanzaba alaridos, y los pasos que atronaban los escalones.

—Debemos sacar a todos de aquí —grité y el guardia giró hacia mí con cara de rabia.

—¡Borracho estúpido! —me ladró y me hizo volar el vaso de la mano.

—¡Mire, no hay tiempo para eso! —no tenía necesidad de continuar haciéndome el borracho, podía suponerse que había reaccionado en vista del desastre—. ¿Dónde está la habitación de Madame de Villemont?

—Del otro lado del vestíbulo, no corre peligro.

Me encaminaba en esa dirección antes que terminara de decirlo y lo oí gritar por detrás de mí.

—Espera. Detente o te meto una bala.

Estaba seguro que no lo haría y tenía razón. Encontré la habitación de inmediato porque la puerta estaba ya abierta unas pulgadas y la atemorizada Djilana se hallaba espiando tras ella.

—¿Está Madame adentro? —pregunté.

—Sí ¿qué ocurre? —dijo Djilana, con pavor—, ¿hay algún peligro?

—¡Un gran peligro! Un incendio, usted y Madame deben bajar inmediatamente.

En ese momento apareció el guardia amenazándome con la pistola cargada.

—¡Salga de aquí! ¡Maldito sea!, usted no debe estar aquí.

Djilana, plañidera como un alma perdida, expresó:

—Dijo que hay un incendio.

—No es nada. No les hará daño alguno si permanecen dónde están —le aseguró el guardia, pero cuando su voz se elevó más alto en un llamado a Alá, histérico y agudo, añadió resignado—, ¡Está bien! ¡Está bien!, pare de aullar y váyase abajo con Madame.

—Y dígale que traiga el pasaporte —le dije por encima del hombro—, a Monsieur de Gonde no le gustaría que lo tenga tirado por ahí.

—Sí, Sí, el pasaporte también, respondió al perderse de vista tras la puerta.

—Bien —el guardia se dirigió a mí—, ahora muévase.

Introdujo el arma en la pistolera y me siguió, pisándome los talones mientras regresábamos al vestíbulo. Debía desembarazarme de él dentro de uno o dos minutos, pero no era éste el lugar ni el momento. Una multitud de hombres de la O.E.I. bajo la dirección de Georges y de Claude de Gonde, se amontonaban alrededor de la puerta de mi habitación empuñando los extinguidores.

Era un mal momento para pasar junto a ellos pero nadie advirtió que yo me deslizaba y golpeaba la puerta del coronel. Empujé la puerta y penetré en la habitación donde el coronel roncaba en el mismo lugar donde lo había dejado.

—Deme una mano —pedí al guardia que me observaba desde el umbral—, este humo lo ahogará si lo dejamos aquí. —El guardia se inclinó del otro lado del lecho. Era el blanco que yo estaba esperando. Le pegué una trompada en la mandíbula, le apliqué otra demoledora como broche final cuando se dobló hacia adelante, los ojos se le dieron vuelta y cayó de boca sobre la cama. En mis días de luchador, Louis se quejaba muchas veces de que yo carecía de instintos asesinos. Esta vez no hubiera tenido de qué quejarse.

Al abandonar la habitación vi que Anne y Djilana comenzaban a descender la escalera, apretándose contra el pasamanos para mantenerse a distancia de la manguera del jardín, que unos cuantos hombres arrastraban escaleras arriba. El incendio pronto estaría controlado y de Gonde se daría cuenta de lo que estaba ocurriendo a su alrededor. Siguiendo a Anne a distancia por la escalera, rogaba a Dios que Matilde llegara con el coche a horario.

La escalera conducía al vestíbulo de entrada donde la puerta más alejada que daba al exterior, estaba completamente abierta y los hombres que debían hacer de perros guardianes estaban muy ocupados en desenroscar la manguera que culebreaba entre sus pies. Anne titubeaba junto a la puerta, era el momento ideal para romper el fuego. Pero no se veía auto alguno.

Según mi reloj ya eran las ocho y media pasadas. Me detuve a mitad de la escalera, pensando con rabia en Matilde. No podía

permanecer congelado por la inactividad de esta manera, pero ¿hacia dónde dirigirme? El guardia que había dejado en la habitación del coronel, se repondría de su estado de coma en cualquier momento, listo para hacer sonar la alarma contra mí. ¿Podía arriesgarme a perder de vista a Anne y esa puerta abierta y regresar a la habitación a amordazar y atar a aquel individuo?

Enfrascado en mis dilucidaciones vi unos focos avanzando por el camino, sin darme cuenta en un principio de qué se trataba. Pero cuando la blancura reluciente de la Ferrari se detuvo ante la puerta, con un chirriar de frenos, fue como una sacudida que me impulsaba a actuar.

Lo que siguió fue de una extraña naturaleza. Sabía que estaba actuando con la mayor velocidad, pero sentía que todo transcurría en el "tempo" enloquecedor de una película en cámara lenta. Y no sólo era el protagonista de la película sino que la estaba viendo rodar desesperadamente. Al mismo tiempo que ese Reno Davis se aproximaba a Anne, ponía un brazo alrededor de su cintura y ella boquiabierta, trataba de zafarse antes de saber de quién se trataba; el otro Reno Davis se mantenía a un lado maldiciendo el tedioso y largo rato que demandaba cada acción. Entonces Anne vio quién era y su cuerpo se relajó, abandonándose a mí, aliviada. Pero sólo un momento, pues repentinamente se resistió tornándose rígida.

—No —dijo sin aliento—, le prometí a Claude que nunca más nos volveríamos a ver.

—¡Qué inconveniente! —casi la arrastraba hacia la puerta—. Camine, ¡Maldito sea! —le dije con rudeza para que me escucharan los hombres que estaban en la puerta y que nos vigilaban estrechamente.

—¿No tiene suficiente sentido común como para abandonar un edificio en llamas? —resultó. Pasamos por delante de los guardias. Djilana nos seguía de cerca. Nos encontrábamos ya fuera del edificio, y el auto se encontraba sólo unos pasos más allá. Pero Edmond Vosiers se interpuso en el paso, el rostro resultaba cómico por la confusión. También pude ver a Matilde, cuyo rostro era una

máscara inexpresiva, y más atrás estaban Gabrielle de Gonde y la Comtese de Laennac con un grupo de sirvientes, que se volvieron a observar cómo yo conducía a Anne hacia el auto, mientras Vosiers nos abría paso como si se tratara de un sueño.

Cuando las voces se acallaron, oí el ronroneo del motor. Era la música más dulce que podría haber oído.

“Seguridad”, Louis solía decirme, “puedes hacer lo que quieras si actúas con seguridad.”

Con seguridad abrí la puerta del auto y empujé a Anne hacia el asiento. Levantó la vista hacia mí, con la misma expresión de confusión que tuviera Vosiers, pero antes de que pudiera hablar le dije:

—Está bien. Se sentirá mejor aquí afuera, al aire libre.

De pronto, Vosiers despertó de su sueño.

—¿Qué es esto? —preguntó con voz salvaje—, ¿qué diablos está ocurriendo aquí?

—Esto —extraje la pistola de mi bolsillo y lo apunté. Él la miró incrédulo. A sus espaldas los guardias formaban un cuadro de furia impotente, en tanto yo me deslizaba detrás del volante con la pistola fija sobre el blanco de grasa.

Sólo Matilde Vosiers se atrevió a romper el hechizo.

— ¡Mátenlo! —gritó frenéticamente a los guardias.

—¡Está tratando de huir! ¡Ya tienen las órdenes! ¡Dispárenle!

Era su última esperanza y lo sabía. Hasta entonces no había cumplido mi parte del trato, pero si esos hombres alcanzaban las armas todavía estaba a tiempo de hacerlo. Era pedir bien poco.. Una sola bala, y su marido pagaría por todos los pecados cometidos contra ella.

—¡Por Dios no! —gritó Vosiers a sus hombres, con voz aguda y temblorosa. Entonces puse en marcha el auto por el camino y aceleré al entrar en la avenida de cipreses. Al borde del camino un hombre retenía a su perro que tiraba de la correa, y cuando pasé a su lado me hizo un gesto fútil, mientras el perro trataba de

abalanzarse hacia el coche, gruñendo. No había más señales de vida por el camino y ningún obstáculo se veía adelante.

—Escúchame —observó Anne— ¡es muy tarde para esto!

La ignoré, manteniendo la vista en el espejo retrovisor esperando ver el resplandor de unos faros detrás de nosotros. Al verlos aminoré un poco la marcha para asegurarme de que tomarían la misma ruta. Cuando el auto disminuyó la velocidad, Anne súbitamente abrió la puerta dispuesta a saltar. La derribé en el asiento y cerré la puerta, pero inmediatamente comenzó a abrirla de nuevo.

La abofeteé, fría e intencionalmente, con el revés de la mano. Profirió un amortiguado grito de dolor. Apretó los dientes para evitar otro grito y permaneció sentada mirando hacia adelante con ciego desafío.

—Pongamos las cosas en claro —le espeté—, la policía me busca. Me acusa de homicidio, y no puedo ganar el juicio sin el testimonio de Paul. Y ninguno de los tuyos tiene intenciones de intervenir en eso, porque saben que para ellos sería el fin. Por eso ahoya tú y yo iremos a Venecia a buscar a Paul. Tan simple como eso. Pero si tramas más trucos durante el viaje, iré directamente a la policía, a pesar de lo que puede costamos a mí o a Paul. A menos que tú me ayudes en esto todo el tiempo, no tengo posibilidad de hacer otra cosa.

—Puedes hacer lo que Claude desea que hagas —respondió Anne—, irte a Sudamérica...

—Seguro, vía Valencia, donde se supone que seremos encontrados muertos a causa de un accidente, mañana. Prolijamente planeado ¿no es cierto?, un homicida busca la ayuda de una débil mental para escapar a la ley, y hacen pedazos el auto en el intento. "Lástima por ella", dice la policía, "pero seguro que él lo tiene merecido".

—¡Ah no! —murmuró Anne—, ¡Dios querido, no! —pero su mirada dejaba traslucir que había creído la brutal verdad.

—Mi Dios, sí —dije sin remordimiento alguno—, y ello significa que no harás ninguna tontería para volver, ¿lo has entendido?

—Sí.

—Muy bien, ¿traes el pasaporte?

Se palpó el saco para ver si lo tenía.

—Sí.

—Recuérdame de agradecerle a Djilana ese favor. ¿Sabes dónde está Paul?

—No. Pero Claude dijo que estaba con su abuela, y que se reunirían conmigo en Saint-Tropez en el fin de semana.

—Justo a tiempo para el funeral. Mira, Vosiers mencionó que estaban en Venecia. ¿Te suena digno de crédito eso?

—Sí. Los Montecastellani tienen una casa de veraneo allí en Torcello —la voz de Anne se quebró—, pero lo llevarán a alguna otra parte si se enteran de que estamos tratando de encontrarlo, ¿o no?

—Si se enteran —respondí.

Hacia el Norte se encontraba París, hacia el Sur Dijon, Milán-Venecia.

Hice girar rápidamente la Ferrari rumbo a París y aceleré a fondo.

CUARTA PARTE

EL AHORCADO

1

UNA vez Georges me había dicho con envidia que la Ferrari de Madame Vosiers era el auto más veloz del garaje familiar y en este momento eso era mi punto de apoyo. Conduje a máxima velocidad, con la mano en la bocina advirtiendo al tráfico que me hicieran paso, pero fue inútil. El Mercedes que nos perseguía se mantenía a corta distancia, como horrendo símbolo de muerte.

Finalmente llegué a un trecho del camino en el cual la Ferrari podía brindarme todas las ventajas. Estaba lleno de curvas y vueltas inesperadas, el canal que brillaba débilmente a mi lado y la interminable línea de árboles al otro, parecían querer cerrarme completamente el paso una y otra vez y me veía obligado a luchar con el volante para mantener el auto bajo control a tan alta velocidad. Las gomas chirriaban mientras nos sacudíamos violentamente hacia delante y hacia atrás. Era como estar corriendo en una pista, con obstáculos colocados al azar, de modo que era imposible saber cuándo se chocaría contra alguno. El velocímetro indicó los doscientos kilómetros, pasó esa marca y continuó subiendo. Los faros del Mercedes se veían cada vez más pequeños hasta que se vieron sólo dos puntitos de luz que finalmente desaparecieron.

Esto era lo que había estado esperando.

—¡Prepárate! —grité y mientras Anne se afirmaba contra el tablero yo apreté despiadadamente el freno, mientras el coche se atravesaba completamente en el camino y el olor a goma quemada hendía los aires. No tuve tiempo de estudiar el terreno. Elegí simplemente una abertura entre dos árboles y me dirigí hacia ella. El auto se hamacó, rebotó y se hundió de narices cuesta abajo. Fue a dar con las ruedas delanteras dentro de una zanja de drenaje que corría a lo largo del terraplén inferior sobre el cual estaban plantados los árboles.

Apagué los faros y me trepé a la cresta del terraplén donde me tiré al piso para observar el camino. El Mercedes no estaba tan lejos como yo había pensado. Casi de inmediato lo vi pasar rugiendo.

Me arrastré por el terraplén hasta la Ferrari; encendí el motor y la hice subir la cuesta marcha atrás.

—¿Y ahora? —preguntó Anne cuando doblamos hacia el Sur, hacia Dijon—. ¿Italia?

—Sí.

—No lo lograremos jamás. Nos esperarán en todos los caminos que cruzan la frontera. No los conoces como yo.

—Es una apuesta ganada —estiré una mano hacia atrás y palpé una valija apoyada contra el asiento. Parecía una valija barata, de esas de cartón. La levanté y la coloqué sobre las faldas de Anne.

—Ábrela y fíjate que hay dentro.

Se inclinó sobre la valija para explorarla.

—Un saco, pantalones, algunos pares de medias en una bolsa de papel, artículos de tocador, algunas otras ropas. ¿Qué es lo que quieres que encuentre?

—Dinero y un pasaje de ferrocarril a Milán. Mira otra vez, ¡Maldito sea!

Así lo hizo.

—Aguarda, en esta bolsa además de las medias hay algo más. Dinero y el pasaje de ferrocarril. Pero ¿de qué sirve un sólo pasaje?

—¿De qué servirá el otro si no hay pasaporte para acompañarlo?

—¿Cuánto dinero hay?

Anne encendió la luz del tablero e hizo sonar los billetes al contarlos.

—Cien francos.

Después de todo Matilde había cumplido con su parte del trato. Algún día si continuaba mi suerte, aún podría retribuirle enviando a su esposo a la cárcel o a la guillotina.

Pregunté a Anne.

—¿Tienes algo de dinero?

—No.

—Alguna alhaja, ¿algo que pueda venderse?

—Sólo mi alianza.

Comenzó a tironear la estrecha banda de oro que tenía en el dedo pero le dije:

—No, tenla nomás, La venderemos sólo si es muy necesario, porque aún con lo que nos den por ella, andaremos muy escasos.

—¿Escasos? Recuerda que yo no tengo nada. No puedo viajar muy lejos de este modo. Necesito ropa y algunas otras cosas. Cien francos es menos que nada si en verdad te propones llegar a Venecia.

Me di cuenta de que no se estaba quejando, sino solamente planteando el caso tal cual lo veía. Era evidente que su modo de vida no la había preparado para comprender el valor del dinero en denominadores bajos. Los zapatos que vestía como la cosa más natural costaban más de cien francos, los vestidos de noche que llenaban el armario, costaban más de unos cuantos miles de francos cada uno, el auto en que viajábamos estaba por encima de los setenta u ochenta mil francos. Para ella, cien francos, veinte dólares de vida, era la suma que ponía en su monedero para almorzar y comprar un paquete de cigarrillos.

Le dije:

—Déjame explicarte. Si a ti no te importa sentarte con los campesinos, la tarifa de tren en la asoleada Italia, asciende a cinco francos por hora. Como de Milán a Venecia hay unas cinco horas, dejaremos cuarenta francos para el viaje y diez más para movilizarnos en Venecia. La cuenta de comidas tampoco nos hará quebrar. Podemos estar dos días a pan, queso y vino por unos veinte francos. Eso significa que nos quedarían treinta francos para lujos. Puedes tomar la mitad para tus compras.

—Estás bromeando.

—Diablos, si lo estoy. Ponte ahora el dinero y el pasaje en el bolsillo y no los pierdas de vista.” ¿Hablas italiano?

—Muy poco.

—Mejor entonces; menos probabilidad de que delates el juego.

Llegamos a la estación de Dijon, diez minutos antes de la hora del tren y estacioné el auto en una calle lateral, a sólo una cuadra de distancia.

—Escucha atentamente —le dije— esto es lo que debes hacer paso a paso. Compra todos los diarios de París que encuentres en el kiosko y luego aguarda en la sala de señoras hasta que el tren se detenga. ¿Has cenado?

—No.

—Entonces compra también algunas barras de chocolate. Cuando el tren entre a la estación te diriges directamente al compartimiento y te aseguras que la cortina de la ventana esté cerrada. La litera estará lista probablemente pero si no lo está, dile al camarero que no te sientes bien y que deseas que te la haga de inmediato. Y en primer lugar ve si puedes despreocuparte de la declaración de aduana. ¿Entendiste?

—Sí, pero ¿dónde estarás tú?

—Ocultando el auto. Es demasiado acusador para dejarlo a la intemperie. Cualquiera podría reconocerlo.

—¿Pero si me dejas sola y algo sale mal...?

—Nada puede salir mal —le contesté deseando poder creer mis propias palabras—. Dime ahora el número del compartimiento.

Anne colocó el pasaje bajo la luz del tablero.

—Compartimiento 2, vagón 8.

—Me reuniré contigo allí. No tenemos demasiado tiempo.

Salió del coche, arrastrando la valija tras ella, y al cerrar la puerta deslizó:

—Por favor, cuídate.

—Es un poco tarde para eso, ¿no crees? —le contesté y a juzgar por su expresión pareció como si la hubiera abofeteado otra vez. Se dio vuelta bruscamente y comenzó a andar calle abajo.

En la cuadra siguiente encontré un garaje, el encargado se aprestaba para bajar la cortina y dar por finalizado el día de labor.

¡Cerrado, cerrado! —gritó haciéndome señas para que retrocediera y tuvo que saltar hacia un costado, cuando lancé el

coche a través de la vereda y lo introduje al interior mugriento e inundado de olor a aceite.

Corrió hacia mí para hacerme frente mientras yo emergía tras el volante.

—*Peut-être vous avez le coco fêle?* ¿Tiene un tapón en el oído? ¿No me oyó gritarle que está cerrado? ¿No es suficiente dedicarles doce horas diarias a los malditos clientes?

—Serénese —le contesté— no tengo apuro. Puede hacer el trabajo mañana.

— ¿Qué trabajo?

—Controlar el punto, nada más. Estaré de vuelta mañana por la tarde para llevármela.

Vi que se estaba deleitando con las líneas de la Ferrari como quien estudia a Brigitte, envuelta en una toalla.

—Está bien —convino.

El tren se estaba deteniendo cuando llegué a la estación después de una corrida mortal. Vi que Anne trepaba a bordo pero permanecí oculto, fuera de la vista, hasta que el guarda hizo sonar el pito de partida, momento en que corrí hacia el vagón. Al entrar al vestíbulo el tren ya se deslizaba fuera de la estación, ganaba velocidad, rechinando en los desvíos. Ya estábamos camino al Sur, a través de la noche.

Me quedaban tres cigarrillos del paquete que Jeanne Marie me había traído con el desayuno y aunque teníamos una larga noche por delante, encendí uno. Estaba ansioso por ponerme a cubierto, pero debía asegurarme que el camarero ya había abandonado el camarote de Anne antes de entrar en él. Mientras remoloneaba en el vestíbulo, el cigarrillo me haría aparecer un poco más a mis anchas.

En efecto, debe haberme hecho aparecer demasiado a mis anchas. Un grupo vivaracho de mujeres de edad mediana, turistas americanas, dirigidas por una pequeña e inquieta guía de turismo, invadió el recinto, de paso hacia las literas. Una de ellas, réplica en soltero de Matilde Vosiers, me miró con los ojos brillantes de interés.

— ¡Qué bien, estos franceses! —susurró en voz no tan baja en un purísimo americano central— ¡Mira si no es magnífico, Adele! —por lo cual todas procedieron a examinarme mientras desfilaban, tanto que me sentí como un animal tras las barras del zoológico.

Cuando terminé el cigarrillo, el corredor que tenía por delante estaba vacío. Llegué al Compartimiento 2, del Vagón 8, sin encontrarme con ningún empleado inquisidor en el camino. Encontré la puerta sin llave, entré y la cerré tras de mí.

Anne estaba de pie en el estrecho espacio que quedaba entre la litera abierta y el armario, que era más o menos todo el lugar que brindaba el compartimiento. Se la veía completamente descontrolada.

—Me alegro que hayas aparecido —dijo en un débil tono de voz —, ya me invadía el pánico.

—No hay razón para sentir pánico. ¿Conseguiste las declaraciones de aduana del empleado ferroviario?

—Sí, ya la firmé y la entregué junto con mi pasaporte. También le di el dinero para que lo cambie en liras. Y le pregunté sobre las combinaciones con Venecia. Me dijo que llegaremos a Milán a las tres de la mañana y que el tren para Venecia llega a eso de las cuatro. Si no, también podemos permanecer en la estación de Milán hasta las siete.

— ¿Por qué habríamos de hacer eso?

—No fue idea mía. Parecía pensar que el primer tren para Venecia no era para mí. Es todo tercera clase.

—Pero el precio es muy conveniente y estaremos ya en Venecia mientras tus amigos aún nos buscan por París.

L.as ventanillas de la nariz de Anne parecieron arder.

—¿Hay necesidad de llamarlos de ese modo? —me increpó.

—Está bien, habla en voz baja. Se puede escuchar todo a través de éstas paredes. Se supone que tú viajas sola aquí.

—¿Qué ocurrirá entonces cuando el guarda regrese con el dinero y el pasaporte? ¿Dónde te colocarás? No hay lugar para esconderse aquí.

—No tienes mucha confianza en esta empresa, ¿no es cierto?

—No, deseo tenerla, pero no puedo.

—Entonces haz exactamente lo que yo te indico. Confío que llevaras algo bajo ese vestido ¿no?

—Lo mínimo indispensable.

—Es suficiente. Ahora sácate la ropa y cuélgala en esos ganchos, para que se vean bien. Los zapatos y las medias puedes ponerlos en la cómoda.

Titubeó por un momento, pero luego se desvistió obediente mientras yo escondía la pistola bajo la almohada y me extendía sobre la cama. Una frazada extra; firmemente arrollada, formaba un almohadón protector entre la litera y la pared, la desenrollé y me la eché encima. Luego Anne se deslizó bajo los cobertores y yo apagué las luces del techo de modo que el compartimiento estaba iluminado solamente por el pálido brillo de la lamparita para leer que había en la cabecera de la cama.

Anne, en efecto, vestía el mínimo más indispensable de ropa interior y su cuerpo, donde mi mano lo tocó, tenía piel de gallina. Pero ni pestañeó a mi tacto, ni trató de retirarse.

— ¿Alcanzas el picaporte desde aquí? —le pregunté.

Extendió un brazo para verificarlo.

—Sí.

—Entonces cuando venga el empleado, abre de ese modo y toma el dinero y el pasaporte sin permitirle entrar.

— ¿Y qué pasa si quiere revisar la valija?

—No, no lo hará. Veamos el diario, ahora ¿qué diario es?

—*France Soir.* Era el único que había de París.

Se me elevó el ánimo a medida que pasaba las primeras páginas. No había ninguna mención sobre el asesinato de Louis, y eso podía significar que el hecho no había suscitado suficiente interés como para llamar a una alarma general. Pero en la página cuatro, me encontré con las buenas noticias. Estaba mi retrato, sin duda recogido de los archivos deportivos y debajo de él, había una crónica detallada del asesinato. La leí. Era como leer una acusación fiscal en

mi contra, preparada por Leon Becque, un caso asfixiante, imposible de ganarlo.

Le mostré la noticia a Anne y ella asintió:

—Lo leí mientras esperaba el tren.

— ¿Es el mismo cuento que Claude te contó sobre mí?

—Sí.

— ¿Y tú le creíste?

—Ni siquiera simulaba creerlo él mismo. —Cerró los ojos y permaneció quieta. Luego agregó con voz remota.

—Cuando me dijo que se trataba de tu mejor amigo, supe que era Louis. ¡Qué terrible!

— ¿Te parece? —le dije perversamente—, no sabía que Louis significaba tanto para ti.

—Sabía lo que significaba para ti.

—Muy conmovedor.

— ¡Dios mío! —exclamó Anne— si eres incapaz de comprender como yo...

—No me importa eso. El hombre que mató a Louis fue el mismo que después entregó a Paul a su abuela. ¿Quién es?

—No sé. Probablemente alguien enviado por Charles Leschenhaut.

— ¿Leschenhaut?

—Él es el cabecilla de toda la organización —respondió Anne con hastío—, él planea, él da las órdenes.

De modo que así era. Al hacerle saber estúpidamente a Leschenhaut que no podría trabajar con él sobre mis cuentos, el fin de semana venidero, porque Anne tenía otros planes para mí, sospechó inmediatamente de qué se trataban los planes. Y cuando el espía, Leon Becque, trajo a Eliane al departamento de Veronique para festejar su compromiso, obtuvo lo que le faltaba para confirmar sus sospechas.

Se lo dije a Anne.

—Es culpa mía, por ser tan crédulo —comenté con amargura.

Sus ojos se ensancharon. Estaban fijos sobre la bóveda del techo sobre nuestras cabezas.

—Cuando se trata de sumar culpas —susurró—, cuando pienso en lo que te he hecho...

No se lo discutí. Era la pura verdad.

— ¿Y a Sidney Scott? —pregunté.

—Sí.

— ¿Qué le pasó, realmente?

—Lo mataron.

—¿Quién?

—Todos ellos. Esa noche me llamaron para decirme que Madame Cesira estaba a la muerte y que debía hacerme llevar por Sidney Scott junto con Paul a la rue de Saint Louis de inmediato. Allí lo mataron a Sidney. Lo ahogaron en la bañadera, como si fuese un animalito indefenso. Yo no lo vi porque no bien entré, me dieron un trago que contenía algo que me abatió completamente. Pero Gabrielle de Gonde me contó después. Esa perra hipócrita del rostro tan dulce, se divertía al contarme lo fácil que era tener que sacar del agua solamente los tobillos de una persona.

—¿Por qué lo mataron?

—Porque le conté todo, para que nos ayudara a Paul y a mí a huir del país. Esa misma tarde fue a contarle a Bernard. Yo no sabía que confiaba tan completamente en Bernard, yo no supe que eran amantes, hasta que todo estuvo concluido.

—De modo que el relato que hiciste a la policía...

—Fueron Leschenhaut y el médico que dirige el sanatorio, el doctor Linder, los que inventaron ese cuento.

—Y cuando Max Marchat —añadí—, tu buen y respetable abogado, leyó la transcripción de la entrevista con la policía, sospechó que tú mentías. Después de un tiempo cometió el error de preguntar a ciertas personas algunas cosas embarazosas y ese fue el fin.

—¿Cómo sabes eso?

—Porque conociendo la O.E.I. no es difícil adivinar las respuestas. ¿Quieres saber otra de las respuestas que he descifrado? Es muy arriesgado entregar más de un cuarto millón de dólares por año para un grupo como la O.E.I., con todos los oficiosos empleados bancarios y recaudadores de impuestos que podrían tornarse curiosos al respecto. Pero se le puede entregar perdiéndolo en cuotas, con alguien llamado Spinosi, que dirige un casino en Saint-Cloud. Spinosi no se guarda el dinero. Es un agente de la O.E.I. y se los pasa. ¿No es así?

—Sí.

—Entonces con Leschenhaut, como presidente del Club y Spinosi de tesorero, ¿qué hace Morillon? ¿Sargento? ¿Ejecutor?

Sentí que Anne se tornaba rígida al oír esto pero no dijo nada,

—¿Y bien? —inquirí, enojado.

Anne permanecía aún en silencio. La ceguera por Morillon podría haberse marchitado pero la lealtad permanecia, era un sentimiento compuesto por las experiencias compartidas, por tórridas sesiones en la cama.

—¿Puedo tomar un cigarrillo, por favor? —preguntó Anne con voz tensa.

Tenía el paquete medio salido del bolsillo pero lo empujé hacia adentro.

—Me quedan sólo dos. Si no tienes los tuyos, tendrás que arreglártelas sin ninguno.

—Entonces me las arreglaré sin ninguno.

A continuación se recostó con las manos tomadas sobre el pecho, como la efigie de la esposa de un cruzado, en la tapa de un sarcófago. Un golpe en la puerta del compartimiento le hizo cambiar de postura.

—Madame, tengo el dinero y el pasaporte.

Apagué la luz rápidamente me tiré la frazada sobre la cabeza y tomé la pistola por debajo de la almohada.

—Bien, —dije—, ya sabes lo que debes hacer.

Sentí que Anne cambiaba de posición, oí el “click” del cerrojo.

—El pasaporte, Madame y estas doce mil liras.

—Muchas gracias.

—Madame, hay que firmar un recibo por el dinero.

Contuve el aliento cuando Anne se deslizó fuera de la litera.

—Aquí va la firma, Madame. ¡Ya está! Buenas noches, que duerma bien.

La puerta se cerró. El cerrojo fue colocado violentamente en su lugar. Casi asfixiado arrojé a un lado la frazada y prendí la luz. Mi arrebato de calor no disminuyó precisamente, a la vista de Anne, que estaba allí de píe, con unas escasas pulgadas de seda y cintas por toda vestimenta.

Tuve que esforzarme por no clavarle los ojos.

—Lo logramos, finalmente —dije.

—Creo que sí.

Anne puso el pasaporte en el bolsillo del pulóver que estaba en la percha, me entregó el dinero y sin la menor conciencia de sí se deslizó nuevamente en la cucheta. Me estiré para alcanzar la llave de luz teniendo presente la placentera presión del hombro desnudo y de esas suaves y redondas caderas contra mí, al moverme, pero Anne pidió.

—No, deja la luz prendida.

—¿Por qué? ¿Tienes miedo de la oscuridad?

—Sí.

Noté que era verdad. Saqué mi arrugado paquete de cigarrillos y le ofrecí uno.

—Tal vez esto ayude.

—Muy amable, —respondió con frialdad mientras tomaba. un cigarrillo. Luego sosteniéndolo en alto para que yo pudiera verlo, lenta y deliberadamente lo deshizo en pedacitos, entre los dedos dejando caer los fragmentos al piso.

El tren rugía atravesando las granjas del Jura hacia Suiza. El compartimiento se hamacaba y bamboleaba sin cesar, las paredes crujían de mil modos diferentes. Anne y yo yacíamos uno contra el otro, dentro de los estrechos confines de esa litera, como dos

prisioneros encadenados juntos, cuerpo a cuerpo, pero al mismo tiempo, y estaba seguro que ella sentía lo mismo que yo, nos sentíamos excitados por el contacto.

2

TENÍA una extraña semejanza a un canal, pero yo sabía que debía ser el Truckee River, porque en sus orillas tenía los mojones del Estado de Nevada. Estaba huyendo de casa nuevamente, sólo que esta vez, en lugar de tomar la carretera que salía de la ciudad, me iba a esconder bajo los arbustos vecinos al río, hasta alcanzar la línea a California. Pero los matorrales me detenían y todas las cosas monstruosas que me seguían, se cerraban en tomo de mí, ¡Fuego! fue la respuesta. Las piñas colgaban como cinturones de granadas desde los árboles achaparrados que me rodeaban. Sólo tenía que arrojar una a la “Cosa” que me perseguía para que ardiera en llamas. Alcancé una piña. Estaba hecha de papel de diario arrugado y se volvió cenizas al tocarla cayendo al piso como si fueran copos de nieve. Y la “cosa” avanzaba hacia mí, con pasos de plomo.

Abrí los ojos temblando de terror. A mi alrededor había un reflejo como de luz mortecina sobre metal, un porta equipaje, un rectángulo oscuro, la sombra de una ventana. Compartimiento N°. 2, vagón 8, del rápido de la noche París-Milán.

Anne recostada contra mí, dormía profundamente, con la mejilla junto a la mía y el brazo colocado sobre mi pecho. El sonido de su respiración regular era lo único que se podía oír en el misterioso silencio que nos rodeaba.

¿Silencio? Eso quería decir que el tren estaba detenido.

El silencio se quebró repentinamente por el golpeteo de pasos en el pasillo. Pasos pesados, autoritarios y una voz imperiosa.

—*Alors, Chaque compartiment, vous comprenez”.*

Francés pero con. un fuerte acento teutónico.

—*Oui, Monsieur l'Inspecteur.*

Suavemente puse mi mano sobre la boca de Anne. Abrió los ojos de par en par y miró fijamente.

—Es la policía —susurré.

—No emitas ni un sólo sonido.

Asintió y retiró mi mano de la boca. Haciendo el menor ruido posible, me descolgué al piso por encima de ella, apagué la luz y levanté la cortinilla de la ventana. La ventana estaba opaca por la niebla. Al limpiar un pedazo con la punta de los dedos, no distinguí figura humana alguna, en la azulada claridad exterior deformada por el vidrio, de modo que me arriesgué a abrir la ventana y asomarme para mirar qué ocurría afuera.

Un frío helado me envolvió instantáneamente. El suelo estaba cubierto por una capa de nieve que brillaba bajo los potentes faros de luz fluorescente; la única cosa en movimiento que se distinguía en la blancura, era una pluma de vapor, que salía de la parte trasera del vagón anterior. Me asomé un poco más. Más adelante aparecía la negra vejiga de la entrada de un túnel.

Cuando dos hombres uniformados descendían del vagón siguiente y pasaron junto a mi ventana con paso vivo, cascando la nieve con los pies, me introduje nuevamente en el compartimiento.

— ¿Dónde estamos? —susurró Anne—, está helando.

—Creo que en Simplón. Estamos muy cerca del túnel.

La policía suiza debe estar controlando todos los trenes que vinieron de París. Mira, hay una sola manera de salir de ésta. Ya lo hicimos antes, debemos probar otra vez.

—¡Pero es la policía! Si entran aquí y prenden las luces.

—Eso es lo que deseo que hagan y lo que quiero que hagas tú es que esperes hasta que te dé una señal y luego des un alarido.

Cuidadosamente abrí la puerta del compartimiento y tomé mi puesto en la litera.

—Pero, Reno.

—Calla, escucha. Cuando entren diles que gritaste porque un hombre pasó corriendo por aquí adentro y salió por esa ventana.

Nada más que eso. Ahora cúbreme con esa frazada y apretújate contra mí lo más que puedas. Y no hagas nada antes de que yo te lo diga.

Aguardamos. Los pesados pasos en el pasillo parecían aproximarse. Se oyó un golpeteo perentorio en la puerta del compartimiento vecino. Luego el francés gutural.

—Abrid por favor. Asuntos oficiales.

Apreté mi oreja contra la pared. Voces que protestaban, la del oficial que se elevaba con irritación.

—Lamentable, sí, pero inevitable, Monsieur, el hombre es peligroso. Y sabemos que se encuentra en algún lugar del tren. Un grupo completo de señoras pudo identificarlo a partir de ésta fotografía.

De modo que ese exponente de solterona, la de los ojos brillantes, había tomado demasiada nota de mi existencia al verme en el vestíbulo.

— ¡Ahora! —le ordené a Anne.

Comenzó a temblar incontrolablemente, le castañeaban los dientes:

—No puedo. —Le resultaba difícil aún modular esas palabras— ¡quiero pero no puedo!

—¡Sí puedes! ¡Por Dios! ¡Maldición! Piensa en Paul. ¿Sabes lo fácil que es ahogar un niñito? ¿Sabes cómo estará cuando lo saquen del agua?

Dio un alarido entonces como liberando todo lo que tenía reprimido. Los pasos del compartimiento vecino atronaron el pasillo. La puerta se abrió violentamente de par en par.

—Madame ¿qué pasa? ¿Qué ha ocurrido?

—¡Un hombre! —el cuerpo de Arme hizo fuerza contra el mío—, ¡salió por esa ventana!

—¿Por la ventana? ¡Hijo de puta, es él mismo!

Una voz más profunda. La del inspector.

—¡Naturalmente! No se queden ahí mirando la escena ¡Síganlo! ¡Vayan tras él!

—Ya se ha perdido de vista, inspector. Ya no se ve nadie aquí afuera.

—Entonces se ha pasado al otro lado por debajo del vagón. Tratará de llegar a los bosques. Perdón, Madame, sé en el estado en que se halla pero ¿pudo verlo? ¿Era el de esta fotografía?

—No lo sé. Ocurrió tan repentinamente. Irrumpió aquí…

—Sí, sí, por supuesto Una terrible experiencia. Pero no volverá, se lo aseguro. Me ocuparé de ello personalmente. Un episodio lamentable. Verdaderamente lamentable.

Las voces de ambos oficiales se fueron alejando pero otra tomó su lugar.

—Madame —esta vez se trataba del sudoroso y preocupado empleado de ferrocarril—, si puedo hacer algo por usted...

—Por favor, podría bajar la ventanilla y la cortina.

—¡Cómo no! Así está mejor ¿no es cierto? Pero la habitación no se caldeará como corresponde hasta que el tren arranque y sólo Dios sabe cuánto tiempo más estaremos detenidos aquí. Ya hace media hora. Me temo que ahora no va a poder hacer la combinación con el tren de las cuatro para Venecia, de modo que si desea seguir durmiendo...

—Despiérteme al llegar a Milán de todas maneras.

—Si así lo desea. Y esta vez asegúrese que la puerta esté bien cerrada cuando me vaya. Después de todo una mujer hermosa que viaja sola...

—Está bien. Tendré cuidado con la puerta, buenas noches.

—Y, Madame, en nombre de todo el sindicato de Ferrocarriles Franceses...

—Sé que lo sienten tanto como yo. Buenas noches. Estoy muy cansada.

—Buenas noches, Madame, que duerma bien.

Lo oí contestando en el pasillo las preguntas de algunos pasajeros excitados. Al correr el cerrojo Anne aflojó la presión que ejercía contra mi cuerpo. Al salir de mi escondite se volvió hacia mí y me puso un dedo en los labios. Lentamente el cotorreo de las voces

se fue desvaneciendo y un silencio de muerte descendió nuevamente sobre nosotros. Mientras transcurría el tiempo tuve la sensación de que no había silencio más completo e implacable que el de un tren detenido a medianoche en un paso de los Alpes. La tensión que me invadía me hacía sentir un hormigueo pero debía permanecer en un lugar. La policía, al no hallar rastro alguno de mí por los alrededores volvería probablemente aquí con mayor cautela para hacer otra requisa del tren. Sabían que yo estaba en él. Nunca me permitirían huir de este modo.

Anne tenía los ojos fijos en el techo, los labios retraídos, los dientes apretados.

“Click”.

El sonido era casi imperceptible. Ni siquiera estaba seguro de haberlo oído, en un principio.

“Click, click-click, click-click”.

—Nos movemos —susurró Anne sin poder creerlo.

En efecto. Estábamos en marcha. Las paredes del compartimiento gemían. El ritmo de las ruedas aceleraba.

De pronto el estrépito a vacío se abatió sobre nosotros. Habíamos entrado al túnel.

Puse mis labios muy junto al oído de Anne.

—Todavía no salimos de esto. Esa fue la fotografía que te mostraron, ¿verdad?

—Sí. Era la misma que había en el “France-Soir”.

—Entonces si la policía está buscándome, al llegar a Milán podrán identificarme. Lo mejor será que me escape, cuando el tren aminore la marcha, al entrar a los andenes y encontrarnos en Venecia.

—No —dijo Anne.

—Llegaré allí a alguna hora del día. Sólo tienes que esperarme en la estación.

—No.

Su tono no admitía discusiones al respecto.

—¡Muy bien! —repliqué—, ¿qué pasaría entonces cuando lleguemos a Milán?

—Pensarás algo, siempre lo haces.

—No siempre, señora. Sólo cuando sé contra quién estoy.

Una sensación de ultraje me desbordó.

—¡Jesús! Si me hubieras dicho todo desde un principio. Confiaste en mí lo suficiente como para llevarme a esa casa, pero de ahí en más...

—A Sidney le conté todo. Y sabes lo que le ocurrió. No deseo que te ocurra lo mismo a ti.

—Eso fue un error.

— ¿Que me importara que no te ocurriera lo mismo a ti?

—¡Oh! ¿por qué no tratas de ser sincera, alguna vez? Lo que te importaba era que yo llevara a Paul y a ti a los Estados Unidos. Muy bien eso tiene sentido. Pero el romance que inventaste entre nosotros, esa conmovedora historia de amor en mi beneficio, no era el modo de hacerlo. En realidad nunca existió tal romance, ¿o sí?

Anne tardó un largo rato en responder.

—No —respondió finalmente—, no era posible.

Había logrado por fin arrancarle la verdad. Pero me hizo sentir tan mal que hubiera preferido no haberlo hecho.

—Es Morillon ¿no es cierto? —dije con helado desprecio—, tú sabes lo que él es, lo odias por esa razón pero no puedes vivir sin él, ¿no es así?

— ¿Es que debemos hablar sobre esto?

—Sí. Siempre me he preguntado cómo una mujer puede permitir que un mentiroso, un asesino...

—Tú sabes que él se volvió así sólo porque cree en lo que está haciendo la organización. Ha sacrificado todo en pro de ello.

— ¿Para qué? ¿Para hacer del mundo lo que quisieron Hitler y Stalin? Sólo que esta vez será Charles Leschenhaut quien hará restallar el látigo. ¿Lo recuerdas? Él es el hombre que ha hecho de tu hijo un rehén. Es el hombre por quién Morillon miente y asesina. Pero tú deseas perdonar a Morillon a pesar de eso.

—¡No tiene objeto hablar del asunto! Lo único que deseo es que Paul esté fuera de peligro. Y no me importa lo que ocurra después.

—Es mejor que empieces a preocuparte. ¿Piensas que estarás a salvo en alguna parte con lo que tú sabes sobre la organización?, ¿Sabes cuál será la primera misión que encomendará Leschenhaut a ese hijo de puta del coronel Hardee y sus secuaces yanquis en cuanto pongas un pie en los Estados Unidos?

—Encontraré algún lugar.

—No hasta que todo el lote haya sido destruido, incluyendo a Hubert Morillon. Ahora, responde una pregunta:

Si llega un momento en que debes comparecer ante el tribunal y dar testimonio en su contra, ¿serías capaz de hacerlo?

No dijo una palabra, pero cuando dio vuelta abruptamente la cabeza hacia el otro lado, supe la respuesta. La tomé de la barbilla y la obligué a mirarme. En sus ojos brillaban unas lágrimas.

—¡Idiota! —le dije casi compadeciéndola—, ¿piensas en serio que puedes huir toda la vida? Sólo porque alguna vez creíste estar enamorada de él...

—Más que eso.

— ¿Más que eso?

—Me casé con él —contestó Anne—, él es Henri de Villemont, mi marido.

3

DESDE un principio había sido astuto como una serpiente que yace sobre el suelo y no se puede ver, porque está cubierta por el polvo. Mucho más que otros, era él el responsable por la fundación de la O.A.S., *"Organisation del Armée Secrete",* en el Norte de África, pero de buen grado dejaba que otros llevaran el mérito. Cuando los colonos se rebelaron contra el gobierno en 1960, fue el coronel Henri de Villemont quien dirigió esas fuerzas, aunque prefirió

hacerlo por intermedio de sus cuñados, y mantenerse en el anonimato. Al organizar los generales la revuelta en 1961, fue este coronel quién los dirigía, quien alimentó sus sueños napoleónicos, desvaneció la desconfianza que existía entre ellos y vigiló que no desesperaran en los momentos de crisis, pero siempre entre bambalinas, como un poder detrás del trono. Fanático sí, pero tonto jamás. Sabía que podrían surgir inconvenientes en el camino y deseaba estar en condiciones de volver a reunir las fuerzas una vez superados éstos. Nadie a quien el gobierno hubiera apresado por traidor y estuviera pudriéndose en la cárcel estaría en condiciones de hacerlo.

Por supuesto, contaba con medios de acción eficaces, aún permaneciendo anónimo. Sus cuñados, Claude de Gonde y Edmond Vosiers, eran los cabecillas entre los colonos civiles. Su esposa era una pueril heredera americana, tan ignorante en cuestiones de política como un gatito, y le suministraba de buen grado el capital que él exigía. Su madre, la más fanática de sus seguidores, ocupaba un destacado lugar en los sectores sociales de más influencia del continente. Pero por sobre todo, su padre había sido el general Sebastián de Villemont, aquel gran guerrero, héroe de la República, amigo de de Gaulle y Leclerc y uno de los primeros en atacar a Petain por traicionar a Francia con Hitler. Cuando los dirigentes de mayor relieve de la O.A.S. agudizaban su reverencia por la figura de Petain, el coronel Henri de Villemont llamaba públicamente la atención, recordando la condena que del viejo mariscal había hecho su padre. ¿Quién había de sospechar que este joven oficial está vinculado a la O.A.S. o algo aún más increíble: que era uno de sus dirigentes?

Por ironía del destino, fue la adoración por el padre lo que condujo al hijo por el sendero de la traición. Hubo muchos integrantes de los cuarteles del Norte de África que lloraron abiertamente aquel negro día de 1954 cuando la desgarradora noticia de la derrota en Dienbienphu fue anunciada, pero el coronel Henri de Villemont no lloró. Sentado en la soledad de su cuartel, enfermo de horror por una

imagen de la cual no podía desembarazarse, los colores de Francia arrastrados en el polvo por una pandilla de pequeños orientales, roñosos y semidesnudos, pensaba cómo su padre había dado la vida luchando por la gloria de Francia para que ahora ocurriera esto con ella. Dienbienphu fue más que una derrota para Francia, fue una profanación de la memoria del general de Villemont. Y las personas responsables del hecho, no los soldados que habían conducido al ejército derrotado, sino los políticos de París que lo habían traicionado, pudieron del mismo modo haber abierto la tumba del general y haber escupido sobre sus despojos.

Entonces mientras ese día otros lloraban y se emborrachaban, el coronel Henri de Villemont se mantenía sobrio, estudiando el futuro con los ojos secos. Veía que el Norte de África correría idéntica suerte que Indo-China. Una guerra entre los nativos y los colonos que les habían traído la civilización una guerra interminable y devastadora, que terminaría por destrozar los nervios de los políticos y separaría otro de los miembros del ya mutilado cuerpo del imperio. Había sólo una manera de impedir este desastre. El mismo ejército, columna vertebral de Francia, debía estar listo para que llegado el momento en que los políticos llamaran a retirarse, y pudiera entonces poner las cosas en claro de una buena vez.

Pero hasta la serpiente más astuta puede detectarse a veces al deslizarse entre el polvo. En 1960, una comisión liderada por un abogado ultra respetable, de nombre Max Marchat, fue enviada desde París, para investigar las operaciones del ejército en Argelia y especialmente las curiosas actividades que algunos oficiales estaban desarrollando en esa zona. El mismo Max Marchat, fue prestamente encandilado por los encantos del simpático coronel de Villemont. La esposa del coronel era dueña de una vasta fortuna. ¿Sería tan amable Monsieur Marchat en aceptar la representación legal de Madame, en París, y ocuparse de sus intereses, a cambio de honorarios dignos de consideración? Monsieur Marchat, con un ojo en la bella Madame de Villemont y el otro en la retribución, aceptó. De modo que su informe a París, no incluyó una sola palabra sobre

ciertos rumores que afectaban al coronel de Villemont. Después de todo, ¿quién que fuera realmente culpable de traición, contrataría como abogado a la cabeza de la comisión investigadora?

Pero uno de los miembros de la comisión, un turbulento periodista no se persuadió tan fácilmente. Vio la serpiente y se abocó a trabajar, tratando de pisarle la cabeza, pero cuando hubo demostrado ser realmente peligroso, fue despachado al estilo americano. Un día mientras se hallaba sentado en frente de un café, en Bougie, un auto circuló lentamente a su lado y una metralleta abrió fuego sobre él. Tanto el periodista como el camarero que lo atendía, fueron acribillados a balazos ante los ojos de una docena de testigos que al ser interrogados por la policía, resultaron no haber visto nada.

Ése fue el error del coronel Villemont. El periodista partió pero quedaron sus notas y al caer en manos enemigas hicieron caer sobre él las sospechas oficiales. En la revuelta militar de 1960, fue señalado como uno de los líderes de la O.A.S: y al ser sofocado el levantamiento, adivinó que sería fusilado.

Entonces, ¿qué hacer? ¿Suicidarse? ¿Huir? ¿Rendirse?

Fue Charles Leschenhaut, ex-sacerdote, ex-comunista, editor de *La Foudre* e inventor de la *methode,* la sociedad colmena del futuro, el que le sugirió una solución mucho más feliz que todas estas. El coronel y Leschenhaut habían llegado a conocerse muy bien durante esos últimos años; se admiraban y confiaban uno en el otro. También fue Leschenhaut quien señaló en una oportunidad que una vez que la O.A.S., se hubiera apoderado del poder en Francia, la organización debía transformarse en una *Organisation d'Élite Internacionale,* tomar contacto con organizaciones simpatizantes de otros países y establecer la *methode* como sistema social para el mundo entero.

¿Acaso la derrota de la O.A.S. cambió la imagen que demandaba ahora del coronel? En lo más mínimo. En primer lugar, el núcleo que dirigía la O.A.S. debía tomar medidas para sobrevivir al golpe. Debían entonces unificarse en la O.E.I. y continuar su trabajo clandestino. Por sobre todas las cosas, la nueva organización debía expandirse más allá de las fronteras, reunirse con células de

estalinistas disgustados de detrás de la Cortina de Hierro, partidas de galantes y tozudos neo-nazis y neo-fascistas, de este otro lado, para crear una autoridad más poderosa que la de cualquier estado, ¡Con Leschenhaut como jefe ejecutivo de la organización y con Henri de Villemont como administrador general!

De todo esto, del papel de su marido en la O.A.S., de esas actividades secretas, Anne Devereux de Villemont, nada sabía y nadie del pequeño y estrecho círculo de *colons* que la rodeaba estaba dispuesto a iluminarla. Tampoco tenía a nadie en los Estados Unidos con quién pudiera comunicarse. Tal vez ésta haya sido una de las razones, por la cual el coronel Henri de Villemont estaba tan satisfecho con su matrimonio, con esta mujer tan extraordinariamente hermosa, como extraordinariamente cándida y mal informada.

Cuando tenía cinco años, sus padres, correctos nativos de Boston, habían muerto en un accidente aéreo *y* una tía, que contaba con espacio para alojarla en su mansión en Louisburg Square, la había tomado a su cargo, Al alcanzar los doce años, el tío, otrora un hombre frío y taciturno, comenzó a sentir algo más que un amable interés por ella y la ultrajada tía la envió a la Academia de la Madre Misericordiosa, en las afueras de la ciudad, donde transcurrió a salvo los seis años siguientes, lejos del alcance de su tío. La Academia era más un claustro que una escuela; la vida era mezquina y solitaria y la joven Anne Devereux, tímida y retraída, respondía a la soledad con una gran devoción religiosa y sueños románticos. Los sueños se hicieron realidad antes de lo esperado. Al finalizar los estudios fue invitada por los padres de una amiga a reunirse con ellos y con su hija en un crucero por el Mediterráneo. Un funcionario del consulado americano en Argelia le presentó al atractivo coronel de Villemont y un mes más tarde contraían matrimonio.

El primer año de casada le resultó extraño y difícil. Como marido, Henri era cortés y cumplido pero no mucho más. En la poco evolucionada vida social de los colonos ricos, la misma gente diciendo las mismas cosas, mientras bebían los mismos tragos helados, un sofocante día tras otro, se aburría a punto de

enloquecer. Se le agriaron el carácter y la lengua. Eran frecuentes las batallas campales contra los miembros de su familia política, que se dedicaban a supervisar cada uno de sus movimientos.

Más tarde, con el nacimiento del hijo, la vida se tornó dorada. Ya no le importaba más que Henri la abandonara para abocarse a sus otras actividades; Paul llenaba sus días. Pero resultó ser que Henri fue como padre, lo que nunca había sido como marido. Adoraba al niño, le dedicaba todos los ratos libres de que podía disponer entre sus deberes, y hablaba a Anne sobre él, con un cariño que no había demostrado sentir por ninguna otra persona.

De lo que no hablaba era de la vida secreta como conspirador, por lo cual Anne permaneció ignorante hasta último momento. Entonces, llegado el momento, tuvo que comunicarle todo de una sola vez. Esto tuvo lugar tras puertas cerradas, en presencia de Madame Cesira y Charles Leschenhaut, como para asegurarse que la revelación tenía testigos apropiados.

El relato frío y desapasionado de cuáles habían sido las actividades de su esposo, esos últimos cinco años, fue suficiente para dejarla en un estado de total conmoción; lo que vino a continuación fue peor aún. La mañana siguiente el coronel de Villemont, morocho, de ojos oscuros y bigote prolijo, sería asesinado mientras se hallaba el cumplimiento del deber. La tarde siguiente, el doctor Hubert Morillon, de tipo extremadamente nórdico, rubio, ojos azules, afeitado totalmente, llegaría al aeropuerto de Madrid para tener una conferencia con el eminente doctor Félix Linder, que necesitaba un asistente personal en su sanatorio de Issy. Leschenhaut se había ocupado de tener listo un pasaporte que coincidiera con la foto retocada del coronel. Las tinturas para el cabello, los lentes de contacto y unos anteojos de apariencia académica, que completarían la metamorfosis de coronel a doctor, también se hallaban a mano. Y lo más importante se había obtenido de la morgue un cadáver que se asemejara al coronel y que estaba aguardando el momento de ser utilizado. Era una lástima que la ofuscada Madame Anne de Villemont, estremecida de horror, tuviera

que enterarse de todos estos detalles pero su marido no tenía intención de renunciar a esposa e hijo para siempre, tal vez ver a su esposa encaminarse inocentemente a una relación bígama, y entonces no había forma de ocultarle el secreto. El coronel podría estar oficialmente muerto, pero ciertamente el doctor iba a ser parte de su vida una vez que ella y la familia se hubieran instalado en París.

¿Había entendido Madame todo esto? ¿Había comprendido que el secreto que nunca debía confiar a alma alguna sobre la tierra, era que su marido aún vivía y estaba en perfecto estado? Eso le martilleaba cruelmente Leschenhaut. Y despiadadamente continuaba diciendo: “Recuerde esto. Si Henri es traicionado ya sea por un descuido o por estupidez de su parte, su hijo responderá por él. ¡Aguarden! ordenó, ya que aún Madame Cesira se sobresaltó al oír esto. “Piénsenlo detenidamente, amigos. Vean si esto no nos da la seguridad de que no habrá, delación ni de Henri, ni de la organización. Sé lo que significa el niño para todos ustedes. Si no lo supiera, esta advertencia no tendría sentido. Pero la advertencia es sincera. Si ustedes no comparten mi punto de vista, díganlo ya mismo y nos separamos. Deberán tomar su propio camino, entonces. Mi camino es el de la Organización.

Abandonó la habitación para permitirles discutir el asunto entre ellos. De Villemont recorría con paso firme la habitación, mordiéndose el labio, con el rostro descompuesto.

Madame Cesira sentada, parecía la estatua de la justicia implacable.

—No es chiste, —dijo por fin Villemont—, Charles es un hombre de palabra.

—¿Acaso lo hubieras aceptado como socio si no lo fuese? —preguntó Madame Cesira.

—Es verdad, pero...

—Hubo muchos hijos romanos que sirvieron de rehenes —dijo Madame Cesira—, El hijo del gran rey Francisco, tomó su lugar en una prisión de España ¿Piensas que amo a Paul menos que tú?

Pero, como siempre decía tu padre, el deber viene antes que el amor, el honor antes que el sentimiento. Esto nunca ha tenido mayor vigencia que ahora, cuando se trata del mundo y de ti, el líder del movimiento de la salvación. Además si tu esposa se comporta como es debido, —Madame Cesira nunca se refería a Anne por su nombre siempre la nombraba como “tu esposa” o “la esposa de mi hijo”—, no puede ocurrirle nada a Paul. Queda librado a su criterio si desea ser la asesina de su marido y de su hijo.

De Villemont consideró esta opinión y finalmente asintió: —Si, depende de ella.

Anne todavía se encontraba en estado de conmoción, cuando a la mañana siguiente, bien temprano, vistieron cuidadosamente con el uniforme de su marido al cadáver que se le asemejaba, lo llevaron al garaje de la parte posterior de la casa y lo recostaron en el asiento trasero del coche oficial, estacionado allí. Georges condujo el auto hasta la calle donde los transeúntes pudieran observar el cuerpo, hundido en posición de dormitar. Detrás de la cortina de una ventana del piso alto, la familia se reunía para presenciar el hecho. Anne estaba entre ellos como una espectadora más de ese ritual macabro, aborreciendo el espectáculo pero absolutamente incapaz de retirar los ojos de él.

Georges dejó el auto estacionado en ese lugar y subió apresurado los escalones de la entrada. El coronel, así diría el cuento, había olvidado la pistola sobre la cómoda y había ordenado a Georges ir a recogerla. Un pequeño Citroën en deplorable estado, avanzaba por la calle y se detuvo junto al coche oficial. Un hombre saltó de él y con un rápido movimiento arrojó una granada por la ventana de la parte trasera del auto. El plan era perfecto. No utilizaron una granada fragmentaria sino una de fósforo que estalló, con una explosión de color blanco suficientemente potente como para fundir el acero y convertirlo en un líquido hirviente. Hubo un momento de peligro. Una gota del líquido hirviendo salpicó al agresor en el rostro. Dio un alarido y se tambaleó de dolor pero aún medio ciego pudo colocarse tras el volante de su vehículo y escapar a tiempo.

Entretanto el auto oficial ardía y el cuerpo que había dentro se incineraba, hasta convertirse en un trozo de carne carbonizada y girones de uniforme. La única pista dejada por el hombre que arrojó la bomba, fue un manojo de panfletos del F.L.N. que hizo saltar por el aire al huir. Eran los panfletos utilizados habitualmente por el movimiento de liberación argelino, y que reclamaban que Francia pusiera fin a la opresión.

El plan era perfecto. Tan perfecto que el primer testigo que arribó a la escena del hecho, fue el propio agente que el gobierno había designado en la casa de enfrente, para vigilar al coronel de Villemont y asegurarse que no se escurriera de la red que se le estaba cerrando en torno. Ese mismo día debía ser arrestado. El agente casi no podía ocultar su desilusión, al ver que cierto musulmán vengativo, había tomado cartas en el asunto que le concernía, antes de que él hubiera podido concretar el arresto.

De modo que el coronel Henri de Villemont estaba oficialmente muerto y nacía el doctor Hubert Morillon. Vistiendo un discreto mufti, y llevando en sus manos un portafolio que contenía papeles de medicina y correspondencia con el doctor Félix Linder, se reunió por breves instantes a la turba que se congregó alrededor del coche oficial en llamas, hizo una sabia observación sobre los horrores de la guerra y tomó un taxi para el aeropuerto. Eso había sido lo último que había visto Anne de su marido, hasta que la familia se trasladó a París y se instaló en la casa de la rue de Courcelles. Para entonces, la cirugía plástica le había acortado un poco la nariz y le había estirado la piel de alrededor de los ojos, transformándolo tan completa y sutilmente, que cuando este desconocido rubio de ojos azules hizo su primera aparición, ni ella misma lo reconoció.

Una vez que el expediente sobre el coronel de Villemont fue rotulado “causa cerrada por muerte del sujeto”, el doctor Hubert de Morillon pudo moverse de un lado a otro, atravesar fronteras, cimentando la estructura de la O.E.I. y llevando a cabo los asesinatos, (el atentado contra de Gaulle en 1962 fue uno de sus pocos fracasos) pero el precio de su libertad era bien alto. Aparte de

sus actividades políticas, si había algo que su corazón amaba, eso era su hijo. Pero como Leschenhaut había señalado, era mejor no establecer contacto alguno con el niño, hasta que fuera lo suficientemente grande como para compartir el secreto con el padre. El ojo del hijo podría penetrar en el disfraz, la lengua de un niño puede moverse sin cautela, de modo que era más seguro permanecer a distancia antes que arriesgar esto. En realidad, lo más seguro era vivir fuera de la casa de la rue de Courcelles, porque si bien todos los sirvientes sabían el secreto y podía confiarse en ellos, cabía la posibilidad de encontrarse con antiguas amistades, en las cuales no se tenía la misma confianza. La presencia de de Villemont en la cena ofrecida en honor de Leschenhaut, era una flagrante omisión de este precepto. Es que el coronel no podía contener por más tiempo el deseo que lo atormentaba de encontrarse cara a cara con el preceptor de su hijo. Había oído muchas cosas sobre el joven americano que vivía en el departamento de su esposa y confiaba poder detectar de uno u otro modo durante la reunión, si le estaban engañando. Según lo evidenciado por esa fiesta desastrosa, estuvo seguro de que así era.

Y ahora, a pesar de que esa evidencia no era cierta, yo me encontraba acostado en una cama con su mujer, mientras ella me relataba todo esto y yo intentaba arrebatarle ese hijo. Teníamos poco que agradecernos mutuamente, el coronel Henri de Villemont y yo.

—Respecto al hombre que arrojó la bomba en el coche oficial —pregunté a Anne— ¿se llamaba Leon Becque?

—No, Becque, no. Leon Schaefer. Era oficial de Inteligencia de la Legión y su función era interrogar prisioneros. Tenía una terrible reputación debido a su crueldad. Pero ¿por qué? ¿Lo conoces?

—Lo conozco bajo el nombre de Becque. Es el testigo del asesinato de Louis del que hablan los diarios. Pero si consigo que aparezca ante el tribunal para levantar testimonio en mi contra y yo puedo probar que se trata de Schaefer...

—No es ningún secreto —replicó Anne. Ya estuvo en la cárcel como líder de la O.A.S. Fue liberado por la amnistía general.

El rayo de esperanza que había aparecido en mi horizonte se desvaneció. Argelia era historia antigua, Leon Schaefer era sólo un revolucionario equivocado, que se había reformado y establecido como un pacífico ciudadano vendedor de alfombras, de modo que su relato tendría ante la corte el mismo vigor. Al final, resultaba lo que yo había adivinado de entrada. La Organización debía ser destruida de un solo golpe.

Y yo tenía el poder de hacerlo.

Mientras Anne reflexionaba en silencio, sustraje subrepticiamente de mi cinturón la lista de miembros y le eché una ojeada. Quise morir. Todo lo que allí había eran números. Páginas y páginas cubiertas de números.

Deslicé nuevamente los papeles en mi cintura. No había ninguna duda al respecto, la lista estaba en código. Para el momento en que pudiera ser descodificada, sería ya demasiado tarde para utilizarla con eficacia contra la O.E.I. Por el contrario, yo tenía mucho tiempo para considerar, desde mi posición horizontal, cómo había arriesgado mi posibilidad de huir del Château Laennac por un puñado de papeles inútiles.

El tren aminoró la marcha e hizo una breve parada en Domodossola y luego tomó velocidad en dirección al Sur, contra una furiosa tormenta de lluvia que lavaba las ventanas provocando un impacto tal, que parecía que el vidrio se haría añicos. Pero al menos estábamos en Italia y celebré esto, invitando a Anne a tomar un desayuno compuesto de barras de chocolate y compartiendo con ella mi último cigarrillo.

Esta vez no desaprovechó una sola pitada.

RECORRIMOS el tramo restante que nos separaba de Milán, a velocidad vertiginosa a través de la espesa cortina de agua y cuando el camarero golpeó la puerta del compartimiento, anunciando que estaríamos en Milán en cinco minutos, ya habíamos recuperado suficiente tiempo del perdido a la entrada del túnel como para poder alcanzar el tren de las cuatro para Venecia. Deseaba desesperadamente estar en ese tren. Si no, la ventaja que llevábamos a nuestros perseguidores, el elemento de sorpresa con el cual contaba yo para arrebatarles a Paul, bajo sus propias narices, podía disiparse completamente.

Los últimos cinco minutos fueron interminables. El tren aminoró la marcha hasta que ésta se volvió un lento serpenteo y se balanceó hacia uno y otro lado, a través de un laberinto de vías, como si fuera una oruga ofuscada que busca un lugar para descansar. Nos deslizamos a lo largo del andén e hicimos alto con gran trepidar de ensamblajes.

La señora del coronel, cuya cama había compartido sin pecado, ya estaba levantada y vestida. De pie frente al espejo de la puerta, trataba de hacer algo por su cabello desmelenado. Evidentemente su pensamiento se hallaba lejos, y eso la deprimía.

—No te preocupes por hermosearte —le dije rudamente, y logré el efecto deseado: que asumiera una actitud rígida—. Prende la luz y echa una mirada por la ventana. Fíjate si hay policías en la salida.

Así lo hizo y al retirarse de la ventana me informó.

—No es fácil determinarlo desde aquí, pero creo que sí.

—¿De uniforme?

—No, dos hombres de impermeable, pero observan a todos los que atraviesan la puerta. Uno de ellos controla con un papel que tiene en la mano. Podría ser tu foto.

¿Podría ser? Bien sabía yo que en efecto lo era.

Permanecí allí pensando una solución para el problema mientras Anne obediente aguardaba las instrucciones. Sentía una furia hacia ella por tener esa fe en mí, por su silenciosa confianza, por creer que podría sacar un conejo de la galera, a su sólo pedido. Después de

todo no era mi mujer y como fuera que terminara este asunto, ya fuera que Henri de Villemont me destruyera a mí o yo a él, ella nunca sería mi mujer.

De todos modos en uno de los casos yo estaría muerto y en el otro sería yo el causante de la muerte del marido. No tenía importancia lo que ella sintiera por él en este momento, su sombra estaría siempre entre nosotros. La educación que había recibido era demasiado rígida y estrecha para permitir que prevaleciera la lógica. Para ella los votos conyugales no eran la divertida ceremonia que había sido para mi ex-esposa, sino algo profundo y lleno de significado, Por esa razón, yo no estaba seguro de que no sintiera aún un potente atractivo, en el coraje fanático, en la virilidad, en el magnetismo de Villemont...

Era mejor no pensar más en eso. El asunto al cual estábamos abocados nos sacaría de la trampa en que nos encontrábamos.

A través de la ventana pude ver un par de pasajeros que pasaban seguidos de un changador que llevaba las valijas; luego el andén débilmente iluminado quedó vacío. Un vagón de carga, con las puertas abiertas, se detuvo en la vía del otro lado del andén y a su lado se estacionaron varios carros de paquetes y canastos, esperando que comenzara el turno de la mañana.

Me saqué la camisa y el sweater y los metí en la valija junto con la pistola y los papeles del coronel Hardee, luego me anudé mi pañuelo al cuello. Lamentablemente no tenía los mismos recursos que Henri de Villemont para disfrazarme pero en condiciones adecuadas, una camiseta mugrienta, un pañuelo al cuello y la barba sin afeitar podrían ser de tanta utilidad como la cirugía plástica, los lentes de contacto y el cabello teñido.

Le dije a Anne:

—No puedo correr el riesgo de pasar junto al guarda. ¿Hay alguien afuera que me pueda ver salir por la ventana?

—Sólo los que están junto a la puerta. Pero hay más personas caminando hacia ellos. Probablemente no miren en esta dirección mientras estén controlándonos.

—Avísame cuando lo estén haciendo y trataré de llegar hasta el carrito del otro lado. Cuando comience a moverlo, toma la valija y sal de aquí. Hazlo por la puerta trasera del vagón. Luego camina rápido de modo que puedas caminar delante de mí en el andén, pero no demasiado. En la entrada pregúntales dónde se toma el tren para Venecia, cualquier cosa que los mantenga atentos hasta que yo termine de pasar.

—Espero que sí.

—Bien, tú tienes con qué hacerlo, —me estiré y le abrí los dos primeros botones de la blusa—. Este es el tipo de distracción que necesitan un par de policías. Y quita de tu rostro esa expresión asustada. Trata de estar sonriente y vivaracha al dirigirte a ellos. ¿Ya llegaron esos a la puerta?

—Sí, nadie mira hacia aquí en este momento.

Me descolgué por la ventana a la plataforma y la atravesé con paso casual, como para no atraer los ojos en esta dirección. El carrito que había elegido para mi propósito tenía una alta pila de canastos; era el único que me ocultaba totalmente a cualquiera que avanzara en dirección contraria. Los canastos, a juzgar por el peso de la carga, parecían contener piezas de máquina. Me costó un esfuerzo gigantesco poner el carro en movimiento pero una vez en marcha no fue difícil hacerlo rodar. Ya había avanzado bastante cuando Anne pasó a mi lado, sin mirarme, caminando a paso vivo, balanceando la valija en la mano.

Llegó a la puerta un vagón antes que yo. Espiando tras mi cargamento de canastos, pude ver cómo la miraban los dos hombres de campera, mientras ella se acercaba con aire deliberadamente provocativo, moviendo las caderas. Eso, agregado al cabello despeinado y la blusa abierta casi hasta el comienzo del busto, parecía ponerlos en un trance beatífico. El problema era que el trance tenía lugar exactamente a mi paso y que no había manera de sortear la puerta.

Ambos prestaron atención cuando Anne se detuvo ante ellos.

—*Per favore, signores* —dijo ella cuidadosamente como leyendo un texto en fonética—, *dove il treno a Venezia,* —y los dos hombres se miraron con sonrisas de conocedores. Esta maravilla venía de Francia y estas francesitas...

Podía ver el desastre que se venía. Habían olvidado por completo el carrito que este momento estaba casi encima y lo único que me faltaba era un accidente para que me prestaran total atención.

Sólo podía hacer una cosa.

—¡Eh! —grité haciendo fuerza con los talones, en un intento por detener el carrito— *Attenti, attenti, idioti!* quieren que les arranque una pierna con estas ruedas? ¿Por qué no se entretienen con las chicas en otro lado?

Ambos se corrieron hacia un costado justo a tiempo. El carro se detuvo precisamente entre ellos; él que tenía lo que indudablemente se trataba de mi foto me gruñó.

—Tenga cuidado, estúpido. ¿Sabe con quién está hablando?

—No te preocupes por eso —le dijo el otro con voz severa y caminó hacia mí para darme una mano, ya que yo estaba tratando de poner el carro nuevamente en movimiento. Mantuve la cabeza apartada mientras jadeábamos juntos, hombro a hombro, empujamos nuevamente y ya había traspuesto la puerta y me alejaba, sudoroso debido a la tensión.

Continué empujando con decisión sin osar dar vuelta la cabeza por si los policías de la puerta estaban aún mirándome. Adelante veía sólo dos trenes. Uno de ellos, bruñido y estilizado, donde cargaban hielo y provisiones, era sin duda un rápido que se aprestaba para su viaje matutino a Roma. El otro, que se hallaba más alejado, era seguramente el local a Venecia: dos vagones destartalados y antiguos enganchados de una ristra de vagones de carga. Hacia él dirigí el carrito y cuando vi que estaba fuera del alcance de la vista de los hombres de la puerta, miré en derredor, esperando que Anne estaría a corta distancia detrás de mí.

Pero no estaba a la vista.

Abandoné el carrito donde estaba y me ubiqué de modo de poder distinguir las siluetas de los dos hombres de la entrada. Me imaginaba lo que había ocurrido. Si habían podido acorralar a esta sabrosa muñeca francesa, de los grandes ojos azules, no iban a permitir que se les escapara tan pronto. Por lo menos no antes que Anne les mostrara el anillo de matrimonio y les hiciera una demostración de genio. El que tenía mi foto parecía especialmente difícil de convencer. Con esa expresión de lobo y el bigote atusado daba la sensación de ser uno de esos tipos que realmente se creen un Lothario.

Pero lo increíble fue que eran ellos dos los que estaban en la puerta, pero Anne no.

Y donde quiera que se hallara allí estaba el dinero para el pasaje para Venecia y las ropas que me permitirían viajar disimuladamente.

Traté de convencerme a mí mismo de que era imposible, que en esos pocos minutos en que la había perdido de vista, pudiera haber caído en manos de la O.E.I. En realidad el blanco principal era yo; yo era el señalado para recibir las atenciones. Pero si no se trataba de una misión de la O.E.I....

Bajo ningún concepto podía permanecer donde me encontraba, preguntándome con enfermiza aprensión, qué es lo que había salido mal. No había más de una docena de personas a la vista, bajo la vasta bóveda de la estación y en el vacío sentí la sensación de que me iluminaban con focos. Caminé hacia la plataforma donde estaba el tren para Venecia y luego recorrí lentamente los dos lúgubres vagones, esperando contra toda esperanza, encontrar a Anne en alguno de los compartimientos, tratando de convencerme de que tal vez se hubiera escurrido a mi lado, mientras caminaba en esa dirección. Unos pocos compartimientos anticuados que tenían cada uno su propia puerta y asientos de madera que se enfrentaban a través de un estrecho pasillo. Las personas allí instaladas estaban visibles como en una cabina telefónica de modo que no había manera de que se me escapara.

Al comenzar a desandar el camino la vi venir corriendo en dirección a mí, cargada con la valija y me dio mucha rabia haberme asustado tanto. Cuando comenzó a decirme algo, con el aliento entrecortado, la interrumpí arrebatándole la valija de la mano e introduciéndola en un compartimiento vacío, en el cual cerré la puerta tras nuestro paso para estar en privado. Abrí la valija sobre el banco y revolví hasta que saqué una camisa limpia y el saco sport. Completamente vestido, una vez más, me puse los papeles del coronel Hardee en el nuevo saco y me puse la pistola en el bolsillo.

Me volví hacia Anne que estaba sentada observándome con expresión de creciente azoramiento.

—El dinero —dije. No tenía intención de encontrarme en la misma situación de la que acababa de salir.

Sin una palabra me entregó un rollo de billetes que parecía considerablemente disminuido, junto con dos pasajes de ferrocarril.

— ¿Qué es esto? —pregunté.

—Los pasajes para Venecia. Costaron cinco mil liras así que nos deben quedar unas siete mil todavía. No conté, pero si tú...

— ¿Conque era allí donde estabas? No había necesidad de comprar los pasajes en la ventanilla. Se los podríamos haber comprado al guarda. De todas las estúpidas artimañas...

—Escucha —me interrumpió Anne enojada—, cuando pregunté al detective ese o lo que sea, dónde debía tomar el tren para Venecia me señaló las ventanillas y me dijo que debía preguntar allí. No podía ponerme a caminar detrás tuyo, teniendo en cuenta cómo me estaban mirando. Tuve que ir a las ventanillas. Y estando allí me pareció lógico comprar los pasajes. ¿Qué creíste que me había ocurrido?

—Cualquier cosa. Puedes abotonarte el vestido, ahora. El detective o lo que sea, ya no te está mirando.

— ¡Esto no es justo! —estaba tan furiosa que casi se arrancó los botones al volvérselos a prender— garantizo que tienes razones para odiarme pero no por esto, por tratar de colaborar en lo que puedo.

—Eso es porque yo no tengo la amable disposición de tu marido. ¿Sabes?, sería interesante ver a cuál de los dos mataría primero, si entrara aquí en este momento y...

Como sincronizada con mis palabras la puerta del compartimento se abrió repentinamente. Anne abrió la boca y se dio vuelta mientras yo giraba para enfrentarme con el hombre que se asomaba en el umbral tratando de alcanzar la pistola que tenía en el bolsillo.

Al verlo comprobé que no necesitaba la pistola. No era Henri de Villemont el que estaba allí parado, sino un monje envuelto en una túnica del color y la textura de una antigua frazada caqui, con una soga atada a la cintura. Llevaba un bolso raído que parecía una reliquia de otro siglo. Al sentarse y arrojar hacia atrás la capucha, dejó al descubierto una tonsura recientemente afeitada y un rostro blanco como una luna, cuyos ojos parecían doblar su tamaño normal tras los poderosos lentes que usaba.

Un hombre puede ser capaz de luchar contra leones con las manos vacías pero no tener la garra suficiente para retirarse de una compañía que le resulta indeseable. De modo que tomé asiento junto a Anne mientras nuestro compañero de viaje se arrebujaba en su asiento enfrente al nuestro con las manos tomadas sobre las faldas, los ojos deformados fijos en nosotros. Era difícil determinar si me veía en realidad, o si estaba imprimiendo en su mente la imagen de mi rostro, facción por facción.

Luego comenzó nuestro recorrido lento y bullicioso a través de la ciudad y en campo abierto, sellados por esa atmósfera almidonada, por las ventanas firmemente cerradas. No tenía sentido tratar de dejarlas abiertas. Cuando lo intenté un rocío de lluvia nos escupió. El guarda que entró al compartimiento a recolectar pasajes, un hombrecito de apariencia feroz con un magnífico bigote blanco, se encogió de hombros al ver el piso mojado.

—Dejen entrar la lluvia —aconsejó— ahogarse es siempre mejor que morir frito.

El monje se recuperó de sus ensoñaciones.

—Una buena opción —protestó— pero dígame, *signor il capo treno* ¿por cuánto tiempo nos freiremos? ¿Cuando llegamos a Venecia?

—¿Quién sabe? Tenemos que entregar una lata de sardinas en cada maldita parada entre Ventimiglia y Venecia. Puede ser eterno. No se preocupe. Va a tener tiempo suficiente para decir todas sus oraciones dos veces antes de que lleguemos.

—Y ¿moriremos de inanición? —intervine yo—, ¿hay alguna parada en el trayecto donde podamos comprar algo para comer?

—A esta hora de la mañana —bufó el viejo—, no hay ninguna probabilidad.

—Y un cigarrillo —esperanzado saqué el rollo de billetes—, si le sobrara alguno...

—Fumo pipa. Los cigarrillos son una extravagancia.

Siguió su camino, dejándome que digiriera esta información bajo la atenta mirada de esos ojos deformados del otro lado del pasillo.

Entonces Anne dijo abruptamente.

—Salgamos al corredor.

—¿Para qué? No hará que el tiempo transcurra más rápido. Será mejor tratar de dormir un poco

—Por favor.

Se percibía una acentuada urgencia en la voz. Sin protestar más la seguí al corredor, hasta el final del vagón. Allí volvió su rostro hacia mí.

—Ese hombre no es un monje —me aseveró.

— ¿Qué te hace pensar eso?

—¿No le has visto las manos? Los monjes no tienen las uñas cuidadas, con manicura, brillo...

—No soy experto en eso.

— ¡Ni necesitas serlo! Utiliza solamente el sentido común. No sería la primera vez que alguno de los secuaces de Leschenhaut circulara de esta manera y con papeles falsos. ¿Por qué crees que se metió en nuestro compartimento habiendo tantos otros vacíos? Lo

mejor será salir lo antes posible sin que se entere que nos hemos ido. Podemos dejar la valija. Eso, ayudará.

—No. Si se trata realmente de uno de la O.E.I. no lo engañaremos ni un instante. Cada vez que el tren se detenga y nos hallemos fuera del compartimento, nos estará observando afuera, en el andén.

—Entonces, ¿qué podemos hacer?

—No sé. De todos modos prefiero correr el riesgo de que estés equivocada que quedar aislado en uno de estos pueblitos perdidos lejos de Venecia.

Tal vez no la haya satisfecho pero por lo menos la hice callar. Regresamos al compartimento, y entonces miré detenidamente las manos del monje, anudadas sobre la falda. Al moverse y mostrar la uñas vi lo que Anne quería decir. Las manos eran carnosas y de dedos ásperos, como de un labrador, pero las uñas estaban sospechosamente cuidadas, lanzando destellos de brillo.

El monje se apercibió de mi interés. Miró hacia las uñas incongruentemente perladas y luego me miró a mí.

—¿Le interesan? —preguntó.

—Sí —contesté llanamente.

—Ah.

Tenía el bolso a sus pies. Se inclinó hacia él pero yo fui más rápido que él. Mi mano lo alcanzó primero y como se arrojó hacia atrás para evitar el choque de cabezas, tiré del bolso para abrirlo y tenté dentro en busca de la pistola que sabía que habría de encontrar.

Pero no había tal pistola, sólo un paquete grasoso que exhalaba un aroma a ajo, una botella de vino, una bolsa de género que parecía contener cebollas y algunos artículos de vestir sueltos. Demasiado tarde caí en la cuenta que si el hombre llevaba una pistola, la tendría con toda seguridad bajo la túnica, a su rápido alcance. Un asesino profesional, en funciones, desearía tener su arma donde pudiera alcanzarla de inmediato.

Sintiéndome un completo idiota, levanté el bolso hasta el banco, colocándolo al costado del dueño, pero era fácil adivinarme la intención.

— ¿Qué esperaba encontrar? —preguntó sin rencor.

—Nada, no importa.

Lo aceptó graciosamente.

—Por supuesto, *¿signore...*

—Dulac, Jean Dulac. Esta es mi esposa.

—¡Ah, sí, franceses! Pero no de excursión. No a esta hora y en estas condiciones miserables. ¿Tienen tal vez un empleo en Venecia?

Traté de pensar qué trabajo podría tener en Venecia, viajando de este modo y con la traza que llevaba.

—Sí —le contesté—, soy marinero en un barco anclado allí en este momento. Mi esposa es camarera de abordo.

—¡Qué combinación más feliz! Y yo *signore,* soy Fra Pietro de la Minorías de San Anselmo. Lo que deseaba mostrarles es la razón por la cual mis dedos están en este estado tan interesante. Levantó una bolsa voluminosa de su alforja y la extendió ante mí.

—Aquí está.

— ¿Cebollas?

—Bulbos de tulipanes *Tulipa gesneriana.* Por la pureza de forma y esplendor en el color, el tulipán se encuentra con toda seguridad entre las creaciones más magníficas de Dios. Soy jardinero de nuestro monasterio en Chioggia y un verdadero especialista en este asunto, como ven. Un pequeño texto preparado por mí se ha publicado recientemente y tuve el honor de presentárselo a su Santidad en persona. ¿Conocen el *albergo diurno* que hay debajo de la estación de ferrocarril en Roma donde por unas pocas liras se puede descargar y lavarse las manos *y* la cara? ¿O escribir una carta o hacerse arreglar la ropa?

—Sí.

—¡Ah! bien. Ayer, al llegar a Roma hice un alto antes de ir a donde su Santidad y noté que mis uñas estaban impresentables. Un verdadero jardinero trabaja sin guantes y tengo que manejar

productos químicos y otros elementos. Lindo asunto, pensé. Su Santidad echará una mirada a estas garras y se preguntará en qué clase de porqueriza vivimos allí en Chioggia. Entonces vi una mujer, vestida como una enfermera, allí mismo en el *albergo diurno,* una vieja horrible, si no nunca me hubiera permitido tener esa idea, que con gran habilidad limpiaba las uñas de un caballero de apariencia respetable. Bien, pensé, las situaciones desesperadas, requieren medidas desesperadas, ellas es la única capaz de resolver mi problema. ¡Pero terminar así! Y no sólo su Santidad quedó medio sorprendido por el espectáculo. Si no que hay algunos hermanos en el monasterio que se imaginan que son cómicos. Me temo que lo voy a pasar mal con ellos.

Traté de mantenerme serio pero no pude y Fra Pietro agitándome un dedo me dijo.

— ¡Ah , ya lo ve! Hasta usted lo encuentra cómico.

Anne había seguido la conversación sin entender nada.

— ¿Qué dice? —me susurró—, ¿qué es tan divertido, por amor de Dios?

La mención del nombre Dulac debe haberle dado una pista para saber que debía hablar en francés y le agradecí que fuera tan rápida. Pero ella no estaba dispuesta a darme el mismo crédito. Cuándo le traduje la historia de la manicura me dijo:

¿Y tú le crees?

—Es el verdadero Mc Coy, *cherie,* no todos los que encuentras son como tu marido y su banda.

—¡Maldición! ¿Hay necesidad de puntualizar todo lo que dices con ese tipo de observaciones?

—Estamos en presencia de un sacerdote, *cherie,* de modo que cuida tu lenguaje. Se supone que somos una pareja. No aparezcamos Como uno de esos matrimonios que la gente lamenta encontrar.

—Por supuesto, querido —Anne me dirigió una sonrisa tan dulce como falsa—. Entonces, dile al sacerdote que existe un removedor de esmaltes para uñas. Puede comprar un frasco en cualquier parte

cerca de la estación y solucionar el problema antes de llegar a Chioggia.

Cuando pasé la información a Fra Pietro pareció alegrarse considerablemente.

—Debí haberme dado cuenta que existen esos productos. El mundo nos brinda siempre la posibilidad de pagar doble precio, ¿no? Una vez por la locura y otra para remediarla. ¿Cómo puedo agradecerle? Tal vez si pudiera ayudarlos de algún modo en su problema.

No me gustó como lo dijo. Me sugería que sabía más de lo que convenía.

— ¿Qué le hace suponer que podemos tener problemas?

—Por la manera que reaccionó cuando entré al compartimiento y cuando traté de abrir esta bolsa. Por otra parte, mis uñas son más graciosas que aterradoras sin embargo su esposa pareció aterrorizarse al verlas. Cuando lo llevó afuera para describírselas, usted mismo regresó alarmado. Ambos se conducen como si hubiera alguien que amenaza su seguridad.

—Usted sería un buen detective.

—No pertenecer al mundo no significa necesariamente no ser observador. De modo que en efecto tiene un problema.

—Digamos que sí. ¿Me ayudaría sin saber de qué se trata?

—En estas condiciones —respondió Fra Pietro amablemente—, puedo ofrecerles a usted y a su esposa un poco de consuelo y compartir mi desayuno. Más allá de eso...

—Más allá de eso ¿podría ofrecerles refugio a la *signora* y un niño si se presentan en el monasterio durante el día? Todo lo que puedo decirle es que están en peligro, y que deben permanecer por un corto tiempo fuera de la vista del mundo.

—¿Sería una violación de la ley?

—No.

—Entonces diré al abad que aguarde la llegada y él se ocupará de que los conduzcan a un convento vecino a refugiarse. Nuestro

monasterio no puede brindar hospitalidad a las mujeres pero el convento lo hará muy bien. La priora es un alma muy servicial.

Una vez establecido esto, Fra Pietro abrió su paquete de comida e insistió en que lo compartiéramos con él de modo que desayunamos con un pollo duro y bien sazonado con ajo, un trozo de pan duro y un poco de agua tibia que es lo que resultó contener la botella de vino, para mi mayor desilusión. La comida me elevó los ánimos un poco y cuando paró la lluvia y el sol naciente nos saludó en Brescia, me sentí nuevamente lleno de vida. Venecia, luego Torcello y Paul. A continuación el convento de Chioggia donde Anne y el niño estarían a salvo mientras yo hacía el intento de derribar el castillo de naipes construido por Charles Leschenhaut y Henri de Villemont.

A las nueve en punto, habíamos tardado cinco horas en un trayecto que se cubre habitualmente en cuatro, avanzamos ruidosamente a través del terraplén sobre la Laguna Veneta y entramos a la estación de Venecia.

Al descender del compartimiento Fra Pietro me estrechó la mano.

—Una última palabra —me dijo—. Cambie la historia esa del marinero. Tiene manos fuertes pero aún un poco blandas para ese tipo de trabajo. Por lo menos asciéndase a oficial de a bordo, será más convincente.

Diciendo esto, saludó a Anne con una inclinación de cabeza, se tapó la cabeza con la capucha y trotó hacia la parada de colectivos situada a la salida de la estación.

5

ANNE se dirigía ya a la escalera que llevaba a la parada de taxis en el Gran Canal cuando la detuve reprendiéndola con dureza.

—¿Dónde crees que vas? —pregunté.

—Si no tienes interés en perder tiempo.

—No tengo intención de perderlo, sino de usarlo como se debe. En primer lugar, voy a ir a la sala de espera para lavarme y afeitarme de modo que nadie se pueda preguntar en qué diablos ando metido, con esta traza. Especialmente la policía. Mientras tanto, tú debes hacer algunas compras, en ese kiosko. Compra dos pares de anteojos oscuros, que sin ellos este sol nos va a enceguecer, y asegúrate de comprar los más baratos que tengan. Y compra algo para ponerte en la cabeza, una *babuskka o* como se llame. También puedes comprar dos paquetes de cigarrillos, una marca local que no cueste mucho, ¿se te ocurre algo más que sea realmente necesario?

—No he venido aquí a hacer compras —dijo Anne estallando—. ¿Cómo puedes estar ahí parado hablando de este modo?

Algunas cabezas se volvieron hacia nosotros al elevar la voz.

—*Chérie,* —respondí con tono amable—; *mon ange,* con la traza que llevo, nadie se sorprendería en lo más mínimo si te abofeteara por no guardarme el respeto que me debes como esposa y es eso lo que va a ocurrir si no te callas y sigues mis órdenes. No hubiéramos llegado hasta aquí sin ser cuidadosos, de modo que atengámonos a la misma política. Sería extraño que Claude no esté ya en contacto con sus amigos de la policía, y no se haya enterado ya que hemos atravesado la frontera. Otros quince o veinte minutos no cambiarán nada, excepto que podremos circular sin parecer un par de maricones recién salidos de la rue Pigalle. ¿Está claro?

—Sí.

—Ahora, veamos qué es lo que necesitas para quedar decente y no llamativa.

—Un peine. Un lápiz labial, medias nuevas.

—El peine está bien. El lápiz labial y las medias no están en el presupuesto. —Le di dos mil liras, confiando que las cinco mil restantes, nos llevarían a Torcello y luego a Chioggia—. Después de hacer las compras —le dije—, puedes refrescarte en la sala de espera y sacarte esas medias. ¿Ves esa mesa en el rincón junto al mostrador de la cafetería?

—Sí.

—Allí nos reuniremos cuando estés lista. Si llegas primero está atenta por si aparece alguno de los secuaces de Henri. Supongo que la O.E.I. cuenta con un gran contingente en Italia.

—Sí, en Roma sí. Pero aquí no lo sé.

—Bien, no te confíes en ningún desconocido, a pesar de que parezca aceptable. Da vuelta la otra silla de la mesa así nadie se te acerca.

Cuando salí de la sala de espera bien fresco recién afeitado, perfumado con la barata agua de colonia de flores que Matilde Vosiers había incluido en mi equipo de afeitar, encontré a Anne esperándome en la mesa. Tardé un momento en reconocerla. Con los anteojos oscuros y un pañuelo con coronillas azules que le ocultaba el cabello, parecía tan extraña como cualquiera de las otras mujeres que había alrededor que usaban variaciones de anteojos y pañuelos.

Estaba tomando un *cappuccino* y otro se enfriaba sobre la mesa a su lado.

— ¿Alguien te molestó? —pregunté mientras me sentaba.

—Los de siempre. Por eso pedí ese café para ti. Parece que la silla dada vuelta no lograba desanimarlos. Especialmente al joven ese del mostrador. Me está mirando por el espejo.

— ¿Lo reconoces? ¿Piensas que es de la O.E.I.

—No lo reconozco. Sólo sé que ciertamente no se trata de un monje.

Miré al espejo del bar y me encontré mirándome fijamente a los ojos con un facsímil italiano de Albert, el joven pistolero de la rue de Courcelles. Éste, sin embargo vestía pantalones muy ajustados y un sweater negro casi tan ajustado como el pantalón. Me pareció que no le quedaba lugar para llevar una pistola. Un cuchillo podría ser tal vez. Los ojos del espejo se entornaron bajo mi mirada, los labios se retorcieron en una sonrisa boba. No tenía sentido tomar el *capuccino,* preguntándome si sería seguro dar la espalda a este frío parroquiano. Me levanté de la mesa y caminé hacia él, con la mano extendida, en amistoso saludo.

—Qué bien, encontrarte por aquí —le dije jovialmente y cuando con gesto confundido me ofreció la mano como respuesta a mi saludo la tomé con ardiente deseo, apretándola tan firmemente que no se podía zafar—, ¿Cómo estás? ¿Y tu madre y tu padre?

— ¿De qué habla? No lo conozco a usted, ¿no es verdad? —trató de liberarse pero me aferré aún más, mientras observaba la oleada de angustia que le cruzaba el rostro. Fue de puro orgulloso que no lanzó un grito— ¿Qué desea? —boqueó— si su esposa le dijo...

—Me dijo que la reconociste de inmediato. —Los otros clientes de la barra ni siquiera nos miraban mientras yo juguetonamente le palmeaba los bolsillos y los brazos. No llevaba arma alguna— Se preguntaba si eras demasiado estirado para beber algo con nosotros. Como uno más de la elite ¿eh?

Su nula reacción a esa palabra llena de significado me convenció que la *Organisation d'Élite Internationale* no significaba nada para él. Lo que deseaba era alejarse lo más rápido posible de ese lugar. ¿Quién sabe lo que un marido celoso puede terminar haciendo? Especialmente un marido celoso capaz de hacer puré una mano con sólo una pequeña presión de los dedos.

—Le juro *signore...*

Le solté la mano.

—¿Entonces no tendrás tiempo de tomar algo con nosotros? ¿Estás muy apurado?

—Sí, debo irme inmediatamente.

Hastiadamente se alejó de mí y desapareció entre la multitud que se arremolinaba por allí. Al sentarme nuevamente junto a Anne para terminar el café me comentó:

—¿Era inofensivo, no? Lo siento. Me estoy volviendo tan miedosa que sospecho de cualquiera que me mire.

—Eso es ser astuta. Si, era inofensivo. Uno de esos personajes que andan a la búsqueda de turistas solitarias a quienes les pueda gustar que un guía de cabello crespo les muestre la ciudad.

—Olvídalo ¿A qué distancia queda Torcello? ¿Cómo se llega?

—¿Has estado en Venecia alguna otra vez?

—Dos, pero nunca aprendí a manejarme. —Lo que no le expliqué es que esto no se debía a una falta de interés de mi parte por conocer la ciudad, sino que en cada caso, las compañeras que había traído de Roma, la primera vez una rubia inglesa muy bien formada y la segunda una sueca más rubia aún y de formas más pronunciadas, confinaron las actividades a un reducido triangulito cuyos puntos eran la Piazza San Marco, el Casino y la habitación del hotel que compartíamos.

—Torcello está en la parte Norte de la laguna, a unas cinco o seis millas de distancia —contestó Anne—, es un lugar extraño, tranquilo y vacío. Tan tranquilo que no se creería. No creo que haya más de unas pocas docenas de personas que vivan en toda la isla.

—¿Dónde queda la casa de Madame Cesira? ¿Está sobre la laguna?

—No, hay un canal principal que cruza la isla y unos cuantos más pequeños que se abren de él. La casa da sobre uno de los pequeños, lejos de todo, no sé el nombre del canal en que se encuentra pero lo reconocería si lo viera.

—Si descendemos en el embarcadero, ¿se nos puede ver desde la casa?

—Creo que sí.

—Suponiendo que desembarquemos lejos de la casa. ¿Hay algo que cubra las orillas?

—Mucha vegetación.

—¿Árboles?

—Me parece recordar algunos.

—Bien, ¿me compraste los anteojos de sol?

Me entregó los anteojos, un paquete de cigarrillos y unas cuantas monedas.

—Eso es todo el cambio que quedó. —Luego añadió haciendo un esfuerzo por mantener la calma—. ¿No habrá ningún peligro para Paul, verdad?

—No mientras no lo haya para tu esposo y él no está involucrado en este operativo. ¿Qué personal tiene la vieja señora en este lugar?

—Sólo un casero permanente y su esposa que se ocupan de casi todo y su mucama personal.

—¿No hay custodia?

—Habitualmente no. Pero en éste momento.

—En este momento nadie espera que caigan invitados.

La jugarreta sería entrar directamente y salir con Paul antes que se les despierte la idea de que andamos cerca. —Encendí un cigarrillo para cada uno y Anne chupó el suyo con una larga temblorosa inhalación que dejaba a descubierto su estado de nervios —. No sabes cómo diablos desearía que no hubiera necesidad de que vengas conmigo —le dije—, si hubiera algún modo de encontrar el lugar sin ti...

—No podrías. Aun si pudieras, deseo estar allí contigo. Me mataría el hecho de quedarme aquí sentada preguntándome qué ha ocurrido, juro que no seré ningún problema.

—Bueno, entonces vamos, —contesté—, es tiempo de ponernos en marcha.

6

EL lanchero estaba en mangas de camisa y llevaba una gorra náutica muy estropeada en la parte de atrás de la cabeza, pero tenía toda la elegancia de un joven cortesano pintado por Bronzino. Con amable condescendencia nos explicó que el viaje hasta Chioggia estaba fuera de consideración, Torcello estaba situada a cinco millas al Norte en tanto que Chioggia estaba quince millas al Sur. Por el dinero que yo le ofrecía lo mejor que podía hacer era llevarnos a Torcello, esperarnos mientras recogíamos a nuestro hijo y regresar entonces a la Riva Degli Schiavoni, en la ciudad, donde había una lancha colectiva, más barata hasta Chioggia. No me gustó el trato

pero lo acepté. No le podía ofrecer más que eso porque no podía arriesgarme a una escena en donde quiera que desembarcáramos.

Al abandonar el muelle y dar una vuelta pronunciada alrededor de un lanchón cargado con cajas de Coca Cola me dijo:

—¿Adónde en Torcello? ¿A la Iglesia de Santa María Assunta?

—No, a la villa Montescatellani.

—No sé dónde es.

—La señora le mostrará el camino.

Hizo una mueca como dudando que una mujer pudiera hallar el camino en ningún lado, pero se abocó a maniobrar a través de la confusión de lanchas, góndolas, lanchones, y *vaporetto* que atestaban el gran cauce. Luego nos dirigimos por el estrecho Riva di Noale donde no había tráfico en absoluto. La embarcación arrojaba una espesa oleada contra las puertas de los pétreos edificios a ambos lados. Al salir a la abierta extensión de la laguna, ya afuera de la ciudad, tuve oportunidad de apreciar la vista desde un punto totalmente novedoso; desencantadoras entradas de carbonerías, embarcaderos de lanchones y los barrios bajos cocinándose al sol, un mundo alejado de la Piazza San Marco. Las mismas aguas de la laguna parecían no tener nada que ver con las del Adriático, cuyas mareas las alimentan. Eran de color latoso y se podían distinguir las franjas marrones de los bancos de barro debajo de la superficie.

Al enfrentarnos a una fila de góndolas que iban una tras otra en orden preciso, nuestro lanchero aminoró la marcha de modo que nuestra estela no molestara a las góndolas. Yo sabía que esa cortesía no era habitual.

—¿Hay una regata? —pregunté.

—Un entierro *signore* —me señaló una pequeña isla situada más adelante, un prolijo rectángulo de vegetación y monumentos de mármol—. Llevan a alguien al cementerio. Parece atestado pero siempre hay lugar para uno más.

Atravesamos el canal entre el cementerio y la isla de Burano y tomamos velocidad a través del agua fangosa hacia la hilera de islas que se veían pegadas al horizonte.

—Burano —dijo el hombre de la lancha—, y luego Torcello.

Burano parecía el último hito de la civilización. Más lejos se veía un mar de pasto pantanoso, el *barene* y luego un ancho canal que atravesaba las islas frescas de la vegetación. A intervalos se veían vestigios de poblaciones anteriores, a ambos lados del canal, una choza situada en un claro lleno de yuyos, una mansión de estuco, de estilo clásico con la mitad de las columnas del pórtico caídas, los restos de una estructura de piedra sin techo y sin ventanas que debía ser una iglesia en decadencia desde la Edad Media. Yo sabía que en algún lugar de Torcello la vida seguía su curso pero a lo largo del canal por el cual viajábamos, no se veía ni un alma. Daba la sensación que los habitantes habían sido advertidos de la existencia de una plaga o invasión y la habían abandonado durante la noche.

Anne miraba fijamente hacia adelante con la intensidad de un explorador que busca las señales de un mundo nuevo. El canal principal estaba cruzado por pequeños canales, al acercarnos a uno que no parecía más que una zanja corriendo entre dos márgenes de piedra dijo repentinamente:

—Aquí: A *sinistra. A sinistra.*

El conductor obedientemente giró a la izquierda entre los murallones pero sacudió la cabeza.

—La marea está baja. No hay agua ni para hacer flotar un fósforo. Y vea cómo debemos cortar los ángulos.

Con gran habilidad, hizo avanzar la barca en una curva que era casi un ángulo recto, tan cerca de la orilla que casi la tocamos.

—Para alguien que maneja el bote como usted esto no es nada —dije y era exactamente lo que deseaba oír.

—Sí, conozco mi trabajo —se parecía más que nunca a un cortesano Bronzino al dirigir el timón con un sólo dedo con aire casual —, pero ¿por qué habría alguien de vivir en esta soledad?

Era algo comprensible proviniendo de un habitante de la ciudad. A un lado había una amplia zona de pantanos desolados. La orilla opuesta estaba sombreada por álamos y sauces llorones y a través de los árboles se podían ver campos de flores silvestres. El aire

estaba enriquecido por el olor a agua salobre superpuesto al perfume de los pequeños pilotes que llevaban líneas telefónicas, el espectáculo era hermoso, virgen y amenazante. Lo mismo que un brazo del Amazonas mientras se ven sólo los esplendores de los alrededores pero no los salvajes acechando tras los árboles con sus flechas ponzoñosas listas en sus arcos.

Doblamos lentamente una curva. Un estrecho puentecito de peatones se presentó ante nuestros ojos abrazando el canal con un arco pronunciado.

—Allí —susurró Anne— el embarcadero está allí nomás, pasando el puente.

—Apague el motor —dije al conductor y así lo hizo—, estacione junto al murallón, por aquí.

—Aquí, no *signore.* Esta piedra me arrancará la carpintería. Podemos amarrar junto a esa batea.

La batea era un pequeño bote a remo que se encontraba amarrado a la orilla a unas treinta o cuarenta yardas más abajo que el puente. Silenciosamente nos deslizamos hacia él y el botero ató con destreza una soga al asiento. Me ofreció una mano para que me afirmara al dar el paso entre el bote que se balanceaba y la orilla. Entonces vi que Anne me seguía.

—Espera aquí —le dije.

—No. Podrías necesitarme.

En realidad era cierto. Y como ya estaba de pie junto a mí en la orilla mientras el botero nos miraba con interés desde abajo, no había tiempo para hacer de eso un problema.

—Muy bien. Pero no harás un sólo movimiento que yo no te haya ordenado.

—No lo haré.

Había otro bote dado vuelta sobre el suelo junto a la orilla, un remo resquebrajado y un equipo de pesca primitivo apoyado contra él. Lo rodeamos, Anne pegada a mis talones, mientras la arcilla cubierta de musgo cedía bajo nuestro peso como una esponja.

Parecía ese tipo de suelo donde uno puede dejar caer una semilla y verla dar flores mientras se la está aún observando. Un sendero que se distinguía dificultosamente, atravesaba un pequeño bosquecillo situado más lejos y continuaba luego hasta lo que alguna vez habría sido un prado pero que ahora se había convertido en un parche de pasto crecido, cubierto de caléndulas. Me detuve antes de llegar a este claro y empujé a Anne detrás de un árbol que nos ocultaba de la vista desde la casa, situada del otro lado del prado.

No era la clase de casa que yo hubiera pensado que elegiría Madame Cesira, ni aun como vivienda temporaria. Era el tipo de cajón utilitario que construye para sí un próspero granjero toscano. La fealdad estaba débilmente disimulada por una espesa enredadera de glicerinas, que cubría las paredes hasta las persianas del segundo piso y por dos chimeneas, las clásicas chimeneas venecianas, con forma de caño como las de las antiguas locomotoras de vapor.

Varias persianas estaban abiertas contra la pared cubierta de enredadera y una pizca de humo se escapaba por una de las chimeneas, de modo que había una gran posibilidad de que hubiera alguien trabajando en la cocina.

—¿Dónde está la cocina? —pregunté a Anne.

—Del otro lado de la casa, entrando por la puerta trasera.

—Bien. Allá vamos. —Extraje la automática de Matilde Vosiers del bolsillo y controlé que tuviera el seguro puesto—. Espero no tener que usar esto, de modo que no te preocupes.

—No me preocupo por eso —contestó Anne entre dientes—, no me disgustaría usarla yo misma.

—Olvídalo. Hemos venido a llevarnos a Paul y no a comenzar una guerra. Mi primer objetivo es llegar hasta la pared de la casa, tú me sigues cuando te haga una señal.

Escudriñé las ventanas donde cortinas diáfanas colgaban suavemente en el aire húmedo, sin vida. Si había alguien de guardia, pistola en mano detrás de esas cortinas, recibiría mi merecido antes de llegar a la mitad del prado. Ahuyenté de mi mente ese

pensamiento, tomé un largo aliento y me zambullí en el prado con dirección hacia la pared de la casa que me protegería. El pasto espeso y los tallos de las caléndulas me hostigaban las piernas al correr. La enredadera que cubría las paredes estaba en flor e inundada de abejas, pero comparadas con balas resultaban un placer real.

Esperé para ver si se notaban señales de alarma en la casa pero como aún prevaleció el silencio hice señas a Anne para que se reuniera conmigo. Manteniéndonos juntos a la pared, avanzamos con toda cautela hacia la parte de atrás de la casa.

Lo que el ojo halló fue una pacífica escena doméstica. Una soga con ropa colgada que se secaba al sol, unos pocos pollos gordos que caminaban para adelante y para atrás bajo la soga, un par de cabras lecheras, con las ubres cargadas masticaban unas hojas de viña. Pero lo que llamaba y mantenía la atención era una muchachita extendida completamente sobre una sábana, en medio de la escena.

Estaba de espaldas dormitando, la respiración profunda y despaciosa, con los brazos y piernas abiertos, como invitando al sol a penetrar en cada uno de sus poros y tanto el rostro como el cuerpo brillaban con un aceite. Era una muchacha alta y delgada, muy joven, no podía tener más de quince o dieciséis años, que vestía el bikini más reducido, y como había soltado los breteles era sólo un trapito colocado sobre los pequeños y atrevidos conos de sus senos.

Hice señas a Anne de que se mantuviera donde estaba y me adelanté con firmeza hacia la muchacha. Al acercarme vi que era de Florencia, rubia, de piel muy blanca y con la naricita afilada como las que se encuentran en los retratos florentinos desde la época de los Medici. Los ojos cerrados eran probablemente grises. Cuando le golpeteé el hombro con la pistola, los abrió y en efecto eran de ese color. Le apunté el arma entre ellos y me llevé un dedo a los labios en señal de advertencia.

Al mirarme fijamente un rayo de miedo cruzó sus ojos pero fue reemplazado por un velado interés. La muchacha parecía encontrar la situación más entretenida que peligrosa o bien no la comprendía

en lo más mínimo. De cualquier modo, cuando le hice señas de que se pusiera de pie, lo hizo con bastante dificultad, atándose el bretel en la espalda con gesto casual como para ofrecerme la mejor vista de los senos que se apoyaban en el bikini. Sólo cuando Anne hizo su aparición desde detrás de la casa, la muchacha captó cuál era el objeto real de mi interés. Pareció desilusionada.

La di vuelta y coloqué el brazo izquierdo bien firme alrededor de la cintura desnuda y aceitada para que no tuviera oportunidad de irrumpir y estropear todo. Así la conduje hacia la puerta de la cocina, Anne nos seguía a corta distancia.

— ¿Quién está dentro de la casa? —le susurré en el oído.

—Mi madre.

—¿Quién más?

—Nadie.

Esto no me gustó nada. Golpeé la puerta con la pistola. Nos abrió una mujer alta y hermosa vestida de entrecasa con un delantal y se paró allí boquiabierta. Se parecía mucho a la muchacha.

—¡Quieta!, —le advertí— y no le ocurrirá nada a su hija.

La mujer me miró enfurecida.

—Entonces quítele de encima esas manos roñosas. *¡Ah sciattone!* —escupió a la muchacha—. ¡Cerda! ¿no te dije yo que no debías andar desnuda?

—No se preocupe por eso —le dije, la metí en la cocina y la seguimos mientras Anne cerraba la puerta tras nosotros.

Al acercarse Anne, los ojos de la mujer la reconocieron.

—*Signora* de Villemont, ¿así que es usted?

—Si soy yo. ¿Dónde está mi hijo, *Signora* Braggi? ¿Dónde está Paul?

—Se ha ido. —La voz de la *Signora* Braggi era tan triunfal, que no cabía la menor duda de que estaba diciendo la verdad. Anne se balanceó y se aferró de la mesa de la cocina con una mano, para afirmarse mientras la Signora Braggi se deleitaba ante esta señal de debilidad. En un francés muy fluido añadió—, se fueron hace una hora. El mismo doctor Morillon vino para conducir al niño y a

Madame Cesira al aeropuerto, en el Lido. ¿Qué me resta decir? Ahora, ordene a este animal que retire sus manos de mi hija. Aunque sea estúpida, es una muchacha decente. No hay necesidad de castigarla a ella por vuestra locura.

No aflojé la fuerte presión que ejercía alrededor de la cintura de la muchacha, mientras ella permanecía cómoda, en el abrazo, sin la menor muestra de querer resistirse.

—¿Qué avión van a tomar? —pregunté a la madre— ¿Adónde van?

—No lo sé.

— ¿Cómo está Paul? —suplicó Anne—, ¿está bien?

La Signora Braggi se endureció, parecía la imagen de la justicia ultrajada.

—Después de lo que le ha hecho pasar. ¿Después de permitir que la pobre criatura presenciara cómo su amante, aquí presente, cometía un asesinato? ¿Y luego abandonar al niño para huir y dedicar su tiempo a este bruto? ¡Ah! si, usted ha sido una espléndida madre para ese niño, *Signora.*

—Suficiente —la interrumpí—, ¿adónde iban?

—Le dije que no lo sé. —Pero la manera en que lo dijo no convencía a nadie.

—Toma esa cuchilla —ordené a Anne—, y corta las sábanas que hay en el patio.

Anne misma ató a la *Signora* Braggi de pies y manos a la silla de la cocina con tiras de sábanas, haciendo los nudos tan tirantes, con una fuerza tan salvaje que le hacía gemir y gritar. Entonces, agarrando a la muchacha por la nuca, la di vuelta para atarle las manos a la espalda, la madre observaba esto con horror creciente.

— ¿Qué va a hacer? —preguntó con voz ronca.

—Obtener la verdad. ¿Adónde se llevaron al niño?

—No lo sé, no lo sabría aun si me torturaran.

—No tengo intención de torturar a nadie. —Me volví hacia la muchacha que permanecía pasivamente de pie—, ¿cómo te llamas?

—Daniela.

—Eres una bonita muchacha, Daniela. —Al decirle esto me miró cautelosa, pero hubiera jurado que hubo una sombra de sonrisa en sus labios—, de modo que ahora no vamos a desperdiciar mi visita y nos vamos a la habitación de al lado, a divertirnos un poco.

—¡Asesino! —la *Signora* Braggi luchaba con fuerza por deshacerse de sus ligaduras y casi hace caer la silla a la cual estaba atada.

—¡Dios mismo caerá sobre usted si le hace daño a esa muchacha! ¡Le enviará un cáncer de intestinos, se pudrirá en la agonía! ¡Y a su mujer también!

—Puede ser —respondí— pero para ese entonces ya habrá sido tarde para Daniela ¿no es cierto? Entonces ¿adónde lo llevaron a Paul?

La mujer apretó los dientes con gesto obstinado y duro.

—La *Signora* Cesira debe pagarle bien para que sacrifique a su hija de ésta manera —le dije.

—Nadie compra mi lealtad, asesino, ni la de mi esposo; vendrá del aeropuerto muy pronto, en cualquier momento, si se atreve a poner un dedo sobre esa muchacha, lo cortará en pedacitos.

—Veremos cuando llegue el momento, *signora.* —Debo haber parecido la viva imagen de la lujuria encarnada, al mirar a Daniela de pies a cabeza, luego la conduje fuera de la cocina hacia la vecina estancia. Aun Anne trató de levantar una mano en protesta pero la dejó caer cuando le dije fríamente—. Permanece fuera de esto. No le quites la vista de encima a la señora, para que no intente ninguna triquiñuela. Si cambia de idea y quiere hablar, estaré aguardando para escucharla.

Guié a Daniela a través del comedor hasta el living, dejando las puertas abiertas detrás de mí. La mente de la *Signora* Braggi tenía una imagen clara de un diván que había en la sala y de que nos dirigíamos hacia él. Pero llegamos al diván y aún no se escuchó grito alguno de la cocina.

—Tu madre es una mujer obstinada —comenté a Daniela.

—Muy. —La muchacha me miró astuta—, y quién sabe lo que me va a ocurrir por esa causa.

— ¿No tienes miedo de lo que te va a ocurrir?

Colocando la barbilla sobre los hombros me señaló las manos atadas.

—No si estoy atada de este modo. De otro modo, podría hacer algo que sería bastante aterrorizante. De esta manera me resigno a mi suerte. ¡Adelante! y haga lo peor.

—Con gusto. —Le desaté el corpiño y se lo saqué. Luego, hice correr mis dedos por el cabello desmelenado, que le caía sobre los hombros, recogiendo algunas hebras entre los dedos. La muchacha se balanceó hacia mí, los ojos semi-cerrados, los labios abiertos, anticipándose y cuando repentinamente le arranqué un mechón, chilló de genuino dolor.

—¡Hijo de puta! —el rostro se había desfigurado, tenía los ojos llenos de lágrimas—, eso me hace daño.

Se oyó otro chillido que hacía eco desde la cocina.

—¡Déjela! —gritaba la *Signora* Braggi—, le diré lo que desea saber, manténgase lejos de ella.

Empujé a la muchacha sobre el diván.

—Espera aquí y no digas una palabra o te dejaré calva antes de terminar contigo.

Regresé a la cocina y Anne pareció un poco alterada a la vista del corpiño de bikini, colgando de mi brazo. La *Signora* Braggi también lo vio. Al verlo dio la sensación de que se le atoraban las palabras en la garganta.

—Lo llevaron a Roma —susurró.

—Comience por el principio —le dije con rudeza— ¿Cuándo lo decidieron?

—No sé cuándo. Todo lo que yo sé, es que el doctor Morillon llegó inesperadamente esta mañana y me hizo hacer las valijas de la *Signora* Cesira y Paul, para llevárselos a Roma. El niño no se encuentra bien y el doctor Morillon dijo que su amigo el doctor Linder, iría a Roma para asistirlo.

De modo que antes que yo hubiera podido hacer un jaque mate, habían movido nuevamente las piezas.

—Roma —dijo Anne gravemente, expresando mi propio pensamiento desesperada—. ¡Dios mío!

Con las cinco mil liras que nos quedaban, que no alcanzaban a diez dólares, y cuya mayor parte iría a parar a manos del botero, no podíamos tomar ni un tren ni un avión a Roma. Eso significaba que tendría que hacer dedo, corriendo el riesgo de ser prendido por la policía en el trayecto. Por más furiosamente que buscara otra alternativa no se me ocurría ninguna. Mientras tanto, Fra Pietro, nuestro amigo del tren, debería ocuparse de que Anne fuera depositada a salvo en el convento de Chioggia. No la necesitaba como guía en Roma y estaría mucho más libre sin ella entre mis manos.

Cuando la llevé al living para decirle esto, me sugirió.

—Tal vez haya otro modo. Mi suegra guarda un auto en Autorimessa en Venecia, con el cual puede visitar a los amigos en Mestre y Padua. Si estuviera allí, ahora...

— ¿Conoces a alguien que esté a cargo de la Autorimessa?

—No, conozco sólo a uno de los ayudantes.

— ¿Hay teléfono en esta casa?

—Exactamente detrás tuyo.

—Muy bien. Llama a la Autorimessa y consigue a ese asistente. Dile que necesitas el auto inmediatamente y que se ocupe de que tenga el tanque de nafta lleno y un tambor de emergencia en el baúl. Asegúrate que entienda que debe poner todo a cuenta de la *Signora* Cesira. ¿Puedes decir todo eso en italiano?

—No, pero él habla francés.

Hacía fuerza para mantener la compostura pero su voz no era tan firme.

— ¿Y qué ocurrirá cuando lleguemos a Roma y encontremos que se han ido nuevamente? Sabían que nos encaminábamos aquí, ¿no es cierto? Cada movimiento que hagamos...

—¿Cómo podrían saber que veníamos hacia aquí cuando no había manera de saber que habíamos cruzado la frontera?

—¡Pero lo supieron! ¿Crees que es mera coincidencia que nos lleven un paso de ventaja?

—Creo que es pánico. ¿Por qué habría el doctor Linder de venir a Roma a asistir a Paul cuando el niño bien puede ser llevado a Issy? Es porque toda la plana mayor de la O.E.I. debe estar abandonando Francia hasta que estemos a buen recaudo. Somos para ellos como un barril de nitroglicerina en este momento y si hay alguna posibilidad de que provoquemos una explosión, desearán estar en Roma, Lisboa o Madrid cuando esto ocurra. Sabrán que nos estamos dirigiendo a Roma a menos que ahoguemos a la *Signora* Braggi y a su hija en el canal. Eso me parecería bien. Significaría que ellos se imaginan que nos están armando una trampa pero que probablemente no tratarán de mantenerse un paso más adelante que nosotros.

— ¿Qué haremos? ¿Meternos en la trampa?

—No, si podemos evitarlo. Ahora haz el llamado a la Autorimessa. No quiero que el hombre de la lancha se ponga impaciente y comience a merodear por aquí.

Mientras estaba en el teléfono me ocupé de que Daniela, que se veía ahora resentida y huraña se vistiera más o menos decentemente con la bikini y la llevé a la cocina para atarla a una silla en compañía de su madre. La *Signara* Braggi aprovechó la oportunidad para describirme mi castigo en el infierno por violar indefensas mujeres. El mismo Dante no hubiera hecho tan florida descripción.

—Su hija ha conservado su virtud —le dije por el bien de Daniela —. ¿qué más puede pedir de un criminal como yo?

—Si algo retrasa a mi esposo —respondió la *Signora* Braggi— la comida que tengo en el fuego se arruinará. Quedará carbonizada.

A cada uno le corresponde un sentido de la proporción. Apagué las llamas que había debajo de las cacerolas y Anne entró a la cocina.

— ¿Arreglado? —pregunté.

—Arreglado —contestó Anne.

— ¡Entonces, en marcha! —repliqué.

Ya fuera de la casa, vi que la *Signora* Braggi tendría otra razón para vengarse sangrientamente de mí. Los restos de la ropa blanca que Anne había cortado estaba tirada en el suelo y los pollos y cabritos por igual dejaban sus sucias huellas sobre la superficie de la otrora nívea ropa lavada. Tuve la sensación que aun dejando a la casera con la comida sin quemar y la virginidad de su hija intacta, no compensaría por este ultraje.

Volví a recorrer el camino hasta el canal, con Anne tambaleando en el esfuerzo por mantener el mismo paso que yo. El calor del sol era como una plomada presionando el cráneo y fue un alivio entrar al sendero, que serpenteaba entre los árboles al borde del canal, donde el verde pálido de las hojas de sauce, brindaba una cierta sombra. Llegamos entonces nuevamente al resplandor del sol, y nos detuvimos junto al botecito dado vuelta sobre el suelo junto al canal, mirando fijamente y sin poder creerlo, el lugar donde nuestro botero debió estar aguardándonos.

No había dos posibilidades. El hombre y el bote habían partido y con ellos mi valija. Por lo que se alcanzaba a ver a uno y otro lado del canal, no había nada flotando sobre su superficie vidriosa. Sólo estaba el bote que no habíamos amarrado.

En los pantanos de la otra orilla del canal, los juncos se balanceaban en la brisa tentadora. El reflejo de las temblorosas hojas de sauce aparecía y desaparecía de la superficie del agua que se ondulaba. Una gaviota voló en círculo sobre nuestras cabezas y se dirigió luego perezosamente en dirección al Este, hacía el Adriático, con vuelo lento y voluptuoso. La escena parecía casi tan pacífica como un sueño, pero había algo malo en el aire. Una helada sensación de *déjà vu,* de haberla vivido antes sudoroso de terror, se apoderó de mí. Entonces recordé de dónde provenía la sensación. Venía de un sueño mío, donde yo huía a través de matorrales junto a un hilo de agua mientras algo malo que me perseguía, se acercaba más y más.

Había colocado la automática en el bolsillo. La estaba tomando, cuando oí que una voz familiar me decía.

—No, eso sería un error.

Me volví para mirar al que hablaba, con mi mano visiblemente fuera del bolsillo. El hombre a quien había conocido como Fra Pietro no vestía su túnica sino un traje de seda extremadamente arrugado. Las manchas de sudor que se veían a través del saco, permitían calcular fácilmente cual no habría sido su martirio, en el baño turco del compartimiento del tren Milán-Venecia, vistiendo ese traje bajo la pesada túnica.

También habían otras notables diferencias en su apariencia. La tonsura recientemente rasurada, estaba oculta bajo una airosa boina, los ojos deformados antes por los espesos anteojos, eran fríos y amenazantes y la mano que la manicura había embellecido tanto no llevaba una rama de olivo sino una mortífera pistola de caño largo, con la cual apuntaba directamente a mi pecho.

7

DE una cosa estaba seguí; Si el sujeto hubiera tenido intención de desembarazarse de nosotros lo antes posible, ya podría haberlo hecho. Un par de balas en la cabeza desde atrás de los matorrales, los cuerpos arrastrados a través del puentecillo que atravesaba el canal cerca de la casa y arrojados a la ciénaga de enfrente; podría haber acabado con nosotros en unos pocos minutos. El hecho de que no hubiera ocurrido esto, sugería que no era esta la suerte que se nos había reservado.

Este pensamiento unido al peso de la pistola en el bolsillo me dieron la presencia de ánimo como para desoír la orden de poner las manos en alto. Nos encontrábamos de pie uno frente a otro a sólo unos diez pies de distancia. En cuanto ésta se hubiera cubierto, hubiera logrado desarmarme y Anne y yo marcharíamos por el

sendero de regreso a la casa. Todo lo que yo podía hacer era prevenir ese momento.

De modo que permanecí con los brazos colgando, listo para hacer algún movimiento pero sin tener la menor idea de cuál podría ser.

—Arriba las manos, por favor —repitió el supuesto Fra Pietro y como no obedecí esa orden, dijo pacientemente—. No sea obstinado. El botero ya recibió la paga y fue despedido, está anclado aquí, acepte la situación.

—¿Es usted de la policía? —pregunté.

—Casi, *signore.* También soy Pietro Cimino y no Fra Pietro. Pero soy aficionado al cultivo de tulipanes y los que tenía en la bolsa eran bulbos de tulipanes, de manera que no lo engañé del todo. —Dió un paso hacia mí, espiándome desde cerca, con la pistola firme en la mano—. Ahora que ya hemos pasado por las formalidades, me permitirá que le retire esa arma del bolsillo. Luego hará exactamente lo que yo le indique sin intentos heroicos.

—¿Hacer qué? —pregunté dando un paso hacia atrás. El bote dado vuelta sobre el piso estaba justo detrás de mí. Si pudiera esconder a Anne detrás, fuera del alcance de las balas, tendría mayor libertad de acción...

—Tengo instrucciones de mi superior de detenerlos a los dos hasta que él llegue, y será mucho más cómodo esperar en la casa. Si se comportan sensatamente no corren peligro alguno. Si no, me veré obligado a matarlos aquí mismo. Es lamentable, por supuesto pero he sido advertido de que usted es muy peligroso y tengo carta blanca para hacerlo.

Por el rabillo del ojo pude ver a Anne que observaba fijamente a Cimino, como hechizada por la amenaza. Eso terminó por afianzar mis esperanzas de hacerle señales de que se moviera, no bien lo hiciera yo.

—¿Quién es su superior? —pregunté a Cimino, tratando de ganar tiempo desesperadamente—, ¿cómo puedo saber que usted no es un agente de la policía?

Cautelosamente dio otro paso hacia mí.

—*Signore,* cualquiera haya sido el lugar por donde ingresó al país allí había otra gente además de la policía para supervisar sus actividades. Mi superior es un cierto doctor Morillon, a quien telefonee de inmediato, en cuanto me separé de ustedes en la estación de Venecia. Podrá hacerle todas las preguntas que desee, muy pronto. Estará de regreso del aeropuerto del Lido en unos pocos minutos. Entonces, *signore...*

Anne no estaba realmente hechizada. Un fustigazo se sintió en el aire, un aullido de Cimino que se tambaleaba por el golpe recibido. De algún modo había logrado apoderarse de la caña de pescar que estaba apoyada contra el bote y la había hecho estampar con un golpe salvaje contra el pecho del individuo. Si yo hubiera estado advertido, hubiera podido invertir los papeles. Pero me moví demasiado tarde y antes que pudiera alcanzarlo, había ya recobrado el equilibrio y me apuntaba con la pistola nuevamente. Hubiera sido suicida cargar contra eso, de modo que hice la única cosa que me quedaba. Giré hacia un costado y me arrojé sobre Anne, haciéndola rodar por encima del bote y la seguí con un salto que me hizo aterrizar casi encima de ella del otro lado de la embarcación del lado del canal.

Oí el rugido del arma de Cimino cuando di contra el suelo, y oí que la bala silbaba y rebotaba contra la orilla de piedra del canal. Rodé para extraer la automática del bolsillo. Al levantar mis ojos por sobre la quilla del bote sólo por un momento, que me permitiera devolverle un tiro, vi a Cimino encorvado y agazapado que se acercaba al bote. Me vio antes que pudiera apuntarlo y me di cuenta de inmediato que corto de vista o no, era un tirador excelente.

La bala rozó el borde de la quilla a sólo unas pulgadas de mi frente, haciendo volar una llovizna de astillas en mi rostro. A pesar de estar protegido por mis anteojos de sol, vacilé ante esto y al devolver el tiro le erré por un amplio margen. El instante siguiente, el hombre se había puesto a salvo tras un árbol que había a unos pocos pasos. Sin pensarlo, disparé nuevamente, vi como saltaba la corteza del

árbol y me lancé al piso precipitadamente mientras él hacia fuego y la bala rasgaba el casco podrido del bote. Allí acostado, tuve tiempo de lamentarme por desperdiciar ese tiro extra. Cuando había controlado la automática, al tomar posesión de ella, estaba cargada con un cargador entero de siete balas y debería obtener el máximo de cada una de ellas para soportar el sitio.

Y probablemente habría un sitio, a juzgar por el lugar en que nos encontrábamos Anne y yo. Desde detrás del árbol, Cimino nos tenía bien clavados. La única posibilidad de escapar la ofrecía el bote amarrado en el canal, a nuestras espaldas, pero una vez que nos halláramos en esa embarcación tan poco airosa, avanzando entre las vecinas orillas del canal, seríamos como patos sentados para Cimino. Si tan sólo pudiera lograr que Anne subiera a bordo del bote lo suficientemente rápido y hacerlo arrancar corriente abajo...

Anne debe haber quedado media aturdida por el impacto brutal de la caída sufrida. Se agitó ahora contra mí, tratando de sentarse pero la hice agacharse otra vez.

Quédate pegada al suelo, —le aconsejé—, un tirador eximio nos vigila.

—¿Cimino?

—Sí.

—Es culpa mía. Quería que tú pudieras alcanzarlo pero todo lo que conseguí fue empeorar la situación.

—Hiciste bien. Estábamos listos de todos modos. De esta manera al menos tenemos una posibilidad.

—No más que una. —Anne hizo un gesto en dirección al puente —, mira.

Di vuelta la cabeza, asegurándome que estuviera por debajo del nivel de la quilla del bote, y vi una lancha que se detenía en el embarcadero más allá del puente. Dos hombres descendieron de ella, y si bien no pude descubrir las facciones del más alto a esa distancia, su cabello pálido, falsamente rubio y la facilidad felina de sus movimientos lo hacían fácilmente identificable: era el doctor

Hubert Morillon. O más bien, me corregí presurosamente, el coronel Henri de Villemont.

En ese instante rugió un tiro del arma de Cimino. La bala pasó muy junto a mi cabeza con un chasquido de dedos que me golpeó los oídos. Supe que se trataba de una señal a los recién llegados, a quienes Cimino debía haber visto tan pronto como pisaron la orilla del canal. Los vi detenerse y girar en dirección hacia nosotros, y adiviné que de Villemont nos había visto y comprendido la situación porque nos señaló con un dedo e hizo una áspera observación al que lo seguía. Me preparé para recibir un ataque desde ese sector pero no vino ataque alguno. Por el contrario, ambos se dirigieron a paso vivo hacia la casa y desaparecieron en su interior.

Los segundos transcurrían y se convertían en minutos.

—¿Qué hacen? —susurró Anne.

—No lo sé. Telefoneando para pedir refuerzos, tal vez. O tal vez quieren hacernos morder el anzuelo tratando de llegar hasta la lancha, para que quedemos en descubierto por un momento.

—Sería digno de intentarse —su voz estaba muy calma—, podrías escapar solo, ¿no? y alcanzar a Paul, de algún modo...

Estas palabras junto con la vista de la lancha que aguardaba eran una tentación poderosa pero la resistí. Después ya fue demasiado tarde para considerarlo porque la familia Braggi, padre, madre e hija, quien ahora vestía un reducido vestidito, cargados con sus equipajes se abrían paso a bordo de la lancha. El canal era demasiado angosto para que la embarcación hiciera un giro completo. Simplemente se alejó suavemente marcha atrás y en un minuto el leve ronroneo del motor se desvaneció en la distancia. El silencio del *barene* cayó nuevamente sobre nosotros.

La partida dejó establecidas cuáles eran las intenciones del enemigo hacia Anne y hacia mí. Nos despacharían aquí y sin que la *Signora* Braggi ni Daniela pudieran presenciar la ejecución. Serían trasladadas a distancia prudencial y la lancha regresaría para llevarse también a los ejecutores. La casa misma permanecería sin duda cerrada y vacía por un largo tiempo. Había una buena razón

para ello, una razón que de Villemont debía tomar en cuenta al preparar los planes para con nosotros. El botero que nos había llevado hasta allí, podría ver mi foto en los diarios y tarde o temprano podría ir a la policía por esa causa y si la pista la llevaba hasta esta casa, la encontrarían desierta. Así jugaba la O.E.I., siempre con unos movimientos de ventaja sobre el adversario, siempre con una coartada preparada y con una portezuela de escape lista.

Una voz me saludó. La de Henri de Villemont.

—Monsieur Davis.

Por la dirección de donde provenía calculé que habla tomado posición no lejos de Cimino, pero no estaba dispuesto a verificarlo levantando la cabeza y colocándola en la línea de fuego.

—Sí.

—¿No cree que ha llegado el momento de arreglar los asuntos entre nosotros, Monsieur Davis?

—¿En qué términos coronel?

—Términos excelentes. Mejores de los que usted merece —la voz se endureció—, Y yo soy un médico, no un oficial del ejército. Por favor, recuerde por su propio futuro bienestar, que está tratando con el doctor Hubert Morillon.

Eso me intrigó. Para este hombre mentir era tan fácil como respirar, pero aún esa mención sobre mi futuro bien estar me ofrecían un destello de esperanza de que podría tener un futuro digno de consideración. O ¿ni el mismo Cimino estaba enterado de La verdadera identidad de su superior?

—Bueno —dijo Villemont con impaciencia.

—Lo siento, doctor. —Acentué con fuerza la palabra *doctor*— me resulta difícil tratar algo con un cañón en la cabeza.

—Eso se soluciona fácilmente. Eche una ojeada, Monsieur, y verá que yo tengo mucha más fe en usted, que la que usted tiene en mí.

Entonces miré, levantando astutamente los ojos justo por encima de la línea de la quilla y lo que vi me llenó de una admiración que me repugnaba, por mi adversario. Se había apartado de su escondite y estaba allí de pie, en el medio del claro que había frente a mí, era el

blanco más fácil del mundo, hasta para una automática de poco calibre como la que yo tenía apuntándole.

—¿Ve? —De Villemont abrió los brazos— y en lo que le toca a mi hombre, —se dio vuelta e hizo un gesto severo en dirección al escondite de Cimino. Cualesquiera fueran sus sentimientos, no era fácil desobedecer ese tipo de órdenes proviniendo de Henri de Villemont. Lenta y desganadamente Cimino salió de atrás del árbol y como de Villemont continuaba mirándolo muy fijo, colocó el arma en la pistolera que le colgaba del hombro, con más lentitud y menos ganas. Me incorporé y rodee el casco del bote caminando en dirección a Villemont, apuntándole con la automática y cuidando que quedara entre Cimino, y yo.

—¿Qué le hace tener tanta fe en mí, doctor?

—Su comprensión de su propia situación, Monsieur Davis. Ya se ha enterado que Pietro es tan eficiente con la pistola como usted con los puños. El menor intento de matarme, significaría por lo tanto, su propia muerte y por supuesto la de Madame. Más allá todavía ¿adónde podría ir? ¿Qué podría hacer si por el más extraordinario de los milagros pudiera despacharnos a Pietro y a mí? ¿Correr en círculos hasta que lo cace la policía? ¿o lo que es aún más probable hasta que lo encuentren mis furiosos y vengativos amigos?

—¿Qué me ofrece a cambio?

—Un salvoconducto para salir del país. La lancha regresa esta noche, y amparado por la oscuridad podemos transportarlo hasta la costa Dálmata. Más tarde se arreglará su traslado a Sudamérica.

—¿Sin un céntimo, ni equipaje? —dije para probarlo— mi valija estaba en la lancha que Pietro despidió.

—Pietro no es tan estúpido. La valija está entre aquellos árboles.

—¿Y todas mis otras pertenencias? ¿mi ropa, libros y manuscritos que me sustrajeron de la casa de la rue de Courcelles? ¿Qué les ocurrió?

—No trataré de disimular —respondió Villemont—. Charles Leschenhaut pensó que en lugar de ser un tonto excepcional, podría tal vez ser un agente de la C.I.A. o de la British Intelligence,

extraordinariamente inteligente. Sus pertenencias fueron llevadas al departamento de él, donde pudiera investigarlas con toda comodidad. Me ha asegurado que nada indica que sea usted ese tipo de agente.

—Sólo un tonto excepcional.

—En buena medida, pero debo admitir que por lo menos sabe obtener lo que desea —no había humor en la fría sonrisa que me dirigió—. En un tiempo sorprendentemente corto se ha ganado el afecto de mi hijo y ha tomado a mi esposa por amante...

—Doctor, si estuviéramos solos...

De Villemont hizo un despectivo gesto en dirección a Cimino.

—Ese patán no entiende francés. Estamos en libertad de discutir sus triunfos con toda franqueza.

—¿Quiere escucharme? —dije enojado—, se equivoca en lo que se refiere a su esposa y yo.

—¿Me equivoco? No, me temo, amigo mío, que ha sido descubierto. Aun así no tengo intenciones de comportarme como un cornudo, ante una broma pesada. Si quiere que Madame lo acompañe, al partir esta noche, le diré que estaré complacido de deshacerme de ella.

—¿Y entonces qué? —Anne se había puesto de pie antes que yo pudiera advertirle que no lo hiciera—. ¿Entonces qué Henri?

—Hubert —espetó de Villemont.

—Henri, coronel Henri de Villemont —Anne casi escupió las palabras—, ¡mi marido, que permitiría que asesinaran a su propio hijo para proteger el pellejo! ¿Cuáles son tus planes esta vez, marido mío? La última oportunidad iba a ser un accidente en las montañas. ¿Qué será ahora? ¿Nos ahogarás en el Adriático?

De Villemont no se mostró desconcertado. Miró fríamente a su esposa de la cabeza a los pies y pareció divertido por esa aparición desgreñada.

—¡Qué espectáculo! —comentó—. Es obvio Madame, que usted no nació para llevar una vida de vagabunda.

—No trates de disuadirme, Henri. Sólo por el bien de Paul seamos sinceros el uno con el otro. La organización quiere mi dinero pero les sería muy difícil obtenerlo hasta que puedan probar que estoy muerta Eso es lo que tú estás arreglando ¿no es cierto? Un modo conveniente de deshacerte de mí, de manera que mi cuerpo pueda ser recuperado para cubrir las cuestiones legales de mi testamento y de la tutoría legal de Paul, dé inmediato.

—Mi querida, si persistes en estos delirios, ciertamente terminarás en el manicomio.

—¿Yo? ¿Soy yo la que carnea gente inocente en pro de un sueño de locos? ¿Soy yo la que convirtió a nuestro hijo en rehén por un loco verdadero, como Charles Leschenhaut?

—¡Sí! —estalló de Villemont—, Si tú hubieras sido comprensiva, si hubieras tratado de ser mi esposa en lugar de mi enemiga, ¿piensas que hubiera convenido a ese acuerdo terrible? ¿Piensas que amo a Paul menos que tú? Pero mira dónde estamos, en el desastre que tú y tu amante amenazan. ¿No es una prueba de que Charles era un sabio al exigir ese acuerdo? Si no fuera por eso de buen grado me hubieras enviado a mí, a tu propio marido a la guillotina hace tiempo, hubieras destruido el único movimiento capaz de transformar el mundo en un lugar apropiado para que viva mi hijo. Fue usted, Madame, la que puso a su hijo de rehén.

Sin prestar atención a mi pistola, avanzó hacia ella mientras hablaba, pero cuando con voz dura le dije:

—Deténgase, —se detuvo sobre sus pisadas y se volvió hacía mí, luchando por mantener la compostura.

—¡Ah sí, el valiente amante! y ¿qué van a hacer? Desde el momento en que ambos saben que las autoridades mantienen al niño como rehén para garantizar integridad, no veo que pueden hacer otra cosa que aceptar los generosos términos que les ofrezco a cambio.

—¿Sí? —indagué.

—Hay una cierta lista de miembros que usted sustrajo a su compatriota borracho. Debe devolvérmela.

— ¿Lista de miembros?

—Por favor, Monsieur, suspendamos esos torpes esfuerzos teatrales. Pietro ya ha verificado que la lista no está en la valija, el movimiento inconsciente de su mano cuando la mencioné deja bien claro dónde se encuentra. Entréguela y ¡trato hecho!

—¿Qué le parece si más bien se la confío a algún amigo, para asegurarme de que se cumpla el trato?

La mano que me extendió repentinamente debe haber sido la señal para Cimino. Pero no fue eso lo que me impulsó a actuar, ni tampoco el haberme apercibido con alarma de que gracias a una maniobra, ya no se encontraba protectoramente entre su secuaz y yo. Fue un enceguecedor destello inesperado que arrojó la pistola cuando Cimino la desenfundó, y ante ese azote de luz me moví más rápido de lo que lo había hecho en mi vida. Tomé el brazo extendido de de Villemont y casi lo arranqué de sus pies, colocándolo delante de mí, a manera de escudo. En el mismo instante, casi como si todo hubiera ocurrido al mismo tiempo, oí sonar la pistola de Cimino, sentí el impacto de la bala que penetraba en el hombre que yo sostenía, tuve conciencia del alarido de Anne y vi a Cimino allí, de pie, con el horror pintado en el rostro y el arma suspendida aún, aunque inutilizada, mientras me escudara el cuerpo de Villemont.

Georges Devesoul había mencionado en una oportunidad la devoción que inspiraba Henri de Villemont en sus seguidores. Ahora se me brindaba una pavorosa demostración. Cimino permaneció inmóvil sólo un momento al verse con un arma inútil entre las manos, cargó contra mí, rugiendo como un toro, enceguecido por la furiosa necesidad de alcanzarme. Mi primer tiro casi lo hizo tambalear, pero se necesitó un segundo y aún un tercero para quitarle la vida. Cayó tendido cuán largo era casi a mis pies.

Mientras todo esto ocurría de Villemont no aflojó en ningún momento la mano, con que se aferraba de mi saco pero la fuerza se estaba escapando rápidamente. Lo que lo mantenía erguido era sólo el brazo que lo sostenía.

Anne corrió hacia mí.

—¿Estás herido? —preguntó— ¿estás bien?

—Estoy muy bien. Dame una mano con él. Creo que está listo. —El orificio de la bala que tenía en un costado, a nivel del corazón era un testimonio de la puntería de Cimino. Si el sol no se hubiera reflejado en la pistola esa misma bala hubiera acabado conmigo allí mismo.

Anne se puso de rodillas junto a su esposo y le sacó un pañuelo del bolsillo para limpiarle en vano el hilillo de sangre que salía por la comisura de la boca. Tenía los ojos cerrados. Los párpados se agitaron y fijó los ojos en ella.

—¡Puta! —susurró de Villemont y eso fue todo. Los ojos permanecieron abiertos, vidriosos, mirando fijamente hasta que el sonido de su respiración dificultosa se acalló por completo.

Anne se puso de pie con lentitud. Parecía que le resultaba imposible quitar los ojos del suelo.

—Está bien —le dije—. No mires. Ve a la casa y espérame allí.

—¿Qué le ocurrirá a Paul, ahora?

—Nada.

—Pero cuando Leschenhaut descubra...

—Lo único que podrá descubrir es que tu marido y uno de sus *thugs* arreglaron cuentas entre sí después de habernos despachado. De cualquier modo eso lo dejaremos que lo descubra él. Ahora sube hasta la casa y no te alarmes si escuchas un disparo cerca del puente. Haz lo que quieras pero si llama el teléfono no respondas.

—No lo haré, pero preferiría quedarme aquí y ayudarte.

—No necesito ayuda. Sólo esa bufanda.

Se desató el vistoso trazo de tela de la cabeza y me lo entregó. La empujé en dirección al sendero, que aparecía entre los árboles y fue hacia él con paso inseguro. Esperé que estuviera fuera de la vista, y dirigí entonces mi atención, a la preparación del escenario. Sabía que al menos el tiempo estaba de mi parte. Era recién mediodía y Braggi, el casero, no regresaría con la embarcación hasta la noche, por lo tanto no había pretexto para descuidar detalle alguno de esta operación. Mientras me encontraba allí, considerando cada pequeñez, se me ocurrió que finalmente iba a abandonar el

papel del tonto que me había asignado la O.E.I. desde hacía tiempo. En lugar de ser manipulado, iba ahora a hacer una maniobra por mi cuenta.

En primer lugar recuperé la valija que Cimino había ocultado entre los árboles y la acarree hasta el pequeño puente de peatones que atravesaba el canal cerca de la casa. Me despojé de mis ropas y desnudo y descalzo, llevé ambos cuerpos hasta el puente. Fue una tarea difícil con Cimino. Tuve que utilizar todas mis fuerzas para cargar sobre los hombros esa masa de grasa y tuve que hacer otro viaje más para buscar la pistola, los anteojos y la boina y volverlos a colocar en el cuerpo, que coloqué sobre la orilla del otro lado del puente.

Observando el pantano que se veía debajo, desde la orilla, no me cupo la menor duda que ése era el lugar donde yo habría de haber sido despachado para siempre. Anne no. Tenía razón al decir que ella debería ser identificada como víctima de un accidente fatal, para que su patrimonio y su hijo fueran entregados a la familia de su esposo tan pronto como fuera posible. Pero algo tan evidentemente criminal como una bala en la cabeza podría hacer que los tribunales detuvieran ese patrimonio en litigio por muchos años. ¿Quién sabía esto mejor que Villemont?

Pero ¿qué ocurriría si Cimino se excedía en su celo por el cumplimiento del deber? y ¿qué pasaba si el ardiente y criminal Henri de Villemont había visto cómo su pistolero volaba sus planes bellamente preparados, con un tiro descuidado en la cabeza de Anne? y ¿qué si Cimino, condenado a muerte de inmediato por su error tan costoso, le devolvía la paga a su patrón, apretando por última vez el gatillo al caer muerto?

Mi escenografía debía conducir a esa deducción. Braggi sería el primero en arribar a la escena de los hechos, pero aún si él no lograba captar el significado, alguno de sus superiores se haría cargo muy poco después y arribaría a las conclusiones que les estaba imponiendo.

Coloqué el cuerpo de Cimino sobre la orilla, enfrentando el de de Villemont que estaba sobre el puente, y le puse la pistola en uno de sus puños peludos y el pañuelo de Anne en el otro. Cuando dirigí mi atención a de Villemont, me complació encontrar una pequeña automática, atada a la cintura bajo la camisa. Tiré tres tiros en el canal antes de colocarla junto a su mano extendida.

No toqué nada más. Para el enemigo, yo debía aparecer muerto, enterrado junto a Anne en la ciénaga que había bajo ese césped pantanoso y los muertos no pueden robar. Había una posibilidad en un millón de que alguien supiera el contenido exacto de la billetera de de Villemont, y mucho menos del de la de Cimino, pero aunque necesitaba desesperadamente, cual fuera la cantidad que contuvieran esas carteras, me negué a correr ese riesgo. Nunca más cometería el error de subestimar al enemigo.

Lamentándolo, puse la valija sobre el puente y lamentándome más aún, disparé los tiros que restaban en mi pistola y la arrojé en el bolsillo del saco de de Villemont. No había otra salida. Toda la familia Braggi sabía que yo estaba armado y resistiendo un sitio, el lugar lógico para mi arma descargada después de rendirme a de Villemont, era su bolsillo.

Transportar esos cuerpos sobre mis espaldas había sido una tarea sangrienta. Más de lo que había calculado, como pude comprobar al mirar mi pecho y vientre desnudos. Revuelto del estómago, descendí desde el puente hasta el canal, apresuradamente, con el pecho sumergido en esa agua salobre y maloliente me froté lo mejor que pude. Me sequé con la camiseta, me vestí, hice una pelota con la ropa interior y me la metí en el bolsillo.

Sólo quedaba una cosa que hacer para completar la escenografía. Dirigí mis pasos rápidamente hacia la casa para ocuparme de eso.

ANNE me esperaba en la cocina. Estaba apoyada contra la pared como si fuera el único modo de evitar una caída. Todavía tenía puestos los anteojos de sol y tenía la cara veteada por el polvo y las lágrimas. Deduje que no se había movido de allí desde el momento en que había cerrado la puerta tras ella.

—Necesitas tomar algo —le dije— ¿dónde guardan eso?

—En la despensa. —Escasamente pudo pronunciar estas palabras.

En la despensa había provisiones suficientes como para alimentar un pequeño ejército, muy probablemente ése era su destino y entre las botellas que allí había, encontré una de coñac, de la cual serví un generoso trago para cada uno. Luego, como un autómata, Anne me permitió que la llevara hasta la pileta de la cocina, donde le quité los anteojos y, sosteniéndola con un brazo alrededor de la cintura, le lavé torpemente la cara con un repasador. Finalmente, haciendo a un lado los pedazos de soga arrancados con los cuales habíamos atado a la *Signora* Braggi a la silla, senté a Anne con firmeza. Siguiendo mis indicaciones, se había sacado las medias arruinadas en el *gabinetto* de la estación de Venecia. Ahora, al sacarle los zapatos y lavarle las piernas desnudas, vi las raspaduras y arañazos que la suciedad había ocultado hasta el momento y, a falta del mejor antiséptico, los lavé con coñac. Más de una vez había dispensado idéntica atención a su hijo, utilizando iodo, y siempre había sido cuestión de honor no acobardarse ni gritar ante el escozor. Sin embargo, Anne hizo ambas cosas. Me alegré ante eso. Parecía que la arrancaba del hechizo en que se hallaba.

—Lo siento —se disculpó sin fuerza—, Paul hubiera sido más valiente ¿no es cierto?

—Por eso no me preocupo demasiado por él —mentí—, ¿te sientes mejor?

—Un poco. Lo suficiente para ponernos en marcha, de cualquier modo —sacudió la cabeza con desesperación— ¿Pero adonde? Ellos saben que trataremos de llegar a Roma, sólo tienen que llevar a Paul a algún otro lado...

—Esta vez no. Esta vez les llevamos un movimiento de ventaja —le dije, y al explicarle por qué, la respiración de Anne se aceleró excitada.

—Si piensan que estamos muertos, podremos llegar a Roma sin problemas —contestó ansiosamente—, pero una vez en Roma...

—Sí, no será tan fácil como suena. Por un lado, me persigue la policía. Por otra parte no nos queda casi dinero y, puede pasar tiempo antes de que se produzca un enfrentamiento. Por lo menos unos pocos días. Tal vez más. No quiere decir que cambiaremos los planes por ello. Sólo deseo que estés preparada para el tiempo duro que se avecina.

—Estoy lista. ¿Podemos partir de inmediato?

—Todavía no. —Extraje la lista de miembros del coronel Hardee, esas páginas llenas de números secretos y enloquecedores, y se la mostré—, ¿Has visto algo similar alguna otra vez?

—¿Qué es?

—Es la lista de miembros de la O.E.I. en código. Se trata de la misma en la cual tu esposo tenía tanto interés en echar mano. ¿Reconocerías el código? ¿Podrías descifrarla?

Anne frunció el ceño.

—No, pero en una oportunidad vi algo parecido. Una vez Paul tomó un libro del escritorio de Bernard, cuando andaba por allí, y había una página como esa doblada dentro, llena de números y de pronto me lo mostró y me preguntó qué era, mientras estábamos en la mesa, cenando con la familia. Por la disposición de las líneas pienso que debía ser probablemente una carta para Bernard o una que él estaba escribiendo.

—¿Qué ocurrió cuando la familia te vio con eso?

—Hubo una gran escena. Claude especialmente, ardía de rabia y recuerdo que Matilde Vosiers, empeoró todo diciendo que yo tendría que ser adivina para entender, y como yo no creía en esas cosas, ¿qué mal podía hacer? Claude se enfureció con ella por bromear sobre eso.

—¿Es todo? ¿No dijeron nada sobre el código?

—No. Aun así, si desean tanto esa lista...

—Sé lo que estás pensando, pero te equivocas. Leschenhaut nunca cambiará a Paul por ella, menos si sabe que tú y yo estamos vivos. Preferirá correr el riesgo de que el código sea indescifrable para quien intente penetrarlo.

—Pensé que todos los códigos podrían romperse.

—Quizá, tarde o temprano. Pero este tipo de código privado, cocinado por un hombre brillante como Leschenhaut, llevaría un largo tiempo para ser descifrado; semanas y hasta meses, y no nos resta tanto tiempo. Debemos tener a Paul en nuestras manos antes de hacer nada con esta lista. Una vez que él se encuentre a salvo con nosotros, y aclare mi asunto con la policía, ellos podrán descifrar el código lo suficientemente rápido como para avanzar sobre la O.E.I. y cazar a toda la conducción antes de que huya hacia los Andes.

—Entonces, ¿por qué no podemos comenzar a movernos? ¿Por qué permanecer parados hablando del asunto?

—Porque dejaremos esta lista aquí.

—Eso es. Es el último toque, el único que convencerá, realmente, a la organización de que estamos muertos y sumergidos en ese pantano. Pero vamos a guardarnos una copia de esta lista. Ahora exploremos por aquí y veamos si podemos encontrar algunos lápices y papel.

En la casa resultó haber una provisión de lápices pero no papel. Finalmente nos decidimos por unas inmensas hojas de papel de envolver que la económica *Signora* Braggi había guardado en el armario de la cocina. Utilizando ambos lados de las hojas podrían servir. Aun haciéndolo tan rápido como era posible, sin detenernos y alternándonos para cantar los números mientras el otro los anotaba, nos llevó casi tres horas transcribir el contenido total de la lista del coronel. Las páginas estaban espesamente cubiertas de cifras y cada línea tenía de treinta a sesenta dígitos, lo que sugería que cada línea contenía probablemente un sólo nombre y dirección. Lo único que restaba esperar, después de haber recorrido hastiados página tras página, era que el esfuerzo no se malograra.

Al terminar la tarea, forcé a Anne, contra su voluntad, a unirse a mi almuerzo de pan, queso y vino, y luego dejándola en la cocina ocupada en hacer desaparecer cualquier rastro de nuestra presencia allí, bajé al puente. Me enfermaba la idea de que ya hubiera nubes de moscas revoloteando sobre los cuerpos y tuve que esforzarme lo suficiente como para retener mi almuerzo al espantar las que volaban sobre de Villemont, hasta que pude deslizarle la lista original en el bolsillo interior del saco. Al volver a la cocina me tomé otro coñac para lavar de mi boca el gusto de esa experiencia.

Fuera ya de la casa, Anne se dirigía hacia el canal, cuando la tomé del brazo.

—No vamos por ese lado —le dije.

—Pero allí es dónde está el bote.

—Utiliza la cabeza. Si nos lleváramos el bote. ¿No crees que pensarían que huimos?

—Pero si no usamos el bote...

—Caminaremos, eso es todo. Nos mantendremos rumbo al Sur hasta que lleguemos a la línea costera y encontremos a alguien con un bote que nos lleve. El ferry para en Burano ¿no?

—El Vaporetto. Sí.

—Y Burano está bien cerca de modo que no pueden cobrarnos demasiado por cruzarnos. Luego tomamos el *vaporetto* hasta el embarcadero con hermosos turistas y recogeremos el auto.

—Pero el *barene.* Y todos estos canales...

—Ya encontraremos el camino. Déjame. Yo soy un niño del campo ¿recuerdas?

Pronto aprendí que ser un muchacho del campo, de las orillas del Truckee River en Nevada, no tenía mucho que ver cuando se trataba de hallar el rumbo, a través de un laberinto de canales, serpenteando en todas direcciones, a través de Torcello, donde los puentes eran escasos y distantes unos de otros. Era un placer poder caminar por la orilla, pero cuando el canal que seguíamos se desviaba del Sur, nos veíamos obligados a abandonarlo y lanzarnos a través de esa maraña subtropical, a través de campos donde nos enterrábamos

hasta el tobillo en el suelo gredoso y a través de malezas que ocultaban traicioneros tembladales de fango. En los peores lugares nos sacábamos los zapatos y mientras Anne los mantenía fuertemente asidos contra ella, yo con los pantalones arremangados hasta la rodilla, la llevaba en mis brazos hasta llegar a zonas fáciles de transitar.

Durante toda la travesía me aseguraba de mantenernos alejados de cualquier casa que pudiera parecer ocupada y cuando llegábamos a una quinta de verduras o algún huerto dábamos toda la vuelta alrededor para evitarla. Era casi el atardecer cuando finalmente arribamos a la línea de la costa y agradecido contemplé el agua de la amplia laguna Veneta, encendida por el sol y las luces distantes de las calles que se prendían a lo largo de la cadena de islas que conducía a la misma ciudad.

No lejos del lugar donde salimos a la laguna, había una casa en estado ruinoso, una casa de estuco. El humo se elevaba ondulante de la chimenea y una pequeña chalupa varada frente a ella, nos dirigió hacia allí.

Los habitantes resultaron ser dos Viejos del Mar, increíblemente arrugados que parecían muy ancianos. Estaban arreglando una red detrás de la casa y con total asombro nos miraron boquiabiertos al vernos aparecer ante ellos. Al explicarles que la *signora* y yo éramos turistas que nos habíamos separado de nuestro grupo y que pagaríamos el traslado hasta la lancha en Burano, me prepare para oír demandas exorbitantes. Por el contrario nos abrumaron con su hospitalidad. Si, ciertamente nos llevarían a Burano, pero primero debíamos refrescarnos, comer algo y tomar vino. En realidad, si deseábamos quedarnos a pasar la noche, no había ningún inconveniente, la *signora* parecía que no se podía mantener más sobre sus pies.

Al final cuando logré convencerlo de que el tiempo era fundamental ya que nuestros amigos, parientes e hijitos estarían preocupados por nosotros, transportaron la chalupa hasta un muelle,

cerca del embarcadero del *vaporetto* de Burano, y sólo aceptaron como pago lo que restaba de mi paquete de cigarrillos.

—No, no —explicó uno de ellos, en respuesta a mi ferviente agradecimiento—, aquí en Torcello, sabemos cómo tratar a los visitantes. Somos gente civilizada no como el lote ese de miserables mercenarios que hay alrededor de la Piazza San Marco. Dígaselo de parte nuestra, *signora,* cuando vuelva allí.

Eso, sumado al viajecito bajo la luna a través de la laguna en el pequeño *vaporetto* que tosía, podría haber sido idílico en otras condiciones. Pero tal como iban las cosas no podía dejar de tener la sensación de que todos los ojos me seguían, de que entre los pasajeros, de los cuales la mayoría parecían ser turistas malhumorados y de pies doloridos, acabados después de un día de recorrida, uno al menos era un contratado del enemigo, haciendo sus maniobras para arrinconarnos tal como lo había hecho Pietro Cimino con tanta facilidad.

No me libré de esa sensación hasta que la lancha nos dejó en el muelle de la Autorimessa y comprobé que éramos los únicos que desembarcábamos. Esperé detrás del garaje, mientras Anne buscaba el auto. Cuando salió me agradó ver que se trataba de un pulcro Fiat Millecento negro, el auto perfecto para un viaje secreto.

Anne se corrió para dejarme el lugar tras el volante pero le dije.

—No, conduce lo más que puedas. Al menos tú tienes pasaporte. Yo no tengo papeles. Eso significa que si nos detiene la policía en el camino, por cualquier razón, podrás salir del paso. Si eso ocurre, recuerda que soy alguien que acabas de recoger. Le dices nada más que eso.

—¿Es acaso la policía lo único que nos preocupa? ¿qué ocurrirá si la organización descubre que el auto no está?

—No hay razón para que se ocupen de él. ¿Estamos muertos, no es cierto? De modo que no se preocuparán del auto mientras se estén preguntando cómo dragar nuestros restos. Nunca firmaste un poder general, ¿no? Quiero decir ni a Claude, ni a ninguno de la familia.

Anne sacudió la cabeza.

—Nunca me lo pidieron.

—Porque eso hubiera hecho que sus planes fueran un poquito demasiado obvios. Y porque tú has estado manteniendo a toda la familia, también ¿verdad? Además del dinero que volcabas a la organización por medio de esa cobertura del juego, tú firmabas también todos los cheques.

—El primero de cada mes.

—Bien. El primero no está lejos, de modo que ellos tendrán una crisis financiera tan pronto como nosotros. Estarán dispuestos a entrar en conversaciones.

—Pero si no vas a utilizar la lista de miembros para negociar, ¿qué puedes ofrecerles?

—¿Qué se te ocurre? —le dije mientras tomábamos el terraplén hacia tierra firme—. Tus restos.

QUINTA PARTE

LA RUEDA

1

EL problema era el dinero.

Nuestro tercer día en Roma, a las diez de la noche, gastamos lo último que nos quedaba en una *pasticceria* en la Piazza Sonnino en Trastevere. Las provisiones que traje al auto, queso, macarroni fríos, dos fetas de jamón que por lo delgadas parecían papel higiénico, un pan y una jarra de Chianti sulfuroso, extraído del barril de la bodega local que había detrás del mostrador, me dejaron con sólo dos monedas en el bolsillo, que sumadas, no alcanzaban a ser un centavo americano.

Y las perspectivas eran oscuras. Ya habíamos empeñado el anillo de casada de Anne que reemplazamos por una imitación oro, una rodaja de lata que elegimos en Standa, que es el baratillo de Roma. También estaban empeñados mi reloj y equipo de herramientas que había hallado en el baúl del auto.

Desde el punto de vista positivo, teníamos bastante comida a mano, como para cenar y tomar el desayuno, un tanque de nafta casi lleno y ninguna factura hotelera que nos preocupara. Tuviéramos o no dinero para pagarlo, tomar una habitación en la pensión más miserable era demasiado peligroso ya que correríamos el riesgo de que nos pidieran documentos de identidad o pasaportes.

De manera que el auto era nuestro comedor y dormitorio; el *albergo diurno,* ese complejo de letrinas, baños e instalaciones para el arreglo personal, situado en las entrañas de la estación Termini, la más importante de Roma, nos proveía del resto de las comodidades. En el momento actual, con las monedas que nos quedaban ni siquiera podríamos pagar la tarifa de admisión a dichas comodidades. Y hacia el mediodía del día siguiente estaríamos sin comida y sin dinero. Me enfrentaba a un hecho frío: de un modo u otro debíamos

conseguir de algún lado unos pocos cientos de liras, para sobrevivir sólo un día más.

Pero ¿de dónde?

Anne de Villemont cuya fortuna llegaba, estimativamente, alrededor de los seis billones de liras, retiró nuestra cena de las bolsitas de papel que le entregué.

—¿Jamón? —preguntó, ¿no es caro?

—Pensé que te gustaría un poco de buena vida, para variar. No te preocupes. De todos modos el dinero se ha acabado.

—¿Del todo?

—No podemos comprar ni el diario con lo que nos queda. He estado pensando qué podemos hacer al respecto, que no sea aporrear a algún turista, que parezca en buena situación, y robarle la billetera. Si a esta maldita cocinera se le ocurriera aparecer...

Porque eso era lo que esperábamos. Tarde o temprano, confiábamos que la cocinera de la casa Montecastellani, la casa de los afectuosos parientes de Madame Cesira, aparecería y totalmente inadvertida nos conduciría a lo de la familia a la cual servía.

Era el único recurso que teníamos, no había opción. Desde el momento en que había obligado a admitir a la *Signora* Braggi en Torcello, que Paul y su abuela se habían trasladado a Roma, estuve seguro que la Casa Montecastellani, que tan vívidamente me había descripto Madame Cesira en una oportunidad, sería el santuario en esa ciudad. Anne había convenido en ello. Según ella el clan Montecastellani estaba dividido en dos facciones una neo-fascista y otra realista, pero se hallaban unidos para apoyar fanáticamente a la O.E.I. El hogar ancestral de los Montecastellani en la Vía della Pilotta era la guarida de sus actividades, y el dato más importante, era que Madame Cesira se alojaba siempre con su familia, cuando estaba en Roma. Basándome en esto preparé mi trampa. Para hacerla saltar necesitaba hacer un llamado desde las afueras de la ciudad no bien llegáramos.

Ahí fue donde erramos el tiro. Cuando llamé al número de los Montecastellani, la línea estaba muerta. Cortada toda comunicación

con el enemigo, habíamos llegado casi a la punta del hilo. El fin fue la visión de la puerta cerrada del domicilio de los Montecastellani, en la Vía della Pilotta, que tenía la misma apariencia de fortaleza que la mansión de la rue de Courcelles, el enorme candado en el portón y las persianas sellando todas las ventanas como proclamando que la casa estaba abandonada.

Pero debíamos movernos, aunque fuera como topos, luchando ciegamente a través de un laberinto. Dejé a Anne en el coche, estacionado cerca de la casa y partí desesperado a explorar los locales de las callecitas aledañas. Almaceneros, fruteros, pescadores, todos meneaban la cabeza como respuesta. Si, conocían a la familia Montecastellani, pero a la distancia. No, no sabían a dónde podía estar la familia. Estos ricachones, usted comprende, empacan toda la casa, y se la llevan a volar con ellos alrededor del mundo, con unas horas de anticipación como si nada. Ya estaba enterado de esa posibilidad, pero que me la expresaran tan abiertamente no me hacía sentirme mejor.

En una carnicería de la Via dei Lucchesi, inesperadamente, di en el blanco. Hice mi pregunta preparado para recibir la deprimente respuesta habitual, pero la mirada cautelosa que apareció en los ojos del carnicero, al mencionar el nombre Montecastellani, me hizo dar un brinco al corazón. Repetí la pregunta tratando de ocultar mi excitación.

El carnicero, un individuo canoso y sin afeitar, se tomó su tiempo para contestarme:

—Seguro, les vendo carne —dijo finalmente—. Ellos desean lo mejor y saben dónde conseguirlo. ¿Pero eso que tiene que ver con usted?

Le hice un guiño amistoso y prolongado y me golpeé un lado de la nariz con el índice, como para indicarle que nuestra conversación era confidencial Cuando le hice señas en dirección a la trastienda, me condujo hasta allí, no de muy buena gana.

—¿Y bien? —inquirió.

—No hay necesidad de que crea que soy el recaudador de impuestos —le dije—, ocurre que en términos generales ando en el mismo negocio que usted. También les vendo a los Montecastellani, pero productos de lujo y vinos finos. Usted sabe, los productos realmente importados.

—Importados de Francia —añadió el carnicero con aire sagaz—, usted es francés, ¿no es así?

—Eso es ¿cómo sabe?

—Por el modo de hablar. —Rebosaba satisfacción ahora, y bajaba la guardia—. Reconozco a un francés en cuanto lo oigo.

—Veo, veo —repliqué con admiración—, pero esta vez es un francés con problemas. ¿Quién le hace las compras para los Montecastellani? ¿La cocinera?

—Naturalmente. He venido tratando con la perra esa de Rosanna casi a diario durante más de veinte años.

—Y ¿cuánto le pide?

—El cinco por ciento. La dejaría podrirse en el infierno antes que pagarle más que eso.

—Bueno, yo también le pagaba eso, pero de repente salió con que debía ser el diez por ciento. No es culpa mía que la haya abandonado, ¿no le parece?

—¿Culpa suya? No sería su culpa ni siquiera si se le ocurriera rebanarle el pescuezo, cuando se trata de un robo así.

—Claro que sí. Pero el problema —dije plañidero—, es que ella hace el negocio con otra persona y mi jefe quiere que lo recupere o si no me echa. Así que aquí estoy, dispuesto a hablar de negocios con ella, pero no sé dónde se han ido ni ella ni la familia.

—*¡Sfortunato!* —el carnicero chasqueó la lengua, con simpatía—, ni yo mismo lo sé. Sólo sé que partieron hace unas dos semanas para una villa que han tomado por los alrededores de la ciudad.

—¿Y Rosanna no ha vuelto a hacer las compras desde que se mudaron? —pregunté.

—Vino una vez, hace unos pocos días.

— ¿Y no dejó la dirección?

—No. Todo lo que dijo era que le dolían las asentaderas por tener que cruzar toda la ciudad para comprar mi carne. Maldita gallina vieja. Sabe que no conseguiría mejores cortes en ningún otro lado.

—De modo que volverá, supongo.

—¡Ah sí! ¡Claro que volverá! Puede que sea mañana, puede que la semana próxima, pero volverá tarde o temprano. A pesar de que habla mucho el viaje no es tan molesto, en realidad, ya que la trae el chofer en una limusina para ayudarla a llevar todo.

—¿Piensa que vienen de Parioli?

—No, de la dirección opuesta, del Sur —se estaba poniendo impaciente ya, había algunos clientes en el mostrador de mármol que miraba la calle—, mire amigo como andamos en el mismo negocio me gustaría ayudarlo, pero la verdad es que no sé dónde puede encontrarla. Cuando venga, le diré que usted estuvo por aquí. Si me da una tarjeta...

—Preferiría que no le diga. Si se entera que ando tras ella se pondrá terca como una mula. Me pondré en contacto con ella de alguna otra manera. De todos modos le agradezco la molestia.

Regresé al auto y Anne preguntó atemorizada.

—¿Bueno o malo?

—Las dos cosas. Todavía se encuentran en Roma, por los alrededores, pero no sé dónde. ¿Poseen alguna villa hacia el Sur de la ciudad?

—No.

—Entonces la alquilaron o la pidieron prestada. La única que nos puede llevar a ellos es la cocinera de la familia.

—¿Rosanna? ¿La encontraste? ¿cómo pudiste conocerla?

—No la encontré, pero viene a comprar a la carnicería de esta cuadra. Lo que debemos hacer es acostarnos en el auto, allí en la Piazza della Pilotta y cuando comparezca, la seguimos hasta la villa. Una vez que obtengamos la dirección podremos conseguir el número de teléfono y ponernos en movimiento.

—¿Cuándo crees que vendrá?

—El carnicero dice que puede ser tanto mañana como la semana que viene. Y yo podría agregar: tal vez nunca si es que la villa es sólo un primer paso para la huida definitiva del país.

—Si creen que estamos muertos no tendrán razón alguna para abandonar el país.

—Lo sé. Ellos especulan con eso. De hecho tengo la sensación de que ahora que la rue de Courcelles, el Château Laennac y el mismo sanatorio de Issy están marcados al rojo, demasiado como para estar cómodos, esta villa se transformará por ahora en el centro de las actividades de la O.E.I., y como se les han cortado los fondos, todos los dirigentes del continente van a presentarse por aquí para tratar de solucionar el problema. Y también se verán enfrentados al problema de la muerte de Henri. Como segundo de Leschenhaut será difícil de reemplazar.

Lo que no expresé fue que, si el asesino de Louis se encontraba entre los asesinos de la O.E.I., que se filtraban en este momento en la villa, la vida de Paul pendía de un hilo muy delgado.

Después de esto Anne y yo pasamos horas en la Piazza della Pilotta, desde las siete de la mañana hasta el mediodía y luego desde las tres de la tarde hasta las ocho de la noche, mientras el auto estacionado aumentaba la temperatura durante el día, en el abrumante verano romano, de tal modo que hacia la nochecita ya se había convertido en un horno.

Durante nuestro recreo del mediodía, cuando la ciudad se ponía a dormir la siesta, nos dirigíamos al *albergo diurno* en la estación Termini para refrescarnos y luego a los barrios bajos del Trastevere, del otro lado del río, donde podíamos comprar comida barata y corríamos menos riesgo de ser reconocidos. Y después de una mala experiencia de nuestra primera noche, cuando un celoso policía se acercó a nuestro auto estacionado en la Piazza Mattrai en Trastevere, para ver si estaba ocurriendo algo pecaminoso dentro de él, cuando caía la noche salíamos de la ciudad y buscábamos algún lugar aislado por los caminos laterales, donde pudiéramos dormir aunque fuera unas pocas horas sin interrupción.

Entretanto, a pesar que distribuía cada moneda como un avaro, nuestro dinero se escurría hasta que con el desembolso por nuestra magna cena del tercer día, se terminó completamente. Esa noche para ahorrar la preciosa nafta, permanecimos en la ciudad. Cambiando de estacionamiento una y otra vez para evitar que los policías en sus puestos, se interesaran indebidamente por nosotros. Este sistema no nos deparó un descanso real, dormitábamos de a ratos, cuando era realmente imposible tener los ojos abiertos.

Lo que me mantenía a través de estos avatares era la proximidad de Anne, sentir su cuerpo contra el mío, y la cabeza adormecida apoyada en mi hombro, y ver cómo soportaba sin una queja la miseria de esas horas interminables. Tan bien como había aguantado todo lo ocurrido durante esta vigilia de los últimos días, que destrozaba los nervios, cumpliendo fielmente las instrucciones al pie de la letra, sin preguntar jamás lo que la debía atormentar tanto como a mí, ¿qué es lo que nos esperaba si nuestras vigilias no tenían una pronta recompensa?

Al mismo tiempo, mi admiración por ella y el placer sensual de tenerla cerca, no me despojaban de la amarga conciencia de lo que había ocasionado. Lo peor de todo era el recuerdo permanente de aquel episodio estúpido del cual ella se había servido de carnada, en la casa de la rue de Courcelles. Era la enfermiza, romántica idea de un colegial sobre lo que era un *affaire.* Por lo menos había sido honesta cuando finalmente le había hecho la pregunta sin rodeos, durante aquel viaje en tren de pesadilla, de Dijon a Milán. Nunca había tenido intención de ser mi amante. La garra felina, el protector, el agente de salvataje, eso sí, pero nunca su amante.

Después de todo, yo era sólo un sirviente contratado, el tipo de cosa indicada para una Jeanne Marie, pero no para Madame de Villemont de Louisburg Square y la Plaine Monceau, educada por las monjas.

Mientras tanto, me pertenecía y podía satisfacerme atrayéndola hacia mí cuando se debatía en su sueño inquieto, amándola pero odiándola al mismo tiempo y despreciándome por demostrarle tal

control de mí mismo, en condiciones en que tenía todo el derecho de hacerle groseras exigencias.

A causa de este cúmulo de emociones que me embargaba, me resultó difícil, la noche que nos quedamos sin dinero, concentrar mi pensamiento en el problema concreto del momento: cómo echar mano de unos cientos de liras que necesitábamos para sobrevivir, así que, recién después de despuntar el alba se me ocurrió una solución. Unos minutos más y ya hubiera sido demasiado tarde para ponerla en marcha ese día. Inmediatamente, puse el coche en movimiento y al doblar por el Corso y tomar hacia el Norte, Anne se despertó y miró en derredor con gesto inquisidor.

No era para culparla. Con las primeras luces grises de la alborada, el Corso, habitualmente atascado el tráfico de cordón a cordón, se encontraba totalmente desierto. No se veía ni un sólo auto en la avenida, ni un simple peatón a la vista. Podríamos haber sido los únicos con vida en toda la ciudad.

—Nunca la he visto de este modo —comentó Anne—, no me imaginaba que fuera así.

—No lo será por mucho tiempo. Debemos trabajar rápido.

— ¿Qué debemos hacer?

—Toma esas bolsas de papel del piso de la parte de atrás del auto y te mostraré. Fíjate si puedes impermeabilizarlas con el papel en que venía envuelta la carne y el queso.

— ¿Y con qué las llenaremos?

—Con dinero.

Giramos hacia la Via della Muratte y nos detuvimos en la desierta y diminuta piazza que la remata, esa desproporcionada y contrahecha placita situada frente a la inmensa fuente de Trevi. Los chorros de agua que despiden las figuras de mármol y las paredes de roca tallada de la fuente no estaban en funcionamiento y la fuente desbordaba su recipiente. Las luces estaban apagadas y la laguna que se formaba alrededor era como una lámina de vidrio. Aun en esa débil claridad se podían ver los destellos dé las monedas bajo la superficie.

—¿Ese dinero? —preguntó Anne—, es dinero destinado a la caridad.

—¡Qué diablos! No puedo imaginar nadie que merezca más caridad que nosotros. Ese dinero va a parar a manos de los tipos que limpian la fuente y se hacen de unas treinta o cuarenta liras cada vez. Cuando salió el sol, iluminando con su fulgor las cornisas de los edificios que rodeaban la piazza, las bolsas que llenábamos estaban tornándose pesadas con las monedas de plata y cobre de todos tamaños.

Vi al hombre uniformado cuando ya era casi demasiado tarde para que no se apercibiera. Apareció de atrás del palacio de Trevi, a pie, haciendo rodar una bicicleta a su lado y lo único que tuve tiempo de hacer, cuando sus ojos giraron en dirección a nosotros, fue susurrarle a Anne:

—¡Policía! Esconde la bolsa y hagamos teatro —y con mi propia bolsa de monedas, apretada contra un muslo, en una mano, arrojé un brazo por encima de sus hombros y pegué mis labios a los suyos en un beso fervoroso.

Era lo suficientemente rápida como para no oponer resistencia. Cuando el hombre se encaminó hacia nosotros, me di cuenta que no sólo estaba cediendo al beso, sino que lo compartía con fiera excitación, temblorosa, apretando fuertemente los labios contra los míos, una mano me rodeaba la espalda, los dedos se introducían en mi carne desnuda, el cuerpo tan apretujado contra el mío que constituíamos un cuadro convincente de pasión liberada aun para el más cínico de los espectadores. Era como si el peligro que avanzaba hacia nosotros, amenazando todas nuestras esperanzas, la hubiera encendido.

—*Ei, Marcello, Sophia* —gritó el hombre con ironía— *¿a che ora comincia l'intervallo?*

—¿Qué? —le hice una amplia sonrisa— *americano* —le dije dándole un fuerte acento del Oeste— *non capisco.* No entiendo.

—*Naturalmente, un'americano, uno pazzo* —me señaló con el pulgar el auto estacionado—, *Andiamo, ¿Signor Pazzo, Andiamo?*

La triquiñuela consistía en llegar al auto sin que detectara las bolsas de dinero y Anne colaboró haciendo un despliegue de pierna y muslo al trasponer la pared de poca altura de la fuente. Pero aún así debe haber husmeado algo sospechoso cuando hicimos nuestro extraño pasaje hasta el auto.

Nos miró de arriba a abajo, plantó la bicicleta y caminó alrededor del auto hacia el lado donde yo me encontraba. Le pasé a Anne la bolsa de monedas por detrás de la espalda.

—*Uno momento* —dijo con frialdad el policía.

Ahora que podía, abrí las manos esperando que lo interpretara como admiración irremediable de la escena que nos rodeaba.

— *¡Hermosa! ¡Bella!* —exclamé señalándole la fuente silenciosa —, provoca algo. *Amore* ¿comprende?

Y debe haber sido mi tono de hueco arrobamiento lo que convenció al sujeto que, después de todo, yo era sólo el inofensivo loco americano que aparentaba ser.

—*Amore, merda* —gruñó y volvió a despedirme con el gesto del pulgar. No alargué demasiado el adiós. Descalzo y sin camisa saqué el coche de allí antes de que pudiera poner en marcha la bicicleta.

Teníamos mucho tiempo antes de regresar a nuestro apostadero de la Piazza della Pilotta. Pero lo que yo deseaba hacer ahora, era contar el botín y ver a cuánto alcanzaba la redada. Giré hacia los jardines Borges y estacioné en una callejuela poco transitada, mientras el sol que se elevaba, se filtraba entre los árboles de alrededor y moteaba el suelo con gotas de oro. Aún sacudido por habernos salvado por un pelo, tomé la jarra de vino, de la parte trasera del auto, y me empiné un largo trago. Al ofrecerle la jarra a Anne sacudió la cabeza.

—Lo mereces —le dije—. Fue una actuación estupenda, Sophia.

—Sí. —Me miraba muy fijo con esos ojos color zafiro de lustre tan increíble.

—Bueno por cierto que para el auditorio.

—Y ¿para ti no?

—No.

—Te amo —expresó.

— ¡Maldita seas!

—Te amo.

—*Amore, merda.*

— ¿Qué quiere decir?

—Sabes lo que significa. Es lo mismo que en francés. “Merde”. Crápula.

—Puedes ser tan cínico como te plazca. Sabes lo que siento por ti. Debes saberlo.

— ¡Oh! Sí, lo sé. Especialmente después que me dijiste en lenguaje bien claro que nunca habría nada entre nosotros. Que nunca habría un *amore* sincero.

—¿Tengo yo la culpa, acaso? —preguntó— ¿qué podía decirte si tenía un marido y ninguna posibilidad de cambiar la situación?

—Podrías haberme contado todo hace mucho tiempo.

Hay que confiar en el hombre que se ama. ¿No te parece?

—No te enojes, por favor, no te enojes. —Rodeó mi cuello con los brazos, sentí el cálido aliento sobre la mejilla—. Te quiero —susurró —, es tan simple como todo eso. Todo lo demás es horriblemente complicado y terrorífico, pero esto no.

—Anne, sé razonable. Justo ahora que somos como dos personas tratando de caminar por una cuerda a cien pies de altura y sin red debajo. Aun si consiguiéramos llegar del otro lado...

—Yo sé. Matilde me contó lo que tú dijiste una vez sobre la princesa y el campesino. Yo ya estaba enamorada de ti entonces, eso me hirió profundamente.

—Herida o no, así son las cosas entre nosotros. Tengo mi orgullo señora. Y todavía conservo las cicatrices de la época en que tenía dinero y me señalaron como un cazador de fortunas.

—Orgullo, *¡merda!*

—No, porque tú tienes tu propia clase de orgullo. Es por eso que mientras vivía tu esposo no podías irte a la cama conmigo. Es por eso que en un momento como éste, cuando ni siquiera sabemos si estaremos vivos mañana, eres tan loca como para pensar en

términos de matrimonio. En Darby y Joan caminando de la mano en un glorioso atardecer.

—Me parece que el que piensa en esos términos, eres tú —replicó Anne con serenidad.

—Yo no. Eres tú. A pesar de todo lo que has vivido, de la vida que has llevado, eres aún burguesa hasta la médula. Eres tan excéntrica y convencional...

— ¿Convencional y loca al mismo tiempo?

— ¿Por qué no? Es una forma de la insania, ser convencional cuando el techo se te cae en la cabeza.

—Sí, mi querido. —Los brazos se colgaron con más fuerza aún, esos labios que se movían suavemente sobre mis mejillas me hacían estremecer— ¿Pero no vez qué simple es en realidad? Estás ligado a mí, no puedes hacer nada por evitarlo. Soy tu mujer. Necesito serlo y lo seré. No puede ser más simple que eso, ¿no?

La tumbé estrujándola. Mis manos la asieron con ansias, nuestras bocas se pegaron como si tratáramos de devorarnos mutuamente, sabía que tenía razón. Era tan simple como todo eso.

El sol ya había iluminado las crestas de los árboles, cuando ya saciados, desgreñados, exhaustos nos abocamos a la tarea de contar lo que habíamos recogido de los amables y supersticiosos turistas que habían contribuido con su óbolo a la fuente de Trevi. Parecía mucho pero resultó ser muy poco. Después de haber descartado centavos norteamericanos, peniques ingleses, céntimos franceses y otras inútiles monedas extranjeras que formaban parte del efectivo, el balance no sumó más de mil liras, es decir ni siquiera dos dólares.

Pero como la ocasión lo demandaba, me detuve en nuestro camino de regreso a la Piazza della Pilotta e invertí cien liras en un ramito de violetas para mi dama.

EL coche era una limusina negra, de esos modelos de hace algunos años de cola exagerada. Cuando se detuvo despaciosamente a la entrada de la calle que conducía a la carnicería, Anne se aferró a mi muñeca.

—¡Esa es! —dijo.

—Bien. Mantente agachada en el asiento así no te ven.

La mujer que emergió del Cadillac, sin embargo, no se asemejaba en lo más mínimo, a mi idea de lo que sería la cocinera de los Montecastellani. Por el tono malicioso del carnicero yo me la había imaginado como una bruja, una vieja arrugada y maligna. Esta mujer, aunque canosa y vestida de un luto profundo, era alta, delgada y atractiva. Cuando cerró la puerta tras ella y se agachó a dirigir unas palabras por la ventana al chofer, vi que tenía una expresión alegre y divertida.

— ¿Estás segura que esa es Rosanna? —pregunté a Anne.

—Sí, por supuesto. La reconocería en cualquier parte.

Rosanna partió calle abajo. Fue casi media hora después, según el reloj del tablero, cuando regresó. El carnicero la seguía, tambaleándose bajo el peso de una canasta bien cargada que procedió a colocar en el baúl del automóvil bajo la supervisión del chofer. Cuando la limusina arrancó y se internó en el tráfico yo ya tenía el auto en marcha y listo.

Dado el tamaño del Cadillac y su cola extravagante resultó fácil no perderlo de vista, mientras serpenteaba a través del agolpamiento del tráfico del centro de la ciudad, hasta Ostia. Pensando en el Château Laennac me había figurado que la villa Montecastellani sería una de esas propiedades aisladas y despojadas sobre el camino a Ostia. En este momento, mientras avanzábamos velozmente hacia el Sur, dejando atrás a Les Italles el extenso supermercado de Roma y la masa gótica, color arcilla de la Basílica de San Pablo, pensé que había acertado.

Pero esto no duró mucho. Al acercarnos a las instalaciones de la Exposición Universal, para mi mayor sorpresa, el Cadillac se desvió de la carretera, tomando una salida que conducía al local mismo de

las Exposiciones. No me encontraba en la banda indicada para seguir este abrupto movimiento, pero no tenía alternativa. En abierta violación de todas las leyes del reglamento, crucé la banda del tráfico de ingreso a la carretera y volqué el Fiat en la salida para proseguir la furiosa persecución. Afortunadamente, no había ningún auto delante de mí que me demorara y un minuto más tarde, distinguía nuevamente la limusina, que hacía su entrada en la avenida que atraviesa las instalaciones. Reduje la distancia que nos separaba aunque no demasiado y fue entonces cuando me di cuenta que Anne había girado en su asiento y espiaba preocupada por la ventana trasera.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—Nos siguen. Echa una ojeada.

Miré por el espejillo retrovisor. El único coche reflejado en él era un maltratado Citroën azul que se mantenía a la misma distancia de mí que yo del Cadillac. Aminoré la marcha un poco y aunque el Citroën tenía entonces lugar más que suficiente para adelantarse y pasarme, también disminuyó la velocidad, sin acortar la distancia en absoluto. No me agradó nada observar esto.

—¿Cuánto tiempo hace que vienen tras nosotros? —pregunté.

—No lo sé. —Se detuvo a nuestro lado en el semáforo de la Via Nazionale, al comenzar el camino, y cuando nos salimos de la carretera él también estaba en la banda que no correspondía y por seguirnos casi tuvo un accidente. ¿Piensas que es la policía?

—En un auto francés, no.

—¿Alguno de los hombres de Leschenhaut? —inquirió Anne con calma.

Si la había amado alguna vez, ésa era ésta, por el control de sí que desplegaba.

—Puede ser —contesté—, lo malo es que si Leschenhaut sabe que tú estás viva, eso arruina la posibilidad de hacer ningún trato con él.

—Entonces intentaremos otra cosa. Si pudiéramos echar mano a una pistola.

—No sería de gran ayuda y de todos modos, no podemos. Lo único que nos resta por hacer es rezar para que el personaje que nos sigue, esté interesado sólo en mí y no te haya tomado en cuenta. ¿Lo miraste bien?

—Sí. Es un hombre gris.

— ¿Un hombre gris?

—Bueno, esa es la impresión que me produjo al verlo. Viste un sombrero de paja gris y un saco gris. El rostro es también totalmente descolorido y enfermizo.

—Parece un presidiario al salir de la cárcel. ¿Te vio?

—Supongo que sí. Estaba justo a mi lado en ese semáforo.

—¡Diablos! Hasta este momento creía que teníamos el as de triunfo o el rey de copas o como sea que lo llamara mamá Laennac. Y ahora...

Repentinamente y sin razonamiento previo, se me iluminó la mente. Vi un libro de tapas brillantes con la lámina chillona de un hombre suspendido de una horca por el tobillo.

—Anne, escucha ¿qué dijo Matilde sobre esa carta en código? ¿que tú no podías leerla por qué no eras adivina?

—Sí. Pero, ¿por qué?

—En la cena donde lo conocí a Leschenhaut, Sophie de Laennac dijo que Madame Cesira había sido la que había leído y corregido su libro. Y ese era el libro que tenía Bernard sobre el escritorio, ¡es el libro del código!

—Querido, no sé de qué hablas.

—El libro sobre el Tarot. *Le Mystérè du Tarot.* ¿No lo ves? En eso se basa el código. Si pudiéramos obtener una copia.

—No. —Anne sacudió la cabeza—. Sería inutilizable todavía. Si Paul no está aquí con nosotros...

Eso me hizo regresar a la tierra de un golpe. Tenía razón. Descodificar la lista de miembros de la O.E.I. lograría hacerla estallar, pero en tanto Paul pudiera ser la víctima de la explosión, no se podría recurrir a ello.

La limusina que teníamos delante giró abruptamente en la Vía Laurentina, que rodea la E.U.R. y la seguimos, dejando atrás el área deportiva. No veía señales del polvoriento Citroën en el espejo y tuve la loca esperanza de que el hecho de haber venido atrás nuestro aquí, hubiera sido una mera coincidencia. De repente lo vi reaparecer en el espejo, tomando la curva, atrás nuestro, esquivando un grupo de jóvenes en motoneta, para retomar su posición en la retaguardia a la misma distancia que antes. Eso me hizo decidir que al llegar a la Villa, abandonaría el Fiat y exploraría el terreno a pie. Pero en tanto nos encontráramos a la vista del “hombre gris”, el lugar más seguro era el auto en marcha, avanzando firmemente, hasta que nos perdiera de vista o nos quedáramos sin nafta.

Hacia mi derecha la sede de las Exposiciones formaba una serie de terrazas escalonadas coronadas por el familiar hongo de vidrio del Palacio Deportivo. A mi izquierda, sin embargo, noté que desde mi última visita ocurrida hacia algunos años con motivo de una pelea, algo nuevo se había agregado a la escena local. Un conjunto disperso de villas de modernas líneas arquitectónicas, se elevaba sobre las ondulaciones. Una de ellas, lo sabía, era la actual fortaleza de los Montecastellani, de los de Villemont, de la conducción de la O.E.I., del mismo Leschenhaut. Aquí es donde debía estar en estos momentos para hacerse cargo de sus fuerzas, reunir el consejo y tomar las decisiones pertinentes lo antes posible.

La última villa de la estrecha y serpenteante Vía Altura, resultó ser el destino del Cadillac. Al comienzo de la calle el enorme coche se internó en la entrada de coches del edificio. Tomé nota del nombre de la villa, que figuraba en la puerta y que haciendo poco alarde de imaginación era Villa Altura, y luego pasé de largo a gran velocidad, girando al final de la calle hacia la E.U.R.

Anne se ocupaba aún de hacer guardia en la ventanilla trasera.

—Se fue —me dijo de golpe cuando retomamos la Vía Laurentina y el espejo me confirmó sus palabras. Había unos cuantos coches que avanzaban tras nosotros por la avenida pero ninguno se trataba

del Citroën azul. Y no se veía señal alguna de su paradero, en la loma escalonada que acabábamos de descender.

Era difícil determinar si esto era un buen comienzo para nosotros. Por un lado, me dejaba en libertad para hacer mi llamado telefónico a la villa. Por el otro sugería que el "hombre gris" era un explorador de la O.E.I. y que se había detenido en la villa para informar sobre nosotros. Pero ¿por qué había abandonado nuestra persecución? ¿Estaba tan seguro de que retomaría el rastro en el momento que lo deseara? Si así era, ¿qué lo hacía estar tan seguro de ello? Mucho más que nunca, porque necesitaba desesperadamente respuestas lógicas a estas preguntas, tuve la sensación de estar rodeado por enemigos sutiles, implacables. Todos parecían enemigos. Aun la fornida pareja, tan *gemütlich* que desbordaba un Volkswagen, que venía detrás podía ser un equipo de la O.E.I. a quién se le había encomendado nuestra vigilancia.

Tuve que luchar contra la tentación de apretar el acelerador, liberarme del tráfico, poner nuevamente proa al Sur, y correr hacia algún escondite desolado, en las sierras de Puglia o Calabria, donde aunque fuera por un rato, pudiera deshacerme de esta sensación de ser una mosca, tratando de zafarme de una tela de araña. Donde por unos pocos días, o unas pocas semanas, pudiera comer, dormir, hacer el amor con mi mujer, sin sobresaltarme a cada sonido, sin ver crímenes en cada par de ojos que me miraban. Una vez hecho el llamado la única salida sería huir. Si Anne y yo hubiéramos sido descubiertos por la organización ¿qué otra cosa nos restaba hacer?

Hice la llamada desde una cabina que había en la calle frente al Edificio del Trabajo, esa serie de arcos imponentes que se elevan seis pisos en filas de nueve. Tuve tiempo de contar cincuenta y cuatro arcos, antes que la operadora se dignara darme el número de Villa Altura.

Al marcar el número mis dedos resultaban tan torpes como trozos de madera.

—*Pronto* —la voz ansiosa del hombre sugería que aguardaba un llamado importante.

—Por favor, quisiera hablar con la *Signora* Cesira.

—Su nombre.

—El nombre no interesa. Dígale solamente que es un llamado urgente.

—Lamentablemente —la voz se había tornado helada y prohibitiva—, la *signora* está indispuesta. No puede recibir llamados. Si desea darle el mensaje al *Signor* Montecastellani...

—No. Se trata de cierta información que poseo, sobre el hijo de la *signora.*

—¡Ah! —el silencio flotó en el cable, parecía un suspiro, podría significar muchas cosas—. Muy bien, aguarde, por favor.

Esperé. Desde la cabina veía que Anne me observaba intensamente detrás del volante. Convenimos que si había la menor razón para sospechar durante el llamado que la O.E.I. estaba sobre nuestra pista, huiríamos de inmediato, en dirección al Sur, hasta donde nos llevara nuestra provisión escasa de gasolina. La misma Anne tuvo que admitir que nuestra primera tarea era zafarnos de la persecución. De otro modo estábamos perdidos.

—*Pronto.* —Madame Cesira espetó las palabras incisivamente. Enterarse del violento final de su hijo en Torcello debe haber sido el peor de los golpes pero no se le había ido ni un poco del fuego—. ¿Quién es usted, *signore?* ¿Qué es esto que me cuenta de mi hijo? No tengo hijo. El que tenía murió en el África hace mucho tiempo.

—Por favor, *signora,* no juguemos. Su hijo era el coronel Henri de Villemont, que murió hace sólo unos pocos días. Lo sé porque estuve allí para presenciar su asesinato.

—¿Usted? ¿Quién es usted?

—Seguramente reconoce mi voz.

—No, no. ¡Espere! —la voz se tornó ronca—, ¡no puede ser! ¡es imposible!

—En absoluto, *signora.* Como el mismo Lázaro. Soy Reno Davis que ha surgido entre los muertos.

Al oír esto dio un alarido como si realmente viera un cadáver sentado en el ataúd y eso fue para mí la mejor noticia que pudiera

haber oído.

El “hombre gris”, quienquiera que fuese, no había informado sobre nuestra existencia a la O.E.I.

El enemigo no sabía que Anne estaba viva.

3

—*¡SIGNORA!* —parecía que había dejado caer el teléfono—, *¡Signora!*

Había una confusión distante de voces en el otro lado del cable. Luego una ahogó todas las demás, un estruendoso bajo en mal italiano. Supe quién era antes de que hablara por el teléfono en excelente francés.

—Monsieur Davis —dijo Leschenhaut—. ¿Dónde está?

—No perdamos tiempo, Leschenhaut. La pregunta no es dónde estoy, sino qué deseo.

—Ya veo. Se siente en posición de hacer exigencias.

—De hacer un trato con usted. Usted recibe cincuenta millones de francos y yo medio millón y el tránsito hacia el extranjero. ¿Le parece razonable?

Inmediatamente captó a que me refería.

—Si usted es capaz de presentar los cincuenta millones de francos —condescendió.

—Puedo hacer aparecer los restos de Madame Villemont. Eso quiere decir que le puedo señalar dónde encontrarlos exactamente en los pantanos de Torcello. Usted sabe que la mataron allí, ¿no es cierto?

—Me dijeron que ella murió allí —añadió Leschenhaut suavemente—, pero también me dijeron que usted había compartido ese triste destino. Si fue tan errónea la información sobre usted, ¿cómo puedo estar seguro de que ella...?

—¡Oh! Ella está bien muerta. Lo verá con sus propios ojos bien pronto.

—¿Sí? Es extraño, Monsieur Davis. todos parecen pensar que usted era un apasionado devoto de la señora. Sin embargo se lo ve muy poco conmovido por su muerte.

— ¿Por qué diablos habría de estarlo si me estaba haciendo pasar por tonto en todo momento? En lo que a mí respecta, Leschenhaut, lo único que hará que mis problemas tengan sentido es la tajada que pueda obtener de su dinero. Y no me diga que medio millón es mucho por mi tarea. Sin mi ayuda les llevará por lo menos diez años a usted y de Gonde que les otorguen ese patrimonio.

Digirió esto en silencio por unos pocos segundos y luego agregó.

—Lo que me propone parece razonable, realmente. Sin embargo debo discutirlo primero con los otros principales. Si me diera su número de teléfono y me concediera unas pocas horas...

—*Chansons que tout ça, copain.* Me busca la policía ¿lo recuerda? Y el tiempo está de parte de ellos. La discusión que sea necesaria tendrá lugar ahora mismo y entre nosotros dos. Sabe demasiado bien que nadie va a vetar ningún arreglo que usted haga conmigo.

— ¿Arreglo? Es muy difícil que yo pueda sacar medio millón de francos del sombrero.

—Convendría en rebajar a cincuenta mil, en liras.

— ¿Para cuándo?

—Para esta noche después que oscurezca. Nos encontraremos para viajar juntos a Venecia. Y para probarle que no quiero engañarlo, le permito que traiga con usted a quien usted desee. ¿Convenido?

—Convenido.

—También espero que se incluya mi transporte a Sudamérica, lo que quiere decir pasaporte y pasaje. Y —agregué para que sonara más convincente—, sé que los pasaportes falsos cuestan caros, pero pague lo que pague por él, no lo descontará de mi parte.

—Convenido.

La cabina telefónica se tornaba sofocante y asfixiante, pero como había unos paseantes muy cerca tenía miedo de abrir la puerta.

—Por último —dije—, deseo tener la evidencia que el niño está vivo e ileso.

—Le doy mi palabra.

—Eso no es suficiente. Vamos a hablar claro desde ahora, Leschenhaut, si le ha ocurrido algo, el trato no se hace. Y debo verlo con mis propios ojos antes de seguir con las tratativas. ¿Está el niño allí, con usted?

—No, vive con Madame de Gonde, no lejos de aquí. Pero —dijo Leschenhaut, exactamente como yo esperaba que lo hiciera—, no podrá visitarlo.

—¿Por qué no?

—Porque está seriamente trastornado por la crisis que usted provocó. El doctor Linder, que lo está atendiendo, nunca permitiría un encuentro que le signifique nuevos problemas emocionales.

Era una manera bien precisa de decirme que él sabía tan bien como yo, que Paul era la pieza mayor de la cacería y que no tenía la menor intención de permitirme la más pequeña posibilidad de capturarla.

—¿Quién habló de encontrarse con él? —respondí—. Lo único que pido es echarle una mirada para asegurarme que no hago el papel de idiota.

—No sé como se podría arreglar eso —dijo llanamente Leschenhaut.

—Debe haber alguna manera. Espere un minuto —conté lentamente, hasta diez—, conoce la red de subterráneos.

—No —el tono era cauteloso— no viajo en subterráneo aquí en Roma.

—Seguro encontrará alguien que le enseñe.

—Quizá. ¿Entonces qué?

—Sólo un viajecito en subterráneo para usted y el niño. Usted se halla cerca de la estación de la E.U.R. Tome el primer tren para el centro después de las doce del mediodía y permanezca cerca de la

puerta del último vagón, de modo que Paul se pueda ver desde los andenes de todas las estaciones que atraviese, no importa cuál. Si lo que veo me resulta satisfactorio, lo llamaré nuevamente a las seis y le diré dónde puede recogerme para viajar a Venecia.

—¿Y si no le satisface?

—Correré el riesgo de huir sin su ayuda Y le garantizo, Leschenhaut que puede dragar todo el *barene* de Torcello por el resto de su vida y no descubrirá lo que su amigo Cimino dejó de Anne de Villemont.

—Tiene una manera muy fea de plantear las cosas, Monsieur Davis. —Trataba de ganar tiempo estudiando las piezas del tablero— ¿sabe qué posibilidades tiene de llegar al extranjero sin mi ayuda? ¿Pensó en un momento en ello?

—Las mismas que tiene usted de presentar ante el juez la evidencia de la muerte de Anne de Villemont sin la mía. Y está perdiendo el tiempo, Leschenhaut. En el subterráneo al mediodía, ¿sí o no?

Caviló en silencio otra vez. Finalmente dijo con voz terminante.

—Lo siento. El niño se está aprontando para un viaje al extranjero que lo ayudará a recuperarse. El vuelo es esta tarde, no veo cómo...

—Peor para usted sino puede. Adiós, Leschenhaut.

—¡Espere! —se podía escuchar la respiración dificultosa—. Bueno, que sea como usted quiere.

—Bien. Lo llamaré nuevamente a las seis.

Abrí violentamente la puerta de la cabina para llenar mis pulmones de aire fresco, pero aún conservaba esa sensación sofocante que me atoraba.

Anne me cedió su lugar tras el volante.

—¿Aceptó? —preguntó tensa— ¿Está Paul bien?

—Sí.

Se aflojó de alivio al oír esto pero cuando le conté lo esencial de la conversación con Leschenhaut se puso rígida de aprensión.

—¿Un vuelo esta tarde? —dijo atemorizada—, ¿entiendes lo que eso significa? Si algo va mal, la menor cosita, esta misma noche Paul

estará a miles de millas de distancia, y Dios sabe dónde.

No podía discutirle eso. Era exactamente lo que Leschenhaut me había dejado entrever con su manera desviada, y yo le creía.

La Metropolitana es una red de subterráneo de juguete, prolija, limpia y ordenada con trenes pequeños y sólo diez estaciones en total. Corre desde la estación Termini Sur hasta la estación Laurentina, situada a continuación de la E.U.R. y sólo las primeras son subterráneas. Una de éstas es la estación Coliseo y fue esa la que elegí para la tarea que tenía entre manos.

El reloj del tablero marcaba el mediodía cuando estacioné el coche en la esquina de la Vía dei Fori Imperialli, justo frente al Coliseo y a unos pocos pasos de la entrada al subterráneo. A una cuadra escasa de distancia estaba la Vía Degli Annibaldi que lleva al Norte, hacia el centro de la ciudad.

Se la señalé a Anne.

—Esa es la vía más directa a la Vía Veneto —le dije—, ¿sabes dónde está la Embajada Americana?

—Sí, ¿pero tú estarás conmigo, no?

—Una vez que Paul esté en el auto, trata de llegar a la embajada lo antes posible, esté yo contigo o no lo esté. —Me miró con cara de muerta—, y no hagas una escena por esto —continué con rudeza—. Probablemente esté contigo, pero si no lo estoy deberás manejar las cosas tú sola.

—Te amo. ¿No entiendes? Tú eres ya una parte de mi vida, tanto como lo es Paul. ¿Piensas que podría partir y dejarte a ti, sin siquiera saber qué te ha ocurrido?

—Harás lo que se debe. Por Dios Anne, has resistido tan bien hasta aquí. No es el momento de flaquear.

—No lo haré. Te juro que no, pero te amo. —Los paseantes miraban fija y abiertamente el coche al pasar cuando se colgó ferozmente de mí. Un joven nervioso que llevaba abrazada a su novia de amplias posaderas, silbó con admiración ante la escena que brindamos—. Si te ocurre algo... —susurró Anne.

Unos minutos después, yo caminaba hacia la entrada del subterráneo. Antes de descender la escalera no pude resistir mirar hacia atrás para verla observándome atentamente. Para el ojo ignorante la escena era Roma en su apogeo. Las ruinas de piedra desgastadas por el tiempo del Coliseo se perfilaban contra el cielo más azul, el tráfico que se desplazaba casi juguetonamente por la ancha avenida, la hermosa muchacha en el asiento delantero del auto estacionado, dirigiendo una sonrisa de despedida, un poco fija a su marido o amante que se preparaba a descender al subterráneo, cuando esa visión fue oscurecida por un voluminoso turista, un flagrante americano, con anteojos de sol, camisa hawaiana, un cigarro en la boca y la cámara fotográfica colgando del cuello, que se colocó entre nosotros para tomar una foto del Coliseo.

Cerré la mente a lo que abandonaba y me zambullí en la escalera. En el kiosco compré "Il Messaggiero" y una ficha para viajar. Transpuse el molinete y caminé hacia el extremo del andén donde a mi juicio se detendría el último vagón.

Apoyado contra la pared estudié la extensión del andén por sobre de mi periódico abierto. De la poca gente que había a la vista ninguno parecía pertenecer visiblemente al tipo de asesinos de la O.E.I. Pero no quería subestimar a Leschenhaut. Entre la estación E.U.R. y la Termini había sólo siete andenes que cubrir, de modo que sería fácil para él asignar un sujeto a cada plataforma. No se trataba de matarme, esta vez, sino de protegerme. En realidad, si me veía en líos con la policía mientras aguardaba allí, era muy probable que alguna gente de la O.E.I. se movilizara de inmediato para ayudarme a huir. Era un punto álgido para Leschenhaut. Yo podía representarle cincuenta millones de francos y antes de saber si eso era o no cierto, debía asegurarse de que no me ocurriera nada drástico.

Un tren entró rugiendo a la estación y se detuvo. No había señal alguna de Paul ni de nadie que pudiera acompañarlo. Las puertas se cerraron herméticamente y el tren arrancó como si tuviera propulsión a chorro. Del puñado de gente que esperaba en el andén sólo uno no había tomado el tren; un hombre canoso de apariencia académica,

vestido sobriamente, que tenía un libro en la mano, marcando con el índice la página en que se encontraba al desaparecer el tren dentro del túnel, miró brevemente su reloj, se volvió para espiar esperanzado la escalera vacía y luego sacudiendo la cabeza con irritación, se tornó a su libro, ¿un hombre de la O.E.L? No parecía posible. Pero tampoco había parecido posible en el caso de Fra Pietro.

Otro tren hizo su entrada sin mostrar tampoco señales de Paul a bordo. El sujeto de traza académica permanecía cercano, hundido en el libro. Yo tenía otros problemas para considerar, además de él, ¿Qué pasaría si Leschenhaut había decidido a último momento no jugar por los cincuenta millones? ¿Qué si en realidad no podía hacer aparecer a Paul? Si el asesino de Louis había logrado apoderarse del niño...

La estación se inundó de ruido al entrar a ella el tercer tren a toda velocidad y al abrirse las puertas mis temores se desvanecieron allí mismo. Del otro lado de la puerta, mirando en dirección hacia mí, del mismo modo en que me estaba mirando en la habitación de Louis la última vez que lo había visto, se hallaba Paul. O al menos era el pequeño pálido y demacrado fantasma de grandes ojos del Paul que yo había visto por última vez. Arrojé el periódico hacia un lado y avancé hacia él. Vi entonces, como inmóviles figuras de un cuadro, a su puntillosa y anteojuda tía Gabrielle tomada de la mano, al encendido Leschenhaut con su cuello de toro con un brazo colgando sobre esos débiles hombros, vi el rostro bonito y maligno de Bernard Bourdon y el de labios finos y ojos entornados de Albert, el joven pistolero, y alrededor de ellos tantos rostros ceñudos de la O.E.I.

Oí a Gabrielle de Gonde dar un chillido cuando cacé a Paul y me precipité fuera del vagón apretándolo con fuerza contra mí, y escuché un rugido de Leschenhaut. Al transponer la puerta un par de brazos que se cerraron alrededor de mis rodillas me hicieron tambalear y perder el equilibrio sobre el andén y los brazos de Paul se aferraron con pánico a” mi cuello al esforzarme para no caer cuán largo era. El individuo de apariencia académica me esperaba en la

plataforma. Fría y deliberadamente me incrustó el canto del libro en el vientre con una mano mientras que con la otra se agarraba del saco de Paul; Respirando dificultosamente arrebaté a Paul y corrí hacia la escalera.

— ¡Todo va bien! —le aseguré cuando violentamente comenzó a luchar contra mí—, soy Reno. ¡Todavía bien! —pero a mitad de la escalera, las voces que gritaban y los pasos que atronaban a mis espaldas me decían que no todo iba tan bien y que no llegaríamos al auto sin poner en peligro nuestras vidas.

Al comienzo de la escalera manos ávidas se apoderaron de mí, desprendí los brazos del niño de mi cuello y lo empujé con rudeza en la vereda en dirección al coche estacionado.

—¡Corre! —Grité— ¡Allí está tu madre! ¡Corre, maldición! —y al mismo tiempo giraba en derredor balanceando ciegamente los puños para bloquear la persecución. Le pegué a alguien, no sé a quien y sentí que algo que parecía una barra de hierro me pegaba en un costado de la cabeza. El impacto me aturdió. Me envió de un bandazo al otro lado de la vereda con las rodillas flojas y entonces pude distinguir la tensa silueta de Albert, con la navaja de acero brillando en la mano, que saltaba de la multitud de azorados espectadores reunidos en la entrada del subterráneo.

Estaba demasiado atolondrado para esquivar el golpe. Lo sentí en el hombro casi como un pulgar familiar que me hurgoneaba pero luego sentí un dolor cauterizante que me quemaba toda la zona. Esa estocada era todo lo que se proponía. Con los labios retorcidos y una mirada de triunfo de soslayo, se dio vuelta para correr pero era demasiado tarde. Un brazo pesado le agarró el cuello y una mano se aferró a su puño lanzándolo violentamente hacia atrás. Al quebrarse el brazo con el sonido de una rama que Se parte, Albert aulló y se aflojó, doblegándose bajo la garra del individuo. Borrosamente maravillado comprendí que el sujeto era el mismo turista americano que me había oscurecido la última visión de Anne. No había manera de confundir esa camisa hawaiana, el cigarro grueso aun apresado entre los dientes.

—¡Policía! —gritó furiosamente—, *Polizia!*

Y allí estaba la policía, que surgió milagrosamente del suelo pistolas en mano. Dos corrieron tras una figura alta y delgada, uno de los que yo había visto cerca de Paul en el tren. Otro apresó a Leschenhaut que huía torpemente en dirección opuesta. Y otros más trotaban escaleras abajo mientras se oía el sonido penetrante de la sirena.

Mientras todo esto ocurría era imposible ver si Paul había llegado ileso al auto y si Anne había huido. Alrededor de la escena la multitud que se agolpaba era tan espesa como lo sería cuando había un encuentro entre gladiadores en el Coliseo. De pronto me forzaron los brazos hacia la espalda, sentí el frío apretón de acero de las esposas, oí cómo se cerraban en las muñecas. Me hicieron dar vuelta y me empujaron hacia un auto, un polvoriento y familiar Citroën azul, adonde me introdujeron sin ceremonias. En el asiento delantero había dos personas. Cuando el que conducía se volvió para mirarme, observé que no sólo tenía un sombrero de paja gris, sino que el rostro también era gris, los ojos opacos adormilados aparentemente desinteresados. El “hombre gris” de Anne.

Leschenhaut también con las manos esposadas en la espalda fue arrojado dentro del coche. El turista americano se trepó tras él y se dejó caer pesadamente en el asiento, entre nosotros, con sus muslos fuertes y sus sentaderas prominentes agolpándose contra nosotros.

—*Ça gazouille* —dijo en un buen y cínico francés. —Un trabajo prolijo. Ahora pongámonos en marcha antes de pasar a ser noticias.

4

EL auto avanzó tocando fuerte la bocina para abrirse paso entre la multitud que nos rodeaba. Me incliné hacia adelante, tratando de ver a Anne por la ventanilla o al Fiat estacionado, pero el grandote de la camisa, enredó los dedos en mi cabello y me tiró para arriba.

—*Je ne suis pas à prendre avec des pincettes* —dijo jovial—. Y tengo un antojo perverso. N o trate de hacer .nada que pueda agitarlo, estúpido —y entonces me di cuenta que no era más americano que el propio Leschenhaut.

—¿Quién diablos es usted? —pregunté—, ¿adonde vamos?

—Ya descubrirá, —sacó del bolsillo dos pares de antiparras de motociclista—. Pruebe si ésta le queda bien.

—Tengo las mías en este saco.

—Estas son más elegantes.

Me tomó fuertemente de la nuca y con esos dedos que parecían chorizos forzó las antiparras sobre mis ojos. Descubrí que eran totalmente oscuras, como si estuvieran bañadas con pintura negra. Dentro de ellas era imposible percibir un sólo destello de luz.

—Ahora tú —dijo dirigiéndose a Leschenhaut.

Me alegré lo más que pude por el hecho de que Leschenhaut estaba tan cautivo como yo. El cuerpo de la serpiente aún se retorcía pero por el momento al menos la cabeza estaba fuera de combate.

El coche se detuvo, arrancó y luego cambió de dirección. En pocos minutos perdí la noción de dónde estábamos o hacia dónde nos dirigíamos. Por nuestro avance lento y el tráfico endiablado que se sentía en torno, adiviné que estábamos en algún lugar del corazón de la ciudad.

El dolor del hombro se empeoraba cada vez más. Después de un rato sentí como si alguien me estuviera escarbando una pulgada de profundidad, con un bisturí desafilado. Entonces me apercibí de que un líquido caliente descendía por el brazo hasta la palma.

—Creo que estoy sangrando —le dije a Camisa Hawaiana—, me dieron en el hombro. Es mejor que me eche una ojeada.

Hizo una especie de bufido nasal pero sacó a medias el saco y la camisa.

—En efecto, está chorreando sangre —gruñó—. Parece que usaron un rompe hielo. Entró por un lado y salió por el otro. Pero vivirá todavía para que le corten la cabeza. No se preocupe por eso.

Seguramente el auto tenía equipo de primeros auxilios. Sentí que un líquido frío me rociaba y me adormecía la herida y que diestramente me hacían un vendaje fuerte alrededor. Me volvieron a poner camisa y saco en su lugar y me las abotonaron prolijamente.

—Gracias —dije— ¿cómo se llama?

—Puedes llamarme A. El muchacho que maneja es B y el que está a su lado nunca nos dijo su nombre. Un tipo realmente misterioso, ese. Ahora, mire.

Apretó el hombro a la altura de la herida y fue aumentando la presión hasta que lancé un gemido.

—¿Se da una idea? —inquirió amablemente aflojando la presión —. Sea un buen pajarito y cante sólo cuando se le indique.

El auto se detuvo por completo y por el chillido contra el cordón adiviné que habíamos estacionado.

—Todos afuera —dijo alguno de los del asiento delantero y me dieron un empellón mientras cruzábamos la calle y entrábamos a un edificio. Siguiéndome de cerca podía oír a Leschenhaut que juraba casi sin aliento al tropezar en el umbral.

Había que subir unas escaleras, caminar unos pasos a través del crujiente piso de madera y luego una puerta se cerró. Cuando me quitaron las antiparras me vi en lo que parecía un comedor de tercera categoría. Era una habitación larga y angosta con unas pocas mesitas y persianas firmemente cerradas. La iluminación estaba a cargo de algunas bombas sin pantalla colgando de unos cables sueltos que provenían de una estropeada araña de bronce.

Detrás de la mesa, en el medio de la habitación, estaba sentado un hombre en mangas de camisa que examinaba una carpeta que tenía adelante. Era extremadamente delgado, casi sin carne, la cara parecía una calavera bajo la cabeza calva, los brazos tan flacos y sin músculos que parecían de mujer. Fumaba un cigarrillo en una larga boquilla que sostenía entre el pulgar y el índice, al estilo ruso. Concentrado todavía en los papeles arrojó con delicadeza la punta de ceniza del cigarrillo dentro de una taza de café que había sobre la mesa. Sin levantar la mirada preguntó:

—¿Nombre?

Miré en derredor para ver si la pregunta iba dirigida a mí o a Leschenhaut. Hallé que Leschenhaut y los dos hombres que habían venido en el asiento delantero no estaban más en nuestra compañía. Camisa Hawaiana y yo éramos los únicos que nos encontrábamos en la habitación con el inquisidor.

—No tengo nombre —respondí—, me lo olvidé. Tengo amnesia —pero la pesada mano cayó con fuerza sobre mi hombro otra vez y el dolor me hizo doblar un poco las rodillas.

El flaco levantó entonces la cabeza y me miró con unos ojos fríos y luminosos como los de un gato.

—¿Papeles?

Sacudí la cabeza.

—Muy bien —ordenó al guardia—, límpielo bien. Los bolsillos, zapatos, todo.

El guardia realizó la tarea con destreza y rapidez. Mis pertenencias fueron colocadas sobre la mesa: unas pocas monedas, un pañuelo, un par de anteojos de sol, las hojas de papel de envolver tan dobladas que contenían la lista de miembros de la O.E.I.

Los papeles casi cubrían toda la mesa cuando los extendieron.

—¿Qué es esto? —preguntó el inquisidor.

—¡Maldición! ¡Si me dijera quiénes son ustedes!

Nuevamente esa mano plomiza sobre mi hombro pero el apretón disminuyó cuando el flaco dijo.

—Le diré algo mejor que eso. Le diré quién es usted Monsieur Reno Davis. Usted es un asesino prófugo, acusado de la muerte de cierto Louis Metchnikoff, alias Louis le Buc. Usted es un miembro active de una organización terrorista. Por ambos cargos...

—¡Ambos cargos son falsos! Y mientras ustedes pierden tiempo de este modo una mujer y un niño se encuentran en grave peligro. Madame de Villemont y su hijo. Si me permite llamar a la Embajada Norteamericana.

—¿Tal vez no se le ha ocurrido, Monsieur Reno Davis, que usted está incomunicado?

—Entonces llame usted. Si Madame de Villemont y el niño están allí le diré lo que usted quiera saber. De otro modo, no diré ni una palabra más aunque este gorila me deshaga en pedacitos.

Casi sin ganas el gorila estampó el revés de la mano contra mi boca. Sentí que el labio reventaba y el gusto a sangre. El flaco observaba esto con tanta indiferencia como Georges, el chofer, había observado cómo me castigaban por tratar de trasponer la puerta del Château Laennac.

—No es muy agradable que lo hagan pedacitos, ¿no es cierto? —preguntó gentilmente.

—Para mí no es nada nuevo. Me ganaba mi sustento de esta manera.

—¿Por qué están en peligro esa mujer y ese niño?

—La mujer sabe demasiado sobre la organización. El niño sabe quién fue el asesino de Louis le Buc. Él estaba en la habitación cuando ocurrió el crimen.

El flaco abrió la carpeta, hizo sonar los papeles mientras los revisaba y retiró una hoja. La examinó ligeramente casi con una sola mirada.

—Había sólo dos personas en la habitación en el momento del asesinato, usted y un tal Leon Schaefer, conocido ahora como Leon Becque. Su declaración...

—Ese es un miembro de la organización. Su tarea era achacarme el asesinato.

—No lo creo, Monsieur Reno Davis. Como ve, sabemos bien quién es Schaefer. Hemos hecho una cuidadosa investigación. Fue miembro de la proscripta O.A.S. y estuvo en la cárcel por esa causa. Fue liberado por la amnistía general y su actuación desde entonces es absolutamente respetable. La suya, me temo, no se le parece.

—Si el niño está en la embajada puede hablarle usted mismo.

—Si...

—¿Qué pierde intentándolo? —rogué.

—Veremos —contestó.

No pude calcular cuánto tiempo estuvo ausente de la habitación. Parecieron horas. Pueden haber sido veinte o treinta minutos. Mientras no estaba, mi custodia me hacía permanecer de pie en posición rígida, pateándome ocasionalmente los tobillos cuando intentaba cambiar de postura.

Al entrar el flaco en la estancia mi corazón se hundió al ver la expresión de su cara que era toda satisfacción. La fruición lujuriosa de un gato que ha atrapado a un canario y se prepara para devorarlo.

—Madame de Villemont —grazné—. El niño. ¿No llegaron a la Embajada?

—Están en la Embajada y he hablado con ambos. Están a salvo en este momento —y mientras yo lo miraba fijamente como si estuviera sordo y la sangre me drenaba por el impacto, ordenó ásperamente a mi custodio.

—Quítele las esposas y hágalo sentar en una silla antes que se nos muera aquí mismo. Vea si encuentra algo que beber por aquí. Un poco de coñac.

Coñac no había, pero sí había vino y me empiné dos vasos como si fueran agua antes de recuperar la voz.

—¿No es un truco? —pregunté— ¿Están los dos bien?

—Los dos. Pero se escaparon por un pelo. Un hombre los siguió en auto desde el Coliseo y atentó contra sus vidas con una pistola casi en las puertas de la Embajada. Ahora lo prendió la policía. Un tal Bernard Bourdon. ¿Lo conoce?

—Es uno de la organización.

—Eso pensé. En cuanto al asesinato de Louis Metchnikoff —el flaco colocó golosamente un nuevo cigarrillo en la boquilla saboreando el momento—, no había sólo dos personas en la habitación durante el episodio, como creía la policía, sino cuatro, además de usted y de Schaefer, estaba el niño y un cierto caballero escondido tras la puerta, pistola en mano. El mismo Monsieur Charles Leschenhaut. El niño declaró que fue él quien disparó la bala.

—¿Leschenhaut?

—Charles Leschenhaut. Es alguien a quien mi servicio hace tiempo que está tratando de atrapar. Parece que finalmente ha cometido un error fatal.

—¿Qué servicio? Si no son de la policía...

—De modo que hasta allí ha adivinado, ¿eh? Monsieur Davis. ¿Pero no ha oído jamás hablar de la S.D.E.C. en Francia? *Le Service de documentation extérieure et de contre-espionnage?*

—No.

—Eso habla en su favor, le diría. Se trata de una especie de contraparte de la C.I.A. de su país. Y ahora que se ha enterado de su existencia, le sugeriría que la olvide y nos dediquemos a nuestro asunto.

—¿Qué asunto?

El hombre colocó una mano pálida y esquelética sobre los papeles esparcidos sobre la mesa.

—Esto por un lado. ¿Cuál es la información que contiene?

—Es la lista de miembros de la organización. Utilizando un libro denominado *Le Mystère du Tarot* por Sophie de Laennac, no creo que tenga dificultad en descodificarlo.

Se le encendió la mirada.

—En ese caso, podremos hacer salir todas las ratas del sótano de una vez y para siempre. Confío que contaremos con su cooperación para esto.

—La tendrán. Pero ahora...

—Ahora Madame lo espera en la embajada y también habrá allí un médico que le tratará la herida sin hacerle preguntas embarazosas. También habrá funcionarios de su país y del gobierno italiano que inquirirán sobre algunos puntos. Ya hemos elegido a uno para actuar de nexo entre nosotros. Me temo que Madame, el niño y usted, tendrán que afrontar una época difícil. Deberán comparecer como testigos en el juicio de Leschenhaut y otros que vendrán a continuación y eso será bastante molesto para ustedes hasta que terminemos de desinfectar el local. Por supuesto que se les brindará protección policial hasta ese entonces.

—¿Qué pasará con Schaefer? Es un personaje peligroso y hay unas amigas mías que están muy próximas. Por su bien...

—¿Mademoiselles Elliane Tisou y Veronique Blanchard?

— ¿Las conoce? —pregunté sorprendido.

El flaco sonrió fríamente.

—Las conozco. Ya están bajo protección policial aunque por una razón equivocada. El asesinato del Ministro de Comercio, Monsieur Driot-Steiner, atropellándolo con un coche, fue el hecho que echó la bola a rodar. Entre sus papeles encontró una inexplicable solicitud a la policía pidiendo un informe sobre la muerte de Sidney Scott. Nos dirigimos a Madamoiselle Blanchard para que nos diera una explicación respecto a ese documento y ella de mala gana nos condujo hasta usted y por ende a la familia de Villemont que ya nos olían mal desde Argelia. Finalmente, llegamos hasta la familia Montecastellani aquí en Roma.

—¿Es por eso que sus hombres me seguían? ¿Por qué suponían que yo los llevaría a la guarida de los Montecastellani?

—Si. Con el amable consentimiento de la policía italiana que tuvo que cerrar los ojos a lo que estaba ocurriendo. Y ahora que he sido tan franco, quisiera que me devuelva el favor y me explique cuál es su conexión con la organización. Todo.

Le conté todo. Cuando hube terminado sacudió la cabeza con una especie de cómica desesperación.

—¿Me va decir que su preocupación por el niño fue el único móvil paira hacer una carrera tan temeraria?

—Si.

—Pero cómo pudo pensar que aún un desalmado como Leschenhaut...

Le contesté.

—En el Fauburg Saint-Denis había un argelino, era editor de esos panfletos del F.L.N., que vivía a pocos pasos de mi puerta. Yo estaba parado del otro lado de la calle cuando se detuvo un hombre y le arrojó una *plastique* que le voló el rostro a su hijito. Tenía cuatro años.

El flaco permaneció en silencio por un rato.

5

—Si —dijo finalmente— comprendo lo que quiere decir.

ME sacaron de la habitación del mismo modo que me habían hecho entrar con las oscuras antiparras sobre los ojos y una mano fuerte me guiaba del codo a lo largo de mi ciega travesía llena de tropezones hacia el coche.

El coche arrancó, se internó en el tráfico, dando cuantiosas series de curvas con toda lentitud hasta que se detuvo.

—*La correspondance, Monsieur* —el hombre de la camisa hawaiana me sacó las antiparras, abrió la puerta y me dio un suave empujoncito—, cambio de tren, aquí.

El auto desapareció velozmente mientras yo permanecía parpadeando al resplandor del sol, tratando de mantenerme en pie. Un aviso de licores Stock. La fuente del Tritone. Me encontraba en la Piazza Barberini al pie de la Vía Veneto.

—Encantado de conocerlo, Mr. Davis. —Un hombre joven, alto de cabello rojizo y rizado estaba frente a mí. Era tan americano como el pastel de manzanas de mamá, tan americano como cualquier agente del F.B.I. o de la C.I.A.—. Me llamo Reardon. ¿Quiere que lo lleve a la Embajada?

El auto era un Fiat 1100 negro, idéntico al que habíamos estado usando Anne y yo los últimos días. Evidentemente no estaba sólo en la creencia de que era el auto menos llamativo en la calle. Al detenernos en la Embajada, Reardon hizo un gesto a los hombres que se agolpaban en la vereda portando grandes cámaras profesionales.

—Periodistas, *paparazzi* —me explicó— estamos un poco excitados por aquí hoy. Un loco disparaba una pistola. Por supuesto —añadió con el rostro incólume—, usted no sabe nada de esto.

—Nada —le aseguré.

Condujo la marcha, sin que nadie se opusiera a través de los atareados corredores del edificio, un palacio magnífico que emanaba un fuerte olor a oficialidad. Mientras los seguía me preguntaba con creciente aprensión cómo sería el encuentro con Anne. Me había amado mientras estábamos en la cuerda floja juntos. Pero los sentimientos se habían elevado en ese medio, en esa distorsionada visión de la realidad.

—Aquí es —dijo Reardon, señalando una puerta abierta.

Atravesé la puerta y me detuve allí. La habitación era espaciosa y estaba llena de sol. En el extremo más alejado, Anne y Paul, sentados juntos sobre un diván, hablaban con algunos hombres que de uno u otro modo se parecían a Reardon.

No tenía nada más de que preocuparme.

Paul me vio primero, allí parado y se lanzó ansiosamente hacia mí gritando.

—¡Reno! ¡Reno!

Pero Anne me alcanzo antes.